ENCADENADA

SELENA VALENTE



ENCADENADA

POR SELENA VALENTE

.

Índice

1. Nota de la autora
2. El Despertar
3. Nebulosa
4. Reconstrucción
5. Duele. Duele mucho.
6. ¿Recuerdas?
7. Una disculpa necesaria
8. Patricia
9. Segundas oportunidades
10. Que la corriente te lleve…
11. Lo prometido es deuda.
12. Una decisión dolorosa.
13. Una decisión necesaria.
14. Sinopsis.

Todos los derechos reservados.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.*

1. **Nota de la autora**

Acabo de terminar Encadenada, y me enfrento a la página más complicada de todas.

Hace algo más de cuatro meses, recibí un correo electrónico de un lector. Uno de tantos, pensé. Como hago siempre, lo contesté agradeciendo la lectura y que me hubiese elegido a mí entre la casi infinita oferta de lectura que hay en la actualidad.
A ese correo siguió otro, y después otro. Me agradecía que le contestara, y la atención que le prestaba. Me explicó que tenía parálisis cerebral y que estaba en un Centro de Rehabilitación por necesitar cuidados especiales. Me contó su día a día, sus tristezas, su resignación…

Os presento a Javi (lo único que no es real de su personaje es el nombre). Todo lo que aparece en la novela respecto de él, es cien por cien verdad. La mayoría de los diálogos en los que aparece, son copias literales de las conversaciones que hemos mantenido. Patricia también existe (con otro nombre también).

De esos diálogos surge la idea de Encadenada. Javi ha sido un fiel colaborador. Ha aportado ideas, ha matizado los personajes y ha corregido el manuscrito. Todo un reto para una persona con dificultades de movilidad y funcionalidad.

Encadenada es muy diferente al resto de mis novelas. No prima el erotismo (aunque lo hay) sino la intención de contar una historia sobre la que no se suele escribir, tal vez porque no vende. Lo único que lamento, es no haber tenido los recursos literarios suficientes para plasmar la crudeza de su día a día, aunque os aseguro, que lo he intentado.

Gracias Javi. Me has abierto los ojos a tantas y tantas historias anónimas. Esta novela es tan tuya como mía.

Espero que os guste.

Selena Valente.

2. **El Despertar**

Noviembre de 2024

Despierto antes de saber que he despertado. Es una sensación extraña, como si mi mente subiera desde muy abajo, empujando capas de silencio espeso. Antes que los ojos, llega el sonido: un pitido regular, lejano, como si viniera desde el fondo de una piscina. Luego, un murmullo de voces que no distingo. Quisiera moverme, pero mi cuerpo parece flotar y pesar al mismo tiempo.

Intento respirar y el aire me quema. Es frío, artificial, me lo meten a presión por la nariz. Tubos. Hay tubos dentro de mí. El pánico estalla como una granada: quiero arrancármelos, arañar, huir de mi propio cuerpo, pero mis brazos pesan toneladas y responden con retraso, como si fueran de otra persona.

Abro los ojos y la luz blanca me atraviesa las pupilas como cuchillas. Parpadeo y el mundo se arma a pedazos: sombras encorvadas, cables serpenteando, máquinas respirando por mí. Todo gira a mi alrededor. Me mareo hasta la náusea.

—Está despertando… creo.

Soy yo… creo que soy yo. Nerea. Repito mi nombre en mi cabeza, como si pudiera aferrarme a este primer recuerdo de mi consciencia.

El pitido crece. O quizá soy yo quien se acerca a él. Se vuelve más nítido, más presente. Algo marca cada segundo con una

insistencia casi irritante: pip… pip… pip. Se cuela en mi cabeza como un martillo pequeño aunque constante. Intento abrir los ojos, pero no me responden. Solo siento que mis pestañas tiemblan un poco, como si estuvieran pegadas.

Respiro. O el aire respira por mí. Hay un olor frío, químico, punzante. Huele a plástico, a metal, a algo que no pertenece a ningún sitio familiar. Me esfuerzo por encontrar un recuerdo que explique dónde estoy, pero mi mente es una pared blanca. El vacío me asusta, un miedo suave que crece despacio, como el agua que sube en una bañera sin que te des cuenta.

Intento mover los dedos. No sé si lo consigo. Siento presión en mi mano derecha, como algo rodeando mis dedos. Quizá una venda, quizá alguien sujetándome. No estoy segura. La piel me arde en algunos puntos, en otros simplemente no siento nada.

Un roce. Una voz cerca. No entiendo lo que dice, solo capto el tono: bajo, atento. Un murmullo más. El pitido continúa, imperturbable. Vuelvo a intentar abrir los ojos, y esta vez entra una luz difusa. Demasiado blanca. Me hace daño. Parpadeo —o eso creo— y la claridad se impone, aunque sigue borrosa, como si mirara a través de un cristal empañado.

Distingo formas, siluetas. Algo a mi izquierda se mueve. Quiero girar la cabeza, pero mi cuello protesta con un dolor profundo, sordo, que me obliga a desistir. Respiro otra vez, más consciente ahora del tubo o del aire frío que entra por mis fosas nasales. Es una sensación extraña, antinatural.

—Nerea… —La voz se acerca, y esta vez entiendo mi nombre. Mi corazón da un salto pequeño, como si lo llamaran desde muy lejos.

—Nerea, si puedes oírme, intenta parpadear.

Parpadear. Esa palabra suena como un reto. Apenas soy capaz de moverlos, pero me esfuerzo, porque es como si me ofrecieran una cuerda para subir. Lo intento. Una vez más. No sé si se nota. Lo intento otra vez. Un sonido —quizá un suspiro aliviado— responde.

—Bien. Muy bien. Estás en la UCI. Tuviste un accidente, ¿me entiendes? Ya estás a salvo, pero es necesario que no intentes moverte todavía.

La UCI. La palabra cae pesada, como una piedra en un estanque de agua quieta. Accidente. Entonces sí, una imagen borrosa, apenas un destello: luz blanca, cristales que vuelan, un chirrido que corta los oídos. La sensación de que el mundo se inclina de lado. Pero es solo un fragmento, nada que me confirme qué coño hago allí. Mi mente es una nebulosa que me tiene desorientada, mis recuerdos están embotados, y tengo miedo.

Intento hablar. Lo intento de verdad. Mi garganta es un desierto raspado; solo sale un sonido ronco, un soplo inútil. La voz —una mujer, creo— responde rápido:

—Tranquila. No hables. Acabamos de desentubarte. Todo va a ir paso a paso. Debes aprender a tomártelo todo con calma a partir de ahora.

Paso a paso. Me aferro a esas palabras. Algo cálido toca mi mano. Sí, ahora lo siento: alguien la sostiene. Ese contacto me reconforta, me centra un poco. Respiro más despacio. La luz blanca ya no me hiere tanto los ojos, aunque sigue siendo incómoda.

A medida que mis pupilas se adaptan, voy distinguiendo más cosas. Un techo blanco, demasiado blanco, con luces rectangulares que vibran ligeramente, como si parpadearan al ritmo de mis propios ojos. A la derecha, veo máquinas. Tubos transparentes. Números verdes. Todo me parece ajeno, como si estuviera dentro de un documental.

Siento el cuerpo entumecido. Como si no fuera el mío, como si me hubiera metido dentro de otro sin saber cómo manejarlo. Intento mover las piernas: nada. Solo un eco de esfuerzo que no llega a traducirse en movimiento. Mi pecho se agita un poco. El pánico sube, silencioso, invisible. Intento parpadear rápido, como si así pudiera pedir ayuda.

La misma voz vuelve a acercarse.

—Tus piernas están bien, Nerea. No te preocupes por eso. Estás muy inflamada por el impacto, y tenemos que mantenerte inmóvil por el momento para que te recuperes. Pero vas a estar bien.

¿Bien? No sé qué significa ahora esa palabra. Bien es no estar aquí, pienso. Bien es recordar cómo llegué.

Trato de juntar piezas. Estoy en la UCI. Tuve un accidente. ¿Con quién? ¿Dónde? No lo sé. Siento que debería recordar algo importante, pero mi mente es una puerta cerrada. La golpeo desde dentro, sin resultado.

El olor vuelve a hacerse evidente: desinfectante, gel, aire filtrado. Es un olor que asocia a lugares de tránsito, no a vida. Un olor que anuncia que algo ha salido muy mal. Me pregunto

cuánto tiempo llevo aquí. Si es de día o de noche. Si alguien me busca.

La mujer —una enfermera, supongo— ajusta algo a mi lado. Escucho un clic, un roce suave de plástico. Luego siento un ligero hormigueo en el brazo, como si un líquido frío bajara por mis venas.

—Esto te ayudará a relajarte. Te has despertado muy bien, Nerea. Es normal que te sientas desorientada.

Desorientada. La palabra me hace gracia de una forma triste. Me siento más que desorientada: siento que estoy aprendiendo a existir desde cero. Como si hubiera renacido dentro de una caja blanca llena de máquinas.

Intento respirar profundo, pero mi pecho solo se eleva un poco. Un dolor leve, aunque punzante, me cruza el costado. No es insoportable, pero sí suficiente para recordarme que algo dentro de mí está dañado. No sé cuánto. No sé cómo.

La enfermera vuelve a hablarme, más lejos esta vez.

—Voy a avisar al médico. Quédate tranquila. Estoy aquí.

Estoy aquí. Esa frase sí la entiendo. Estoy aquí. Yo. Nerea. Abro los ojos un poco más. La luz ya no me ciega. El mundo sigue borroso, pero existe. Y yo existo dentro de él.

El pitido continúa, marcando mi tiempo, como si fuera un metrónomo que acompaña mi regreso. Intento seguirlo. No

suena tan mal ahora. Quizá porque, por primera vez desde que desperté, siento que no estoy sola.

Respiro despacio. Miro al techo. Me acaricia un cansancio enorme, profundo, como si mi cuerpo quisiera volver al sueño. Pero ahora no tengo miedo de que todo desaparezca si me dejo llevar. Tengo un nombre, un sonido, una presencia a mi lado. Tengo un punto desde el que volver.

Cierro los ojos. Solo un momento. O eso creo. El pitido sigue. Y yo, por fin, empiezo a sentir que vuelvo.

Tengo la boca seca, como si me hubiesen rellenado la lengua con arena y estropajo y me hubiesen cosido los labios con alambre. Quiero tragar y no puedo; quiero gritar y no sale nada. Solo ese sabor metálico a óxido viejo, de sangre dormida y plástico.

Una voz se abre paso entre los pitidos.

—Nerea… cariño… ¿me oyes?

Es una voz que conozco. La conozco tanto que duele. Pero el nombre de quién la emite se me escapa, como si mi cerebro fuera un colador y los recuerdos cayeran por los agujeros. Intento enfocar. Hay una silueta al lado de la cama, borrosa, temblorosa, con los hombros hundidos. Una mano tiembla al acercarse a mi cara.

—Soy yo… mamá…

La palabra mamá estalla dentro de mí como un cristal que se rompe en cámara lenta. Y con ella llegan las imágenes, sin orden, sin piedad:

Papá riendo en la cocina mientras quema las tortitas.

Mi hermano pequeño soplando las velas de su décimo cumpleaños, con la cara llena de chocolate.

El olor a sal y a protector solar del último verano en Tarifa.

El mensaje de voz que le envié a mamá hace… ¿cuánto? “Llego tarde, no me esperéis despiertos”.

El semáforo en ámbar. El acelerón. El camión que no frena...

Todo se me viene encima de golpe, como si alguien hubiera volcado una caja de fotos rotas dentro de mi cabeza. Intento respirar y me ahogo. Las máquinas se vuelven locas un segundo; pitidos acelerados, luces rojas que parpadean.

—¡Enfermera! ¡Enfermera, rápido! – la voz de mi madre suena desesperada.

Una silueta se dobla, se parte por la mitad. Una enfermera entra corriendo. Siento el pinchazo frío en la vía.

—No, por favor… —logro graznar—. No me duerman… quiero… verla…

Mi madre levanta la cabeza. Tiene los ojos hinchados, morados de llorar días enteros. Se acerca hasta que su aliento caliente me roza la mejilla.

—Aquí estoy, mi vida. Aquí estoy. No te duermen, solo te calman un poco, ¿vale? Estoy aquí, no me muevo de tu lado.

Intento alzar la mano para tocarla. No llega. Solo consigo mover los dedos unos milímetros. Ella la atrapa al vuelo, la envuelve con las suyas, la aprieta contra su pecho como si fuera lo único que le queda de mí.

—Perdón… —susurra—. Perdón, perdón, perdón…

Las imágenes siguen cayendo:

El ruido del metal retorciéndose.

El olor a gasolina y a goma quemada.

Mi propio grito que se ahogó cuando el airbag me golpeó la cara.

Y después… nada. Un agujero negro que dura días, semanas, no sé.

—¿Y… papá…? ¿Y… Dani…? —pregunto con la voz hecha trizas.

Mi madre se queda helada. Solo un segundo. Pero lo veo. Ese segundo en que el aire se le escapa de los pulmones y no vuelve a entrar.

—Están… están bien —dice al fin, demasiado rápido—. Papá está abajo, hablando con los médicos. Dani… Dani está en casa con la abuela. Todos estamos bien, cariño. Solo tú… solo tú…

No termina la frase. No hace falta.

Cierro los ojos porque no soporto verla llorar así. Pero detrás de los párpados las imágenes siguen: el coche patas arriba, las luces azules, alguien gritando mi nombre mientras me sacan entre hierros.

Siento que me hundo otra vez. El sedante me arrastra hacia abajo como una corriente lenta y negra.

La última cosa que oigo es a mi madre susurrando contra mi mano, una y otra vez, como si fuera un rezo:

—Aguanta. Aguanta, mi niña…

Y yo quiero prometerle que sí, que voy a pelear, que voy a volver a ser yo. Pero el abismo ya me traga antes de que pueda decirlo.

Las voces se alejan, se vuelven médicas, frías, como si yo fuera un cadáver al que aún no han declarado.

—…L1 y L2 están comprimidas en cuña…

—…sin desplazamiento, de auténtico milagro…

—…cadera derecha muy dañada, fragmentos por todas partes…

—…varias reconstrucciones inevitables…

—…riesgo séptico alto…aunque controlado por el momento…

—…médula intacta, un milagro…

Cada palabra es un mazazo.

Cadera hecha polvo.

Vértebras aplastadas.

Cirugías. Varias.

Quiero llorar, pero ni siquiera las lágrimas me obedecen.

Una mano cálida envuelve la mía. Es lo único humano en este infierno de plástico y acero.

—Estás a salvo, Nerea. No estás sola.

Mentira. Estoy más sola que nunca, atrapada dentro de un cuerpo que ya no reconozco.

—¿Qué… me… pasa…? —susurro con la voz rota en mil pedazos.

La enfermera duda un segundo. Solo un segundo, pero lo noto.

—Has tenido un accidente de coche. Ha sido un impacto lateral brutal. Las asistencias llegaron rápido y te sacaron, llegaste consciente… pero en muy malas condiciones. Ahora estás llena de hierros y sedantes. No intentes recordar todavía. No te hará ningún bien.

Pero recuerdo igual.

La luz amarilla de una farola. Un semáforo en blanco. No. No es un semáforo. Es…

Un claxon interminable. El mundo girando.

Cristales estallando como metralla.

El volante viniendo hacia mí… o yo hacia él.

O quizá lo estoy inventando. Ya no sé lo que es verdad y lo que puede ser fruto de mi imaginación.

Intento mover las piernas. Nada. Ni un temblor. Ni una punzada. Nada. El terror me sube desde el estómago como un ácido que me corroe por dentro.

—No… las… siento…

—Es por la inflamación —dice alguien rápido, demasiado rápido —. Es normal. No significa nada malo. La médula está bien. Escúchame Nerea la médula está bien. Tus pies se mueven, pero ahora mismo tu cuerpo está en shock. No lo fuerces.

Quiero creer lo que dice esa voz. Dios, cómo quiero creerla. Pero dentro de mi cabeza hay una voz que grita: paraplejia, paraplejia, paraplejia.

El sueño vuelve, pesado, químico, irresistible. Lucho contra él. Si cierro los ojos otra vez quizá no vuelva a abrirlos. Quizá la próxima vez que despierte ya no sea yo.

—Déjate ir y descansa—susurra la mano que sostiene la mía—. Estoy aquí. No te voy a soltar.

Las máquinas siguen marcando el tiempo en pitidos.

Miro el techo blanco, cegador, sin una sola mancha, sin una sola grieta donde aferrarme.

Todo está roto. Todo.

Y aun así respiro. Cierro los ojos. Me dejo caer al vacío, rezando porque alguien me espere al otro lado.

3. **Nebulosa**

Junio de 2011. Fiesta de graduación.

El aire huele a perfumes variados, sudor adolescente y alcohol disfrazado de ponche.

Las luces discotequeras me cortan la cara en rayos verdes y naranjas. La música retumba tan fuerte que siento la vibración en los huesos que, de pronto, ya no me duelen.

Estoy de pie en medio del salón del hotel, con el vestido chiffon de color azul cobre rozándome las piernas como si fueran mías de verdad. Los tacones me elevan diez centímetros por encima del suelo, y por primera vez en semanas (o años, o vidas) vuelvo a ser alta, entera, invencible.

Miro mis manos: uñas perfectas, sin vías, sin moratones.

Muevo los dedos de los pies dentro de las sandalias doradas. Se mueven. Se mueven.

Una risa burbujea en mi garganta, loca, casi histérica.

Estoy aquí. En el baile de graduación. Pero no puede ser… De eso hace seis putos años. Y lo sé porque veo a Mateo al fondo, apoyado en la columna, con la misma camisa blanca demasiado grande que le quedaba mal entonces y la corbata con un nudo deforme. Me mira como siempre: ojos de cordero degollado, La boca entreabierta y el corazón colgando fuera del pecho. Sé

que daría cualquier cosa por acercarse, pero no se atreve ni se atreverá nunca. Lo sé desde los dieciséis. Lo sé ahora.

Y luego está Fran.

Dios, Fran.

Con su esmoquin negro, el pelo revuelto justo lo necesario, la sonrisa que hacía que todas las chicas del colegio suspirasen por él. Viene directo hacia mí, como si el pasillo entre las mesas se abriera solo para él. Me coge de la mano sin preguntar, me gira, me pega a su cuerpo.

—Al fin te encuentro —susurra contra mi oído, y su aliento huele a ginebra y a besos cálidos. - ¿Bailamos? – me pregunta besándome de nuevo.

Asiento, y bailo con él. Mis caderas se mueven solas, perfectas, sin metal ni tornillos ni miedo. El vestido flota alrededor de mis piernas como una nube de fuego frío. Siento cada mirada: la aprobación de los que siempre me quisieron cerca, el deseo crudo de los que nunca se atrevieron, la envidia afilada de las que me odiaban en silencio.

En una esquina, mi amiga Eva tiene la espalda pegada a la pared y la lengua de Gus dentro de la boca. Su mano ha desaparecido bajo la falda plateada de ella y nadie finge que no los está viendo. Ella ríe dentro del beso, ajena a las críticas y opiniones.

Todo es exactamente igual. Y todo es imposible. De esto hace más de ¿cuántos? años. Esto no es real. O sí, lo fue, pero no es de ahora.

Noviembre de 2024

Una punzada me cruza la pelvis, leve al principio, como un recuerdo de dolor. Aprieto los ojos un segundo. Cuando los abro, el salón se ha oscurecido un poco. Las luces parpadean más lentas. El bajo de la música se vuelve un pitido lejano, constante, familiar.

Pip… Pip…Pip…

Fran me gira otra vez y de pronto su cara se difumina, se le borran los rasgos, se le hunde la piel como si alguien la absorbiera desde dentro. Su voz se rompe:

—Nerea… quédate… no te vayas… La fiesta continúa.

Intento agarrarme a él, pero mis manos atraviesan humo y se difuminan. Mi vestido azul se deshace en jirones de niebla. Los tacones se hunden en un suelo que ya no está.

Mateo grita mi nombre desde el fondo, pero su voz llega distorsionada, como un sonido bajo el agua.

El salón del hotel se dobla, se retuerce, se convierte en techo blanco y tubos y máquinas.

Y yo caigo.

Caigo de vuelta al cuerpo roto, al dolor que esperaba pacientemente a que terminara de soñar.

El último destello azul del vestido se apaga contra la sábana blanca del hospital.

Y despierto otra vez, jadeando, con la boca llena de estropajo y el pitido marcando el final de la mejor mentira que mi cerebro ha sido capaz de inventarme. ¿A qué viene ese sueño? No tuve ningún accidente después de la graduación… De eso sí estoy segura, o por lo menos no fue de tráfico…

Despierto en oleadas, como si mi conciencia flotara y se hundiera en un mar espeso. Cada vez que salgo a la superficie, el pitido regular de una máquina me recibe con la misma frialdad. Luego las voces, bajas, profesionales, que se mezclan entre ellas como un idioma que apenas reconozco.

Intento moverme, pero solo consigo despertar un dolor sordo que late en mi espalda y un pinchazo violento en la cadera, una punzada que corta la respiración. Abro los ojos. La luz blanca del techo me obliga a cerrarlos de inmediato. Ya sé dónde estoy, pero todavía no sé cuánto tiempo llevo aquí, pero algo en mi interior ya intuye la respuesta antes de que nadie la diga.

—Nerea —dice una voz suave, femenina—. Estoy aquí. Te has despertado otra vez. Muy bien.

Vuelvo a abrir los ojos, más despacio. Distingo una figura con bata, mascarilla y un gorro quirúrgico. Sus ojos son amables, pero su expresión está demasiado entrenada para no preocuparme.

—¿Dónde…? —la palabra se rompe en mi garganta seca.

—En la UCI. Tuviste un accidente de coche. Te hemos operado ya para estabilizar lo urgente, pero aún necesitas más intervenciones. Estás a salvo, ¿vale?

Una figura distinta se acerca a mi cama. Lleva una placa con su nombre y se mueve con la autoridad de quien está acostumbrado a dar malas noticias sin inmutarse.

—Hola, Nerea. Soy el doctor Ríos, traumatólogo. ¿Me oyes bien?

Su voz me resulta extrañamente conocida, pero no consigo ubicarla en el cajón desastre en el que se ha convertido mi memoria. Hago un esfuerzo enorme para asentir, pero no puedo. Me limito a parpadear rápidamente.

—Bien. Vamos a explicarte tu situación con calma, ¿De acuerdo? Puedes pedir que pare cuando quieras.

—¿Mateo? ¿Mateo Ríos? – exclamo sorprendida. Mi voz suena casi como un susurro afónico.

— Soy yo. Sí. ¿Me recuerdas, Nerea?
— Claro.

Relaciono la voz de Mateo con el reciente sueño de la noche de la graduación. Es el único recuerdo que se me viene a la mente, y no entendía por qué. Nuevas preguntas me asaltan. Mateo es médico. ¿En qué año estamos? ¿Qué edad tengo? Se me agita la respiración. Supongo que lo detectan enseguida por los sensores a los que estoy conectada.

—Necesito que te calmes, Nerea. Trataré de explicártelo todo.

Calma. Esa palabra no tiene sentido ahora mismo. Pero lo intento.

—Has sufrido un impacto muy fuerte. Te golpeaste lateralmente la cabeza contra la ventanilla. Probablemente de ahí provenga tú desorientación, aunque se ha descartado cualquier daño neurológico. La energía del golpe se concentró principalmente en tu pelvis y en la columna vertebral. Tú cadera… —hace una pausa— está muy dañada. La fractura es realmente compleja, deshecha en varios fragmentos. Lo que llamamos una fractura conminuta. Eso significa que no es un solo hueso roto, sino muchos pedazos que hay que recolocar y fijar. En eso estamos ahora…

Siento que el aire se escapa de mis pulmones. Como si algo dentro de mí se hundiera.

—¿Me habéis operado ya? —trato de decir sin conseguirlo, pero Mateo se anticipa.

—Te hemos practicado una cirugía de urgencia para estabilizar la pelvis y controlar el sangrado. Ahora llevas una fijación externa. Pero más adelante será necesario intervenir varias veces más para reconstruir la articulación y reforzar la estructura. Son operaciones complejas, pero todo saldrá bien.

Intento mover ligeramente la pelvis, quizá por instinto. Un dolor brutal, seco, me desgarra por dentro. Grito sin voz, apenas un gemido.

—No te muevas —dice la enfermera a mi lado, apoyando su mano en mi brazo—. Es normal que duela así. Tienes la zona completamente inflamada.

Mateo continúa, manteniendo un tono firme.

—En cuanto a la espalda: tienes dos vértebras aplastadas, L3 y L4. Pero no están desplazadas. No han presionado la médula. Eso es una suerte inmensa.

Una suerte. Me aferro a esa palabra como quien agarra una cuerda con las manos sangrantes.

Me humedezco los labios con la lengua y reúno valor.

—¿Voy… voy a volver a caminar?

Inspira hondo antes de responder. Ese gesto me aterroriza.

—Creemos que sí —dice con honestidad, no con falsa esperanza—. No vemos daño evidente que lo impida. Tu médula está intacta. Pero… —siempre hay un "pero"— será un proceso largo. Muy largo. Y duro.

Mis ojos se llenan de lágrimas sin que me dé cuenta.

—Qué significa largo? —mi voz tiembla.

—Tardarás meses para ponerte en pie. Quizá un año para recuperar una marcha funcional. Puede que las molestias se vuelvan permanentes, y es posible que haya secuelas para el resto de tú vida: rigidez, dolor crónico, limitación para correr o cargar peso… No puedo prometerte que volverás a estar como antes. Pero sí puedo prometerte que no vamos a rendirnos contigo.

Quiero responder, pero me quedo mirando el vacío procesando las palabras. El pitido de la máquina acompaña mi silencio, como un metrónomo que marca el ritmo de mi derrumbe.

La enfermera me limpia las lágrimas sin hacer ruido. Ese gesto me hace sentir algo parecido a una punzada de ternura, pero enseguida vuelve el miedo.

—Cada cosa a su tiempo —dice ella—. Hoy has abierto los ojos. Ya es un paso enorme.

Intento procesar lo que acabo de escuchar. Fractura conminuta. Suena fatal. Reconstrucción. Operaciones. Meses. Secuelas.

—Estoy… —respiro hondo— acojonada.

La enfermera sonríe con una pesadumbre que parece sincera en alguien habituado a tratar con el dolor.

—Es lógico. Acabas de despertar del coma en el que te indujimos. Cualquiera en tús circunstancias lo estaría. Pero todo está saliendo bien. Debes armarte de paciencia, no te curarás ni hoy ni mañana. Todo lo que sientes es normal.

Mateo asiente.

—Vamos a controlar tu dolor. A estabilizarte. A operarte cuando tu cuerpo esté preparado. Va a ser duro, Nerea. Pero puedes hacerlo. Nosotros vamos a ayudarte con esto.

Puedo. No sé si quiero. No sé si tengo fuerzas. Pero estoy aquí. Y eso, por ahora, tiene que bastar.

Cierro los ojos, agotada. La luz blanca desaparece y queda solo el pitido. Pip… pip… pip.

Respiro. Siento dolor, pero sobre todo miedo. Pero también surge la esperanza. Porque, aunque mi cuerpo esté roto, sigo aquí. Y eso significa que tengo algo que recuperar. Aunque duela. Aunque tarde. Aunque dé miedo.

Junio 2011. Una semana antes de la graduación.

Caigo en otro extraño letargo. De pronto, me veo en el patio del colegio. Soy consciente de que es un sueño, o tal vez un recuerdo vívido. Pero es muy agradable y me siento genial. Es junio, huele a asfalto caliente y a cloro de piscina, y el colegio entero está en plena ebullición. Los exámenes son la próxima semana y nadie estudia. Nadie. Las chicas nos pasamos los recreos mirando catálogos de vestidos y debatiendo si el negro es demasiado de funeral o si los profesores pondrán pegas a los escotes. Yo llevo tres días sin abrir un libro o los apuntes; en su lugar, tengo la pantalla del móvil llena de fotos de vestidos de gala y de la última campaña de Vogue España.

Estoy sentada en el banco del patio, con el sol pegándome en los hombros, cuando Eva se deja caer a mi lado con su habitual despreocupación. Lleva la falda subida hasta el límite del

reglamento y esa sonrisa de tiburón que usa cuando huele sangre.

—Seguro que quieres enrollarte con él —suelta sin anestesia, masticando chicle con la boca abierta.

—¿Con quién? —finjo que no sé, aunque mi corazón ya ha dado un salto mortal.

—¡Con Fran! ¿Con quién va a ser? —me da un codazo que casi me tira el Kas de limón—. El otro día te vi mirándolo en Instagram. Te pasaste media hora seguida en su historia del gimnasio.

Me rio, pero noto que me arde la cara. Me viene a la mente el cuerpo atlético de Fran, los abdominales marcados que sube cada lunes sin falta, el corte de pelo perfecto que parece que se lo hacen con regla y cartabón, y su deportivo rojo que aparca en doble fila como si las normas fueran para los demás.

—Ya —digo, intentando parecer indiferente.

—Claro que sí. Deberías invitarlo. Al fin y al cabo, terminó el Instituto sólo hace dos años. Todos los profesores lo conocen. Además, los padres son amigos del director. Nadie te va a decir nada si lo traes de pareja.

Me reclino en la silla, cruzo las piernas y dejo que el sol me bañe la cara. Fran lo tiene todo. Guapo, interesante… y una madre que dirige la agencia de modelos más influyente de Andalucía. *Elite Sur*. He soñado con ese logo desde los catorce años. Cuando era pequeña y mi madre me llevaba al centro comercial, me paraba delante de los carteles gigantes de las modelos y pensaba: yo quiero estar ahí arriba. No para ser famosa, no solo para ser reconocida. Quiero que me miren y piensen “esa chica tiene algo que no se enseña”. Quiero caminar por una pasarela y que se pare el tiempo. Quiero que mi cara esté en las vallas de la avenida, que mi nombre suene en las reuniones de casting, que me digan “Nerea, date la vuelta, perfil izquierdo, perfecto”. Quiero que mi padre deje de

preguntarme “y tú qué vas a estudiar” y empiece a presumir de mí en las comidas familiares.

Porque ser modelo no es un capricho. Es la única cosa en la que soy realmente buena. Tengo las piernas largas, la cintura estrecha, los pómulos que mi abuela dice que son “de anuncio”. Mido un metro setenta y siete descalza, y cuando me pongo tacones llego al uno ochenta y cinco fácil. En las fotos no sonrío nunca del todo; sé cómo poner esa mirada que hace que la gente se quede mirando dos segundos más de lo normal. Y lo más importante: tengo hambre. Hambre de verdad. Del tipo que no se sacia con una tapa de ensaladilla y un “bueno, ya veremos”.

Eva me saca de mis pensamientos chasqueando los dedos delante de mi cara.

—Tierra llamando a Nerea. ¿Estás dentro o qué?

—¿Dentro de qué?

—De liarte con Fran y, de paso, colarte en *Elite Sur*. Su madre está buscando caras nuevas constantemente, ¿lo sabías? Me lo dijo Claudia, que está con el hijo del fotógrafo. Si vas del brazo de Fran a la graduación, te fichan seguro. Es matemática de primero de Primaria.

Miro hacia el otro lado del patio. Mateo, el rarito de la clase, está sentado en las escaleras, con la mochila entre las piernas, leyendo un libro como si el mundo se estuviera acabando. Levanta la vista un segundo, me ve, y aparta la mirada tan rápido que casi se le cae el libro. Pobre. Lleva enamorado de mí desde tercero de la ESO y aún cree que no me he enterado.

—¿Y si digo que no? —pregunto, más para mí que para Eva.

—¿Estás loca? —baja la voz y se acerca tanto que huelo su chicle de fresa—. Nerea, esto no es un “a ver si cuela”. Esto es la puerta. La puerta de verdad. Fran está colado por ti desde que le diste un beso en la fiesta para recaudar fondos para el viaje de fin de curso. Solo tienes que chasquear los dedos.

Me muerdo el labio. Sé que tiene razón. Fran me mira en los partidos de baloncesto como si yo fuera el marcador. Me escribe “qué tal” cada dos por tres y siempre encuentra una excusa para pasar por la puerta del colegio “de casualidad” a la hora de salir. Es fácil. Demasiado fácil.

—¿Y si solo quiero ir con alguien que me guste de verdad? —pregunto, y mi voz suena más débil de lo que esperaba.

Eva pone los ojos en blanco.

—Por favor. El amor de verdad no paga campañas en Bali. Ni viajes a Milán. Ni portadas. El amor de verdad está muy bien para Instagram, pero no te abre puertas. Fran sí. Además, no hay nadie en nuestro curso que merezca siquiera que pierdas un minuto por él.

Me quedo callada. El sol quema. En mi cabeza desfilan imágenes: yo en una pasarela de Nueva York, con un vestido imposible, flashes disparándose como metralla. Mi madre llorando de orgullo en primera fila. Mi nombre en neón. Mi cara anunciando un perfume que huela a éxito.

—¿Sabes qué es lo mejor? —continúa Eva, disfrutando—. Que ni siquiera tienes que acostarte con él si no quieres. Solo baila pegada a él una canción lenta, déjale que te coja de la cintura delante de su madre y listo. Te hace una prueba al día siguiente. Yo mataría por estar en tu lugar.

Miro mis piernas estiradas al sol. Son bonitas. Son perfectas. Son mi billete.

—¿Y si me arrepiento? —susurro.

Eva se ríe, fuerte, como si le hubiera contado el chiste del año.

—Nerea, cariño, las tías como tú no se arrepienten. Las tías como tú logran sus objetivos.

El timbre suena. El patio se vacía. Yo me quedo un segundo más, mirando al cielo tan azul que duele.

Tengo dieciocho años, un vestido azul preparado en el armario y una decisión que me puede cambiar la vida.

—Pedro me ha invitado. Todavía no le he respondido… Fran quiere que vaya con él… Tampoco se lo he confirmado.

Las facciones de Eva se contraen en una mueca de puro horror.

—¿De verdad te planteas desperdiciar una noche de fiesta perfecta con Fran para ir con Pedro? ¡Si Pedro probablemente ni siquiera vaya! Y si lo hace, será un muermo. Llegará con un traje que le quedará grande y tratará de meterte mano. Yo porque ya he quedado con Gus, que si no invitaba yo a Fran.

—¿Serías capaz? —pregunto, aunque sé la respuesta.

Eva se encoge de hombros, pícara.

—No he firmado ningún compromiso de fidelidad. Ya sabes, Gus folla bien, pero supongo que Fran será un sueño… —su cara es pura malicia—. Es más, si no piensas invitarlo, lo haré yo. Y no bromeo. Si hace falta me los tiro a los dos. Juntos… No creo que pongan demasiadas pegas.

La veo venir. La conozco. Es capaz de eso y de mucho más.

De pronto me acuerdo de la fiesta de fin de curso del año pasado. Eva bebió tanto vodka con Red Bull que terminó subida a la mesa del catering, bailando sin zapatos y con el top subido hasta el sujetador. Luego se lio con Mario, el novio de Laura, delante de todo el mundo. Laura lloró en el baño durante dos horas y Eva se limitó a decir “pues que madure”. Al día siguiente colgó una foto en Facebook con Mario besándole el cuello y un: “Ups”. Laura no volvió a hablarle nunca más. Y Eva ni se inmutó.

—¡No! —casi grito.

—¿Por qué no? Si tú renuncias a él, yo aprovecharé la oportunidad.

Le pellizco el brazo, fuerte.

—Ni de coña. Iré con él —respiro hondo, como si estuviera firmando un contrato con sangre—. Cualquiera te lo deja a ti.

Eva aplaude, encantada.

—¡Esa es mi chica! Sabía que entrarías en razón. —Se inclina hacia delante con los ojos brillando—. Ahora cuéntamelo todo. ¿Qué te vas a poner para esa noche…?

—El vestido de color azul —digo, y siento que ya no hay vuelta atrás—. El de escote *halter* y la espalda descubierta, el que se abre por el lateral cuando camino. Con las sandalias doradas de tacón de aguja. Creo que llevaré el pelo suelto…Maquillaje natural, pero con el eyeliner bien marcado. Labios rojos...

Eva silba.

—Joder, Nerea. Vas a matarlo. Literalmente. Su madre te va a fichar en cuanto te vea entrar del brazo de su niño bonito

— Es que… no sé. A veces pienso que salir con Fran es como si estuviese vendiendo algo de mí. No sé el qué.

Eva pone los ojos en blanco.

—Estás vendiendo una oportunidad, idiota. Y te estás comprando un futuro. No seas tonta. Además —se acerca, baja la voz—, cualquiera querría estar en tú lugar. Es guapo a rabiar, la pasta le sale por las orejas y tiene una madre poderosa, un Audi deportivo… Joder, tía vaya esfuerzo que vas a hacer…

Miro por la ventana. El sol quema. En una semana será la fiesta. En una semana caminaré del brazo de Fran delante de todo el mundo. En una semana su madre me mirará y decidirá si soy material de portada o no.

Y yo sonreiré, bailaré, dejaré que me coja de la cintura y fingiré que no me importa que sea todo calculado. Porque necesito ser modelo, y las modelos no se enamoran. Las modelos ganan. Y yo tengo muy claro voy a ganar, aunque tenga que abrirme de piernas para conseguirlo.

—¿Y tú? —pregunto, todavía con la risa a medio salir.

Eva se muerde el labio inferior, fingiendo que lo piensa, aunque las dos sabemos que ya tiene la decisión tomada desde hace semanas.

—Tengo dos opciones. Un increíble vestido corto negro. Con transparencias estratégicas. O el plateado de lentejuelas “efecto metal” que llevé el otro día a la fiesta del “Tomás y Valiente”. Ese que casi deja que se me salgan las tetas al bailar. Y dudo si llevar el conjunto de ropa interior de La Perla o directamente sin nada por debajo…

—¡Madre mía! ¡Serías capaz!

—Sabes que sí. Lo que se van a comer los gusanos… —se encoge de hombros con esa sonrisa suya que siempre parece decir “el mundo es mío y lo sé”.

—No te pases… No vaya a ser que los profesores te impidan la entrada al Salón de Actos. Es un evento elegante, no una pasarela de vestidos de pendón.

Estallamos en carcajadas, de esas que hacen que la gente de las mesas de al lado nos mire con cara de “qué pesadas”. Pero nos da igual. Ambas sabemos que esa noche será especial, y todas queremos estar preciosas y ser el centro de atención de todas las miradas. Queremos que nos recuerden para siempre como las que brillaron más fuerte antes de desaparecer en la vorágine de la Universidad.

Sin terminar de reírnos, siento un golpecito en el hombro.

Me doy la vuelta. Es Andrea, que viste una camiseta ajustada de color rojo desteñido bien apretada para que se le marquen los pezones, una minifalda vaquera deshilachada y botas camperas rojas. Lleva el pelo recogido en una coleta alta que se mueve como un látigo cada vez que gira la cabeza. Viene con Natalia, que es la más tímida de las cuatro.

—Hola zorras. Hablando de la graduación, ¿verdad? —dice sentándose a nuestro lado sin pedir permiso, como siempre.

—Sí —le digo—. ¿Con quién irás tú?

—Ni puta idea. Sola, seguramente. Algo encontraré allí.

—¡¡Pídeselo a Mateo!! —suelta Eva, y estalla de nuevo en una carcajada tan fuerte que casi se le cae el refresco.

—¡No jodas! Es una fiesta, no un funeral.

—No seas cabrona —intervengo, bajando un poco la voz y mirando hacia la mesa del fondo, donde Mateo está sentado solo con un libro abierto delante. Desde aquí veo que no ha tocado la comida; solo levanta la vista cada diez segundos hacia nuestra mesa. Le tiembla el labio inferior, como siempre que sabe que hablamos de él—. Es buen tío…

—Sí. Un tío cojonudo, pero ni loca iría con él. Mi reputación quedaría por los suelos si lo hiciera.

Andrea pone los ojos en blanco tan fuerte que casi se le ven las pupilas por detrás.

—Vamos a ver, Nerea, con todos mis respetos: Mateo es un empollón de manual. Lleva las camisas que le compra su madre en El Corte Inglés de la sección “señor de sesenta años”, los pantalones siempre un poco altos y los zapatos marrones que parecen de cuero de sofá. Se pasa los recreos leyendo libros de física o volviendo a hacer exámenes de otros años por si acaso... El otro día le pidió a la profe de mates que le pusiera un ejercicio extra “para practicar”. ¿Quién hace eso? ¿Quién?

Eva se parte.

—Y encima lleva gafas de pasta que parecen sacadas del baúl de su abuelo. Y el pelo… Dios, parece que se lo corta él mismo con las tijeras de la cocina.

—Vale, sí, pero es un buen tío —insisto, aunque sé que estoy perdiendo la batalla—. Siempre te presta los apuntes. Y el año pasado, cuando me puse mala antes del examen de mate, me los pasó completos y hasta me explicó varios temas que tenía muy verdes.

Andrea se inclina hacia mí, como si fuera a contarme un secreto de estado.

—Nerea, cariño, los apuntes no follan. Y los buenos chicos como Mateo no te llevan a Milán en jet privado. Nosotras somos las populares, ¿te acuerdas? Las que deciden quién entra y quién se queda fuera. Las que tienen diez mil seguidores en Instagram y reciben cien mensajes cada vez que subimos una historia. Mateo pertenece a otro planeta. Un planeta donde la gente se emociona con los documentales de La 2 y lleva calcetines hasta la rodilla.

Miro otra vez hacia él. Está intentando disimular que no nos mira, pero se le nota tanto que casi me da pena. Tiene las mejillas coloradas y los dedos apretando el borde del libro como si fuera un salvavidas. Sé que lleva enamorado de mí desde cuarto de la ESO. Sé que guarda la foto que nos hicimos en la excursión a Doñana en la funda del móvil. Sé que el año pasado escribió mi nombre en la esquina de su estuche con rotulador permanente y luego intentó borrarlo con típex.

Eva sigue, sin piedad.

—Y encima, ¿os acordáis de la fiesta de Halloween del año pasado? Vino disfrazado de Albert Einstein. Con la peluca blanca y todo. ¡Einstein! Mientras nosotras íbamos de ángeles negros y demonios sexys, él iba con una bata de laboratorio.

Todas nos reímos, aunque a mí la risa me sale un poco forzada. Sé que Mateo es buen tío, y no me gusta reírme de él.

—Es inofensivo —murmuro.

—Y por eso mismo no sirve —sentencia Andrea—. Mira, yo quiero un tío que me haga sentir que estoy en lo más alto del mundo, no que me recuerde que hay gente que colecciona sellos. Mateo es el típico que te escribe cartas a mano y te lleva flores que ha cogido del parque. Yo quiero que me lleven en coche deportivo, que me saquen fotos en yates y que me

presenten a gente que importa. No quiero acabar en una cena familiar hablando de la teoría de la relatividad.

Eva asiente, muy seria de repente.

—Además, imagina la foto de graduación. Tú con ese vestido azul que te queda como un sueño, y al lado… Mateo con su traje de comunión reciclado y la corbata de clip. La gente pensaría que vas con tu primo pequeño. O peor, con tu tutor de repaso.

Me muerdo el labio. Sé que tienen razón. En el fondo siempre lo he sabido. Mateo y yo vivimos en galaxias distintas. Él es la nota de 9,8 de la que nunca presume. Yo soy la que saca suficiente y lo celebra como si fuera un diez. Él es el que se queda después de clase ayudando a la profesora de turno a recoger. Yo soy la que se escapa al baño para retocarse el maquillaje. Él es silencio y biblioteca. Yo soy ruido y focos.

Y, aun así, cuando lo miro ahora, encogido en su silla, con los hombros hundidos y los ojos tristes de cachorro abandonado, siento algo que se parece demasiado a la culpa.

—¿Y si le dais una oportunidad? —pregunto.

Eva y Andrea se miran. Luego me miran a mí.

—¿Estás loca? —dice Eva—. Nerea, tú eres la reina de este instituto. La que decide. La que todos quieren. No puedes bajar el nivel por… por caridad. Eso es lo que hacen las chicas normales. Nosotras no somos normales.

Natalia me coge la mano por encima de la mesa.

—Mira, si tanto te importa, sácale a bailar una lenta al final de la noche, cuando ya estés borracha y Fran te haya dejado plantada para hablar de negocios con su madre. Pero no lo lleves de pareja oficial. Eso sería socialmente suicida.

Suspiro. Sé que no van a ceder. Y en el fondo sé que yo tampoco quiero ceder. Porque tengo un vestido que cuesta más que el sueldo mensual de la madre de Mateo. Porque tengo una

cita con el *“Ken”* del colegio. Porque he pasado años construyendo esta versión de mí misma que brilla, que no pide permiso, que no se conforma con ser maja.

Y Mateo… Mateo nunca podrá aspirar a algo así.

—Vale —digo al fin—. No iremos con él.

Eva sonríe, triunfal.

—Esa es mi chica. Ahora vamos a lo importante: zapatos. ¿Louboutin o Jimmy Choo?

Y mientras ellas siguen hablando de tacones y transparencias, yo miro una última vez hacia la mesa del fondo. Mateo ha cerrado el libro. Me está mirando directamente. Y cuando nuestras miradas se cruzan, me dedica una sonrisa tímida, esperanzada, como si todavía creyera que hay una mínima posibilidad.

Le devuelvo una sonrisa pequeña, casi imperceptible. Luego aparto la vista. Porque me ha quedado claro, que esa noche no es para los buenos chicos.

Junio 2011. Fiesta de graduación

No sabría decir la de gente que se acumula alrededor de la entrada. Hay un mar de vestidos largos, esmóquines, risas nerviosas y flashes de móviles. Las chicas parecen recién salidas de la peluquería, con melenas perfectas y labios rojos que brillan bajo las luces del hotel. Los chicos están más elegantes que en cualquier boda a la que haya ido nunca: pajaritas, corbatas, trajes a medida, relojes grandes y brillantes...

Yo camino del brazo de Fran.

Está como un tren. El esmoquin negro le queda cosido al cuerpo, la camisa blanca de cuello inglés impecable, el pelo peinado hacia atrás con ese toque desenfadado que solo consiguen los que tienen dinero para pagar a alguien que les haga parecer que no se han peinado. Huele a colonia cara y a éxito. Los dos lo hacemos. Me siento la reina del baile. Tal vez porque lo soy.

Entramos y, nada más cruzar la puerta, noto cómo todas las cabezas giran un milímetro. Las chicas me miran el vestido, luego a él, luego otra vez a mí, como calculando cuánto me ha costado estar aquí. Los chicos le dan palmadas en la espalda a Fran y le sonríen como diciendo “enhorabuena, tío”.

Bailamos la primera canción lenta pegados, muy pegados. Su mano baja por mi espalda desnuda, se detiene justo encima del culo, y luego sube otra vez. Cuando la música se acelera, sus dedos se deslizan por el lateral de mi vestido, rozándome el

pecho por encima de la tela. El chiffon es tan fino que siento sus yemas como si no llevara nada. Me aparto un poco, fingiendo pudor.

—Fran… aquí no —susurro, aunque mi voz suena más ronca de lo que pretendía.

Él sonríe de medio lado, esa sonrisa que sabe que funciona.

—Perdona, es que estás… joder, Nerea. Estás preciosa esta noche.

Salimos un momento al pasillo que da al parking. El aire fresco me golpea la piel caliente. Fran me coge de la cintura y me pega contra la pared, sin preguntar. Noto su aliento cálido y la humedad de sus labios cuando me besa.

—¿Vamos al coche un rato? Solo cinco minutos. El asiento trasero es amplio… —susurra contra mi cuello.

Me hago la ofendida, aparto su mano con suavidad.

—¿En serio? ¿Ya? Hombre, Fran. Ni siquiera hemos brindado por la graduación. Ten paciencia.

La verdad es que me lo follaría allí mismo, en el asiento trasero de su Audi rojo, con las piernas abiertas y el vestido subido hasta la cintura. Pero no. Regla número uno: nunca parecer una cualquiera. Ningún hombre que busca algo serio (o que tiene una madre que dirige una agencia de modelos) quiere una chica que se abre de piernas a la primera de cambio.

Fran levanta las manos en señal de rendición, pero sus ojos brillan con diversión.

—Te prometo que solo haremos lo que tú quieras y si surge. Si no te sientes cómoda, nos tomamos las copas, bailamos y nos vamos.

Miro sus labios. Miro sus manos. Miro el bulto que ya se le marca en los pantalones.

—Está bien. Empecemos por una copa.

Volvemos dentro. Pido un gin-tonic con mucho hielo. Él pide un whisky solo. Brindamos. Bebo. El alcohol me calienta la sangre y me afloja la lengua. A la segunda copa ya me río de cualquier tontería que dice. A la tercera, ya estoy sentada en un sofá alto, con las piernas cruzadas de forma que la abertura del vestido deja ver casi todo el muslo.

Se nos acercan amigos. Hugo, Javi, las gemelas de "B"… Todos saludan a Fran con efusividad, palmadas, abrazos de tíos. Las chicas le dan dos besos que duran demasiado, rozan sus labios contra la comisura de la boca de él y luego me miran a mí con esa sonrisa falsa de "qué guapa estás". ¡Serán zorras!

Fran me pasa un brazo por los hombros, posesivo. Yo me pego más a él, dejo que mi pecho roce su brazo "sin querer".

—¿Yo te gusto, Nerea? —pregunta de pronto, cuando nos quedamos un segundo solos.

Me hago la interesante, giro la copa entre los dedos.

—Sí, bueno… no sé. O sea, sí me gustas, pero no quiero que pienses que soy una chica fácil. No creo que sea apropiado para una primera cita —digo con mi mejor tono de niña buena, bajando la mirada.

Él se ríe con una risa baja, se acerca hasta que su aliento me hace cosquillas en la oreja.

—Eso me ha dolido, tú a mí sí me gustas de verdad.

Termino la tercera copa de un trago. El hielo me quema la garganta. Lo miro a los ojos. Estamos tan cerca que veo el reflejo de las luces en sus pupilas.

—¿De verdad de la buena? —pregunto, ya con la voz más suave, más peligrosa.

—Joder, Nerea… Llevo dos años soñando con tenerte así de cerca. Dos putos años.

Me muerdo el labio. Sé exactamente lo que quiere ahora, y yo también lo deseo.

—¿Y qué has soñado exactamente? —pregunto, inclinándome un poco hacia delante. El escote del vestido se abre lo justo para que vea que no llevo sujetador.

Él traga saliva.

—He soñado con besarte hasta que te falte el aire. Con meterte mano debajo de ese vestido que me está volviendo loco desde que te vi. Con bajarte las bragas con los dientes y comerte entera.

El calor me sube desde el estómago hasta la cara.

—¿Y qué más? —susurro, cruzando las piernas despacio, de forma que la tela se abra un poco más. La abertura llega ya casi hasta la cadera.

—Te lo haría contra el capó del coche, con la falda subida y las piernas alrededor de mi cintura.

Me río, pero es una risa nerviosa, caliente.

—Qué boca tan sucia tienes… No se le hace eso a una chica decente.

—Tú todavía no has visto nada —contesta, y su mano ya está en mi rodilla, subiendo lentamente por el muslo—. Dime que pare y paro. Pero si no… voy a seguir subiendo ...

Su mano llega al borde de mi tanga. Roza la tela con el pulgar. Estoy empapada. Lo sé. Él lo sabe.

—¿Aquí? ¿No pensarás en serio que…? —pregunto, mirando alrededor.

—Aquí no. Pero en el coche… en el coche sí. Te prometo que nadie nos verá. Las lunas están tintadas.

Me inclino hacia él, rozo sus labios con los míos sin llegar a besarlo.

—¿Y si alguien nos pilla?

—Que miren.

Me río contra su boca.

—Eres un creído.

—Y tú estás chorreando, Nerea. Puedo olerte desde aquí.

Me muerdo el labio tan fuerte que casi me hago sangre.

—Llévame al coche —susurro.

Él sonríe como el diablo que es.

—Pensaba que nunca me lo ibas a pedir.

Nos levantamos. Camino delante de él, contoneándome, sabiendo que me mira el culo con cada paso. El vestido se mueve como agua alrededor de mis piernas. Siento su mirada quemándome la espalda.

Salimos al parking. El aire de la noche es fresco, pero yo estoy ardiendo. Fran abre la puerta trasera del Audi con el mando. Me meto dentro. Él entra detrás y cierra de un portazo.

En dos segundos tengo su boca encima de la mía, su lengua dentro, sus manos por todas partes. Me sube el vestido hasta la cintura. Me baja el tanga hasta los tobillos de un tirón.

De nuevo un ataque de cordura, o de falsa decencia. No sé cuál de las dos cosas es, pero de pronto me veo a mí misma desde fuera del coche: sentada en el asiento trasero de un Audi, con el vestido subido hasta los muslos, el tanga en los tobillos y la respiración acelerada. Y algo dentro de mí grita “¡PARA!”.

—No —digo de pronto, apartándome—. No quiero hacerlo en el coche.

Fran se queda congelado, con la mano todavía en mi cintura.

—¿Qué? —pregunta, como si no hubiera entendido bien.

—Es cutre —continúo, bajándome el vestido con manos temblorosas—. Esta noche no quiero echar un polvo de cualquier manera. No aquí, ni así.

Soy consciente de que soy una auténtica calientapollas. Lo he calentado durante tres horas, le he metido la lengua hasta la

garganta, le he acompañado al coche y ahora le digo que no. Pero funciona. Siempre funciona.

—¿Pero… no lo entiendo? ¿Es que no me quieres? —Sus palabras me parecen insignificantes y frágiles saliendo de su boca. El Fran seguro de sí mismo, el que siempre tiene una respuesta, ahora parece un niño al que le han quitado el juguete con el que lleva soñando todo el día.

Tardo un rato en contestarle. Se escuchan jadeos en el parking: un coche a dos plazas más allá se mueve rítmicamente, alguien gime fuerte desde el otro lado del muro, una chica ríe escandalosamente. El mundo parece estar follando a nuestro alrededor mientras yo recompongo mi dignidad.

—Sí me gustas. Mucho. —digo al fin—. Quiero decir, que sí me gustas, pero no para llegar a esto en el asiento de atrás de un coche.

—Dios —masculla Fran mientras se aparta, guardándose la erección con cara de dolor—. Los gin-tonics me borbotean en el estómago. ¿Preferirías que subiésemos a una habitación? —El tono es casi una súplica.

¡Bingo!

—¡Eso es otra cosa! —exclamo, fingiendo alivio, como si él acabara de resolverme la vida.

Fran sonríe aliviado, los ojos brillantes de esperanza renovada.

—Eres la chica más maravillosa que he conocido, Nerea. De verdad. Si quieres una habitación, la tendremos. Podemos subir, pedir algo al servicio de habitaciones, poner música… lo que tú quieras.

—Quiero que me respetes, Fran —digo, mirándolo a los ojos con mi mejor cara de niña buena.

—¿De qué estás hablando? —pregunta indignado, como si le hubiera acusado de algo horrible—. ¡Yo te respeto muchísimo! Me importas.

Siento que lo tengo exactamente donde quería: comiendo de mi mano, dispuesto a todo con tal de no perder la posibilidad.

—Yo te respeto —repite, casi desesperado—. Solo quiero… demostrarte lo que siento.

—Es que intento ser cuidadosa con el sexo —continúo, bajando la voz hasta convertirla en un susurro íntimo—. Es importante para mí. Quiero hacerlo en el momento apropiado con la persona apropiada. Y me parece que echar un polvo rápido en la graduación no es la manera.

Fran se queda callado un segundo. Luego, con una mezcla de ternura y sorpresa genuina, pregunta:

—¿Eres virgen?

La cara que pone es un poema. Los ojos abiertos como platos, la boca entreabierta. Siento que acabo de ganar un millón de puntos.

—Más o menos… —respondo, mordiéndome el labio y mirando al suelo.

—¿Y eso qué coño significa? —La cara le ha cambiado de repente: ya no es el tío que iba a follarme en el coche, es alguien que de pronto siente que está tocando algo frágil y valioso.

—Pues que nunca he estado con un chico… pero no tengo himen —digo, y dejo que se me quiebre un poco la voz. Es lo primero que se me ocurre y suena tan convincente que casi me lo creo yo misma—. Verás… cuando tenía quince años me tuvieron que operar de un quiste ovárico. Era bastante grande y… bueno, el ginecólogo no tuvo más remedio que… —bajo los ojos, fingiendo vergüenza—. Tuve que usar dilatadores durante meses para que no se me cerrara todo. Así que técnicamente… no soy virgen, pero nunca he estado con nadie. Nadie de verdad.

Silencio.

Fran me mira como si acabara de descubrir que soy una preciosa figura de cristal de Murano.

—Joder, Nerea… —susurra al fin—. No tenía ni idea. Lo siento muchísimo. Yo… yo pensaba que tú… bueno, que habías estado con alguien.

Niego con la cabeza, muy digna, muy frágil.

—No. Nunca he querido. Hasta ahora.

Él traga saliva. Se le ve perdido, emocionado, culpable, excitado… todo a la vez.

—En ese caso, entiendo que no quieras. Pero me gustaría que supieras que me harías el tío más feliz del mundo. Y que tienes todo mi respeto. Todo.

Me acerco un poco, le cojo la mano.

—No quiero que pienses que te estoy utilizando o jugando contigo —enfatizo poniendo mi mejor cara de ángel—. Solo… necesito sentir que mi primera vez es especial. Que no soy una más.

—¡Nunca serías una más! —dice casi en una súplica—. Nerea, mírame. Llevo dos putos años loco por ti. Dos años queriendo que llegase este momento. Esta noche… esta noche ha sido como un sueño. Y si quieres que sea especial, lo será. Te lo juro.

Sonrío, suave, y le doy un beso en la comisura de los labios. Casto. Perfecto.

—Entonces subamos a la habitación —susurro—. Pero sin prisas. Solo… quiero estar contigo. Abrazarte. Que me abraces. Que hablemos. Que me beses despacio. El resto… ya llegará cuando los dos estemos preparados.

Fran asiente como un perrito al que le prometen un hueso gigante.

—Como tú quieras. Todo lo que tú quieras.

Salimos del coche. Me subo el tanga disimuladamente, me bajo el vestido, me paso los dedos por el pelo. Él me coge de la mano como si fuéramos una pareja de verdad. Caminamos hacia el ascensor del hotel como si fuéramos a nuestra noche de bodas.

Y mientras subimos en silencio, con su mano temblando un poco dentro de la mía, pienso:

“Acabo de convertir un polvo seguro en una declaración de amor eterno”.

Y sonrío.

Porque ahora mismo, Fran no solo quiere follarme. Quiere adorarme. Y eso, queridas, vale mucho más que un polvo rápido en el asiento trasero de un coche, por bueno que éste sea.

Subimos en el ascensor en silencio, pero es un silencio cargado, como si el aire pesara más. Fran no deja de mirarme de reojo, como si temiera que fuese a desaparecer. Cuando la puerta de la habitación 512 se cierra detrás de nosotros, me invade el olor a limpio, a sábanas caras y a esa luz tenue de hotel de lujo que lo vuelve todo más íntimo. Miro a mi alrededor. Todo es perfecto, incluso la terraza tiene vistas a la playa.

Él enciende solo una lámpara de pie. La luz dorada cae sobre la enorme cama y sobre mí. Me quedo de pie en el centro, con el vestido todavía perfecto, los tacones puestos y el corazón latiéndome a toda velocidad.

Fran se quita la chaqueta del esmoquin, la deja caer sobre la butaca. Se acerca despacio, como quien se acerca a un animal que puede salir corriendo.

—Ven aquí —susurra.

Me coge por la cintura y me gira de espaldas. Sus dedos encuentran la cremallera invisible del vestido. Baja el cierre centímetro a centímetro, con una lentitud que me eriza la piel. El vestido se abre como una flor. El aire fresco del aire

acondicionado me besa la espalda desnuda. Trago saliva. Estoy nerviosa y expectante.

Entonces empieza lo bueno…

Unas manos cálidas y grandes me atraen, y enseguida sus labios húmedos me empiezan a besar. Huele muy bien.

Después, me desata el nudo del vestido que se desliza hasta mis pies.

—Eres la chica más sexy que conozco —me dice.

Me acaricia despacio y realmente percibo su deseo contenido. Noto su respiración sobre mi espalda, el roce de su lengua en mi cuello, en mis hombros. Sus manos saben lo que hacen, no titubean. Eso me gusta.

Quedo en tanga de encaje negro y nada más. Los tacones me hacen arquear la espalda, me alargan las piernas hasta el infinito. Fran me gira de nuevo para verme de frente. Sus ojos recorren cada centímetro como si quisiera memorizarme.

De pronto saca el móvil del bolsillo.

—Quiero hacerte unas fotos —dice, casi en un susurro—. Solo para mí. Para inmortalizar este momento. Eres la chica más perfecta que he visto en mi vida.

Me quedo helada.

—¿Estás de coña? ¿Acaso crees que soy gilipollas?

—No, en serio —se acerca un paso, con el móvil en la mano—. Si no te gustan, las borro. Te lo juro por lo que quieras. Pero mírate. La luz, tu piel, ese contraste del encaje negro con el azul del vestido en el suelo… es una obra maestra. Y tú quieres ser modelo, ¿verdad? Una modelo de verdad no le tiene miedo a su propio cuerpo.

Me muerdo el labio. Tiene razón. Y no la tiene. Pero la idea de que me fotografíe desnuda me acelera el pulso de una forma peligrosa.

—Solo un par —digo al fin—. Y si veo que me siento incómoda, paras. Y si esas fotos trascienden, te mato. Prométeme que no se las enseñarás a nadie. Nunca.

—Tienes mi palabra —responde, y ya está levantando el móvil.

La luz lateral dibuja sombras suaves en mis pechos, en la curva de la cintura. El tanga apenas cubre nada; la tira negra se pierde entre mis nalgas. Me siento poderosa.

—Perfecta —susurra—. Ahora gira un poco el cuerpo… sí, así. Mira por encima del hombro.

Me da indicaciones con maestría. Se nota que está acostumbrado a trabajar con fotógrafos. Me pide que coloque la espalda ligeramente arqueada, con el pelo cayendo en cascada, por un lado. Los pechos se proyectan hacia delante, los pezones duros por el frío y por la excitación. Fran traga saliva.

—… ahora siéntate en la cama, con las piernas cruzadas.

Me siento en el borde. Cruzo las piernas despacio. Apoyo las manos detrás de mí, echo el pecho hacia adelante.

—Así, quédate así… inclina la cabeza un poco hacia atrás.

En la siguiente quiere el cuello expuesto, los labios entreabiertos y los ojos semicerrados. Parece una portada de revista. Me siento sexy, deseada, intocable y a la vez completamente expuesta.

Fran se acerca más.

—Quítate el tanga —susurra—. Solo un poco. No te voy a pedir que abras las piernas. Solo… quiero verte entera.

Dudo un segundo. Luego meto los pulgares por los lados y lo bajo lentamente hasta medio muslo. Quedo casi desnuda, solo con los tacones puestos. El tanga cuelga como una promesa rota. Doy gracias por haberme depilado esta mañana.

—Ahora túmbate boca arriba… sí, así. Eso es, los brazos por encima de la cabeza.

Me tumbo. El cabello se desparrama sobre la almohada blanca. Los pechos se elevan con cada respiración. Las piernas ligeramente abiertas, lo justo para que se intuya, pero no se vea del todo.

Fran respira fuerte.

—Rodéate un pecho con la mano… despacio.

Obedezco. Cojo mi pecho izquierdo, lo aprieto suavemente, paso el pulgar por el pezón. La sensación me recorre como un rayo. Gimo sin querer.

—Joder, Nerea… otra. Ahora la otra mano baja por el vientre… pero sin tocarte ahí. Solo hasta el ombligo.

Bajo la mano. Los dedos rozan la piel sensible justo encima del pubis. Me muerdo el labio. Estoy empapada. Lo sé. Él lo sabe.

—Ahora gírate. Boca abajo.

Me pongo boca abajo. Apoyo la mejilla en la sábana, arqueo la espalda, levanto un poco el culo. Los tacones hacen que las piernas se vean interminables. El tanga sigue a medio bajar, marcando la curva de las nalgas.

—Así… quédate así. Abre un poco las piernas.

Las abro apenas. Solo lo suficiente para que la luz dibuje la sombra entre mis muslos.

—Ahora mira atrás, por encima del hombro… sí, con esa cara de “ven a por mí”.

Miro. Mis ojos deben estar oscuros de deseo, porque Fran suelta un resoplido.

—Una más de rodillas en la cama, de espaldas a mí… pero mirando hacia atrás.

Me pongo de rodillas. Apoyo las manos en el colchón, arqueo la espalda hasta que el culo queda en alto. Giro la cabeza. El pelo me cae por un lado como una cortina rubia.

—Dios… eres lo más bonito que he visto nunca.

Se acerca, deja el móvil en la mesilla. Se arrodilla detrás de mí en la cama, sin tocarme aún.

—¿Puedo? —pregunta, la voz temblorosa.

Asiento. La sesión de fotos me ha excitado.

Sus manos recorren mi espalda, bajan hasta las nalgas, las aprietan suavemente. Luego suben otra vez. Me besa el omoplato, el cuello, la oreja.

—Estas fotos… nunca se las enseñaré a nadie —susurra—. Son solo mías. Tú eres solo mía esta noche.

Me giro, me tumbo boca arriba otra vez. Lo miro a los ojos.

—Haz una última —susurro—. Pero esta vez quiero que salgamos los dos.

Cojo el móvil, lo pongo en modo selfie. Me tumbo de lado, él se tumba detrás de mí, su pecho contra mi espalda desnuda. Su mano rodea mi cintura, se posa justo debajo del pecho. Mi cabeza apoyada en su brazo. Nuestros labios casi rozándose.

La foto es perfecta: yo desnuda salvo los tacones, él vestido de esmoquin, abrazándome como si fuera lo más valioso del mundo.

Bajo el móvil. Lo miro.

—Ahora bórralas todas menos esta —digo.

Fran sonríe, obedece sin discutir. Una a una, las va eliminando hasta que solo queda la última.

—La guardaré siempre —susurra—. Como prueba de que una noche fui el tío más afortunado del planeta.

Y entonces, por fin, me besa.

Esta vez no hay prisa.

Esta vez es lento, profundo, reverente.

Y yo, por primera vez en mucho tiempo, me siento exactamente donde quiero estar.

Me pasa fugazmente la mano entre las piernas. Me pide que me deje los tacones. Me hace tumbarme de espaldas en la cama. Mi excitación va en aumento y mi respiración se empieza a acelerar.

Sus manos empiezan a resbalar por mi cuerpo y recorren hábilmente mi espalda, mi cuello, mis costados… me hace cosquillas. Se nota que no soy la primera con la que se acuesta.

Cuando llega a mis nalgas se detiene un buen rato. Me toca el sexo por debajo, me acaricia los muslos por el interior…

—Confía en mí. Déjate llevar. Disfruta. Te va a gustar.

Me empieza a lamer la oreja tanto y tan bien que creo que me podría correr ya solo con eso. Luego me mordisquea el cuello.

—Más fuerte —le pido.

Pasa a la nuca… Me dan escalofríos. Recorre después con su lengua húmeda mi columna vertebral muy despacio hasta que llega a mi culo y me mete la lengua entre las nalgas. Doy un salto de sorpresa e incomodidad. Me da vergüenza… en cambio él parece perfectamente habituado; su lengua se abre camino con extrema habilidad y noto una sensación intensamente placentera

Su lengua busca mi punto de placer por delante. La sensación es de un deseo intenso y que me resulta conocido. Me siento cada vez más excitada.

Estoy tan caliente que siento como mi sexo se abre como una flor para recibirle. Primero entra muy poco a poco, con mucho cuidado, pero, como no me quejo, las embestidas se van haciendo más y más profundas y su polla va abriéndose camino dentro de mí. Es evidente que lo que le he dicho de mi virginidad le ha impactado, y se mueve lentamente cuidando cada movimiento para no hacerme daño. Ha funcionado.

Es cada vez más placentero.

—¿Te gusta?

Asiento en silencio, aunque trato de no ser demasiado escandalosa.

Tengo que reconocer que el tío folla como los ángeles, aunque tanta delicadeza me molesta. Quiero algo más. Tengo ganas de estallar, de que mi cuerpo se desintegre de placer. Sé que voy a correrme, pero esta noche quiero algo más. Estoy a punto de explotar y por fin lo hago, en un tremendo y violento orgasmo, uno de los más brutales que he tenido en mi vida, completamente diferente al resto. Mi cuerpo se rompe por dentro en mil pedazos y oigo y noto cómo él también se está corriendo.

Me quedo temblando sobre la cama. Apenas puedo moverme. Ha sido un orgasmo de puta madre, aunque sé que lo puede hacer mejor.

Tiene el pelo un poco despeinado, una sonrisa irresistible y mirada de malote, justo lo que es. Le miro con los ojos abiertos y nos reímos.

Me pide que espere un segundo, vuelve con una botella de cava helado y dos copas, como auténtico profesional de la seducción. Nos bebemos el espumoso mientras miramos la bahía. No puedo creer que me esté pasando a mí.

Sin embargo, aún no hemos acabado… O por lo menos espero que quiera más, porque yo lo estoy deseando. Pese a que le he mostrado a Fran mi cara más mojigata (la versión recatada, la que se sonroja y dice que es virgen), yo siempre he sabido exactamente lo que quiero. Y cómo conseguirlo.

Fran cree que ha sido el primero que me ha tocado de verdad. Que ha roto algo frágil y precioso, aunque no es exactamente así. Lo que ha roto es solo la ilusión que yo he querido venderle.

Sonrío. Porque esta noche he conseguido exactamente lo que quería: un polvo brutal, una declaración implícita de adoración eterna y la puerta de Elite Sur un poco más abierta.

Y nadie en el instituto sabrá jamás que la niña buena que llora en las películas y se sonroja cuando le dicen piropos… es la misma que se va a correr más veces esta noche gritando como una posesa, porque sigo queriendo más, y lo voy a conseguir.

Fran está tumbado boca arriba, con el brazo sobre los ojos, respirando todavía pesado. Yo me levanto despacio, y camino desnuda hasta el minibar. Sé el efecto que causaré en él. Me agacho para coger la botella de cava; sé que me está mirando con deseo. Me quedo ahí un segundo más de lo necesario, sintiendo el aire fresco en la piel y sabiendo que él está mirando.

Regreso a la cama con la botella en la mano. Me siento en el borde, de espaldas a él, y doy un sorbo muy lento, dejando que una gotita se me escape por la comisura del labio y resbale por el cuello hasta perderse entre mis pechos. Me limpio con el dorso de la mano, despacio, como si me diera vergüenza.

—¿Tienes sed? —pregunta él con la voz ronca.

—Un poco… —respondo casi en un susurro, sin girarme—. Es que… estoy nerviosa.

Me abrazo las rodillas, encogida, como una niña que no sabe qué hacer con su cuerpo. Me muerdo el labio, lo suelto, vuelvo a morderlo. Sé que está observando cada movimiento.

—¿Nerviosa por qué? —se incorpora un poco, apoyándose en los codos.

—Porque… no sé… todo esto es nuevo para mí —miento con voz temblorosa—. No estoy acostumbrada a… a que me miren así. A que me toquen así.

Me giro apenas, lo suficiente para que vea mis ojos grandes y asustados. Luego vuelvo a mirar al frente, como si me diera vergüenza sostenerle la mirada más de dos segundos.

—Ven aquí —dice, más suave.

Dudo. Me levanto, doy dos pasos hacia él, pero me quedo de pie al lado de la cama, retorciendo las sábanas entre los dedos.

—No sé si… si debería —susurro—. No quiero que pienses que soy… ya sabes.

—Nerea, nunca pensaría eso de ti.

Me acerco un poco más, hasta que mis rodillas rozan el colchón. Me quedo ahí, quieta, con la cabeza baja, el pelo cayéndome por delante de la cara. Dejo que el silencio pese.

Entonces, muy despacio, me siento en el borde otra vez, pero esta vez de lado, de cara a él. Apoyo una mano en la sábana, entre nosotros, como si necesitara una barrera. Con la otra me abrazo el cuerpo, como si tuviera frío.

—Tengo frío —miento.

Fran se incorpora del todo. Se sienta a mi lado, me pasa un brazo por los hombros con cuidado, como si fuera de cristal.

—¿Mejor?

Asiento. Apoyo la cabeza en su pecho, muy tímida, y dejo que mi mano descanse sobre su estómago, justo por encima de su pene. No me muevo. Solo respiro contra su piel, despacio, dejando que mi aliento le haga cosquillas.

Pasan unos segundos. Muevo los dedos un milímetro, rozándole el glande. Luego otro milímetro. Luego vuelvo a quedarme quieta, como si me hubiera arrepentido.

—Perdona… —susurro—. No sé si debería tocarte.

—Puedes tocarme todo lo que quieras —dice él, con la voz ya más grave.

Levanto la cabeza, lo miro con ojos de cervatillo.

—¿De verdad? ¿No te… molesta?

—No, tía. Me encanta.

Sonrío muy dulce, y vuelvo a bajar la vista. Esta vez mis dedos se aventuran un poco más abajo, rozando con cautela. Noto

cómo se endurece al instante. Me hago la sorprendida.

—Ay… perdona —digo, retirando la mano de golpe, como si hubiera tocado algo prohibido—. No querría…

—Tranquila —su voz ya tiembla—. Puedes seguir.

Dudo. Me muerdo el labio otra vez, fuerte. Luego, con mucha lentitud, vuelvo a posar la mano ahí, pero esta vez sin moverla, solo dejando que sienta el calor de mi palma.

—¿Así está bien? —pregunto en un hilo de voz.

—Perfecto.

Me acerco un poco más, hasta que mi pecho roza su brazo. No digo nada. Solo respiro más rápido, como si estuviera nerviosa de verdad.

Luego, muy despacio, me subo a la cama y me siento a horcajadas encima de él, pero sin apretar, solo rozando. Apoyo las manos en su pecho, como si necesitara apoyo.

—¿Puedo…? —pregunto, con voz de niña que pide permiso.

Fran ya no contesta con palabras. Solo gime.

Y yo, con la carita más inocente del mundo, empiezo a moverme despacio, apenas un balanceo, como si no supiera muy bien lo que estoy haciendo.

Pero sé exactamente lo que hago.

Y en menos de diez segundos él ya me ha agarrado de las caderas y me está follando como si le fuera la vida en ello.

La delicadeza se rompe de golpe.

Fran me da la vuelta sin aviso, me pone boca abajo sobre las sábanas revueltas. Su mano se clava en mi nuca, me presiona la cara contra la almohada. El otro brazo me levanta las caderas con brusquedad hasta dejarme de rodillas, el culo en alto, la espalda arqueada al límite.

Entra de una sola embestida, sin aviso, sin caricias previas. El golpe me sacude entera, me arranca un grito ahogado contra la

tela. No se detiene. Empieza a moverse con un ritmo feroz, profundo, cada golpe seco y brutal, como si quisiera partirme por la mitad. El sonido de su pelvis chocando contra mis nalgas retumba en la habitación, rápido, constante, animal.

Sus dedos se hunden en mis caderas, me marcan la carne. Tira de mí hacia atrás cada vez que él avanza, obligándome a recibirlo más hondo, más fuerte. El colchón cruje bajo nuestros pesos, la cabecera golpea la pared una y otra vez.

Siento su mano subir por mi espalda, enredarse en mi pelo, tirar con fuerza hasta arquearme más. Mi cuello queda expuesto, la garganta abierta. Su otra mano baja, rodea mi cintura y se clava entre mis piernas. Encuentra mi clítoris sin piedad, lo presiona, lo frota en círculos rápidos mientras sigue embistiéndome sin descanso.

El placer se vuelve dolor, el dolor se vuelve placer, todo se mezcla en una ola que me revuelve las entrañas. Mis piernas tiemblan, los muslos se abren más sin que yo lo decida. Me agarro a las sábanas, las retuerzo, las muerdo para no gritar demasiado alto.

Él acelera. El ritmo se vuelve salvaje, casi violento. Cada golpe me empuja hacia delante, me devuelve, me sacude. Siento cómo se hincha dentro de mí, cómo se acerca al límite. Su respiración es un gruñido bajo, continuo, animal. La mano que me sujetaba el pelo baja a mi garganta, aprieta justo lo suficiente para que el aire me raspe, para que me maree.

Y entonces exploto.

El orgasmo me atraviesa como un rayo, me dobla, me rompe. Me corro tan fuerte que veo negro un segundo, los músculos se me contraen alrededor de él sin control. Él gime una última vez, se clava hasta el fondo y se vacía dentro de mí con un último golpe brutal que me deja temblando.

Se queda encima un instante, pesado, jadeante. Luego sale despacio, me da la vuelta como si fuera una muñeca rota y se

deja caer a mi lado.

Estoy destrozada, sudada, con la piel marcada por sus dedos, el pelo pegado a la cara, el aliento entrecortado.

Y, aun así, sonrío contra la almohada.

El aire aún huele a nosotros: a sudor salado, al perfume caro de él y al aroma dulce de mi piel. La luz de la lámpara de pie es tenue, dorada. Estoy tumbada de lado, la cabeza apoyada en su pecho desnudo, sintiendo el latido constante de su corazón bajo mi oreja. Su piel es suave, cálida, con ese bronceado uniforme que solo se consigue con veranos en yates y cremas caras. Tiene el torso definido, no como un culturista, sino como alguien que va al gimnasio tres veces por semana, sale a correr a diario y come lo que quiere porque el metabolismo se lo perdona todo. Una fina línea de vello oscuro baja desde el ombligo hasta donde la sábana blanca apenas lo cubre, arrugada alrededor de sus caderas.

Mi cuerpo está pegado al suyo, mis piernas entrelazadas con las suyas, largas y musculosas, con las rodillas ligeramente flexionadas. Siento el calor de su muslo contra el mío, la curva de mi cadera rozando su pelvis. Tengo la piel erizada todavía, sensible después de lo que hemos hecho; cada roce me envía pequeñas descargas que me hacen morderme el labio. Mi pecho sube y baja contra su costado, los pezones aún endurecidos por el recuerdo de sus manos. El vestido azul está tirado en el suelo como una piel mudada, junto a su esmoquin negro y mi tanga de encaje. Ha sido una noche perfecta.

Fran pasa un dedo perezoso por mi espalda, trazando la curva de la columna vertebral desde la nuca hasta la base del culo. Es un toque ligero, casi distraído, pero me hace arquearme un poco, pegándome más a él. Inclina la cabeza y me besa la frente, los labios suaves y calientes contra mi piel húmeda.

—Estás pensativa —murmura, con voz ronca por el cansancio y la satisfacción—. ¿En qué piensas, Nerea?

Respiro hondo, sintiendo su aliento cálido en mi pelo. Su mano baja un poco más, roza la curva de mi nalga y se queda ahí, posesiva pero tierna. Levanto la cabeza para mirarlo: sus ojos castaños, medio cerrados, brillan con esa pereza que lo hace aún más guapo. El pelo revuelto, la mandíbula sombreada por una barba de un día que raspa cuando me besa el cuello.

—Pienso en el futuro —digo despacio, mi voz un susurro en la quietud de la habitación—. Quiero ser modelo, Fran. De verdad. No es un simple capricho, no quiero fotos para catálogos de Carrefour. Quiero algo grande, desfilar, portadas, campañas publicitarias importantes.

Él sonríe de medio lado, esa sonrisa que hace que se le marque un hoyuelo en la mejilla derecha. Su mano sube por mi espalda otra vez, me acaricia el omóplato con el pulgar.

—Ya lo sabes —responde—. Eres preciosa. Lo tienes todo para llegar a serlo. Eres alta, tienes un cuerpo perfecto…

Me incorporo un poco, apoyándome en el codo. La sábana resbala por mi pecho, dejando al aire un pezón que él mira un segundo antes de volver a mis ojos. Extiendo la mano y trazo la línea de su clavícula con la uña, ligera, apenas rozándole levemente.

—Tú puedes ayudarme —digo, y mi voz sale más suplicante de lo que pretendía—. Tu madre… Es la directora de Elite Sur. Es la agencia más grande de Andalucía. Si hablases con ella…

Fran suspira, pero no deja de sonreírme. Me coge la mano que lo acaricia y la besa en la palma, los labios húmedos y cálidos contra mi piel. Luego me tira hacia él, me besa la boca despacio, con esa languidez que hace que me derrita. Su lengua roza la mía un segundo, suave, antes de separarse.

—Claro que hablaré con ella —murmura contra mis labios—. Ahora mismo está buscando chicas jóvenes para un pase de modelos en Sevilla, y siempre está a la caza de nuevos talentos.

Me quedo quieta, con el corazón latiéndome fuerte. Él aprovecha para rodar un poco, colocándome debajo de él con cuidado. Su peso me presiona contra el colchón, agradable, sólido. Sus caderas contra las mías, su pecho aplastando mis pechos. Me besa el cuello, un beso húmedo justo bajo la oreja que me hace cerrar los ojos.

—Cinco diseñadores andaluces de la nueva generación van a organizar un desfile en uno de los pabellones de la Expo —continúa. Siento su aliento caliente contra mi piel—. Será un desfile importante, para promocionar la moda andaluza. Mi madre necesita caras nuevas, frescas, con ese toque andaluz. Tú eres perfecta.

Levanto las manos y las enredo en su pelo, tirando un poco para que levante la cabeza y me mire. Sus ojos están oscuros, dilatados todavía por el deseo. Le beso la comisura de la boca, y luego el labio inferior, mordisqueándolo suavemente.

—Por favor, ayúdame —suplico con la voz ronca—. Habla con ella, por favor.... Dile que soy buena, que aprendo rápido, que…

Fran me interrumpe con un beso más profundo, su lengua entrando en mi boca con esa urgencia que me hace arquear la espalda. Sus manos bajan por mis costados, rozan las costillas, se detienen en la curva de la cadera y aprietan, clavándome un poco las uñas. Me separo jadeando.

—Si no puedo ayudar a mi novia con su sueño… —dice con una risa baja—, apaga y vámonos.

Me quedo helada un segundo. Él lo nota, porque se incorpora un poco, apoyándose en los antebrazos, su pecho aún pegado al mío pero su cara a centímetros.

—¿Novia? —repito, y la palabra suena dulce en mi boca—. Eso suena muy bien.

Fran sonríe, con esa sonrisa de niño malo que me derrite. Baja la cabeza y me besa el cuello otra vez, esta vez más lentamente, lamiendo la piel justo donde el pulso late con

fuerza. Su mano derecha sube por mi muslo, roza la cara interna con los dedos, ligera como una pluma, haciendo que se me erice la piel.

—Claro que novia —murmura contra mi clavícula—. ¿Qué pensabas que eras? ¿Un polvo de graduación?

Me río, pero el sonido se convierte en un gemido cuando su mano se coloca entre mis piernas, rozando el pliegue donde el muslo se une al cuerpo. Levanto las caderas sin querer, buscando más contacto. Él se aparta un poco, juguetón, y me besa el pecho izquierdo, con la boca abierta alrededor del pezón y la lengua girando suavemente.

—Eres mi novia —dice entre beso y beso, bajando por el esternón—. Mi novia preciosa. Mi novia que va a ser modelo porque yo voy a hacer lo imposible para que lo sea.

Sus manos me abren las piernas despacio, sus dedos fuertes pero suaves en la cara interna de los muslos. Me besa el ombligo. Noto la lengua hundiéndose un segundo, y luego más abajo, el aliento caliente contra mi piel sensible. Cierro los ojos, sintiendo cómo el deseo sube otra vez, lento pero imparable.

—Fran… —susurro, enredando los dedos en su pelo—. ¿De verdad hablarás con ella?

Él levanta la cabeza, me mira desde abajo, los ojos oscuros y brillantes. Su mano derecha roza mi sexo, ligera, es un roce que me hace jadear.

—De verdad —promete—. Mañana mismo. Le diré que he encontrado a la chica perfecta. Joven, guapa. Que se mueve como una auténtica modelo experimentada. Déjame a mí.

Me besa ahí abajo, un beso suave que me hace arquear la espalda. Su lengua sale, roza el clítoris un segundo, y luego se aparta, torturador.

—Y si no te ficha para el desfile de Sevilla, la convenzo para cualquier otra cosa. Hay catálogos de moda, que tampoco es mala forma de empezar.

—Quiero desfilar…

Vuelve a besarme, esta vez más profundamente, con la boca abierta, y la lengua trabajando lenta, en círculos enroscándose en la mía. Mis caderas se mueven solas, buscando más. Él me sujeta con una mano en la cadera, la otra sube a mi pecho, y me pellizca el pezón con los dedos.

—Fran, por favor… —suplico.

Él se incorpora, se coloca entre mis piernas, su erección dura contra mi muslo. Me besa en la boca, profundamente, compartiendo mi propio sabor. Luego se separa un centímetro.

—Desfilarás. Eres mi novia —repite, como si saboreara la palabra—. Mi novia modelo.

Y entra despacio, centímetro a centímetro, llenándome. Nos movemos lentamente, esta vez, como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Sus caricias son suaves, sus besos infinitos. Y en ese momento, con su cuerpo cubriendo el mío, creo que todo es posible.

4. **Reconstrucción**

Noviembre de 2024

Abro los ojos y el mundo vuelve a ser blanco, frío, con este característico olor a desinfectante.

El pitido es más lento que antes, más tranquilo. Hay menos tubos. El dolor está ahí, pero es un dolor sordo, envuelto en algodón, como si alguien hubiera bajado el volumen de mi cuerpo.

Mi madre está sentada a mi derecha, con la misma ropa de hace… ¿días? ¿semanas? Tiene el pelo sucio, recogido en una coleta baja, y los ojos hinchados de llorar y de no dormir. Me coge la mano al instante.

—Cariño… ya estás despierta —susurra, y su voz se rompe—. Te han operado de la cadera. Hace seis horas. Ha salido todo bien, mi vida. Te han recompuesto la pelvis. Han tenido que utilizar placas, tornillos… pero lo han conseguido. Me dicen que la evolución será lenta, pero que todo va de acuerdo a lo previsto.

Intento hablar y solo sale un gemido. Ella me acerca un vaso de agua con una pajita. Bebo un sorbo. Me quema la garganta.

—Va a ser largo —continúa, acariciándome el pelo—. La recuperación será muy larga, pero vas a caminar otra vez. Te lo prometo.

Se abre la puerta. Entra un hombre mayor, con bata blanca y el pelo gris. Usa unas gafas pequeñas y algo anticuadas. A su lado aparece ese rostro que me resulta familiar. Es Mateo, pero no el Mateo del colegio.

Este Mateo lleva bata blanca también, y una placa que pone su nombre y que lo identifica como traumatólogo. Tiene el pelo más corto, ojeras, y una placa en el pecho que dice Dr. Mateo Ríos –

Traumatología. Parece cansado, serio, adulto. Diez años mayor que la última imagen que tengo de él.

Se acerca despacio. Mi madre se levanta para dejarle sitio.

—Hola, Nerea —dice con voz tranquila, profesional, pero noto que le tiembla un poco—. Soy el residente que ha estado en tu cirugía. El doctor Herrero —señala al hombre mayor— ha sido el cirujano principal. ¿Te acuerdas de mí?

Lo miro. Lo miro de verdad. Y sí me acuerdo.

Me acuerdo de él en el patio, con su pelo despeinado y sus camisas grandes. Me acuerdo de cómo me miraba cuando yo hablaba con Eva y Andrea. Me acuerdo de su sonrisa tímida cuando le devolvía los apuntes, o de sus miradas furtivas para observarme desde la distancia.

Pero no me acuerdo de casi nada más.

—¿Qué… qué año es? —pregunto con voz rota.

Mateo se sienta al borde de la cama, con cuidado de no mover el soporte de la pierna.

—2024. Noviembre.

Me quedo helada.

—La última cosa que recuerdo con claridad… es la fiesta de graduación. Teníamos dieciocho años. Tú… tú viniste solo. Yo fui con Fran.

Mi madre ahoga un sollozo. Mateo baja la mirada un segundo.

—Han pasado más de diez años, Nerea —dice el doctor Herrero con suavidad—. El accidente fue hace doce días. Un impacto lateral. El coche quedó completamente destrozado. Tuviste fractura de pelvis en mil pedazos, fracturas vertebrales por compresión, traumatismo craneoencefálico moderado… Estuviste en coma nueve días.

Miro mi cuerpo bajo la sábana. La pierna derecha está colocada en una férula enorme. Siento hierros, vendas, la sensación de

que algo dentro de mí está soldado con metal al rojo vivo.

—Vas a necesitar un centro de rehabilitación especializado —continúa Mateo—. Al menos seis meses, quizás más. Será necesaria una reeducación intensiva, tendrás que hacer fisioterapia a diario, trabajo en piscina para fortalecer toda la zona… Pero la médula está intacta. Eso es lo importante. Vas a volver a caminar.

Las lágrimas empiezan a caer sin que yo les haya dado permiso. No lloro con ruido; solo caen, calientes, rápidas.

—No me acuerdo de nada —susurro—. Tengo imágenes… como flashes. Un vestido azul. Un coche rojo. Luces de discoteca. Alguien gritando. Pero no… no sé quién soy ahora. No sé qué he hecho estos diez años. No sé si tengo pareja, trabajo, si… si alguien me espera fuera.

Mateo me coge la mano con cuidado. Su mano es grande, cálida, segura.

—No te preocupes por eso ahora —dice—. El cerebro hace cosas raras después de un golpe así. Se llama amnesia retrógrada parcial. Poco a poco irás recuperando. Es como un disco duro que se ha desfragmentado: los archivos están ahí, solo hay que volver a ordenarlos.

—¿Y si no vuelvo a recordar? —pregunto, y la voz se me quiebra del todo.

—Lo harás, créeme. Es posible que durante un tiempo mezcles recuerdos pasados con otros nuevos. Eso te va a tener algo desorientada, pero recordarás —responde, y por primera vez desde que entró, sonríe un poco. Esa misma sonrisa tímida de siempre—. Paso a paso. Todo el equipo va a estar aquí para ayudarte.

Mi madre llora en silencio al otro lado. Yo miro a Mateo y, por primera vez desde que desperté en este infierno blanco, siento algo parecido a una esperanza.

—¿Me prometes que no me vas a dejar sola? —pregunto como una niña.

—Te lo prometo —dice sin dudar—. No estás sola, Nerea. Nunca lo has estado.

Y aunque no recuerdo casi nada de mi vida, aunque mi cuerpo está dolorido, aunque el futuro parece una montaña imposible, en este momento, con su mano en la mía y su voz calmada, me permito creerle.

Mi madre se queda muy quieta, como si el aire se le hubiera congelado en los pulmones.

—Cariño… —empieza, y la voz le tiembla—. Los últimos recuerdos claros que tienes son de la fiesta de graduación… y dices que estabas saliendo con Fran, ¿verdad?

Asiento despacio. Me duele hasta el gesto.

—¿Seguimos juntos? —pregunto con un hilo de voz—. Fran y yo… ¿seguimos juntos?

Ella aprieta los labios. Mira a Mateo un segundo, como pidiendo auxilio, luego vuelve a mirarme a mí. Los ojos se le llenan de lágrimas otra vez.

—No, mi vida. No seguís juntos. Hace mucho de eso.

Trago saliva. Siento un vacío raro en el pecho, como si me faltara una parte importante del cuerpo.

—¿Y… qué pasó?

Mi madre se sienta más cerca, me coge las dos manos.

—Primero… ¿tú no recuerdas nada de lo que sucedió con las fotos?

—¿Qué fotos? —pregunto, y el corazón me da un vuelco.

Ella cierra los ojos un segundo, como si le doliera respirar. Mira a Mateo, que le hace un gesto para que continúe.

—Unas fotos… que se filtraron. Semanas después de la graduación. Fotos tuyas… muy íntimas. Con Fran. Él siempre

ha jurado que alguien las sacó de su móvil y las subió a un grupo de WhatsApp del instituto. Luego llegaron a las redes. Todo el mundo las vio. Fue… fue muy duro para ti. Lo fue para todos en casa. No me quiero ni acordar.

Me quedo helada. No tengo ni una imagen, ni un flash, ni una sensación. Nada.

—¿Y mi carrera de modelo? —pregunto casi sin voz—. Siempre quise ser modelo… ¿llegué a serlo?

Mi madre sonríe a medias, con tristeza.

—Sí, hija. Llegaste. Y bastante alto. Durante un tiempo fuiste portada de revistas, desfilaste en Madrid, en Barcelona… incluso hiciste una campaña grande en Milán. Pero… tu vida ha dado muchos tumbos, Nerea. Muchísimos. Has tenido épocas muy buenas y épocas muy malas. Has cambiado mucho. Has… has pasado por cosas muy duras.

Las lágrimas me caen sin control.

—Mamá… no me acuerdo de nada de eso. Ni de las fotos, ni del final de mi relación con Fran, ni de los desfiles, ni de quién soy ahora. Tengo treinta y un años y siento que tengo dieciocho y que me he perdido la mitad de mi vida.

Ella me abraza con cuidado de no mover los cables ni la pierna inmovilizada. Me besa la frente una y otra vez.

—Shhh… tranquila, mi niña. Vamos a recuperarlo todo. Paso a paso. Yo te voy a ayudar. Te voy a contar todo lo que necesites, cuando estés preparada. No estás sola, ¿vale? Nunca vas a estar sola en esto.

Miro a Mateo, que sigue de pie junto a la cama, callado, con cara de no saber dónde meterse.

—¿Tú también lo sabes todo? —le pregunto.

Él asiente despacio.

—Parte sí. Éramos… éramos casi amigos. Después del instituto seguimos en contacto de vez en cuando. Sé lo suficiente,

aunque no todo. Es posible que yo sepa algunas cosas que tú madre no conozca, y habrá otras que sepa ella y yo no, pero entre los dos te ayudaremos.

—¿Y era muy mala persona? —pregunto con miedo al recordar mi noche con Fran—. La Nerea de estos diez años… ¿era mala persona?

Mi madre me acaricia la mejilla.

—No, cariño. ¿Por qué dices eso? Eras una superviviente. Tomaste decisiones duras, a veces te equivocaste mucho, otras veces brillaste como nadie. Pero nunca fuiste mala. Solo… intentabas salir adelante en un mundo en el que todo se lograba a codazos.

Cierro los ojos. Me siento perdida en mi propia piel.

—Por favor —susurro—. Ayudadme a recordar quién soy. Aunque me duela. Aunque me odie cuando me lo contéis. Necesito saberlo.

Mi madre me besa la frente otra vez.

—Te lo prometo, mi vida. Poquito a poco. Sin prisa. Cuando estés más fuerte. Ahora solo tienes que curarte y descansar. Y no creo que tengas que preocuparte por odiarte. No eras mala persona.

Y aunque el miedo me come por dentro, me aferro a su mano como si fuera lo único real que me queda. Porque ahora mismo soy una página de diez años en blanco y alguien tiene que ayudarme a volver a escribirla.

Junio 2011

Llego a las puertas de Elite Sur a las 7:55 de la mañana, con el estómago revuelto y el corazón latiéndome fuera de control en la garganta. El edificio es un palacete rehabilitado en el centro de Málaga, en una calle peatonal cerca del centro: Una fachada impecable, balcones de hierro forjado negro. La puerta principal es de madera maciza con un aldabón de bronce que parece sacado de un palacio renacentista. Un discreto letrero plateado con el logo de la agencia —una E estilizada entrelazada con una S— anuncia que he llegado al lugar correcto. No hay escaparates chillones ni maniquíes en la entrada; solo elegancia contenida, como si el lujo y el glamour no necesitasen de neones para destacar.

Empujo la puerta y entro en un vestíbulo amplio, con suelo de mármol negro y blanco en damero, las paredes están pintadas en un gris perla suave y tiene un techo alto con molduras restauradas. Hay un mostrador en la recepción de acero mate, detrás del cual una chica joven, impecable en un traje sastre negro, me saluda con una sonrisa profesional. Es guapísima.

—Buenos días. ¿Nerea García? La señora Valenzuela la espera.

Asiento, intentando que no se me note el nerviosismo. Me indica un ascensor antiguo con rejilla metálica que sube al segundo piso. El trayecto es corto, pero me da tiempo a mirarme en el espejo interior de la cajita del maquillaje: llevo un vestido negro sencillo pero ceñido, tacones altos que me hacen unas piernas bonitas y el pelo suelto. He preferido no abusar del maquillaje, buscando un efecto sutil. Mi book bajo el brazo, el mismo que preparé con tanto cuidado, aunque sé que es el de una aficionada.

El ascensor se abre directamente a un pasillo amplio con suelo de parqué oscuro y paredes cubiertas de fotografías enmarcadas en blanco y negro: modelos icónicas de la agencia en portadas de Vogue España, Elle, Harper's Bazaar. Reconozco algunas caras: chicas que salieron de Andalucía y terminaron en París o Nueva York. Hay fotos de desfiles en la Semana de la Moda de Madrid, campañas para firmas de lujo, y un par de retratos de Verónica misma en sus años de modelo, posando con diseñadores famosos. Todo respira éxito, poder y una frialdad calculada.

Al fondo, una puerta doble de cristal esmerilado con el nombre VERÓNICA VALENZUELA – DIRECTORA en letras plateadas. La secretaria, una mujer de unos cuarenta años con un moño perfecto y un perfecto traje entallado de color gris perla, me hace pasar mostrándome una sonrisa medida.

El despacho de Verónica es exactamente lo que imaginaba de una mujer como ella: grande, luminoso gracias a dos ventanales que dan a un patio interior con naranjos, pero austero en su lujo. Las paredes son de un blanco impoluto, salvo una de ellas, que está dedicada a mostrar más fotografías: portadas antiguas de revistas donde aparece ella misma en los ochenta y noventa, con ese porte altivo que aún conserva; fotos de desfiles históricos en Sevilla, Madrid, París; y un par de premios enmarcados —uno de la Cámara de Comercio de Andalucía por su contribución a la moda local, otro de una asociación de mujeres empresarias. No hay fotos familiares. Nada personal. Solo éxito profesional expuesto como trofeos.

El escritorio es una pieza monumental de madera de caoba oscura, con superficie de cristal que protege un *blotter* de cuero negro. Encima, orden perfecto: un iMac grande con pantalla apagada, un teléfono inalámbrico blanco, una agenda Moleskine cerrada y un vaso de cristal con agua y una rodaja de limón. Al lado, un montón ordenado de books y polaroids de posibles modelos. Detrás, una silla ergonómica de diseño italiano, tapizada en cuero negro.

Las otras paredes tienen estanterías bajas con muestras de telas de diseñadores colaboradores, catálogos encuadernados y algunos libros de fotografía de moda —Helmut Newton, Peter Lindbergh, Irving Penn… Un sofá largo de terciopelo gris oscuro y dos butacas a juego forman un rincón de reuniones. En la mesa baja, un centro con orquídeas blancas frescas, impecables. El aire huele a algo caro y discreto, quizá su perfume mezclado con un ambientador frío y elegante.

Y entonces la veo por primera vez.

Verónica está de pie junto al ventanal, de espaldas a mí cuando entro, hablando por teléfono en un tono bajo y autoritario. Cuelga sin despedirse, se gira y me mira de arriba abajo durante unos segundos que parecen una eternidad.

Es una mujer de unos cuarenta y cinco años que parecen treinta y cinco gracias a, la que supongo será una disciplina de hierro. Es alta, delgada, pero con presencia, con un cuerpo esculpido por años de trabajo y cuidado extremo. El pelo, negro azabache sin una cana, lo lleva en un corte moderno perfecto que le roza la mandíbula, con la raya al lado impecable. Tiene una piel tersa, bronceada justo lo necesario, maquillaje sutil pero experto: ojos ahumados en tonos neutros que resaltan sus ojos oscuros y penetrantes, labios en un rojo mate discreto.

Lleva un traje sastre negro de corte impecable —seguramente es un Chanel auténtico— con chaqueta entallada que marca una cintura que muchas de treinta envidiarían, y una falda lápiz hasta la rodilla. Debajo, una blusa de seda blanca con cuello alto y un lazo. Zapatos de salón negros con tacón medio, clásicos. Joyas mínimas pero caras: pendientes de perlas grandes, un reloj Cartier de oro en la muñeca izquierda y un anillo de diamante solitario en la derecha. Todo en ella grita glamour controlado, dinero y clase a raudales. Pero su expresión es seca, casi glacial: Me observa con sus ojos fríos. El rictus de su cara es severo, con los labios apretados, y una

ceja ligeramente arqueada, como si ya estuviera evaluándome y encontrándome insuficiente.

—Nerea … —dice, sin sonrisa, extendiendo la mano con un apretón firme y breve—. Siéntate.

Su voz es grave, con ese acento andaluz elegante que no deja lugar a dudas de quién manda. Me señala una de las butacas frente al escritorio. Ella se sienta en su trono de cuero, cruza las piernas con su elegancia innata y me mira fijamente. Pese a que soy más alta que ella, me siento diminuta. A eso contribuye que la butaca es más baja que su silla de escritorio.

—Mi hijo me ha hablado insistentemente de ti. Está muy interesado… Ha insistido mucho en que te diese una oportunidad —continúa, sin preámbulos, entrelazando los dedos sobre el cristal del escritorio—. Dice que tienes potencial. Enséñame el book que me has traído.

Le paso el sobre con manos que tiemblan ligeramente. Ella lo abre, hojea las fotos con expresión impasible, deteniéndose en algunas: la de los vaqueros, la de la playa, la de lencería. Arquea una ceja en una en la que salgo con un body rojo de lencería.

—Las fotografías están tomadas por amigos y fotógrafos aficionados. Ninguna es de un fotógrafo profesional. – me excuso.

—Eso es evidente. – responde secamente. —Tienes curvas —dice al fin, cerrando el book—. Eso vende en comercial, pero complica la alta costura. Las casas grandes quieren perchas, no mujeres.

El comentario me duele, pero mantengo la sonrisa.

—Fran dijo que hay un desfile en Sevilla…

Ella asiente, seca.

—Sí. Cinco diseñadores emergentes andaluces. Necesito caras nuevas, a ser posible, que sean chicas de por aquí, pero con

gancho. Si encajas, te puedo dar una oportunidad. Pero no te prometo nada. Aquí no hay favoritismos, ni siquiera por recomendación de mi hijo. Harás las pruebas como todas las demás chicas.

Se levanta, camina hasta el ventanal, de espaldas a mí. Su silueta contra la luz es imponente.

—Mira. Mañana a las diez en Sevilla haremos unas pruebas de ropa. Si las pasas, hablamos del contrato. Si no… hay muchas otras chicas esperando, aunque confío en que lo hagas.

Me despide con un gesto de la mano, sin mirarme.

Salgo del despacho con las piernas temblando, y con bastantes menos ilusiones que las que llevaba al entrar.

El sol de principios de verano ya quema pese a que es temprano. y la calle peatonal está empezando a llenarse de turistas con cámaras y malagueños que van al trabajo. Me siento mareada, no sé si por los nervios o por el calor que sube del adoquinado.

Y allí está mi amiga Eva, esperándome exactamente donde quedamos: apoyada en la pared de la fachada contraria, con un cigarro a medio consumir entre los dedos y las gafas de sol grandes cubriéndole media cara. Lleva un vestido corto blanco que le marca todo. Tiene el pelo recogido en una coleta deshecha y esa expresión de leve pasotismo con la que se mueve por la vida, como si relativizase todo lo que la rodea.

En cuanto me ve, tira el cigarro al suelo, lo aplasta con la sandalia y cruza la calle corriendo. Me abraza fuerte, tanto que casi me levanta del suelo. Huele a su perfume de siempre y a tabaco.

—¡Tía! ¿Qué tal? Cuéntamelo todo, no me dejes con la intriga —dice separándose un poco, pero sin soltarme los brazos.

Respiro hondo. El abrazo me ha calmado un poco, pero aún siento el frío de la mirada de Verónica clavado en la nuca.

—Ha sido… intensa —empiezo, y mi voz sale más temblorosa de lo que quiero—. Bastante borde, la verdad. Me ha mirado como si fuera un mueble que no encaja en su salón. Me ha dicho que tengo demasiadas curvas para alta costura. Que soy más para comerciales que para pasarela. Pero me ha dado una prueba mañana a las diez.

Eva abre los ojos como platos y vuelve a abrazarme, esta vez saltando un poco.

—¡Eso es que sí, joder! ¡Te ha dado una oportunidad! ¡Lo vas a conseguir, Nerea! Te lo juro por lo que más quiero. Vas a salir de esa prueba fichada.

Me río, pero es una risa nerviosa, y no del todo alegre. De hecho, siento que unas lágrimas pugnan por salir.

—No sé, Eva. Ha sido muy seca. Muy fría. Me ha mirado de arriba abajo como si ya estuviera decidiendo que no valgo. Y cuando le he dicho que Fran me había recomendado, ha arqueado una ceja como diciendo: “ya, la amiguita a la que se folla mi hijo”.

Eva me coge de la mano y empezamos a caminar hacia la plaza donde siempre nos sentamos a tomar algo cuando queremos estar tranquilas.

—Escúchame —dice seria, parándose en seco y obligándome a mirarla—. Que tengas curvas no va a ser un impedimento. Al contrario. La alta costura está llena de palos con peluca, sí, pero el mundo real quiere mujeres reales. Las marcas de bañadores, de lencería, de vaqueros, de perfumes… todas quieren chicas como tú. Con tetas, con culo, con cara de mujer que come y folla y vive. Tú eres eso. Tú vendes. Verónica lo sabe, por eso te ha dado la prueba.

Se me escapa una sonrisa de esperanza.

—¿De verdad lo crees?

—Claro que lo creo, idiota —dice dándome un golpecito en el brazo—. Me muero de envidia, ¿sabes? Yo con mi escaso

metro sesenta de altura, tetas de vaca lechera y mis caderas de cuadro de Rubens… Tú tienes un cuerpo que da ganas de tocar. Y cara de portada. Vas a llegar lejos, Nerea. Muy lejos.

Llegamos a la terraza del bar de siempre. Nos sentamos en la mesa de la esquina, la que da sombra. Eva pide dos cafés con hielo y un par de tostadas con tomate. Yo saco el móvil para llamar a Fran. Necesito oír su voz.

Marca tres tonos y contesta con ese tono alegre que me derrite.

—Ey, Nerea. ¿Qué tal ha ido la entrevista con mamá?

"¡Mamá, dice. Pero si parece *Cruella de Vil*…!" pienso.

Le cuento todo: la frialdad de Verónica, lo de las curvas excesivas, la prueba de mañana, y mis malas sensaciones. Se queda callado un segundo.

—Mi madre me ha llamado nada más salir tú —dice al fin—. Me ha dicho que no eres exactamente como te había descrito. Que esperaba alguien más… no sé, más "sofisticada". Pero que tienes presencia y que te dará la oportunidad de la prueba. Que, si la superas, te podría ofrecer algo.

Mis ilusiones, que habían subido con las palabras de Eva, empiezan a venirse abajo otra vez. Siento un nudo en la garganta.

—¿Y si no la paso? —pregunto en voz baja.

Fran suspira al otro lado.

—Pasarás. Eres la mejor. Y si no… yo moveré lo que haga falta. Te lo prometo. Hablaré con ella otra vez, le enseñaré más fotos tuyas, le diré que eres la imagen que necesita Élite Sur ahora mismo. No voy a dejar que mi novia no consiga lo que quiere.

Sonrío a pesar de todo.

—Tu madre ha sido muy seca conmigo, Fran. Me ha mirado como si fuera una intrusa.

Él suelta una carcajada cómplice.

—Mi madre es seca con todo el mundo. Es su forma de ser. No te lo tomes como algo personal. Ella no muestra sus emociones, pero si te ha dado la prueba es porque algo ha visto. Confía en mí.

Eva, que ha oído toda la conversación porque tengo el móvil con el altavoz, me guiña un ojo y levanta el pulgar.

—Además —continúa Fran—, yo te acompañaré a hacer la prueba. Estaré fuera esperándote. Y cuando salgas, lo celebraremos. Porque la vas a superar, Nerea. Estoy seguro.

Cuelgo con el corazón un poco más esperanzado. Eva me coge la mano por encima de la mesa.

—Lo vas a conseguir —repite—. Y cuando estés en las portadas, me llevarás contigo a los viajes, ¿vale? Que yo también quiero ver mundo.

Nos reímos las dos, y por un momento, bajo el sol de Málaga y con el café helado enfriándome la garganta, creo que sí. Que lo voy a conseguir.

Llego al pabellón de la Expo a las 9:45 de la mañana, quince minutos antes de la hora acordada, con el corazón latiéndome en la garganta como un tambor descontrolado. El sol de julio ya quema el asfalto, y el aire huele a calor seco mezclado con el ligero olor a humedad del río Guadalquivir que pasa cerca. El pabellón es uno de esos edificios remanentes de la Expo del 92, una estructura moderna de hormigón y vidrio con techos altos y líneas curvas que parecen sacadas de una revista de arquitectura. La entrada principal está marcada por un cartel improvisado pero elegante: "Desfile Nueva Generación Andaluza – Prueba de Modelos". Hay un guarda de seguridad en la puerta, un hombre fornido de unos cuarenta años con uniforme azul marino y auricular en la oreja, que me pide el nombre y revisa una lista antes de dejarme pasar con un gesto seco: "Al fondo, sala 3".

Dentro, el aire acondicionado me golpea como una bofetada fría, un alivio después del bochorno del exterior. El pasillo es amplio, con suelos de linóleo gris que crujen bajo mis tacones bajos —elegí unos cómodos para el viaje, pero traigo los altos en una bolsa—. Las paredes están cubiertas de carteles viejos de eventos pasados: conciertos, ferias de muestras, exposiciones de arte. Oigo el eco de voces lejanas y el sonido de muchos tacones repiqueteando en las tarimas de madera como una lluvia de clavos.

Llego a la sala 3 y empujo la puerta doble. El espacio es enorme, un antiguo auditorio reconvertido en zona de pruebas: Los techos son altos con focos industriales colgando como estrellas metálicas, un entarimado de madera pulida que simula una pasarela improvisada —una línea recta de unos treinta metros marcada con cinta adhesiva blanca—, y al fondo un panel de espejos de cuerpo entero que lo reflejan todo. A estos espejos nadie los podrá engañar. Hay sillas plegables apiladas contra las paredes, y en el centro un rack de ropa con perchas llenas de vestidos, tops, faldas y pantalones de los cinco diseñadores: telas vaporosas en tonos tierra y azul mediterráneo, cortes asimétricos, estampados inspirados en la Alhambra y en el flamenco moderno.

Y allí están las modelos. Son mis compañeras, pero también mis rivales. Unas quince o dieciséis chicas, todas entre dieciocho y veintidós años, repartidas por la sala en diferentes estados de preparación. La primera que veo es una rubia alta y delgada como un junco, con el pelo liso hasta la cintura y ojos azules fríos; lleva un top deportivo negro y leggings grises, y está estirando contra la pared. Tiene una pierna levantada hasta la cabeza como si no le costara el menor esfuerzo. Al lado, una morena con piel de color oliva y curvas pronunciadas como las mías, pero con un aire más latino: cejas gruesas, labios pintados de rojo mate, sentada en el suelo con las rodillas flexionadas, revisando algo en el móvil. Otra, pelirroja natural con pecas salpicándole la nariz, ríe nerviosa con una

compañera mientras se pone unos tacones de aguja de doce centímetros que parecen instrumentos de tortura. Hay una chica asiática-española, con rasgos delicados y pelo negro muy corto, que camina de un lado a otro practicando su paso: hombros atrás, caderas adelante, mirada fija al frente. Todas visten ropa cómoda pero chic: leggings ajustados, tops de tirantes, zapatillas deportivas que pronto cambiarán por tacones imposibles. Algunas charlan en voz baja, otras se maquillan frente a espejos portátiles, y hay una que está tumbada en el suelo con los ojos cerrados, haciendo ejercicios de respiración para calmar los nervios.

Los nervios. Dios, los nervios son palpables, como la electricidad estática que crepita en el aire justo antes de que estalle la tormenta. Yo los siento en el estómago, un nudo que me revuelve las tripas y me hace sudar las palmas de las manos. Las chicas se muerden las uñas, se retocan el pelo una y otra vez, caminan en círculos pequeños como animales enjaulados. Una de ellas, una castaña con flequillo, tiembla visiblemente cuando oye voces acercándose por el pasillo. Es un ambiente profesional y duro: no hay risas altas, no hay bromas ni siquiera comentarios; solo miradas rápidas de evaluación entre nosotras, midiendo alturas, curvas, caras. ¿Soy más guapa? ¿Más alta? ¿Más delgada? El silencio se rompe solo por el clic de tacones probándose o el zumbido de un secador portátil que alguien usa para dar volumen al pelo.

Y entonces aparece Verónica. Llega a las 10:05, con ese retraso calculado que dice que su tiempo vale más que el tuyo. Viene vestida con unas mallas negras ajustadas que marcan unas piernas tonificadas y largas, como si viniera directamente de una clase de yoga o del gimnasio. Arriba lleva un top deportivo gris claro con la cremallera frontal entreabierta lo justo para mostrar un sujetador negro de encaje, y una chaqueta ligera negra abierta. Zapatos de tacón alto —creo que son de Prada—, y el pelo recogido en una coleta alta que le da un aire casual pero autoritario. Un look extraño, pero convincente. Lleva

una tableta en la mano y un auricular en la oreja derecha, hablando en voz baja con alguien al teléfono. Su presencia llena la sala al instante; las chicas se enderezan, se hace un profundo silencio entre las chicas, que se ponen en modo alerta.

Detrás de ella vienen los asistentes de pasarela: tres personas que parecen clones de eficiencia. La primera es un hombre de unos treinta, gay evidente por su forma de moverse y vestir: pantalones pitillo negros, camiseta blanca ceñida que marca pectorales trabajados, pelo corto con mechas rubias y una pulsera de cuero en la muñeca. Lleva un metro de costurera al cuello y un kit de alfileres. Se llama Raúl, según oigo que Verónica lo llama; y es el encargado de realizar los ajustes de última hora. La segunda es una mujer morena, vestida con vaqueros negros y top blanco, zapatillas Converse; lleva un clipboard con listas y un walkie-talkie en el cinturón. Es la coordinadora, la que grita nombres y tiempos. El tercero es un chico joven, con gafas de pasta y pelo desgreñado, cargando una caja de maquillaje y una bolsa con zapatos: el asistente general, el que corre para todo.

Verónica cuelga el teléfono, se para en el centro de la sala y nos mira a todas como si fuéramos mercancía en un mercado.

—Bienvenidas —dice seca, sin preámbulos—. Esta es una prueba. No un desfile. Cinco diseñadores, veinte looks. Necesito diez chicas. Si no dais la talla, sintiéndolo mucho, os quedaréis fuera. Empezamos con cambios de vestuario. Raúl, por favor pasa lista.

Los nervios explotan. El estómago me da un vuelco; sudo frío. Raúl nos llama por nuestros nombres, nos asigna looks. A mí me toca el primero de un diseñador llamado Álvaro Ruiz: un vestido largo de gasa verde oliva con escote asimétrico y raja lateral hasta el muslo. Me cambio detrás de un biombo improvisado en una esquina, con otras chicas haciendo lo mismo. El vestuario es caótico: ropa volando, sujetadores quitados a prisa, cuerpos semidesnudos reflejados en los

espejos. Una chica se queja de que el vestido le aprieta en el pecho; Raúl le clava alfileres con precisión, murmurando “aguanta, guapa”.

Los tacones son imposibles: doce centímetros de aguja fina, plataformas mínimas, en colores que combinan con los looks. Los míos son dorados, con tiras que se enredan en los tobillos y me hacen sentir como si caminara sobre zancos. La primera chica sale a la pasarela: es la rubia alta que tropieza en el segundo paso. Verónica, de pie al fondo con los brazos cruzados, la fulmina con la mirada.

—Hombros atrás, cadera adelante. No estás caminando, estás desfilando. ¡Otra vez!

La chica vuelve, roja como un tomate, y lo intenta de nuevo. Bronca tras bronca: “¡No mires al suelo, mira al horizonte!”, “¡Ritmo, ritmo, no eres una tortuga!”, “¡Sonríe, parece que estás en un funeral!”. A una morena le dice “levanta el pecho, no lo arrastres”. Miradas de reprobación constantes: Verónica arquea las cejas, suspira de forma audible, anota en su tableta con gestos rápidos. Los asistentes asienten en silencio y se miran entre ellos. Raúl ajusta un dobladillo aquí, una cremallera allá.

Pero luego vienen los ánimos: a una que lo hace bien, Verónica dice “mejor, así sí”. A otra, “tienes presencia, aprovéchala”. Es un ambiente profesional y duro: no hay aplausos, no hay mimos; solo eficiencia fría y comentarios que cortan como cuchillos.

Mi turno llega. Tengo los nervios a flor de piel. Los zapatos me hacen daño. Debo llevar unos tacones de doce centímetros. El vestido me roza la piel. Camino, sintiendo cada mirada como un juicio sumarísimo.

Hacemos un descanso. Cuando se reanuda la prueba, Los nervios explotan. El estómago me da un vuelco; sudo frío. Raúl nos llama por nuestros nombres y apellidos para asignarnos los nuevos looks. A mí me ahora uno de una diseñadora bastante conocida por ser la hija de un torero, y que es habitual en los programas de cotilleo por estar saliendo con un futbolista. He de

vestir un modelito con flecos, y ciertas reminiscencias con un traje de luces. Me cambio detrás del biombo improvisado. El vestido me sienta de cine. Es elegante y siento que estiliza mi figura. El cambio de vestuario se vuelve un caos absoluto. Verónica lo observa todo con gesto de impaciencia, y en un momento dado niega con la cabeza.

Volvemos a salir a la pasarela, y comienzan de nuevo los gritos y las voces.

—Hombros atrás, cadera adelante. Seguridad. ¡Otra vez!

Salimos una y otra vez. De nuevo las broncas y exigencias. Termino absolutamente agotada. Tengo los pies hinchados, y me duele horrores la espalda.

Me quito los tacones altos que me han dejado los pies en carne viva y me pongo las sandalias cómodas. A la salida, el sol me ciega un segundo. Fran está esperándome justo fuera de la puerta, apoyado en su deportivo rojo con las gafas de sol puestas y una sonrisa que intenta ser tranquilizadora. En cuanto me ve, se incorpora y cruza la distancia en dos zancadas. Me abraza con sus fuertes brazos rodeándome la cintura. Siento su pecho firme contra el mío.

— ¡Hola cielo! ¿Qué tal? ¿Has terminado ya? —pregunta abrazándome fuerte, ignorando que estoy sudada y con el maquillaje corrido.

Le abrazo en silencio, sintiendo que las lágrimas me pican en los ojos, pero me las trago. Me aferro a él un segundo más de lo necesario, respirando su olor para calmar los nervios.

—Ha sido… brutal —digo, la voz temblorosa—. Verónica ha sido dura con todas. Broncas, miradas, cambios de vestuario a toda prisa… Pero creo que lo he hecho bien. Ahora hay que esperar a que lean los nombres de las elegidas.

Fran me coge la mano, entrelaza sus dedos con los míos y me aprieta suave.

—Tranquila. Vas a estar dentro. Te lo digo yo.

Nos quedamos allí, de pie bajo el sol, con otras chicas saliendo poco a poco. Algunas ríen nerviosas, otras tienen la cara pálida, los ojos rojos. El ambiente es una mezcla de esperanza y miedo colectivo. Fran me pasa un brazo por los hombros, me besa la sien.

—Sea lo que sea, estoy orgulloso de ti —murmura.

Minutos después, sale Raúl, con sus andares femeninos y llevando el metro al cuello. Lleva una carpeta en la mano y una expresión neutra, profesional. Se para en la entrada, carraspea para llamar la atención.

—Chicas, por favor, silencio —dice con voz clara—. Voy a leer los nombres de las seleccionadas para el desfile. Si escucháis el vuestro, felicidades. Si no… gracias por venir y mucha suerte.

El grupo se congela. Nadie respira. Se oyen suspiros de alivio cuando nombra a la primera: la rubia alta que tropezó nada más comenzar el desfile. Ella suelta un gritito y abraza a su amiga. Luego otra, que se tapa la boca con la mano, y se le llenan los ojos de lágrimas. No van por orden alfabético; es aleatorio, lo que hace que la espera sea una pura agonía.

Fran me aprieta la mano más fuerte. Yo miro al suelo, contando los latidos de mi corazón. Nombre tras nombre: Cada vez que escucho un nombre que no es el mío, siento que el suelo se hunde un poco más.

Y entonces:

—Nerea García.

Lo escucho como desde lejos. Parpadeo. Fran me sacude el brazo, riendo.

—¡Nerea! ¡Estás dentro, joder!

Me siento mareada, las piernas me fallan. El mundo da una vuelta. ¡Estoy dentro. Estoy dentro! Las lágrimas me salen solas, calientes, rápidas. Alrededor veo chicas abrazadas, saltando, gritando de alegría. Otras cabizbajas, con la mirada

perdida, recogiendo sus bolsas en silencio. Hay llantos ahogados, risas histéricas, chicas que se alejan solas hacia el parking con los hombros hundidos. Una de ellas, la de pelo castaño con flequillo que temblaba antes, se tapa la cara y se va corriendo.

Fran me gira hacia él, me coge la cara con las dos manos y me besa. Un beso, alegre, con lengua, sin importarle que estemos en medio de la calle. Me sabe a victoria, a futuro, a él.

—Te lo dije —susurra contra mis labios—. Mi novia será modelo.

Raúl carraspea de nuevo.

—Las seleccionadas, por favor, pasad a la sala auxiliar. Verónica os explicará las condiciones.

Nos dirigimos en grupo hacia una sala más pequeña al lado del pabellón. El aire acondicionado sigue helado, pero ahora me da igual. Estoy dentro. Verónica está sentada detrás de un escritorio improvisado: una mesa plegable con un portátil y papeles ordenados. Lleva las mismas mallas negras y el top, pero ahora sin la chaqueta que llevaba al principio. Nos mira entrar con esa expresión seca, impasible.

—Sentaos —ordena, señalando unas sillas plegables dispuestas en semicírculo.

Nos sentamos las diez elegidas, todavía con la adrenalina a tope. Algunas se secan las lágrimas, otras se abrazan disimuladamente. Verónica abre una carpeta y empieza a leer de forma mecánica, sin mirar a ninguna a los ojos. Es como una autómata sin sentimientos.

—A las que habéis sido seleccionadas, se os ofrece un contrato exclusivo con Elite Sur por un año, renovable. Comisiones del 20 por ciento para la agencia en todos los trabajos. Obligación de residir en Málaga o alrededores durante la duración del contrato, salvo viajes laborales. Dieta y ejercicio supervisados por nutricionista de la agencia. Prohibición de trabajos paralelos

sin autorización expresa. Castings obligatorios cuando se requieran. El desfile de la Nueva Generación Andaluza es el primer compromiso: ensayos diarios a partir de la semana que viene, horario de 10 a 18 horas. Repito, iniciaréis una dieta supervisada por nuestra nutricionista desde ya. Si alguna no cumple alguna de estas cláusulas, estamos facultados para la rescisión inmediata sin derecho a indemnización.

Lee todo con voz monótona, como si recitara las condiciones de un electrodoméstico. Al final levanta la vista por primera vez.

—Si estáis de acuerdo, os entregaremos una copia para firmar con vuestros representantes legales si sois menores. Si no lo estáis… bueno, la puerta siempre está abierta. No obligamos a nadie a quedarse con nosotros.

Nadie dice nada. Todas asentimos, algunas con la cabeza, otras murmurando un sí. Verónica hace un gesto a Raúl, que reparte las copias.

Salimos de allí con el contrato en la mano, mareadas de emoción y de miedo. Fran me espera fuera, me abraza otra vez, me besa el cuello.

Diciembre de 2024

El viaje al centro de rehabilitación es un borrón de calles grises y nubes bajas que amenazan lluvia. Salgo del hospital en ambulancia, tumbada en una camilla que vibra con cada bache, como si el asfalto quisiera recordarme lo roto que está mi cuerpo. Mi madre va sentada a mi lado, sujetándome la mano con fuerza. No hay sirenas, solo el zumbido constante del motor y el pitido ocasional de algún monitor que aún llevo pegado al pecho. Mateo no viene; me dijo que nos veríamos allí, que él se encargaría de coordinar mi ingreso. "Va a ser tu nuevo hogar por un tiempo", me susurró antes de irse, con esa sonrisa suya que ahora parece más profesional que tímida.

El dolor en la cadera es un fuego constante, amortiguado por los analgésicos, pero cada curva me arranca un gemido. Intento no llorar, pero las lágrimas se me escapan solas. ¿Quién soy yo ahora? ¿La Nerea de dieciocho años que bailaba en fiestas y soñaba con pasarelas, o esta versión de treinta y uno que no recuerda ni un desfile, ni las traiciones, ni mis amores? Mamá me ha contado pedazos: las fotos filtradas que me hundieron al principio, pero que luego me impulsaron a pelear por mi carrera de modelo. "Te hiciste fuerte", dice. "Viajaste, brillaste... pero también caíste muchas veces". Quiero creerle, pero mi mente es un rompecabezas con piezas perdidas.

Llegamos al centro después de una hora que parece eterna. El edificio es moderno, de cristal y hormigón blanco, rodeado de jardines cuidados y un lago artificial que refleja el cielo plomizo. "Centro de Rehabilitación Integral San Lorenzo", reza el cartel. Suena a esperanza empaquetada, pero para mí es una cárcel con bonitas vistas. La ambulancia se detiene en la entrada

principal, y dos enfermeros me ayudan a pasar a una silla de ruedas. El dolor agudo de la cadera se intensifica. El aire frío de diciembre me golpea la cara; llevo un chándal holgado y una manta sobre las piernas, pero siento como si estuviera desnuda delante del mundo.

Mi madre empuja la silla mientras entramos. El vestíbulo es amplio, con suelos de mármol pulido y plantas en macetas enormes. Hay olor a limpio, a algo de humanidad y un toque medicinal que me revuelve el estómago. Una recepcionista con uniforme azul nos sonríe desde detrás de un mostrador. "Bienvenida, Nerea. El doctor Ríos ya nos ha avisado".

Mateo me había dicho que era uno de los médicos que colaboraban con el Centro San Lorenzo. Especialista en traumatología y rehabilitación. El tímido Mateo, el invisible, había construido una vida completa, mientras yo... ¿qué había hecho yo? Tal vez hubiese llegado a ser una estrella en el mundo de la moda, pero no recuerdo nada.

Nos guían por un pasillo luminoso hasta una sala de espera. Hay cuadros abstractos en las paredes, como si el arte pudiera curar huesos rotos. Mateo aparece en la puerta, con su bata blanca impecable y una carpeta en la mano. Me mira con esa calidez que recuerdo de la adolescencia, pero ahora hay algo más: profesionalidad, distancia. "¿Cómo ha ido el viaje?", pregunta, arrodillándose para estar a mi altura. Le digo que bien, mintiendo. Él sabe que miento; pero no dice nada.

Me explican el plan: seis meses mínimos de estancia. Fisioterapia diaria, sesiones en la piscina para fortalecer las piernas, terapia ocupacional para reaprender los movimientos funcionales básicos. "Tu pelvis está reconstruida con placas de titanio", dice Mateo, mostrando un modelo 3D en una tableta. "Las vértebras se han estabilizado, pero hay que trabajar la musculatura para evitar atrofia". Mi madre asiente, tomando notas para no olvidarse de nada. Yo miro el modelo: parece una armadura medieval dentro de mí. "¿Voy a caminar pronto?",

pregunto con voz pequeña. Mateo duda un segundo. "Pronto no. Pero sí. Con muletas al principio, luego sola. Paso a paso, Nerea".

Me llevan a mi habitación: individual, gracias al seguro que, al parecer, tengo de mi época de modelo. Es sencilla, con una cama articulada, un baño adaptado y una ventana que da al jardín. Hay un ramo de flores en la mesita: "De parte del equipo", dice la enfermera que me ayuda a instalarme. Mi madre deshace una maleta con mi ropa: pijamas suaves y amplios, libros que no recuerdo haber leído, una foto enmarcada de nosotras dos en una playa. "¿Cuándo fue esto?", pregunto. "Hace tres años, en Tarifa. Lo pasamos genial ese día". Tarifa. El nombre me evoca sol y sal, pero nada más.

Cuando mi madre se va a casa a descansar, me quedo sola con Mateo. Él se sienta en la silla junto a la cama. "Si necesitas hablar... de lo que sea. De los recuerdos que faltan, o de cómo era antes... estoy aquí". Le digo que me siento como una impostora en mi propia vida. Él sonríe amable. "Todos cambiamos. Tú más que nadie, pero la esencia sigue ahí". Me promete visitas diarias, no solo como médico. Se tiene que marchar a hacer unas visitas que tiene pendientes, me dice que antes de marcharse pasará a despedirse.

Se hace de noche enseguida. Desde la cama, miro el techo blanco, igual que en el hospital. El dolor late en la cadera como un tambor lejano. Es soportable pero permanente. Cierro los ojos y busco en la oscuridad: De nuevo aparecen flashes de luces de discoteca, el vestido azul. Fran vestido de esmoquin. Veo manos en mi piel, la sensación de yacer desnuda junto a él. ¿Quién era esa Nerea? ¿Qué pasó con esa vida? Mañana empieza la rehabilitación: ejercicios que me dolerán para curarme.

Casi a las diez de la noche, Mateo entra en la habitación con varias historias clínicas bajo el brazo. Siento cierta incomodidad por su presencia y el corazón latiendo más rápido de lo que

querría admitir. Le había pedido que fuera quien empezara a ayudarme a recordar, y no sabía si eso iba a ser un regalo o una condena para él y para mí.

Me mira con esos ojos que seguían siendo los mismos: grandes, sinceros, capaces de desarmar a cualquiera. Sigue teniendo esa mirada de cierta melancolía, pero ahora transmite otra seguridad.

—Mateo… yo sí hablaba contigo en el instituto, ¿verdad? —digo de pronto, como si acabara de encontrar la forma de romper el hielo—. No éramos… desconocidos del todo.

Sonrío sin querer, con cierta inseguridad. Es la primera vez en diez años que nos vemos, y realmente no sé muy bien qué decir.

—Sí, hablabas conmigo —responde, sentándose en la silla junto a la cama—. Pero solo cuando necesitabas algo.

La respuesta no es seca, pero me deja confundida. Enseguida se apresura a explicarme antes de que sintiera que estaba siendo atacada.

—Mira, el instituto era un ecosistema muy claro. Estaba el grupo de las populares: tú, Eva, Andrea, a veces Mona… y luego estábamos los demás. Los invisibles. Los que llenábamos las primeras filas, los que sacábamos dieces, los que prestábamos apuntes. Yo era el rey de los apuntes, Nerea. El generador oficial de resúmenes en color, tablas comparativas y esquemas perfectos. Cuando había examen de Física, Matemáticas o Biología, de repente yo existía. Aparecías con esa sonrisa tuya, te sentabas en el borde de mi pupitre y decías: “Mateo, cielo, ¿me dejas los apuntes de la semana pasada?”. Y yo, idiota de mí, te los daba encantado.

Hace una pausa. Le miro sin parpadear. No miente, aunque no es agradable escucharlo.

—Pero el viernes por la tarde —continúa— el mundo volvía a su sitio. Eva mandaba el grupo de WhatsApp con el plan:

“Quedamos en el parque a las nueve, luego al Lemmon”. Y mi móvil nunca sonaba. Ni un mensaje. Ni una mención. Ni siquiera un “gracias por los apuntes, Mateo, ¿vienes?”. Nada. Yo me quedaba en casa leyendo o viendo alguna película, y vosotros salíais a reventar la noche. Era como si el lunes a primera hora volvieras a descubrir que existía, y el viernes por la tarde me borraran del mapa otra vez.

Bajo la mirada, avergonzada.

—No me acuerdo de eso —susurro—. Lo siento.

—No tienes que sentirlo —dice rápido—. Era así. Punto. No éramos enemigos, ni siquiera éramos malos compañeros. Simplemente vivíamos en compartimentos estancos. Tú tenías tu reino y yo tenía el mío. El mío era más pequeño y olía a rotulador Stabilo, pero era mío.

Intenta bromear, pero sé que tiene un fondo de rencor.

—¿Nunca te invité a nada? ¿Nunca?

—Una vez —contesta, y noto que la voz se le pone un poco ronca—. Fue antes de Navidad. Me dijiste: “Oye, Mateo, el sábado hay una fiesta en mi casa, si quieres venir…”. Y yo, que llevaba meses esperando una frase así, me puse tan nervioso que balbuceé algo de que tenía un cumpleaños familiar. Mentira. Me quedé en casa viendo El señor de los anillos por enésima vez. Creo que esa fue la única vez que me invitaste.

Me tapo la cara con la mano sana.

—Creo que sé de lo que hablas. Sabía que estabas allí, pero realmente no me importaba lo que pudieses pensar o sentir. Lamento haber sido cruel.

—No fuiste cruel —dice—. Fuiste una chica de diecisiete años que vivía en su burbuja dorada. Yo era el chico raro que hablaba solo en los exámenes y que llevaba camisas de cuadros que le quedaban grandes. No encajaba. Y tú no tenías por qué hacerme encajar.

Me quedo callada un rato. Luego levanto la vista.

—Y ahora… estás aquí ayudándome…

—Siempre estuve, Nerea. Solo que ahora me ves. Ahora olvídate de todo aquello, y dime por dónde quieres que empiece. ¿Cuáles son tú primeros recuerdos?

Respiro hondo. El dolor en la cadera late, pero más fuerte late la curiosidad, el miedo, la necesidad de recordar.

—Todo —digo—. Desde el baile de graduación todo se difumina en mi memoria.

Él asiente, como si ya lo esperara.

—Vale. Empecemos por aquella noche.

Y empieza a hablar.

— Después de los actos en el colegio, con los profesores y la misa, fuimos al Hotel Catalonia, que es dónde habíamos reservado la cena y la fiesta posterior. Yo llegué al hotel solo. Vestido con un traje de mi padre, con una corbata horrible. Me sentía ridículo, pero también un poco valiente. Había sido elegido para dar el discurso del alumnado, porque había sacado la mejor nota media del curso, y era el empollón de la clase, no porque nadie me quisiera escuchar. Me pasé una semana ensayando delante del espejo. Durante el acto me tocó subir al atril. Recuerdo que mientras hablaba del “futuro brillante” y “los sueños por cumplir” no dejaba de mirarte. Tú estabas en la tercera fila, sentada entre Eva y Fran, y cada vez que reías apoyabas la cabeza en su hombro. Cuando terminé el discurso hubo aplausos educados, pero tú aplaudiste más fuerte que nadie y me sonreíste de verdad. Fue la única vez que sentí que alguien me veía de verdad aquella noche. No te lo creerás, pero todavía recuerdo con claridad aquel momento.
— Cuando entré al salón de actos del hotel, parecía que había explotado una tienda de alta costura. Las chicas…

estabais todas preciosas. Eva llevaba un vestido plateado metalizado. Andrea iba de rojo sangre, recuerdo su vestido ajustadísimo, con escote hasta el ombligo y una raja lateral que llegaba casi a la cadera; cuando se sentaba se le veía todo. Y luego estabas tú…. Entraste del brazo de Fran, y el salón entero se quedó en silencio un segundo. Llevabas un vestido de princesa. Fran iba de esmoquin negro, pero todo el mundo te miraba solo a ti.

— Habíamos reservado toda la planta superior del hotel. Había de todo. Luces de discoteca, humo artificial, barra libre...

— Como en todas esas fiestas, cuando los padres y los profesores se marcharon, empezó el descontrol. Recuerdo que Eva se pasó la noche subida a las mesas, bailando. En un momento dado, se subió a los hombros de Gus y se le veía todo. Andrea desapareció con un chico de otro instituto y volvió dos horas después con el pelo revuelto y la barra de labios comida. Mona se pasó media noche llorando en el baño porque llevaba un pedo de campeonato…

— Tú bailaste. Mucho. Primero con Eva y Andrea, las tres formando un trío que hacía que todos los móviles se levantaran. En un momento te vi bailando sola en el centro de la pista, con los ojos cerrados, el vestido moviéndose a tu alrededor, y pensé que eras la cosa más bonita que había visto en mi vida. Después Fran te reclamó para él... y ya no recuerdo haberte vuelto a ver. A esa hora, empezaron a desaparecer parejas. Recuerdo ver a Fran cogiéndote de la mano y llevándote hacia los ascensores. Tú ibas riendo, con las mejillas encendidas y el pelo un poco revuelto. No volví a verte hasta el día siguiente.

— Yo me quedé hasta el final, recogiendo vasos vacíos y ayudando a una compañera que había bebido demasiado. A las seis de la mañana, cuando el sol empezaba a salir,

me senté en la escalera del hotel con el traje arrugado y sin la corbata. Esa fue mi noche de graduación.

Mateo se calla. Yo tengo la boca seca.

— Esa parte la recuerdo. Todo se difumina después.

Él suspira, me mira con algo que parece pena y cariño a la vez.

— Después sucedió lo de las fotos que se filtraron, Nerea. ¿De verdad no lo recuerdas?
— No. Recuerdo que esa noche Fran me quiso fotografiar. Decía que si quería ser modelo no debía temer mostrar mi cuerpo. Yo había bebido, y pensé que tenía razón. Me dejé hacer unas fotos algo subidas de tono. Pero las borró. Vi cómo lo hacía.
— Pues o no las borró o alguien las recuperó de alguna manera. Él siempre lo negó. Incluso intervino la policía. Fue un escándalo. Lo recuerdo como si fuera ayer. Al poco tiempo de pasar eso desapareciste. Te dejé de ver… hasta que comenzaste a aparecer en vallas publicitarias y en anuncios. Pero de esa parte de tu vida no tengo apenas información. Supongo que serán tus padres los que puedan ayudarte a recordar aquella época. O tal vez alguna de tus amigas.
— ¿Mantengo relación con alguna de ellas? Es que no soy capaz de recordarlo – digo completamente frustrada.
— No tengo ni idea. Yo les perdí la pista. No he vuelto a verlas. Me marché a Madrid a estudiar, y rompí con aquella parte de mi vida.
— Mañana le preguntaré a mi madre…
— Sí. Y ahora descansa. Mañana comenzará tú rehabilitación.

Se despide con un beso en la mejilla y yo apenas le susurro un “muchas gracias por todo”. Sale de la habitación y cierro los ojos. Poco a poco voy sumiéndome en un sueño agitado.

Julio 2011

Después de semanas de ensayos agotadores, la noche del desfile llega como un sueño o tal vez una pesadilla. El pabellón de la Expo se ha transformado por completo para el evento. La pasarela de aglomerado del día de las pruebas, es ahora una estructura elevada de madera negra pulida, larga y estrecha, flanqueada por filas de focos que cambian de color según el ritmo de la música. Al fondo, una cortina de seda inmensa con el logo de los cinco diseñadores emergentes —Álvaro Ruiz, María del Mar, Juanjo de la Riva, Lola Casal y Ricardo Trapiello. Los

nuevos talentos de la moda andaluza— proyectado en luces verdes y blancas que evocan la bandera andaluza. Las paredes están cubiertas de paneles negros con estampados geométricos inspirados en azulejos sevillanos, y el techo alto cuelga de telas translúcidas que difuminan la luz como un velo de niebla. El suelo alrededor de la pasarela está cubierto de pétalos de rosa rojos y blancos, un toque romántico que contrasta con la modernidad del espacio.

El público es un mar de glamour andaluz mezclado con *celebrities* nacionales. En primera fila descubro a algunos toreros famosos como Morante de la Puebla, con su traje negro impecable y esa presencia serena que solo da el ruedo; al lado, Enrique Ponce, más relajado acompañado de su elegante y famosísima esposa. Futbolistas del Sevilla y del Betis comparten fila: Jesús Navas, con su mujer al lado, sonriendo nervioso; Sergio Canales, elegante en traje gris perla; y Joaquín, el eterno capitán bético, que no para de hacer bromas con los de al lado. Actrices como Paz Vega, radiante en un vestido rojo de uno de los diseñadores, y Antonio Banderas en persona, discreto pero imposible de ignorar, con una joven morena a su lado charlando animadamente. Influencers locales, periodistas de Vogue España y Elle, y algún que otro político autonómico completan el panorama. Las cámaras de flash no paran; el evento ha sido anunciado a bombo y platillo en redes desde horas antes.

La música arranca con Navajita Plateá de fondo: una versión remix de "Malamente" con toques flamencos modernos, palmas electrónicas y guitarra española distorsionada que hace vibrar el suelo. Luego pasa a "Di mi nombre" en una versión orquestal con cajón flamenco, perfecta para el ritmo de la pasarela. El sonido es envolvente, alto, pero no ensordecedor, y que marcará el tempo de nuestros pasos.

Entre bambalinas, todo es un caos organizado. El maquillaje es obra de un equipo liderado por un maquillador famoso venido de Madrid. Nos maquillan a todas siguiendo un mismo patrón. Los diseñadores se han puesto de acuerdo hasta en eso. Nos aplican una base luminosa con efecto glow, remarcando ciertos tonos para resaltar los pómulos. Nos pintan los ojos ahumados en tonos cobre y dorado que evocan el atardecer sevillano, eyeliner exagerado y pestañas postizas largas. Los labios en rojo pasión. Los peinados son variados, pero con un hilo común andaluz: algunas llevamos moños bajos deshechos con flores rojas clavadas, otras melenas sueltas con ondas marcadas, y unas pocas recogidos altos con peinetas. Yo soy de las que lleva peineta. Raúl me advierte que es una pieza de C*arey*. Me explica que, antiguamente, las peinetas se elaboraban con las conchas de tortugas Carey, de nácar, asta de toro, etc. Esto las convertía en obras de arte de gran valor, pero difíciles de llevar, y muy frágiles. Ya estaba yo poco nerviosa, y encima esa responsabilidad…

Verónica está tensa como la cuerda de una guitarra. Camina de un lado a otro con su tableta en la mano, el moño perfecto sin un pelo fuera de lugar, vestida con un traje pantalón negro impecable y tacones altos que repiquetean como una metralleta. Susurra órdenes a los asistentes: "¡El look 8 sale después del 7, no del 6!. ¡No os confundáis otra vez!", "¡Luces más cálidas en el cambio de Álvaro!". Su cara es una máscara de concentración; los labios apretados, la ceja arqueada permanentemente. Se nota que este desfile es su apuesta personal por la nueva generación andaluza, y cualquier error sería un fracaso público.

Raúl, el asistente principal, es nuestro ángel de la guarda. Corre de un lado a otro ajustando dobladillos con alfileres, colocando accesorios, animándonos con su voz aguda y su energía inagotable. "¡Respira, reina!", me dice mientras me

coloca la peineta. "Tú sales la tercera. No pierdas el ritmo, amor. Camina como si el mundo te perteneciera, que te pertenece". A otra chica le susurra "cadera, cadera, muévela como si te pagaran por ello". Exigente, pero cariñoso. Es el pegamento que mantiene la calma en el caos de los minutos previos.

Los diseñadores están nerviosos pero emocionados. Álvaro Ruiz, el más joven, con su barba hipster y una camiseta negra, nos da las gracias una por una antes de salir: "Sois mis musas, gracias por dar vida a esto". María del Mar, con su pelo corto teñido de platino, nos abraza y nos dice "habéis capturado exactamente la esencia, estoy emocionada". Los comentarios vuelan: "Esa raja queda perfecta en ti", "El escote resalta justo lo que quería", "Camina más lento en el giro, deja que la tela fluya, es la clave de ese vestido…".

Yo estoy en el grupo del tercer bloque, con un look de Álvaro. Llevo un vestido largo negro con transparencias estratégicas en los costados y una espalda abierta hasta la cintura. Los nervios me comen viva, pero cuando Raúl me da un último ajuste y me susurra "rompe la pasarela, guapa", siento que puedo con todo.

La música sube, las luces bajan, y el desfile empieza. La música arranca con fuerza cuando la primera modelo sale a la pasarela. Es una versión moderna de una canción de *Chiquetete*, pero modernizada electrónicamente. Tomo aire. Es mi momento. El ritmo es hipnótico: las palmas marcan el tempo perfecto para el paso de las modelos, ese contoneo lento y poderoso que hace que las telas floten y las caderas se muevan como si bailaran por sí solas. Cuando termina el primer bloque, la música cambia a "Di mi nombre" en una versión orquestal con cajón flamenco y guitarra española distorsionada, más sensual, más oscura, perfecta para los looks de vestidos de noche con sus transparencias y cortes asimétricos. El público se mueve en los asientos, algunos

aplauden al ritmo, y las luces LED de la pasarela cambian de rojo intenso a azul eléctrico, sincronizadas con la música.

Lo percibo todo como un torbellino de sensaciones. Los cambios de ropa son rápidos, casi brutales. Raúl y los otros asistentes nos empujan, nos giran, nos suben cremalleras y nos ajustan las prendas en segundos. "¡Quince segundos, chicas!", grita la coordinadora con el walkie en la mano. Me quito el vestido de un tirón —la gasa se engancha en el tacón y casi me caigo—, y me meto en el siguiente: un conjunto de pantalón negro alto de cintura y top con bordados dorados inspirados en los mantones de Manila. Raúl me clava dos alfileres en la cintura para ajustarlo mejor, "¡Respira hondo, no te muevas!". El maquillaje se retoca a toda prisa: un poco más de brillo en los pómulos, un toque de rojo en los labios. El peinado se mantiene, pero me meten una flor roja detrás de la oreja para aumentar el toque flamenco.

Salgo a la pasarela con el corazón a mil. La música ahora es "*Bulería"*, un ritmo que invita a mover las caderas con más fuerza. Camino, sintiendo los focos calientes en la piel, los flashes de las cámaras como estrellas explosivas. El público aplaude cuando giro al final de la pasarela, la tela flota como si fuesen alas. Veo al fondo a Fran, en primera fila junto a su madre. Está guapísimo con un traje azul marino ajustado, no lleva corbata, pero tiene un porte elegante y juvenil a la vez. Lo observo sonriendo orgulloso. Me guiña un ojo disimuladamente, y siento que las piernas me flaquean un segundo de pura emoción.

Verónica está de pie al lateral de la pasarela, con los brazos cruzados, la cara es una máscara de concentración. No aplaude, no sonríe; solo observa cada paso, cada gesto, con esa mirada que corta como un bisturí. Cuando una modelo duda un segundo en el giro, veo cómo aprieta los labios y anota algo en su tableta. Raúl, desde atrás, nos

anima en susurros frenéticos: "¡Sonríe, reina!", "¡Cadera, cadera!", "¡Penetradlos con la mirada!".

El tercer bloque empieza con música más intensa: una versión flamenca moderna de algo de Raphael con guitarra eléctrica y palmas aceleradas. Los looks son los más atrevidos: vestidos cortos con volantes asimétricos, tops con escotes profundos, faldas con rajas hasta la cadera. Los cambios son aún más rápidos; apenas veinte segundos entre salida y salida.

Y entonces pasa. Una de las modelos, la rubia alta que abrió el desfile, sale con un vestido rojo pasión de volantes y transparencias. Camina perfecta los primeros metros, pero de pronto, en el centro de la pasarela, se tambalea. La veo desde detrás: Hace el giro, y cuando le veo la cara, detecto que está terriblemente pálida, los ojos vidriosos, las piernas que fallan. Intenta seguir, pero se dobla por la mitad y cae de rodillas con un golpe sordo que se oye incluso con la música. El público ahoga un grito colectivo. Las luces se congelan en rojo, la música baja de volumen automáticamente.

Raúl y la coordinadora corren a la pasarela, la levantan con cuidado entre los aplausos nerviosos del público. Verónica sale ella misma, con paso firme, y ayuda a llevarla detrás. La chica está consciente pero mareada, pálida como un papel. "Hipoglucemia", murmura alguien. "No ha comido nada en todo el día". La sientan en una silla, le dan agua con azúcar y un plátano. Ella llora, avergonzada: "Lo siento, lo siento…".

Verónica, por primera vez, pierde un poco la compostura. Nos mira a todas con ojos de fuego.

—Esto no puede volver a pasar —dice seca, pero con un temblor en la voz—. El desfile continúa. Cambios más rápidos. Venga. ¡Moveos! Ahora sois una menos. La

primera se pondrá el vestido que le correspondía a ella. Raúl, encárgate…

El caos se intensifica. Los asistentes nos empujan, nos visten a toda prisa, nos ajustan tacones y accesorios en la mitad de tiempo. "¡Sin pausa, chicas!", grita Raúl. "¡El desfile debe continuar!". Salimos una tras otra sin respiro, la música subiendo de volumen para cubrir el incidente: ahora Navajita Plateá.

Yo salgo en el siguiente look: un vestido corto negro con volantes rojos y escote profundo. Los tacones son aún más altos, trece centímetros, y con la prisa casi tropiezo al subir a la pasarela. Camino rápido, la música marcando un ritmo frenético, el público aplaudiendo más fuerte como si quisiera olvidar el desmayo. Veo a Fran al fondo, preocupado, pero animándome con la mirada. Verónica, de pie al lateral, nos grita en voz baja: "¡Bajo ningún concepto miréis a las cámaras de televisión! ¡Mirad al frente!".

Y entonces lo oigo de Raúl, que me ajusta el vestido antes de salir: "El desfile se emitirá en un programa de moda en La 1. Toda España nos verá".

—¿Televisión? – susurro mientras me cambio los zapatos.

Casi me caigo de culo. Me quedo helada un segundo, el corazón se me para en el pecho. ¿En serio? ¿En La 1? Nadie me había dicho nada. Ni Fran, ni Verónica, ni los asistentes. Siento que las piernas me tiemblan, que el mundo se inclina. Toda España verá si me caigo, si tropiezo, si fallo. Pero no hay tiempo para pensar. Raúl me empuja suavemente: "¡Sal, reina! ¡Vamos!".

Salgo. La música suena, las luces me ciegan, el público aplaude. Camino, sintiendo cada paso como si pisara sobre cristal. No miro a las cámaras, como ordenó Verónica. Miro al frente, al fondo, donde Fran me sonríe orgulloso.

Y sigo.

Casi como un alivio a tanta tensión, el final del desfile llega como una explosión de luz y sonido. La música sube a su clímax. Las diez modelos, incluso la que se ha desmayado, salimos juntas para el gran pase final, alineadas en formación, yo en el centro con un vestido largo rojo pasión con volantes asimétricos. No siento los pies.

Caminamos hacia el fondo de la pasarela, nos giramos en bloque, y volvemos al centro. El público se pone de pie: aplausos ensordecedores, flashes de cámaras como una tormenta, gritos de "¡bravo!" y de nuevo, aplausos atronadores. Al final, los cinco diseñadores salen al escenario, nos cogen de la mano y nos levantan los brazos como si fuéramos toreras a punto de abrir la puerta grande. Álvaro me aprieta la mano con fuerza, los ojos brillantes de emoción. María del Mar llora abiertamente.

Salimos de la pasarela entre aplausos que no paran. Tras la cortina, todo es euforia contenida: abrazos, lágrimas, risas nerviosas. Raúl nos besa a todas en la mejilla, "¡habéis roto la pasarela, reinas!". Verónica, por primera vez, esboza algo parecido a una sonrisa, aunque sigue tensa, dando órdenes para el cierre. "Bien hecho", dice seca, pero sus ojos brillan un segundo.

Después, nos invitan a las modelos a la zona VIP para tomar una copa con los invitados. El pabellón se ha reconvertido en un cóctel elegante: mesas altas con manteles blancos, camareros con bandejas de cava y jamón ibérico, música ambiente ahora más suave. Las luces son suaves, con focos que iluminan las piezas clave de los diseñadores expuestas en maniquíes alrededor.

Me cambio rápido a un vestido negro sencillo que traje para la ocasión, tacones más cómodos, y salgo al salón. El ambiente es glamour puro: toreros charlando con futbolistas, actrices posando para fotos, periodistas con libretas. Busco a Fran con la mirada y lo encuentro junto a

una barra alta, hablando animadamente con una chica que reconozco al instante: Carlota Domecq, la hija de un empresario sevillano famoso por sus hoteles de lujo y descendiente de la famosísima familia. Es guapísima: alta, delgada como una modelo de alta costura, pelo rubio liso hasta los hombros. Lleva un vestido blanco ajustado que le marca una figura perfecta, sin una curva de más. Tiene esa belleza fría, aristocrática, con ojos azules y labios finos pintados de rosa pálido.

Verónica está a su lado, inusualmente amable: sonríe, toca el brazo de Carlota con familiaridad, le presenta a gente. Cuando me acerco, Fran me ve y me coge de la cintura, me da un beso rápido en los labios —demasiado rápido, casi protocolario—. "Enhorabuena, guapísima", dice, pero su voz suena distraída.

Carlota me mira de arriba abajo con una sonrisa antipática, arqueando una ceja perfecta. Verónica también me taladra con la mirada, esa frialdad habitual ahora con un toque de desdén. "Nerea", dice seca, sin más. Carlota añade un "felicidades" que me suena a veneno diluido en jarabe.

Me siento fuera de lugar un segundo, como si hubiera interrumpido algo. Pero entonces se me acercan varios famosos y la atención cambia. "¡Qué grande has estado, chiquilla! Me has recordado a mi mujer cuando desfilaba". Me abraza fuerte, huele a colonia cara y a victoria. Luego Paz Vega, radiante: "Tienes presencia, guapa. Muy buen desfile". Me besa en las mejillas, su perfume floral me envuelve. Hasta Paloma Cuevas me da la mano y me susurra un piropo.

Me siento en una nube, rodeada de flashes y felicitaciones. Pero al rato, las modelos acabamos todas juntas en una esquina, ajenas al resto. Estamos agotadas: Tenemos los pies destrozados, el maquillaje corrido, el cuerpo dolorido por los tacones y los cambios rápidos. Nos sentamos en un

sofá largo, pedimos agua, y nos dejamos caer unas contra otras. Lucía, la chica que sufrió el desmayo, tiene los ojos rojos todavía por lo que ha llorado; le traen un plato de fruta y lo devora como si llevara días sin comer. Carla, se quita los tacones y masajea los pies con gemidos de alivio. Marta, ríe histérica por la adrenalina acumulada.

Hablamos en voz baja, como en una burbuja. "Joder, casi me caigo en uno de los giros", dice una. "Yo he sudado tanto que pensaba que el vestido se me pegaba para siempre", responde otra. Nos reímos, nos abrazamos, compartimos el subidón y el bajón a la vez. Somos diez desconocidas que hace unas semanas nos mirábamos con competencia y ahora nos sentimos hermanas de batalla.

Miro hacia Fran de vez en cuando: sigue hablando con Carlota y Verónica, que ahora ríe con una familiaridad que nunca me ha mostrado a mí. Siento una punzada de algo desagradable, pero la aparto. No quiero que nada enturbie esta noche.

Las modelos seguimos juntas hasta que el evento termina. Nos despedimos con abrazos prometiendo quedar, aunque sabemos que quizá no lo hagamos. Salgo al fin exhausta, pero flotando en una nube.

5. **Duele. Duele mucho.**

Diciembre 2024

El día comienza a las siete de la mañana, cuando la luz del pasillo se filtra por la rendija de la puerta y se oye el carrito de la medicación rodando por el corredor. Cinco minutos después entra Laura, la auxiliar de enfermería que me ha tocado en turno de mañana. Es menuda, de ojos vivarachos y voz cantarina que parece incapaz de enfadarse. Lleva el pelo recogido en una coleta alta y huele a jabón de lavanda. Todo el mundo en el Centro San Lorenzo, parece oler a ese jabón.

—Buenos días, reina —dice mientras abre las persianas de golpe. La luz de invierno, fría y blanca, inunda la habitación —. Hoy toca ducha tempranita para que luego estemos todos tranquilos.

Me incorpora la cama con el mando eléctrico hasta dejarme sentada. El movimiento me arranca un quejido; la cadera protesta con un latigazo sordo. Laura me pasa el brazo por la espalda y, con una habilidad de años de experiencia, me ayuda a sentarme en la silla de ruedas. Me cubre con una bata de felpa rosa que trajo mi madre y me lleva al baño adaptado.

El cuarto de baño huele a clorhexidina y a gel neutro. El agua sale ya templada; Laura regula la silla de la ducha, me quita el camisón con cuidado de no rozar las cicatrices y empieza a enjuagarme como si fuera una niña grande. El chorro caliente me cae por la nuca, por la espalda, por los hombros llenos de moratones amarillentos que aún no se han desvanecido. Me lava el pelo con champú neutro. Aquí no hay mascarillas capilares, ni cremas hidratantes; sus dedos masajean el cuero cabelludo y, por un momento,

cierro los ojos y me permito no pensar en nada. El agua resbala por la placa de titanio que noto bajo la piel de la cadera derecha, como si llevara una armadura interna.

Cuando termina me envuelve en una toalla enorme y me seca con toquecitos, nunca arrastrando. “Para no irritar la piel”, me explica. Después me pone una camiseta de algodón de manga larga, suave y calentita, para que no coja frío. Me peina el pelo mojado hacia atrás con los dedos y me aplica un poco de crema hidratante en la cara; huele a rosa mosqueta y me recuerda vagamente a algo que no logro ubicar.

De vuelta en la habitación, Laura abre el armario y saca el chándal que eligió mi madre la noche anterior: Un pantalón gris ancho con cremallera lateral para poder ponérmelo sin doblar la pierna, y una sudadera azul marino con cremallera también. Me calza unas zapatillas con velcro; no puedo atarme ni los cordones. Al final coge mi perfume favorito y me echa dos pulsaciones en las muñecas y una en el cuello. El aroma dulce y empolvado me envuelve y, por primera vez desde que desperté, me siento un poco yo.

—Lista —dice Laura mirándome con orgullo—. Ahora un ratito de tele y bajamos a desayunar.

Enciende la televisión pequeña que cuelga de la pared. Pone Antena 3; están dando una serie que no identifico. Me quedo embobada mirando sin ver, solo escuchando el ruido de fondo mientras Laura cambia las sábanas con movimientos rápidos y precisos. A las ocho y cuarto aparece otra auxiliar con la medicación: un vaso de agua y cuatro pastillas de colores. Me las tomo sin rechistar.

Se escucha el trajín en los pasillos. El día ha comenzado con lo que supongo que será la rutina habitual, pero me choca tanta actividad. El siguiente en aparecer es Pablo, un chico joven, con tatuajes asomando por el cuello de la camiseta, que empuja mi silla hasta el ascensor. El trayecto

es corto, y en el pasillo huele a desinfectante y a tostadas. Entramos en el comedor: una sala amplia con mesas redondas de madera clara y ventanales que dan al jardín helado. Hay una docena de pacientes ya desayunando: unos en silla de ruedas, otros con andadores, una señora mayor con muletas que me saluda con la mano. Hay pacientes que no pueden ni venir a desayunar. Al comedor vamos los que estamos mejor.

Me colocan en una mesa junto a la ventana. El desayuno es sencillo pero abundante: café con leche en una taza blanca grande, tostadas de pan de molde con mantequilla y mermelada de fresa, un yogur natural y un zumo de naranja recién exprimido. Como despacio; aún me cuesta coordinar la mano izquierda porque la derecha la tengo medio dormida por los nervios pinzados. Laura se queda de pie vigilando, charlando con otra auxiliar.

A las nueve aparece Mateo con su bata blanca impecable y una tableta bajo el brazo. Se sienta frente a mí, pide un café solo al camarero y me sonríe con confianza.

—Buenos días, campeona. ¿Lista para la guerra?

Le devuelvo una media sonrisa cansada.

—Explícame el plan de batalla.

Saca la tableta y abre mi horario semanal, que proyecta en la pantalla para que lo vea bien.

—Mira, así queda tu semana tipo:

Lunes, miércoles y viernes: Fisioterapia a las diez y a las cuatro. Dos sesiones diarias. La de la mañana será en camilla y máquinas (electroestimulación, ultrasonidos, movilizaciones pasivas); la de la tarde será en la sala de marcha con paralelas y, cuando estés más fuerte, empezaremos con la piscina terapéutica.

Martes y jueves: Terapia Ocupacional por la mañana. Trabajaremos transferencia de silla a cama, vestido

independiente, cocina adaptada… todo lo que necesitas para volver a valerte por ti misma.

Además, el martes psicología individual con la psicóloga del centro, Clara y jueves psicología grupal con otros pacientes de traumatismos. Aquí hay gente muy jodida Nerea.

Los miércoles también tienes logopedia porque el traumatismo craneoencefálico te dejó un poco de disfagia y algo de dificultad para encontrar palabras rápidamente. Es normal, eso se recupera sin problemas. Te lo he pautado más por tenerte ocupada que por otra cosa…

Y los viernes, según disponibilidad de ordenadores, clase de informática básica: manejo de tableta, correo, videollamadas… para que también te entretengas un poco.

Los fines de semana son más light: fisioterapia solo por la mañana y mucho descanso.

Cierra la tableta y mira mi plato vacío con aprobación.

—Hoy es lunes, así que a las diez te espera en la sala 3 Patricia, la fisio. Es bastante dura pero buena. Te va a hacer llorar, pero también te va a hacer andar.

Miro por la ventana. El jardín está cubierto de escarcha; un gorrión salta sobre la hierba blanca.

—¿Y duele mucho? —pregunto en voz baja.

—Al principio sí —admite—. Pero cada lágrima es un paso que te va a acercar a casa.

Laura aparece para llevarme los platos. Mateo se levanta, y me pone una mano en el hombro.

—Te espero en la sala a las nueve cincuenta y cinco. Sin prisa. Respira hondo. Hoy empieza de verdad tu nueva vida, Nerea.

Y aunque me tiemblan las piernas que aún no siento del todo, asiento con esperanza.

A las diez menos cinco en punto se abre la puerta de la sala 3 y entra ella. Lo primero que noto es su altura: debe de medir algo menos de un metro setenta y cinco, y se mueve con naturalidad. Viste un uniforme beige de manga corta que le queda como hecho a medida. Me fijo que tiene unos brazos definidos, con esa musculatura limpia y funcional que solo da levantar cuerpos ajenos todos los días. Seguro que además practica deporte. Se nota. El bronceado de su piel es suave, de los que se cogen al aire libre, no de cabina; tiene ese tono dorado que queda bien todo el año. El pelo castaño claro le llega justo por debajo de la mandíbula, liso y brillante, con un corte recto perfecto; hoy lo lleva suelto.

Cuando se acerca, el impacto es mayor. Los ojos son de un verde intenso, con pestañas largas y naturales que no necesitan rímel. Tiene una nariz pequeña y ligeramente respingona, los labios carnosos, de un rosa oscuro que parece pintado por alguien con muy buen gusto. Tiene un cutis impecable, salvo por una peca diminuta justo encima del labio superior que le da un punto travieso a una cara que, de otro modo, sería casi clásica.

—Hola, Nerea —dice con una sonrisa que ilumina toda la sala—. Soy Patricia, pero todo el mundo me llama Patri. A partir de hoy vamos a pasar mucho tiempo juntas.

Su voz es cálida, con un puntito ronco que suena a confianza y a cariño al mismo tiempo. Se agacha para quedar a mi altura en la silla de ruedas y me tiende la mano. La tiene grande, fuerte, pero la piel es sorprendentemente suave; las uñas cortas, redondeadas, pintadas con esmalte transparente que combina con el uniforme. Cuando me coge la mano, noto la seguridad de quien sabe exactamente la presión justa para transmitir fuerza sin hacer daño.

—Vamos a ser compañeras de fatigas —continúa mientras me ayuda a pasar de la silla de ruedas a la camilla—. Yo te voy a pedir mucho, pero también te voy a cuidar mucho. Regla número uno: aquí no hay vergüenza. Si te duele, lloras. Si te frustras, gritas. Si te alegras, ríes. Pero no paramos salvo que te resulte imposible continuar. ¿Trato hecho? Sé que suena a tópico, pero el dolor cura.

Asiento, un poco hipnotizada. Patricia se mueve con una economía de movimientos que denota años de experiencia: quita los cojines de la camilla de un solo gesto, regula la altura con el pie, coloca mis piernas con delicadeza, pero sin miramientos.

—Hoy vamos a hacer evaluación inicial —explica mientras me pone una sábana fina por encima—. Quiero ver cómo está esa cadera preciosa que te han reconstruido, cuánto rango tienes, cuánto dolor toleras y cuánto miedo tienes. Porque el miedo también te frena, ¿sabes?

Se coloca a mi lado derecho, apoya una mano en mi rodilla y la otra en la cresta ilíaca.

—Primero vamos a hacer un movimiento pasivo. Tú relájate como si fueras una muñeca de trapo. Yo hago todo el trabajo.

Empieza a flexionar lentamente mi pierna derecha. El primer centímetro ya duele; al llegar a cuarenta y cinco grados siento que me parten en dos. Aprieto los dientes.

—Respira, Nerea. Por la nariz, suelta por la boca. Así, muy bien.

Su voz me envuelve como una manta. Aunque me está haciendo daño, lo hace con tanto cuidado que no siento violencia, solo necesidad. Cuando llego al límite, me sostiene ahí tres segundos y vuelve a bajar despacio.

—Perfecto. Eso ya es mucho más de lo que esperaba para el día doce de postoperatorio. Eres una campeona.

Me seca el sudor de la frente con una gasa que saca de quién sabe dónde. Sus manos huelen a crema de manos de almendras.

—Ahora vamos con la izquierda, que está sana, para que veas la diferencia de comportamiento.

Mueve la pierna izquierda con total libertad, hasta casi tocarme el pecho con la rodilla. Me río nerviosa.

—Un día, más o menos lejano, llegaremos ahí con la derecha —dice guiñándome un ojo—. Te lo prometo.

Se quita los guantes de látex con un chasquido y se sienta en el taburete alto, a mi altura.

—Reglas de oro conmigo —enumera con los dedos—:

—Una, honestidad absoluta. Si algo duele más de ocho sobre diez, paras y me lo dices, pero nunca exageres el dolor. Si no llegas al límite en cada sesión, te estancarás.

—Dos, constancia. Aquí no vale la excusa de que hoy no te apetece o que tienes la regla.

—Tres, confianza. Yo nunca te voy a pedir algo que no puedas hacer… aunque a veces te lo pida justo en el límite de lo que crees que puedes. Es la única manera de que avances.

Se inclina un poco hacia mí, y su perfume me llega de lleno.

—Y cuatro —añade bajando la voz, casi en confidencia—: vamos a reírnos mucho. Porque si no nos reímos, nos volveremos locas, y no queremos eso. ¿Vale?

Sonrío sin poder evitarlo. Por primera vez desde el accidente siento que alguien me ve como persona y no como un conjunto de fracturas.

—Vale —respondo.

—Pues entonces bienvenida a mi equipo, Nerea —dice dándome una palmadita suave en el muslo sano—. A partir

de hoy, esta cadera y yo tenemos una relación muy seria. Y te advierto: soy muy celosa.

Se levanta, se recoge el pelo en una coleta corta en medio segundo y me guiña un ojo otra vez.

—Nos vemos mañana. Y cuando te duela, acuérdate de que yo también estoy sudando contigo.

Sale de la sala con el mismo paso firme y elegante con el que entró, y de pronto la camilla parece menos fría.

Por primera vez, creo que voy a poder con esto.

En la siguiente sesión, estoy en la camilla, con la pierna derecha doblada hasta casi reventarme el pecho de dolor, los músculos me tiemblan y las lágrimas me salen sin control, cuando aparece.

Tiene unos treinta años, pelo castaño corto y una sonrisa grande, demasiado grande, que no parece tener filtro. Lleva una camiseta de algodón y pantalones de chándal grises. Se acerca dando pequeños pasos irregulares, como si cada pie tuviera su propia idea de hacia dónde ir.

Su forma de andar es imposible de ignorar: el cuerpo se inclina hacia la derecha en cada paso, luego se corrige bruscamente hacia la izquierda, como un barco que zigzaguea. El pie derecho gira hacia dentro y se arrastra un poco, la punta roza el suelo antes de apoyarse del todo; el izquierdo cae de golpe, con el talón primero y un ruido seco. Los brazos no se balancean con naturalidad: el derecho se queda pegado al cuerpo, rígido, mientras el izquierdo se mueve en círculos amplios y descontrolados, como si quisiera compensar tanto desequilibrio. La cabeza se ladea ligeramente hacia un lado y se mantiene ahí, fija, mientras avanza. Tengo la sensación de que en cualquier momento se va a caer. Y todo el rato lleva esa sonrisa que parece una mueca absurda.

Cada paso parece costarle un esfuerzo enorme; los hombros se le suben y bajan de forma asimétrica, la espalda se curva un instante y luego se endereza de golpe. De nuevo tengo la sensación de que en cualquier momento va a perder el equilibrio y caer de bruces, pero no se cae. Solo sigue avanzando hacia mí, lento, torpe, imparable, con esa sonrisa boba que no se le borra de la cara ni un segundo.

Se planta a medio metro de mí, se balancea un poco sobre los talones y me mira como si estuviera viendo un espectáculo fascinante.

—¿Te duele? —pregunta con voz pastosa pero alegre, señalándome la pierna con un dedo que también tiembla.

Estoy sudando, llorando y con la cara roja de dolor. Lo miro como si quisiera fulminarlo.

—¿Tú qué crees? —le suelto, seca como un latigazo—. ¿Crees que estoy llorando de emoción porque están poniendo la escena final de Titanic? No te jode…

Él parpadea un par de veces, la sonrisa se le congela un segundo, pero no desaparece. Luego se encoge de hombros, da media vuelta con un giro torpe que casi lo hace tropezar consigo mismo y empieza a alejarse.

Camina igual que vino: el cuerpo basculando de un lado a otro, los pies arrastrándose y golpeando el suelo sin ritmo, los brazos descoordinados, la cabeza ladeada. Cada paso es una pequeña batalla que gana por pura terquedad.

Y aunque estoy enfadada y deshecha de dolor, aunque me duele todo, no puedo evitar seguirlo con la mirada hasta que desaparece por la puerta, tambaleándose, pero sin caerse.

Patri suelta mis tobillos de golpe. El dolor me cruza la cadera como un rayo, pero no es nada comparado con la mirada que me clava. Se incorpora despacio, los brazos

caídos a los lados, y cuando habla su voz es baja, afilada, sin rastro de la calidez de siempre.

—Has sido una hija de puta, Nerea.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo tocarlo. Los otros pacientes en la sala bajan la vista; hasta el zumbido de las máquinas parece apagarse.

Se acerca un paso más, se planta frente a mí, tan cerca que tengo que alzar la barbilla para mirarla. Los ojos verdes, que hasta hoy solo me habían transmitido cariño y paciencia, ahora arden de furia y desprecio.

—Si vuelves a hablarle así a alguien en este centro, ya puedes ir buscando otra fisioterapeuta. Porque yo no trabajo con personas que humillan a los demás para sentirse mejor.

Trago saliva. El nudo en la garganta me duele más que la pierna.

—Javi —continúa, y su voz se quiebra solo un segundo al pronunciar el nombre— no está aquí para recuperarse. Él está aquí para que le ayudemos a vivir lo mejor posible con lo que tiene. Y lo que tiene no se cura. Nunca. Lo tuyo, en cambio, sí.

Se cruza de brazos, los músculos tensos se le marcan bajo la tela beige. Respira hondo antes de seguir.

—Javi nació con parálisis cerebral espástica-diplejía, la forma más común y también la más jodida en muchos sentidos. Durante el parto se quedó sin oxígeno unos minutos de más; el cerebro no recibió sangre suficiente y las zonas que controlan el movimiento de las piernas y, en menor medida, de los brazos, se dañaron para siempre. No es una enfermedad que progrese, pero tampoco retrocede. Es un daño estático: lo que se rompió a los cero días de su vida se quedará roto para siempre.

Señala con la barbilla hacia la puerta por donde Javi acaba de desaparecer.

—Sus piernas están en constante espasticidad: los músculos se contraen solos, como si tuvieran vida propia. Por eso camina de puntillas, con las rodillas juntas y las caderas giradas hacia dentro. El pie derecho se everte y se arrastra porque el tendón de Aquiles está acortado desde que era bebé; ya lleva cuatro operaciones de alargamiento y seguramente necesite más. Los brazos también están afectados: el derecho más rígido, el izquierdo con movimientos involuntarios que él llama “mis bailes”. Por eso cuando señala parece que tiembla: no son nervios, es su cerebro enviando señales que no puede controlar. No hay ningún día del año que no tenga dolores, si no le duelen las cervicales le duele la espalda. Si no le duele el brazo menos malo que es con el que hace las pocas cosas que puede hacer le duele la pierna por su forma de caminar, por eso le damos masajes en las partes que le duelen. Como ya te podrás imaginar esos masajes no son precisamente relajantes, tiene contracturas en esas zonas que se pueden decir que son como nudos marineros y que hay que ir deshaciendo poco a poco con mucho trabajo de mis manos y lo que es peor mucho con sufrimiento por su parte. Para que te hagas una idea cuando le doy un masaje de espalda hay veces que golpea con su mano la camilla para ayudarse a soportar el dolor, incluso grita y se retuerce por el dolor, pero ¿sabes lo que hace cuando acabamos el masaje? Sonríe y me da las gracias.

Hace una pausa, y su voz se vuelve casi un susurro.

—Cuando era pequeño no hablaba. Tardó hasta los cinco años en decir “mamá”. La logopeda lloró el día que lo consiguió. Ahora habla, pero con disartria: la lengua y los labios no obedecen del todo, por eso suena pastoso. Tiene una inteligencia normal, alta, de hecho—, pero su cuerpo no le deja demostrarlo como quisiera. Se frustra, llora, se

enfada… pero nunca, jamás, se burla del dolor de nadie. Porque sabe lo que es que se burlen de ti desde los tres años.

Patri se agacha de nuevo, esta vez para quedar a mi altura. Sus ojos verdes están húmedos, pero la furia sigue ahí.

—Javi lleva toda la vida oyendo “pobrecito”, “mira cómo anda”, risas en los pasillos del colegio, niños que le quitaban la silla cuando se sentaba para verle caer. Ha aprendido a sonreír porque si no sonríe, se hunde. Esa “sonrisa boba” que tanto te ha molestado es su escudo, su forma de protegerse de todas esas cosas. Y tú, que estarás aquí solo unos meses, que un día vas a salir andando por esa puerta… le has escupido encima.

Una lágrima se me escapa. No sé si de dolor físico o de vergüenza.

—Él nunca va a correr —continúa Patri sin piedad—. Nunca va a bailar pegado a alguien en una discoteca. Probablemente nunca pueda tener hijos de forma natural porque la espasticidad afecta también a la musculatura pélvica. Cada vez que se cae (y se cae mucho) corre riesgo de fractura porque sus huesos son más frágiles que los de la gente normal. Cada vez que le duele la cadera es porque los músculos tiran de los huesos en direcciones opuestas. Y aun así viene todos los días con esa sonrisa, saluda a todo el mundo, pregunta a los nuevos cómo están… porque sabe que aquí nadie se ríe de él.

Se incorpora. Su voz vuelve a ser profesional, pero el tono que usa me recuerda al que utiliza con los familiares difíciles.

—Tú tienes una pelvis rota que se soldará. Él tiene un cerebro dañado que no se soldará jamás. Tú vas a llorar, gritar, maldecir… y yo voy a estar aquí para empujarte. Pero si vuelves a usar tu dolor como excusa para hacer daño a

alguien que no tiene escapatoria… te juro que te cambio de fisio aunque tenga que pelearme con dirección.

Se queda un segundo más mirándome. Los ojos verdes me atraviesan hasta el fondo del alma.

—Ahora descansa diez minutos. Cuando estés lista, seguiremos. Pero primero vas a pensar si de verdad quieres ser la persona que acaba de ser.

Se da media vuelta y sale de la sala sin mirar atrás. La puerta se cierra con un golpe seco que retumba dentro de mi pecho.

Y yo me quedo allí, con la pierna ardiendo, la cara empapada y una vergüenza tan grande que casi pesa más que el titanio que llevo dentro. Porque por primera vez entiendo que mi dolor, por muy brutal que sea, tiene fecha de caducidad. El de Javi no.

6. **¿Recuerdas?**

Julio 2011

Verónica y Carlota tienen completamente acaparado a Fran. Su expresión es la de siempre: la de tener todo bajo su control absoluto. Pone una mano en el brazo de su hijo, un gesto que parece cariñoso pero que en realidad es una orden disfrazada.

Veo que le susurra algo al oído. Fran me busca con la mirada por encima del hombro de su madre. Sus ojos se encuentran con los míos un segundo, y veo en ellos una disculpa silenciosa, acompañados de un encogimiento de hombros. Pero entre Carlota —que se ha colocado estratégicamente al otro lado, sonriendo con esa perfección de dientes blancos y labios finos— y Verónica, que ya lo está guiando hacia la salida, no tiene escapatoria. Carlota le dice algo al oído, él ríe por compromiso, y los tres se alejan juntos, como una unidad perfecta de la que yo claramente no formo parte.

Siento un pinchazo en el pecho, agudo y frío. Verónica no me quiere para su hijo. Lo sé desde el primer día en su despacho, cuando me miró como si fuera una mancha en su alfombra persa. Para ella soy la aspirante a modelo que ha seducido a su príncipe. Carlota, en cambio, es su versión ideal: hija de un empresario de éxito con apellidos que suenan a bodegas y cortijos, con una educación en una Universidad en Estados Unidos y veranos en Sotogrande.

La veo caminar al lado de Fran. Ella le toma del brazo y veo que caminan con cierta familiaridad, como si fuesen una pareja formal. Me jode. No veas lo que me jode. En ese momento entiendo que esta noche no ha sido solo un desfile para mí. Ha sido una presentación en sociedad para ella.

Los veo salir por la puerta principal. Un Mercedes negro con cristales tintados espera en la entrada. Un chófer uniformado abre la puerta trasera. Carlota entra primero, luego Fran, que se gira un último segundo hacia mí. Nuestras miradas se cruzan de nuevo, pero Verónica lo empuja suavemente dentro. Antes de cerrar la puerta, ella me mira directamente. No hay sonrisa, no hay gesto. Solo desdén puro, una ceja arqueada que transmite: “A ver niña, olvídate. No eres suficiente para él”. La puerta se cierra con un golpe seco, elegante, definitivo. El Mercedes se aleja por la avenida, con sus luces traseras rojas desapareciendo en la noche sevillana.

Me quedo allí plantada, con una copa de cava a medio beber en la mano, sintiendo que el éxito de la noche se me escapa entre los dedos como si fuese arena. Alrededor, la gente sigue felicitándome: un periodista me pide una foto, una diseñadora me da su tarjeta, Raúl me guiña un ojo desde lejos. Pero todo suena lejano, como si estuviera bajo el agua.

Las otras modelos ya se han ido dispersando, algunas con sus parejas o familias, otras en taxis hacia sus hoteles. Yo me encamino sola al hotel donde me alojan los organizadores, un cuatro estrellas cerca de la Catedral. El camino es corto, pero se me hace eterno. Los tacones, que antes me hacían sentir poderosa, ahora me matan los pies. El vestido negro se me pega a la piel por el sudor y el calor. La noche es cálida, con olor a azahar y a asfalto recalentado, pero yo siento frío por dentro.

Llego a la habitación, abro la puerta con la tarjeta que tiembla en mi mano. Ni me ducho. Me quito los zapatos de un puntapié, el vestido cae al suelo como un peso muerto, y me dejo caer en la cama en ropa interior. El techo blanco me mira desde arriba, indiferente. Cierro los ojos y un regusto amargo me invade.

Una noche de éxito: he desfilado, los diseñadores me han felicitado, famosos me han abrazado, mi nombre ha sonado entre aplausos. Pero el sabor es agridulce. Porque mientras yo brillaba en la pasarela, Verónica se llevaba a su hijo. Porque Carlota caminaba a su lado como si fuesen novios desde siempre. Porque Fran me ha mirado con una disculpa en los ojos, pero no ha hecho el menor esfuerzo por decir algo. Me siento el patito feo de esta película…

Me giro de lado, abrazo la almohada que huele a suavizante caro. Las lágrimas salen solas, silenciosas, calientes. No lloro por el desfile. Lloro por lo que viene después. Por la sensación de que, por mucho que me esfuerce, siempre seré la chica que no encaja en su mundo de cristal. Por Fran, que me quiere, pero no lo suficiente como para plantarse ante su madre. Por mí, que he ganado una batalla, pero siento que estoy perdiendo la guerra.

La habitación está en silencio, solo el zumbido lejano del aire acondicionado. Me quedo dormida así, rendida, con el maquillaje corrido y el corazón pesado.

Una noche de éxito, sí. Pero con un regusto amargo que no se va.

El dolor me agota. Apenas puedo resistirlo. Caigo en un sueño agitado fruto del cansancio.

Me despierto con la luz del sol filtrándose por las cortinas del hotel, un rayo molesto que me da directamente en los ojos. La cabeza me late como si hubiera bebido demasiado, aunque apenas probé el cava. El cuerpo me pesa, los pies aún me duelen por los tacones de anoche, y tengo esa

sensación de vacío que siempre sigue a una noche grande. Alargo la mano hacia la mesita, cojo el móvil para ver la hora. Son las 10:17. Hay notificaciones acumuladas: felicitaciones de amigas, mensajes de números desconocidos. Sonrío un segundo, recordando los aplausos, la pasarela, el éxito.

Un mensaje me intriga. Es de Eva: "Tía, ¿qué coño es esto?". No me felicita por el desfile. No entiendo nada. Estoy tan dormida, que apenas soy capaz de procesar lo que veo. Adjunta una captura de pantalla de un grupo de WhatsApp del instituto: "Fotos de Nerea la zorra". Mi corazón se para. Abro el enlace y allí están: yo en la cama con los pechos al aire, el tanga a medio bajar, la espalda arqueada. En algunas no se me ve la cara, pero en otras es más que evidente que soy yo. Empiezo a centrarme y a entender que esas fotos son suficientes para romper una vida.

El siguiente WhatsApp de Eva está arriba del todo. Dice simplemente: “Tía, llámame YA”.

Abro el chat y el mundo se me cae encima.

Alguien ha pixelado ligeramente las imágenes, pero se me reconoce perfectamente: el vestido azul que me puse para la graduación está tirado en el suelo al fondo, el logo del hotel es perfectamente legible en la almohada. El grupo ruge: "Joder, qué puta", "Fran se la folló bien". “Mira la mosquita muerta…” “Todo por un sueño”

Soy yo, desnuda en la cama de la habitación 512, la misma noche de la graduación. La imagen está tomada desde arriba: yo tumbada boca arriba, las sábanas blancas revueltas alrededor de mis caderas, los pechos al aire, los pezones perfectamente visibles. Al fondo, borroso pero reconocible, el vestido azul cobre tirado en el suelo.

El siguiente mensaje de Eva es otro pantallazo: otra foto, pero ahora en una storie de Instagram de alguien llamado @malaganightss con el texto “La nueva estrella de Elite Sur… ¿o stripper? 🔥”. Debajo, cientos de comentarios: emojis de fuego y de peras, plátanos y opiniones soeces.

Sigo bajando. Otra foto. Esta vez de lado: yo de rodillas en la cama, el culo en pompa, la espalda arqueada, Fran detrás de mí, aunque solo se le ve el torso y las manos agarrándome las caderas. Mi cara girada hacia la cámara, los labios mordidos, los ojos entrecerrados. Se me ven los pechos y las nalgas en primer plano. Se me ve todo, absolutamente todo.

Y no solo de esa noche. Hay más. Fotos de otras veces con Fran: una en su coche, yo en el asiento del copiloto con la falda subida y su mano entre mis piernas; otra en un motel, yo en ropa interior roja posando frente al espejo del baño, él reflejado detrás haciendo la foto; otra en su habitación, yo desnuda sobre las sábanas grises de su cama, con las piernas abiertas. Los comentarios son cada vez más groseros.

Apenas soy capaz de procesar lo que veo. El móvil me tiembla en las manos. El estómago se me revuelve, siento náuseas. Las fotos circulan y se extienden como un virus: Eva me manda capturas de otras redes sociales, de foros, de grupos de SMS. Mi nombre está en todas partes: #NereaDesnuda en Málaga, memes con mi cara pegada en cuerpos pornográficos, comentarios crueles, proposiciones obscenas, números de teléfono que no conozco circulando como “contacto fácil”.

Llamo a Fran histérica, las lágrimas ya cayéndome sin control. Suena cuatro veces antes de que conteste.

—¿Nerea? Buenos días, guapísima, ¿qué tal has dormido? Anoche estuviste…

—¡Las fotos! —grito, con la voz rota—. ¡Las putas fotos de la graduación! ¡Están por todas partes!

Silencio al otro lado. Oigo su respiración acelerarse.

—¿Qué fotos? —pregunta, pero su tono ya ha cambiado, más serio.

—¡Las que me hiciste en el hotel! ¡Y otras! ¡En las que salgo desnuda, Fran! ¡Todo el mundo las está viendo!

Se queda callado otro segundo. Luego:

—Yo… yo las borré. Tú misma lo viste. Te lo juro.

—¡Pues alguien las tiene! —sollozo—. ¡O no las borraste o las recuperaste o se las enseñaste a alguien! ¡Dime la verdad!

—Te juro que no —dice, la voz ahora tensa—. Yo las borré delante de ti. Voy a llamar a mi madre ahora mismo. Ella sabrá qué hacer.

Pienso en mil excusas. Podría decir que son un montaje. Pero no lo son, y todo el mundo me vio aquella noche. Se me reconoce perfectamente. Soy yo en pelotas en aquella habitación…

Ya no escucho. Cuelgo, tiro el móvil al otro lado de la cama y me tapo la cara con las manos. Las imágenes me persiguen: mi cuerpo expuesto, mi intimidad robada, mi futuro hecho pedazos. Pienso en mis padres. El éxito de anoche se convierte en ceniza.

Las fotos siguen extendiéndose como un virus. En minutos, Eva me manda más capturas: un hilo con todas las imágenes pixeladas pero reconocibles. Cientos de comentarios. Un grupo de WhatsApp del instituto antiguo revivido solo para compartirlas. Comentarios de gente que ni conozco con mi cara y comentarios como “la modelo que se lo monta bien”..

Me quedo en la cama, hecha un ovillo, temblando. El teléfono no para de vibrar: mensajes de números desconocidos, proposiciones, insultos, algún mensaje de ánimo que me suena hipócrita. No contesto a nadie.

La puerta del baño está abierta, el espejo me devuelve una imagen que no quiero ver: ojos rojos, la cara hinchada.

Y en ese momento, sola en una habitación de hotel que pagó la agencia, entiendo que mi vida acaba de cambiar para siempre. Las fotos no van a desaparecer.

Llego a casa, y entro en mi habitación. Mis padres no deben de saber nada todavía. Me encierro en mi cuarto. La puerta de mi habitación se abre de golpe. Estoy en pijama, con los ojos hinchados de llorar, cuando entra Eva como un vendaval, con el móvil en la mano y la cara desencajada.

—Tía… están por todos lados. En todos los grupos, en Instagram, en Twitter… por no hablar de los foros de pajilleros. Todo el mundo habla de las fotos.

Me tiemblan las piernas. Me siento en la cama, como si el suelo se hubiera vuelto de cristal y fuera a romperse bajo mis pies.

—Lo sé—Le digo angustiada.

— Se te ve todo, Nerea. Todo. Al final Fran no era trigo limpio…¡Menudo hijo de puta!

No me da tiempo a procesarlo. La puerta vuelve a abrirse y aparece mi padre. Nunca lo había visto así: los ojos rojos, la mandíbula apretada, la vena del cuello hinchada. Lleva la camisa arrugada, como si hubiera dormido con ella. Se queda en el umbral, me mira un segundo y entonces cruza la habitación en tres zancadas.

La bofetada me pilla desprevenida. Me cruza la cara con la palma abierta y me deja zumbando la mejilla. Me llevo la mano al pómulo, atónita.

—¡Eres estúpida! —grita, la voz rota—. ¡Estúpida, estúpida, estúpida! ¿Cómo has podido ser tan imbécil? ¿Dejar que te hagan fotos así? ¿Con ese hijo de puta?

Nunca me había pegado. Nunca.

—¡Papá…!

—¡Cállate! —me interrumpe, señalándome con el dedo—. ¡Voy a ser la comidilla de la fábrica. Todos verán a mi hija desnuda! ¡En mi puta cara! Van a circular como un tesoro. ¡Joder, Nerea! ¿Cómo has podido hacernos algo así?

Mi madre entra detrás, llorando desconsolada, abrazándose el cuerpo como si tuviera frío. Se sienta en la silla del escritorio y se tapa la cara con las manos.

—Mis amigas… —solloza—. Me están acribillando a mensajes. “Que lo sienten… que si es una faena…”, “¿Cómo ha podido?”. No me atrevo ni a salir a la calle, Nerea. No puedo.

Eva, que está de pie junto a la cama, intenta mediar.

—Tenemos que denunciarlo. Esto es un delito. La policía…

—¡Una denuncia no va a tapar la vergüenza que siente esta familia! —ruge mi padre, girándose hacia ella—. ¡No va a borrar que todo el mundo en Málaga ha visto a mi hija como una cualquiera!

Se gira de nuevo hacia mí con los ojos llenos de lágrimas de rabia.

—¡Pensaba que eras más lista! ¡Que pensabas en tú futuro! ¿Y para esto? ¿Para abrirte de piernas la noche de la graduación y dejar que te fotografíen?

No puedo hablar. Solo lloro, encogida, sintiendo que me estoy hundiendo.

Entonces suena el timbre. Mi madre va a abrir con la cara empapada. Oigo voces en el pasillo y al minuto entra Fran.

Tiene ojeras profundas y la cara desencajada. Se queda en la puerta, sin atreverse a pasar del todo.

—Nerea… —empieza, la voz rota—. Tenemos que hablar.

Mi padre se gira hacia él como un toro.

—¡Tú! ¡Hijo de la gran puta! ¡Fuera de mi casa!

Fran levanta las manos, pálido.

—Señor, yo no…

—¡Fuera he dicho!

Pero Fran me mira a mí, solo a mí.

Le acompaño fuera. Siento la mano de mi padre en mi espalda dándome un empujón.

—Nerea… —su voz suena cansada, distante.

—¿Y qué vas a hacer? ¿Vas a ayudarme o vas a mirar para otro lado?

Silencio. Oigo su respiración entrecortada, pero no me mira a la cara.

—No puedo seguir contigo. Lo siento, pero no puedo —dice al fin, y las palabras caen como plomo.

Me quedo helada. El aire de la habitación se vuelve denso, irrespirable.

—¿Qué?

—Mi madre… no te quiere volver a ver. Ni cerca de mí, ni cerca de la agencia. Dice que esto es un escándalo que puede hundir todo lo que hemos construido. Que, si sigo contigo, me corta el grifo. Todo. El trabajo, el dinero, la familia… todo.

—¿Y tú qué? —grito, las lágrimas saliendo sin control—. ¿Tú qué quieres, Fran? ¿O solo haces lo que dice tu madre como un niño bueno? Porque te recuerdo que esas fotos salieron de tú móvil.

—No es tan sencillo —susurra—. Es mi futuro. Yo te quiero, Nerea. Pero ahora… con las fotos, con el escándalo… no puedo.

—¡Eres un cobarde! —le suelto, la voz rota—. ¡Me dejas tirada cuando más lo necesito! ¡Cuando todo el mundo me está llamando puta por unas fotos que tú sacaste! ¡Que tú tenías en el móvil!

—Te juro que las borré —repite, pero suena vacío—. No sé cómo han podido salir a la luz.

—¡Deja de mentir! —interrumpo—. ¡O las enseñaste, o no las borraste bien, o se las pasaste a algún amigo para presumir! ¡Y ahora que todo el mundo las está viendo, me dejas sola!

Se queda callado. Oigo un suspiro largo, pesado.

—No puedo, Nerea. Lo siento. No puedo ir contra mi madre. No después de esto.

—¿Y yo qué? —pregunto, la voz quebrada—. ¿Yo qué soy para ti? ¿Un capricho? ¿Una novia de verano hasta que las cosas se ponen feas?

—Tú lo eras… eras todo —dice, y por primera vez suena como si le doliera—. Pero esto es demasiado para mí. Perdóname... Pero si sigo contigo, lo perderé todo. Y… No hay nada que yo pueda hacer para ayudarte. Ya estás señalada. Para siempre.

—¡Eres un cabrón y un cobarde! —grito—. ¡Me abandonas! ¡Cuando más te necesito, me dejas sola con esta mierda!

—No puedo —repite, como un mantra—. Lo siento. De verdad.

—¿Ni siquiera vas a intentarlo? ¿Ni siquiera vas a defenderme delante de ella?

Silencio otra vez. Largo. Definitivo.

—No —dice al fin—. No puedo. —No podemos seguir juntos —dice de carrerilla, como si le doliera cada palabra.

El silencio que cae es mortal.

Me quedo mirándolo, esperando que diga que es broma, que me defenderá, que me quiere. Pero no dice nada más. Solo baja la mirada.

—Vete —susurro.

Y se va. Sin tan siquiera echar la vista atrás. Entro en casa. Mi padre se deja caer en una silla agotado, se tapa la cara con las manos y empieza a llorar como un niño. Mi madre se abraza a él. Eva se queda de pie, sin saber dónde meterse.

En menos de una hora mi vida entera se ha ido al carajo. Ya no tengo novio. No tengo futuro como modelo. Tengo unos padres destrozados que no pueden ni mirarme. Y tengo fotos mías desnuda dando vueltas por internet para siempre.

Me meto en la cama, me tapo hasta la cabeza y lloro hasta que me quedo sin aire.

Porque ya no sé quién soy. Y mucho menos quién voy a ser ahora.

7. **Una disculpa necesaria**

Enero 2025

Patricia termina la sesión con un “suficiente por hoy” que suena a indulto. Me ayuda a sentarme en la silla de ruedas, me seca el sudor de la frente con una toalla pequeña y me mira un segundo más de lo necesario. No dice nada, pero sus ojos intensos ya no arden; ahora solo hay cansancio. Yo asiento apenas. Sé lo que tengo que hacer.

Pido que me lleven al jardín. Hace frío, pero el sol pálido calienta lo justo para que no haya riesgo de que me pueda enfriar. El camino de grava cruje bajo las ruedas y me cuesta horrores hacer avanzar la silla. Lo veo enseguida: Javi está sentado en un banco de madera, envuelto en un anorak azul demasiado grande, mirando cómo un gorrión picotea migas que ha tirado a sus pies. Cuando me oye acercarme, levanta la vista y aparece esa sonrisa suya, enorme y sin filtro, pero esta vez aparta la mirada rápidamente, como si aún le doliera mi comportamiento.

Freno la silla junto al banco. El silencio dura unos segundos eternos.

—Javi… —empiezo, y la voz me sale ronca—. Creo que te debo una disculpa. Una bien grande.

Él se encoge de hombros, juega con la cremallera del anorak.

—No te preocupes. Te entiendo.

—No —insisto, y me inclino hacia delante todo lo que la silla me permite—. No me entiendes. Nadie entiende cuando está sufriendo tanto que solo quiere morder. Pero eso no justifica que te mordiera a ti. Fui cruel y lo siento de verdad.

Javi me mira por fin. Los ojos castaños, limpios, sin rencor alguno.

—Te duele mucho, ¿verdad? —pregunta señalando mi pierna con la barbilla en un gesto torpe.

—Como si me estuvieran serrando en vivo —admito—. Pero tú… tú llevas toda la vida con dolor y nunca le has gritado a nadie.

Se ríe, un sonido corto y alegre.

—No siempre. A veces grito. Pero dentro. Aquí —se toca la sien con un dedo que tiembla un poco.

Extiendo la mano hacia él esperando que me la estreche.

—¿Podemos empezar de cero? Me llamo Nerea y soy una borde en proceso de recuperación.

Javi mira mi mano un segundo, luego la suya, que se mueve sola en pequeños círculos. Al final la posa encima de la mía con cuidado, como si temiera romperme.

—Encantado, Nerea. Yo soy Javi y… bueno, ya ves —señala su cuerpo con un gesto amplio—. No ganaré ningún concurso de elegancia.

Nos reímos los dos, casi con miedo de que alguien nos oiga.

—Vaya pareja hacemos —digo mirando nuestras piernas: las suyas rígidas y torcidas, la mía inmovilizada en una férula monstruosa—. Tú que no puedes andar bien y yo que ahora no puedo andar nada. Si nos viéramos por la calle pensarían que venimos de rodar una peli de zombis.

Él suelta una carcajada que le sacude todo el cuerpo.

—¡Zombis con estilo! —exclama—. Yo con mi caminar de Frankenstein y tú encadenada a esa silla.

—Una extraña pareja —bromeo.

Nos quedamos callados un momento, mirando al pájaro que ahora picotea más cerca, aunque sin dejar de mostrarse huidizo.

—¿Sabes qué es lo peor? —dice Javi de pronto, más serio —. Que la gente siempre piensa que porque sonrío estoy bien. Como si no pudiera estar cabreado, triste o tener un día de mierda. Tú al menos puedes gritar. Yo… si grito, piensan que estoy teniendo un brote.

Me quedo mirándolo. Nos quedamos un silencio cómodo, de los que no necesitan llenarse.

—¿Sabes qué me dijo Patri el otro día? —pregunta Javi—. Que éramos “los dos más cabezotas del centro”. Que tú te vas a levantar de esa silla antes de lo que esperas, y que yo voy a seguir andando aunque el mundo se ría. Dijo que hacíamos buena pareja de cabezotas.

Me río, pero se me escapa una lágrima al mismo tiempo.

Javi me aprieta la mano con la fuerza torpe pero sincera que tiene.

—Trato hecho—dice.

—Trato hecho.

El gorrión se acerca más, casi roza la rueda de mi silla. Los dos lo miramos, sonriendo como dos críos que acaban de hacer las paces después de una pelea tonta.

El sol de enero se ha escondido detrás de una nube y el jardín se ha vuelto gris, pero Javi y yo seguimos en el banco, envueltos en nuestras chaquetas y la conversación se va haciendo más sencilla. De pronto él empieza a hablar, sin que yo le pregunte nada, como si llevara tiempo esperando que alguien simplemente le escuchara.

—Mis padres me trajeron aquí cuando tenía diecinueve años. Antes vivía con ellos, en un pueblo a tres horas de aquí. Mi madre dejó de trabajar para cuidarme y mi padre

hacía turnos extras en la fábrica para pagar las terapias privadas. Pero llegó un momento en que ya no podían. Yo peso setenta kilos y, cuando me caigo, no hay manera de levantarme solo. Necesito ayuda para ducharme, para vestirme, para ir al baño… Todo. Un día mi madre se rompió la espalda intentando incorporarme de la cama y acabó en el hospital una semana. Ahí decidieron que no podían más…

Se encoge de hombros, como quitándole importancia, pero veo cómo aprieta la mandíbula.

—Al principio me sentía fatal. Pensaba que los había abandonado, que era una carga. Lloré mucho los primeros meses. Pero luego vi que ellos también respiraban otra vez. Mi madre volvió a trabajar de administrativa, mi padre dejó los turnos extras… Ahora voy dos fines de semana al mes, de viernes a domingo. Me encanta ir a casa. Algunas veces siento que estando aquí pierdo ese calor de hogar que tanto añoro. Allí jugamos al parchís, me cuentan los cotilleos del pueblo. Y cuando me voy, siento que dejo parte de mi vida allí, aunque sé que están bien y que yo también, a mi manera.

Me quedo callada un rato. El viento mueve las ramas desnudas de los árboles.

—Debe de ser muy duro, - digo al fin.

—Lo es. Pero también lo es para ellos vivir con la culpa de “haber dejado al niño”. Así que nos hemos hecho un pacto: no hablamos de lo que duele. Sólo de las cosas buenas. Funciona.

Se gira hacia mí, con esa sonrisa suya sonrisa amplia y sincera.

—Gracias por hablar conmigo, Nerea. De verdad. Aquí la mayoría de la gente es maja, pero… no sé, todo el mundo tiene muchos problemas, y con la mayoría de los

cuidadores no hay confianza. Es como si tuvieran miedo de decir algo malo. Tú no. Tú eres directa. Me gusta eso.

Me río, un poco avergonzada.

—Directa o borde, según se mire.

—Directa, insiste. —Y eres la primera persona en mucho tiempo que me mira a los ojos cuando hablo, no a las piernas. Eso vale oro.

Me emociono sin querer. Carraspeo.

—Oye, ¿y Patri? Parece… no sé, especial. No veas cómo me riñó ayer después de haberte contestado mal.

Javi suelta una sonrisa y mira al cielo.

—Patri es muchísimo más que una fisio. Es… como de la familia. Me conoció cuando llegué con diecinueve años, hecho un ovillo de rabia y autocompasión. Me enseñó a reírme de mí mismo, a pedir ayuda sin sentirme menos hombre, a celebrar cada centímetro que avanzo, aunque sean avances insignificantes. Cuando tengo un día de mierda, ella se sienta conmigo, me trae un batido de chocolate y me dice “hoy toca ser desgraciado, mañana ya veremos”. Y al día siguiente ya estoy bien otra vez.

Se queda pensativo un segundo.

—Además, ayuda a gente como tú. A los que llegan creyendo que ya no hay nada que hacer. Ella los levanta. Literalmente. Yo la llamo “la levantamuertos con coleta”.

Nos reímos los dos.

—¿Y tú qué haces para evadirte? —pregunto—. Para que el tiempo pase más rápido aquí dentro. Porque si te soy sincera, esto a veces resulta asfixiante. No sé cómo lo aguantas.

—Leo mucho. Muchísimo. Novela negra, fantasía, ensayos… lo que caiga. Tengo un Kindle que me regalaron en Navidad y me paso horas y horas leyendo. Y el móvil:

TikTok, YouTube, grupos de WhatsApp con otros chicos con parálisis cerebral de toda España. Hablamos de todo: sexo, drogas, política… lo que no podemos hablar con los padres ni con los fisios. A veces jugamos online hasta las tantas. Eso ayuda a que el tiempo pase de una forma más tolerable.

Se queda callado, mirando al horizonte.

—A veces la vida es una putada, - digo en voz baja.

Él asiente despacio.

—Sí. Pero hay que adaptarse a las circunstancias. Es lo único que podemos hacer. O te adaptas… o te mueres por dentro. Yo elegí adaptarme. Con humor, con libros, con amigos que no tienen cuerpo perfecto, pero tienen el corazón enorme. Y ahora… contigo.

Me mira y me guiña un ojo torpe.

—Así que gracias por sentarte en mi banco, Nerea. Me has alegrado el día.

Le aprieto la mano, fuerte.

—Gracias a ti por no mandarme a la mierda cuando me lo merecía. Pero cuéntame más sobre ti. ¿Has estudiado algo? Lo digo porque te expresas muy bien.

—Me cuesta hablar… No me expreso bien.

—Me refiero al léxico. Usas las palabra correctas, precisas y adecuadas en cada contexto. Te expresas de maravilla.

—Bueno… Estudié Bachillerato en el instituto, como todo el mundo. Me costó, porque concentrarme nunca fue lo mío; siempre tenía la cabeza en otra parte, y porque saber que nunca llegaría a nada no ayudaba. Pero lo saqué, con notas justas pero aprobadas. Después hice una FP de Grado Medio en Informática y Gestión de Empresas. Me gustaba lo de los ordenadores; era algo que podía hacer sentado, sin moverme mucho. Programar, hacer hojas de cálculo,

diseñar bases de datos sencillas… Me imaginaba trabajando en una oficina, con un horario fijo, rodeado de gente que no me mirara como si fuera un bicho raro. Pero la realidad me dio en toda la cara.

Bajó los ojos, y me fijé que le temblaban ligeramente las manos.

—Mi minusvalía no me permite optar al mercado laboral. Me gustaría mucho, pero no podría. No aguanto la tensión del trabajo: el estrés me pone los músculos aún más rígidos, me dan espasmos que duran horas y me dejan exhausto. Y me canso mucho, Nerea. Muchísimo. Un día normal aquí en el centro ya me deja para el arrastre; imagínate ocho horas en una silla de oficina, con plazos y jefes respirándote en la nuca. Lo intenté una vez, en unas prácticas que me consiguió mi padre en una empresa pequeña del pueblo. Duré tres días: al segundo ya tenía migraña por la concentración, y al tercero me caí en el baño intentando llegar solo al váter. No volví. Desde entonces, el centro es mi casa, y los cuidados son mi rutina. No hay más.

Javi termina de hablar y se queda mirando al gorrión, que ahora ha volado a una rama baja. Su voz, pastosa pero clara, se ha ido apagando poco a poco, como si contarlo le costara energía extra. Yo lo miro, sintiendo un nudo en el estómago que no es por la cadera.

—Lo entiendo —digo en voz baja—. De verdad que lo entiendo. Nadie debería tener que renunciar a lo que quiere por algo que no ha elegido. Es una gran putada.

Él se gira hacia mí, y esa sonrisa suya aparece otra vez, pero esta vez con un brillo diferente en los ojos castaños.

—Gracias. De verdad. Pero oye, cambiando de tema… eres la chica más guapa que he conocido en mi vida. En serio. Con ese pelo, esos ojos… Podrías ser modelo, Nerea. De las que salen en las revistas y todo.

Me río, pero es una risa nerviosa, con un eco amargo que él no puede oír. Me toco el pelo instintivamente, ese que ahora llevo algo más corto y sin teñir porque en el hospital no hay tiempo para ciertas vanidades.

—Fui modelo —digo al fin, mirando al suelo—. De anuncios de marcas famosas y algo de pasarela.

Javi abre los ojos como platos, la sonrisa se le ensancha hasta las orejas.

—¿En serio? ¡No jodas! Cuéntame más, por favor. ¿Cómo empezaste? ¿Qué marcas? ¿Viajaste mucho?

Suspiro, ordenando los recuerdos que comienzan a regresar poco a poco a mi mente. Omito lo de las fotos y la parte de Fran; no quiero que sepa esa parte sucia, no todavía.

—Tuve que dejar Málaga para irme a Madrid —empiezo—. Allí hay muchas más posibilidades para una modelo. En Málaga todo era local: fotos para catálogos de tiendas pequeñas, algún anuncio de turismo de la Costa del Sol… Pero para llegar a lo grande, tenía que ir a la capital. Me mudé muy jovencita, después de ahorrar un poco trabajando de camarera en bares de playa.

Recordar aquellos primeros meses, me trae sensaciones agridulces, y una especie de angustia en la boca del estómago.

—Los primeros pasos en Madrid fueron un caos absoluto. Llegué con una maleta grande, infinitas ilusiones y el contacto de la hija de una prima segunda de mi madre que vivía en un piso de mala muerte en Malasaña. El piso era un zulo: tres habitaciones minúsculas, un baño que siempre olía a humedad y una cocina donde apenas cabían dos personas. Mi habitación era la más pequeña, con una ventana que daba a un patio interior lleno de tendederos.

Pagaba trescientos euros al mes, que entonces me parecía una fortuna, pero era lo que había.

—El primer mes fue de supervivencia pura. Me levantaba a las seis para ir a castings que encontraba en anuncios de Facebook o en agencias cutres. Caminaba por todo Madrid: desde Sol hasta Chamberí, pasando por Gran Vía, con un *book* casero bajo el brazo —fotos que me habían hecho amigos o fotógrafos amateurs con una cámara prestada—. Los rechazos eran constantes: "Eres guapa, pero demasiado baja para la pasarela", "Tienes curvas, pero no las suficientes para una modelo curvy", "Tu cara es demasiado común". Me dolía cada "no", pero me obligaba a seguir. Por las noches trabajaba en un bar de tapas en La Latina, sirviendo cañas y pinchos hasta las dos de la madrugada. Llegaba a casa reventada, con los pies hinchados y el olor a fritanga pegado a la piel.

—Pero poco a poco empezaron a salir cosas. Mi primer trabajo pagado fue un anuncio para una marca de champú: tenía que lavarme el pelo bajo una cascada falsa. Todo se grabó en un estudio de Usera. Era cutre y deprimente, pero terminé sonriendo como si fuera el mejor día de mi vida. Cobré doscientos euros y me sentí rica. Después vino un catálogo de ropa interior para una cadena online: posar con sujetadores y braguitas delante de un fotógrafo que no paraba de decir: "más sexy, más sexy". Me pagaron quinientos euros y me compré un par de modelitos buenos para ir a los castings. La pasarela llegó por casualidad. La hija de la prima de mamá me presentó a un *booker* de una agencia pequeña en Chueca. Me ficharon para un desfile de moda emergente en la Mercedes-Benz Fashion Week. Era un diseñador nuevo, con ropa experimental: yo llevaba un vestido asimétrico de gasa negra que se enganchaba en los tacones cada dos pasos. Caminé por esa pasarela temblando, con el corazón a mil, pero lo hice, y creo que lo hice bien. Al finalizar el desfile, recibí muchísimos aplausos.

Fue una sensación alucinante, pero lo mejor es que un agente de una marca de cosméticos me vio y me contrató para un anuncio para promocionar el lanzamiento de una línea de productos novedosa. Ahí empecé a ganar dinero de verdad: Casi mil quinientos euros por cada día de trabajo.

—Madrid me cambió. Los primeros meses dormía poco, comía mal —bocadillos y mierda instantánea—, pero aprendí a moverme. Me apunté a clases de posado y *walking* en una escuela de modelos en Atocha; allí conocí a chicas como yo, ambiciosas y esperanzadas a partes iguales. Salíamos a castings juntas, nos prestábamos ropa, nos consolábamos de los rechazos con cervezas baratas en terrazas de Lavapiés. Vivía al límite: un mes con dos mil euros en la cuenta, el siguiente con cincuenta y pidiendo prestado a mi casa.

—Pero lo logré. Un anuncio para una marca de perfumes famosa: yo corriendo por una playa ficticia, el pelo al viento, oliendo a éxito. Otro para una cadena de ropa: posando en un estudio con luces LED y un equipo de veinte personas. Y pasarela en eventos menores: moda urbana, desfiles para diseñadores independientes en Pasarela Cibeles. Ganaba lo suficiente para mudarme a un piso mejor en Moncloa, con balcón y todo. Mi madre venía a visitarme una vez al mes, orgullosa pero preocupada. – Tampoco le conté que en esa época mi padre continuaba sin hablarme.

Sigo omitiendo lo de las fotos porque todavía me duele demasiado y me continúo avergonzando. Fue el verdadero motivo de mi huida: después del escándalo en Málaga no podía ni salir a la calle sin que me miraran. Madrid era anónimo, grande, donde nadie me conocía. Pero no se lo digo a Javi.

Él me escucha con los ojos brillantes, asintiendo a cada palabra.

—Guau, Nerea. Suena a una vida de película. ¿Y ahora? ¿Volverás a hacer eso cuando salgas de aquí?

Sonrío con amargura.

—Quién sabe. Primero tengo que aprender a andar otra vez. Pero me temo que la pasarela se ha terminado para mí.

En el fondo sé que esa vida ya no es mía. No con tanto tiempo perdido y un cuerpo que ya no me obedece. El mundo de las modelos es duro, frío… No hay tiempo para los problemas personales.

Javi me aprieta la mano.

—Regresemos dentro. Me está empezando a coger el frío. – dice encogiéndose de hombros.

Mientras avanzamos hacia el edificio, me da la risa. Hacemos una pareja surrealista. Veo nuestro reflejo en la vidriera que da acceso al comedor, y la imagen que me devuelve es casi de chiste, si no fuese tan demoledoramente real.

Entre dolores insoportables, charlas con Javi y Patri, han pasado sesenta y dos días desde que llegué al centro y, por primera vez, la mejoría no es solo una palabra que repiten los fisios y médicos: es algo que siento de verdad en los huesos.

Mateo entra una tarde de marzo, fuera de su horario, con su sudadera gris vieja y el pelo un poco revuelto por el viento. Lleva una bolsa de papel con dos cafés para llevar y un par de mis magdalenas favoritas. Se sienta en la silla junto a la ventana, abre su tableta y me enseña los gráficos sin decir nada al principio: solo me deja mirar. Las líneas que antes eran planas ahora suben. El rango de flexión de cadera ha pasado de 45° a 85°. La fuerza muscular del cuádriceps derecho, que estaba en 1/5, ya roza el 3/5. La marcha con andador, que al principio duraba veinte segundos antes de que me derrumbara, ahora aguanta cuatro minutos seguidos. Me muestra un vídeo grabado hace una semana: yo, de pie entre las paralelas, dando pasos torpes pero pasos al fin y al cabo. Luego pone otro vídeo de hoy: ya uso un bastón inglés y avanzo casi diez metros sin que las rodillas me fallen. Me cuesta reconocerme.

Cierra la tableta, me mira y simplemente asiente. No hace falta que diga nada; sus ojos lo dicen todo: lo estoy consiguiendo.

Y entonces me doy cuenta de que llevo semanas observándolo de otra forma.

Mateo ya no es el chico flaco y tímido del instituto que se escondía detrás de sus libros. Tiene treinta y un años que le sientan como un traje a medida: alto, más ancho de hombros de lo que recordaba, con esa espalda que se ha ido formando a base de haber adquirido la seguridad que le

faltaba en el colegio. El pelo, antes liso y sin gracia, ahora lo lleva un poco más largo, con mechones que le caen sobre la frente cuando se inclina a revisar una radiografía. Las gafas de pasta han desaparecido; usa lentillas o simplemente ha aprendido a vivir sin ellas. La mandíbula se le ha marcado, la voz se le ha vuelto más grave, más segura. Cuando sonríe, y ahora sonríe más a menudo, aparecen pequeñas arrugas en las comisuras de los ojos que le hacen parecer más maduro e interesante.

Viene casi todas las tardes cuando termina su turno. Nunca dentro del horario laboral; dice que no quiere que nadie piense que me da un trato especial, que prefiere que quede claro que lo que hace por las mañanas es su trabajo y por las tardes es… otra cosa. Trae café, o un libro que cree que me gustará, o simplemente se sienta a ver conmigo una serie mala en la tableta. Hablamos de todo y de nada: de la residencia, de sus años de MIR, de las veces que se quedó estudiando hasta las tantas mientras los demás salíamos de fiesta. Nunca menciona la graduación ni a Fran ni las fotos. Respeta mis silencios como quien respeta una herida que aún sangra.

Y yo, tumbada en la cama o sentada en la silla, lo miro y lo observo, empiezo a darme cuenta de lo imbéciles que somos las chicas. Siempre corriendo detrás de los que nos destrozan: los que prometen el cielo y luego te dejan caer, los que te hacen sentir viva a base de hacerte daño. Fran era fuego: brillante, peligroso, imposible de sostener sin quemarte. Y yo me quemé encantada. Me atraían los que me ponían a mil por hora, los que me empotraban contra paredes y me hacían sentir deseada durante cinco minutos, aunque luego me dejaran vacía.

Y mientras tanto, Mateo estaba allí. Siempre estuvo. Con sus apuntes perfectos, con su silencio respetuoso, con su forma de mirarme como si ya viera en mí algo que yo aún no sabía que tenía. Nunca pidió nada. Nunca se aprovechó.

Y cuando el mundo se me vino abajo, cuando los malos me jodieron la vida y me dejaron tirada en la cuneta, fue él quien apareció para recogerme. No con grandes gestos, sino con constancia: con cafés fuera de horario, con gráficos que demuestran que estoy volviendo a la vida, con silencios que no exigen nada a cambio.

Ahora lo veo y siento una cosa extraña en el pecho: calma, pero también calor. Veo cómo se le marcan los antebrazos cuando me ayuda a levantarme de la cama, cómo se le ilumina la cara cuando doy un paso más que ayer, cómo se muerde el labio inferior cuando cree que no lo miro. Y me pregunto cómo no lo vi antes. Cómo pude pasar años buscando fuego cuando tenía una luz constante a dos metros de distancia.

No sé si es amor. Todavía no. Pero sé que es algo nuevo. Algo que no quema, sino que calienta. Algo que no me rompe, sino que me está ayudando a recomponerme.

Pasan las semanas y el centro se convierte en una rutina que, sorprendentemente, empieza a tener sabor a vida. Cada mañana me despierto con el sol filtrándose por las persianas, el sonido que ya se ha vuelto rutinario del trajín habitual en los pasillos y el olor a café que sube desde el comedor. La rehabilitación sigue siendo un infierno —Patri me empuja hasta el límite cada sesión, con sus manos fuertes y su voz que no acepta excusas—, pero ahora veo resultados: la férula ha desaparecido, camino con un bastón inglés en lugar de la silla de ruedas, y los pasos ya no me dejan exhausta después de diez metros. Mateo dice que soy un caso de manual de recuperación rápida; y yo creo que es por pura cabezonería. Patricia tenía rezón en eso.

Javi y yo nos vemos casi todos los días. Lo que empezó como un paseo corto por el jardín para estirar las piernas se ha convertido en rutas más largas: damos vueltas al lago artificial, nos sentamos en el banco bajo el sauce que ya

empieza a brotar en marzo, o incluso llegamos hasta la verja del fondo donde hay un pequeño huerto que cultivan los pacientes más veteranos y menos limitados. Nuestras conversaciones han evolucionado: al principio eran superficiales, sobre el tiempo, la comida del centro o anécdotas de cuidadores y pacientes. Pero poco a poco se han hecho más profundas, más íntimas. Hablamos de miedos, de sueños rotos, de lo que significa ser "normal" en un mundo que te mira de reojo. Javi tiene una forma de escuchar que me hace sentir segura; no juzga, no interrumpe, solo asiente con esa cabeza ladeada suya y suelta algún comentario que siempre me hace pensar.

Un día de finales de marzo, el sol calienta lo suficiente como para quitarnos las chaquetas. Estamos en nuestro banco habitual, con el lago artificial reflejando nubes blancas y un par de patos nadando perezosos. Javi ha traído un par de manzanas del comedor; me pasa una y mordemos a la vez, el jugo le resbala por la barbilla. La curiosidad me pica desde hace días, pero hoy no puedo contenerme. Es algo que ronda mi cabeza desde que empezamos a hablar de verdad: su vida, su cuerpo, sus límites.

—Javi… —empiezo, mirando al lago para no tener que mirarlo a él—. ¿Puedo preguntarte algo personal? Muy personal.

Él deja de masticar un segundo, pero su sonrisa no desaparece.

—Claro. Pregunta lo que quieras. Aquí no hay secretos.

Trago saliva. Me siento ridícula, como una adolescente cotilla, pero la pregunta sale sola.

—¿Has tenido alguna vez… relaciones sexuales?

El silencio que sigue dura tres segundos eternos. Javi no se inmuta; solo baja la vista a la manzana en su mano y la gira

entre los dedos torpes.

—No —responde al fin, con voz neutra, sin drama—. Me gustan las chicas, lógicamente. Pero en mis circunstancias… es complicado.

Asiento, sintiendo que he cruzado una línea, pero ahora que he empezado no puedo parar. Me da mucha vergüenza, pero la curiosidad gana al pudor.

—¿Y fisiológicamente… podrías? Quiero decir… si quisieras, ¿tu cuerpo respondería?

Javi se ríe por lo bajo, emitiendo un sonido sincero que me relaja un poco.

—Supongo que sí. Me empalmo, como cualquier tío. Tengo erecciones por la mañana, o cuando veo algo que me gusta en el móvil. Pero nunca he estado con una chica. Ni besado, ni nada. Es… no sé, no ha surgido. O no me he atrevido a que surja.

Me quedo callada, procesando. Su franqueza me desarma; no hay autocompasión, solo hechos. Miro sus manos, que tiemblan un poco al sostener la manzana, y pienso en lo injusto que es todo.

—¿Y alguna vez te has enamorado? —pregunto, bajando la voz como si estuviéramos conspirando.

Él niega con la cabeza, despacio.

—No. Tampoco. Y prefiero que sea así.

—¿Nunca? —insisto, incrédula.

Javi suspira, deja la manzana en el banco y se recuesta un poco, mirando al cielo.

—Bueno… por Patricia siento algo diferente. Pero no lo sé.

El corazón me da un vuelco. Patricia. Nuestra fisio, la de los ojos intensos y la fuerza de un huracán.

—¿Te gusta?

—Claro que me gusta —admite, y por primera vez lo veo sonrojarse un poco bajo la barba incipiente—. Es muy guapa. Y muy buena. Me trata como a un igual, no como a un paciente. Cuando me duele, me hace reír. Cuando estoy bajo, me sube. Pero en mis circunstancias… es imposible.

— Patricia es increíble, pero tú también lo eres.

Él se ríe, pero es una risa amarga.

—Mírame, Nerea. Camino como un pingüino borracho. Necesito ayuda para casi todo. ¿Qué chica querría eso? Patricia es fuerte, independiente, sale a correr, sale de marcha… Yo soy un paquete que viene con cuidados las veinticuatro horas del día los siete días de la semana. Nunca me he hecho ilusiones de estar con una chica. No es buena idea para alguien como yo que se enamore.

El silencio después de su última frase se hace tan denso que casi puedo oír el latido de mi propio corazón. Javi se queda mirando la punta de sus zapatillas, como si la grava del camino tuviera la respuesta a todo. Luego suelta una risita nerviosa, medio avergonzado, medio liberado.

—¿Sabes qué fue lo peor y lo que más vergüenza me ha dado nunca aquí dentro? —dice sin levantar la vista—. Una vez, hará dos años, Patri me estaba haciendo estiramientos de aductores. Me tenía la pierna abierta, la rodilla doblada… y de repente, zas. Erección. Total, instantánea, imposible de controlar. Me quedé tieso (nunca mejor dicho). Intenté pensar en matemáticas, en mi abuela, en cualquier cosa… pero nada. Ella seguía estirando, profesional como siempre, pero yo notaba que se había dado cuenta. Me puse rojo como un tomate. Al final tuve que pedirle que parara un segundo porque “me dolía mucho”. Mentira cochina. Me dolía la vergüenza.

Se ríe otra vez, esta vez más fuerte, y yo me río con él, aliviada de que pueda contarlo sin vergüenza.

—Las pasé canutas para disimular. Me tapé con la toalla como pude, rezando para que bajara antes de tener que levantarme. Desde entonces, cada vez que me toca esa zona intento pensar en cosas desagradables, pero no siempre funciona...

Nos reímos los dos hasta que nos duele la tripa. Cuando nos calmamos, me atrevo a ir un paso más allá. Me da vergüenza, pero la confianza que hemos construido estos meses pesa más.

—¿Puedo hacerte otra pregunta… íntima de verdad?

Javi me mira, levanta una ceja con ese gesto suyo torpe y encantador.

—Claro. Lo que quieras. Total, ya estamos en el fondo del pozo de la vergüenza.

Respiro hondo.

—¿Te masturbas?

Se queda quieto un segundo, luego asiente sin dudar.

—Sí. Con la mano menos mala, la izquierda.

—¿Y… te corres?

—Siempre —dice con una sonrisa orgullosa—. A veces tardo más, a veces me canso antes, pero sí. Llego. Es de las pocas cosas que mi cuerpo hace bien del todo.

Me muerdo el labio, sintiendo el calor subirme a las mejillas, pero no puedo parar.

—¿En qué… o en quién piensas cuando lo haces?

Él suspira, se rasca la nuca, mira al cielo como buscando valor.

—Al principio era solo porno. Actrices, vídeos… lo típico. Luego empecé a pensar en chicas que conocía: alguna compañera del instituto que me sonreía, una monitora de

campamento de verano… gente imposible, pero inofensiva. Y… bueno… también pienso en Patricia.

Se le escapa la confesión como un suspiro, como si llevara años guardándola.

—No todo el tiempo —aclara rápido—. Solo a veces. Cuando estoy muy bajo y necesito sentir algo bonito. Me imagino que me toca como me toca en las sesiones, pero sin ser profesional. Que me mira como me mira cuando cree que no me doy cuenta. Que me besa. Tonterías. Sé que nunca va a pasar, pero… en mi cabeza puedo tenerlo. Y cuando me corro pensando en ella es más fuerte que con cualquier vídeo.

Se queda callado, esperando mi reacción. Yo solo lo miro, con el corazón encogido de ternura y de rabia por lo injusto que es todo.

—Javi… —empiezo, pero él me corta con una sonrisa triste.

—No pongas esa cara de pena, ¿vale? No me gusta que se compadezcan de mí. Me gusta sentir deseo. Me gusta correrme pensando en alguien que me importa de verdad, aunque sea imposible. Me hace sentir vivo. Me hace sentir hombre. Y eso nadie me lo quita.

Le cojo la mano y se la aprieto fuerte.

—Eres más hombre de lo que mucha gente será nunca.

Él me devuelve el apretón, torpe pero sincero.

—Gracias. Y ahora… si quieres saber algo más...

Nos reímos otra vez, y el aire de marzo se vuelve un poco más ligero entre nosotros.

Me quedo mirándolo, sintiendo una punzada en el pecho. Quiero decirle que no es un paquete, que es un tío con un corazón enorme, con humor, con inteligencia. Pero sé que mis palabras sonarían vacías, porque no vivo lo que él vive.

—Javi… —empiezo, pero él me interrumpe con una sonrisa.

—No pasa nada. Estoy bien así. Tengo amigos, libros, el centro… Es mi vida. La he aceptado.

Hablamos un rato más de tonterías: de la comida del centro (que ambos odiamos), de una serie que estamos viendo en Netflix (él la ve en su habitación, yo en la mía, y comentamos por WhatsApp). Pero la conversación ha cambiado algo entre nosotros; hay una intimidad nueva, como si hubiéramos cruzado un puente invisible.

Al día siguiente, en el paseo, soy yo la que saco el tema otra vez. No puedo evitarlo; me ha dado vueltas en la cabeza toda la noche.

—¿De verdad nunca te has enamorado? Ni un poquito, ni de lejos.

Javi se ríe, arrastrando el pie derecho por la grava.

—Ni un poquito. En el colegio me gustaba una chica, Sara, pero era la típica: guapa, popular… supongo que como tú en tu época. Me sonreía en clase, pero nunca pasó de ahí. Luego, en el instituto, aprendí a no ilusionarme. Veía a las parejas besándose en los pasillos y pensaba que eso no era para mí. Me dolía, pero lo acepté. Mejor no soñar con lo imposible.

Asiento, sintiendo una empatía profunda. Yo, que he tenido relaciones vacías, polvos de una noche, corazones rotos… y él, que ni siquiera ha besado, o ha sentido una caricia. Me muero de pena.

—¿Y con Patricia? —insisto, con cuidado—. ¿Es solo admiración o…?

Él se para un momento, se apoya en el bastón que lleva siempre para los paseos largos, y mira al lago.

—Patricia es muy especial para mí. Es… algo que no se puede explicar con palabras. Me hace sentir vivo. Cuando me toca en las sesiones, no es solo contacto profesional; hay una calidez que me acelera el pulso. Hablamos de todo: de sus viajes, de mis libros, de lo que le jode del mundo. Una vez me confesó que odia los domingos porque le recuerdan a su ex con el fútbol. Y yo le conté que odio los espejos porque me recuerdan lo que no puedo cambiar. Nos reímos. Pero… no sé. Probablemente sea solo amistad para ella. Y para mí… mejor dejarlo en eso.

Le pongo una mano en el brazo, sintiendo los músculos rígidos bajo la tela.

—Javi, tú vales mucho. Cualquier chica que no lo vea es idiota.

Él me mira, los ojos castaños brillando un poco.

—Gracias. Pero en serio, estoy bien. He aprendido a querer lo que tengo. Y ahora, además te tengo a ti como amiga. Eso ya es mucho.

Seguimos caminando, más despacio, y la conversación deriva a Patricia: cómo la conoció cuando llegó al centro siendo un chaval asustado y enfadado con el mundo. Cómo ella lo obligó a levantarse el primer día, diciéndole “tú no eres tu cuerpo, eres lo que haces con él”. Cómo se convirtió en su confidente, en su hermana mayor... Javi habla de ella con una ternura que me enternece: cómo le trae chocolate los días malos, cómo le recomienda libros de autoayuda que él lee por complacerla, cómo una vez le dio un abrazo largo después de una sesión dura y él sintió que el mundo paraba.

Yo escucho, asintiendo, y en el fondo pienso en lo injusto que es. Javi, con su parálisis cerebral que le roba movimientos, pero no alma, merecería todo. Y Patri… Patri es luz. Pero la vida no siempre es justa.

Al final del paseo, antes de entrar, Javi se para y me mira serio.

—Oye, Nerea… gracias por preguntar. Nadie me pregunta estas cosas. Me hace sentir… normal.

Le sonrío, le aprieto el brazo.

—Eres más normal que la mayoría, Javi. Y mejor que muchos.

Nos despedimos con un abrazo torpe —yo desde la silla, él inclinado con cuidado— y vuelvo a mi habitación pensando en él, en Patricia, en lo frágil que es todo. Quizá un día le diga que se arme de valor y le confiese lo que siente. O quizá no. Porque en sus circunstancias, como dice él, el rechazo duele el doble.

8. **Patricia**

Abril 2025

Una tarde de abril, después de una sesión especialmente dura en la que consigo ponerme de pie sin apoyo durante quince segundos seguidos, Patricia me acompaña a mi habitación en lugar de dejarme con la auxiliar. Dice que quiere ver una cosa. Yo, sudorosa y con la camiseta pegada a la espalda, le pregunto qué pasa. Ella sonríe de medio lado y saca de su mochila una caja grande de cartón.

—He traído algo para celebrarlo —dice—. Tu madre me dio permiso. Me gustaría verlo contigo. Abre.

Dentro hay tres books profesionales: los míos. Los reconozco al instante, aunque no recuerde haberlos tocado en muchísimo tiempo. Son elegantes, con las portadas de color negro y mi nombre escrito en letras plateadas: NEREA GARCÍA – COMMERCIAL / EDITORIAL / SWIMWEAR. Me quedo sin aliento.

Patricia se sienta en la cama, cruza las piernas y me hace un gesto para que me siente a su lado.

—Vamos a ver quién eras antes de que te rompieras la cadera, anda. Llevo meses queriendo ver las fotos de una modelo profesional.

Abro el primero. Es el *commercial book*. La primera foto es para una conocida marca de vaqueros: yo en un estudio blanco infinito, con unos vaqueros rotos y una camiseta blanca carísima, el pelo suelto y salvaje, la mirada directa a cámara. La luz dura, sombras marcadas, el vientre plano y las caderas anchas resaltadas por la cintura baja del pantalón. Patricia silba.

—Joder, qué abdominales. Esto no se consigue solo con genética, eh.

—Bien lo sabes tú, que no te quedas corta de músculos. –le digo con una sonrisa.

Hojeamos. El anuncio de una bebida isotónica: salgo corriendo por una playa del caribe al amanecer. Recuerdo el sudor artificial brillando en la piel, la camiseta pegada al cuerpo, mis piernas aparecen largas y musculosas en primer plano. También están las de la campaña de gafas de sol: sentada en el capó de un descapotable rojo, con un bikini negro, el pelo mojado y los labios entreabiertos. Se suceden más y más fotos. De un catálogo de ropa deportiva: posturas de yoga imposibles, el culo en pompa, la espalda arqueada, el top apenas conteniendo los pechos…

—Este cuerpo no era para alta costura —digo en voz baja, casi para mí—. Siempre me lo decían en los castings de Paris o Milán. «Demasiado pecho, demasiada cadera, demasiada curva». Pero para *prêt-à-porter* y comercial era perfecto. Las marcas querían chicas que parecieran reales, que tuvieran carne donde agarrar.

Patri pasa la página y se detiene en una doble: yo en lencería negra de encaje, sentada en una silla de terciopelo rojo, las piernas cruzadas, el sujetador *push-up* marcando un canalillo que no termina nunca. La luz lateral me dibuja sombras bajo los pechos y en la cintura.

—Perdona que te lo diga —murmura—, pero tienes mejor cuerpo que el noventa por ciento de las flacuchas que desfilan en las pasarelas. Esas parecen perchas con peluca. Tú tienes… vida. Curvas que dan ganas de morder.

Me río, un poco incómoda, pero también orgullosa.

—Gracias. Aunque ahora mismo ese cuerpo está lleno de tornillos y cicatrices.

—Las cicatrices cuentan una historia —responde ella sin dudar—. Y las historias le molan a la gente.

—La gente con la que me relaciono no tiene el menor interés en las historias personales de las modelos. Solamente buscan la toma perfecta. No es todo tan glamuroso como supones.

Pasamos al segundo book: editorial. Fotos más artísticas. Una serie en blanco y negro para una revista alternativa: yo desnuda de cintura para arriba, solo con una americana abierta, el pelo tapándome un pecho, la mirada desafiante. Otra en color, para Vogue España: con un vestido largo de gasa transparente con ropa interior debajo, en una azotea de Madrid al atardecer, el viento pegándome la tela al cuerpo y marcando cada curva. Recuerdo aquella sesión, y cómo el fotógrafo jugó hasta el límite con lo que se podía mostrar y con lo que no. También estaba la campaña de joyería: primerísimos planos de mi cara, con los labios rojos, y un collar de diamantes cayendo justo entre los pechos, mirada de desafío.

Patri se detiene en una foto en concreto: yo tumbada boca abajo en una cama con sábanas blancas, solo con una braguita de encaje negro, la espalda arqueada, el culo en pompa, y el pelo cayendo en cascada por un lado. La luz es suave, casi onírica.

—Esta es brutal —dice—. Tienes una espalda preciosa. Y ese culo de gimnasio cinco días a la semana.

Me río.

—Seis, en realidad. Y ayuno intermitente. Era una loca de la dieta.

El tercer book es el de *swimwear y lingerie*. Ahí ya no hay sutilezas. Bikinis diminutos en playas de Formentera, el agua cristalina resbalando por mi piel bronceada, triángulos que apenas cubren los pezones, tangas que desaparecen entre las nalgas. Una serie para una marca de lencería erótica: yo de rodillas en una cama negra, con un liguero y medias de red, sujetador de encaje transparente, mirada

directa a cámara, labios entreabiertos. Otra con un body de vinilo rojo, tacones de aguja y látigo en la mano, expresión dominante.

Patri suelta un silbido largo.

—Joder, Nerea. Esto es la hostia, tía.

Me encojo de hombros, un poco incómoda.

—Tuve ofertas para ir más allá. Fotos más calientes. De esas que llaman “artístico-eróticas”, pero que todo el mundo sabe que acaban en páginas de pago. O directamente porno soft. Me ofrecieron cinco mil euros por una sesión desnudo integral con un fotógrafo famoso. Y diez mil por un vídeo «sensual» con otra modelo. Los rechacé todos.

Patri arquea una ceja.

—¿Por qué?

—Porque es un paso muy peligroso —respondo, y mi voz sale más seria de lo que esperaba—. Una vez cruzas esa línea, no hay vuelta atrás. Te etiquetan para siempre. Y si un día las fotos se filtran, y siempre se filtran, ya no eres “la modelo comercial guapa”. Eres “la que se desnudó”. Y yo quería ser más que eso. Quería portadas, campañas grandes, contratos largos… no ser la chica que enseña todo por un puñado de euros y luego no la llaman ni para un catálogo de medias.

Patri asiente despacio, hojeando otra vez el book de swimwear.

—Hiciste bien. Tienes un cuerpo increíble, pero también tienes cabeza, aunque supongo que renunciar a tanto dinero tan fácil de ganar, será complicado...

Cierra el book y me mira fijamente.

—Y ahora ese cuerpo está reconstruyéndose. Pero sigue siendo el mismo: fuerte, con curvas, con historia. Cuando

salgas de aquí vas a volver a romperlo, Nerea. Pero esta vez con más cicatrices y mucha más fuerza.

Sonrío, sintiendo que los ojos se me humedecen.

—Gracias, Patricia.

Ella me da un golpecito suave en la rodilla sana.

—De nada, reina. Y cuando estés al cien por cien, me debes una sesión de fotos nueva. Pero esta vez conmigo de modelo, que yo también tengo buen ojo para las fotos. Y ahora, cuéntame más sobre ese mundo. Me llama mucho la atención, y no tengo ni idea de cómo funciona.

—Verás. Siempre fui alta y con buen tipo. Me imaginaba pasando modelos en París, Milán, Nueva York, Madrid… La verdad es que es un mundo francamente difícil, en el que hay enchufismo, contactos y todo tipo de zancadillas. Las modelos de pasarela son la cúspide de la pirámide. Normalmente se trata de chicas altas, cercanas al metro ochenta de altura, figura muy delgada y con proporciones imposibles. Se busca una presencia fuerte en la pasarela, con un caminar marcado y seguro. Su objetivo es mostrar colecciones de diseñadores, ropa de alta costura, prêt-à-porter, etc. Yo siempre había intentado formar parte de este grupo, aunque era francamente difícil hacerse un hueco entre ellas.

—Ahí es dónde estabas tú. ¿No?

—En parte sí, pero también en el escalafón inferior, el de las modelos de catálogo o comerciales, que es donde más encaja mi estilo: A diferencia de las modelos de pasarela, no se espera de ti una altura ni una delgadez extremas. Puedes tener una variedad más amplia de tipo de cuerpo. Es importante conectar fácilmente con el consumidor promedio. A menudo se nos selecciona por una "apariencia accesible" y la capacidad para representar a personas comunes. No estás tan limitada por estándares estrictos de

tamaño, por lo que la diversidad de cuerpos es una característica importante. En la siguiente categoría, se sitúan las modelos de lencería, bikinis, e incluso de catálogos de ropa. Aquí las exigencias físicas son más de chicas normales: Cuerpos que se ajustan a las proporciones ideales para exhibir lencería, con curvas marcadas, pero también hay modelos muy delgadas. Debes tener la capacidad de realizar poses sensuales. Normalmente son chicas de rostro y actitud atractivas.

—¿Y después las de desnudos?

— Sí. Después están las modelos de desnudo. Estas modelos deben estar muy cómodas con su cuerpo, ya que a menudo posan completamente desnudas. Aquí la categoría se vuelve casi infinita. Desde posar para artistas, hasta revistas eróticas o páginas de internet especializadas. Pertenecer a esta categoría es arriesgado, ya que es muy fácil llegar a ella, pero muy difícil salir. A partir de ahí, las luces rojas de alarma se encenderían. Pasar de un desnudo sensual a otro erótico, es una cuestión de milímetros. Y pasar de un desnudo erótico a algo más explícito es también un pequeño paso.
— Me gustan las fotografías de desnudos…Creo que me sentiría cómoda haciendo una sesión de esas. No me avergüenzo de mi cuerpo, y nunca he sido especialmente pudorosa.
— Bueno… Ahí las opciones son infinitas. Desde lo más sensual a lo más obsceno. Te aseguro que, para esa última opción, no necesitarías hacer más de dos llamadas de teléfono. Pero no te lo recomiendo. En ese tipo de reportajes, se mezclan otras cosas. Las líneas rojas se difuminan rápidamente. Mi consejo es que no te metas en ese mundo.
— No, no. Para nada es esa mi intención. Lo decía simplemente porque me gustaría tener un *book*

profesional algo subidito de tono, para verlo cuando sea una vieja con pellejos colgando. Me gustaría tener ese recuerdo de mis años de plenitud.

— Eso te lo puedo conseguir, si quieres… Tengo mil contactos que me deben favores, y con total garantía de que tús fotos no trascenderán a webs pornográficas.
— ¿Harías eso por mí?
— Claro. Cuando quieras.
— Pues te lo agradezco mucho. Déjame darle una vuelta, ¿vale?
— Las que quieras.
— Hay algo más que quería comentar contigo… Verás, ahora que tenemos cierta confianza… - Cambia por completo el gesto, y se pone seria. —. Verás… Javi me habla mucho de ti. Muchísimo. Que si los paseos, que si las charlas, que si eres la primera persona que le entiende de verdad… Se le ilumina la cara cuando dice tu nombre.

Sonrío sin querer.

—Es mutuo. Me cae genial.

—Lo sé —Nerea. Y me alegro, de verdad. Hacéis una pareja de amigos preciosa. Pero… —hace una pausa, busca las palabras— no le des esperanzas, Nerea. Por favor. Le podrías hacer mucho daño, y no quiero que eso pase.

Me quedo helada.

—¿Esperanzas de qué?

Patricia suspira y se pasa una mano por la nuca.

—De que algún día pueda haber algo más que amistad. Él no lo dice abiertamente, pero lo lleva escrito en la cara. Y si algún día cree que hay una mínima posibilidad… se va a estrellar. Y Javi ya ha tenido suficientes golpes en la vida.

Bajo la mirada, sintiendo una punzada de culpa.

—Yo no le he dado pie a nada. Somos amigos, nada más.

—Lo sé —dice rápido—. Sé que tú no has hecho nada malo. Pero él… él se enamora en silencio. Y contigo está

enamorándose a lo grande. Lo veo en cómo te mira, en cómo se pone nervioso cuando hablas de salir del centro, en cómo se le escapa tu nombre en cada conversación.
Guardo silencio. Porque en el fondo lo sospechaba, pero oírlo de boca de Patri lo hace real.
—Y yo sé que en el fondo está enamorado de ti —añado en voz baja. – Me lo ha dicho…
Patricia se queda quieta. El silencio se alarga tanto que casi puedo oír el segundero del reloj del pasillo. Luego suelta el aire despacio.
—Lo sé —admite al fin—. Lo sé desde hace años. Desde que me miraba como si fuera un maldito milagro cada vez que le tocaba en una sesión. Al principio pensé que era admiración, luego gratitud… pero no. Es amor. Del que, si no es correspondido, duele. Por eso no quiero que también le pase contigo.
Se le quiebra un poco la voz. Se aclara la garganta con un carraspeo.
—Y no es fácil gestionarlo, Nerea. Porque yo también lo quiero. Mucho. Pero no de la forma que él necesita. Lo quiero como a un hermano pequeño, como a un amigo del alma, como a alguien a quien protegería con mi vida. Pero no puedo quererlo como pareja. No puedo. Y me mata saber que él lo sabe y aun así sigue queriéndome.
Se tapa la cara con las manos un segundo, respira hondo.
—Y luego está lo físico —continúa, bajando la voz—. Javi ha tenido varias erecciones importantes en sesiones conmigo. La primera vez me quedé bloqueada, no sabía dónde meterme. Luego aprendí a manejarlo: bajar la sábana, cambiar de posición, hablar de cualquier cosa… Pero tía… —se ríe de pronto, con esa risa traviesa que tanto me gusta— no veas el aparato que se gasta el tío. Ni te imaginas que pueda tener ese pedazo de polla. Es como si Dios hubiera dicho “vale, te jodo todo lo demás, pero aquí te compenso”. Es descomunal.

—¡No me digas eso! – estallo en carcajadas – No podré volver a mirarle a la cara sin pensar en…
Nos reímos a carcajadas, las dos a la vez, tapándonos la boca para que no hacer ruido. Me duele la tripa de reír, y ella se seca una lágrima de risa con el dorso de la mano.
—Te lo juro —sigue, entre hipos—. Una vez tuve que parar la sesión porque se le marcaba tanto que parecía que iba a romper el pantalón. Le dije: “Javi, respira hondo y piensa en otra cosa” y él me contestó “ya, pero es que no lo puedo evitar. No lo hago adrede”. Nos reímos los dos como idiotas. Pero es que… joder, es enorme.
Seguimos riéndonos, pero de pronto Patricia se queda seria otra vez. Se seca los ojos y me mira con una tristeza que me impacta.
—La vida trata muy mal a gente como Javi —dice en voz baja—. Le da un cerebro brillante, un corazón enorme, un sentido del humor que te salva los días malos… y luego le quita la posibilidad de vivirlo todo. Le quita besos, sexo, independencia, la sensación de ser deseado por alguien que pueda tocarlo sin que sea “terapéutico”. Y él lo lleva con una dignidad que me parte el alma. Nunca se queja, nunca se victimiza. Pero yo sé que por dentro se muere un poco cada vez que ve una pareja paseando de la mano o cuando oye a otros hablar de sus ligues.
Se le humedecen los ojos, pero no llora.
—Y lo peor es que él cree que no merece amor físico. Que su cuerpo es un estorbo. Y la realidad es que lo es. Si no tuviese esa minusvalía, sería un chico perfecto. Es un tío que siente, que desea, que responde… pero que el mundo ha decidido que no vale para eso. Y yo no puedo darle lo que él quiere, porque no lo siento. Y me odio por ello.
Se queda callada. Yo tampoco sé qué decir.
—Así que por favor —continúa al fin—, sé su amiga. Sé su confidente. Pero no le dejes soñar con algo que no va a pasar. Porque si un día cree que hay una posibilidad y

luego se da cuenta de que no… se va a romper. Y yo no quiero recoger esos pedazos.
Asiento despacio, con un nudo en la garganta.
—Lo prometo.
Patricia me coge la mano, la aprieta fuerte.
—Gracias. Y perdona si suena duro. Es que… lo quiero demasiado.
Nos quedamos así un rato, en silencio, con las manos entrelazadas. Y entiendo que el amor a veces también es esto: proteger a alguien de ti misma, aunque duela.

En pleno verano, el calor ya es denso, pegajoso, con ese característico olor a sal y a protector solar que anuncia el verano andaluz. Mateo aparece por mi habitación a las seis de la tarde, fuera de su horario, con una camiseta blanca sencilla que le marca los hombros y unos vaqueros claros. Lleva las gafas de sol colgadas del cuello de la camiseta y una sonrisa tímida que me acelera un poco el pulso.

—¿Te apetece tomar algo fuera? —pregunta, apoyado en el marco de la puerta—. Hace buena tarde. Podemos ir a la playa, tomar un helado o una cerveza fría y así caminas fuera de este lugar. Te sentará bien salir un rato.

Acepto sin pensarlo dos veces. Es la primera vez que salgo del centro desde que llegué, aparte de visitas médicas. Me emociona y me da vértigo a partes iguales.

Me visto como si fuera una cita, aunque me digo a mí misma que no lo es. Elijo un vestido de verano blanco con estampado de margaritas amarillas que mi madre me trajo en una de sus visitas: largo hasta los tobillos, de tirantes finos, escote cuadrado que deja ver las clavículas y la piel ya un poco bronceada por los paseos con Javi por los jardines. Es fresco, vaporoso, se mueve con la brisa. Me calzo mis Adidas blancas, porque los tacones siguen siendo ciencia ficción y necesito comodidad. Me suelto el pelo, que ya me llega por debajo de los hombros, y me pongo un poco de maquillaje. Me miro al espejo: no soy la modelo de antes, pero vuelvo a parecerme un poco a mí. Me veo mona.

Mateo dobla la silla de ruedas con facilidad y la mete en el maletero de su coche. Me ayuda a entrar en el asiento del copiloto, ajusta el cinturón con cuidado de no rozarme la cadera. Conduce en silencio los primeros minutos, la radio a poco volumen con música española que no conozco pero que suena bien.

Llegamos a la playa de la Victoria, esa zona tranquila cerca del centro de rehabilitación. El sol aún está alto, el cielo azul intenso, la arena dorada llena de familias y parejas. Mateo aparca, y me ayuda a salir. Empezamos a pasear por el paseo marítimo, el mar a nuestra izquierda rompiendo suave contra la orilla. El aire huele a verano y a chiringuitos que empiezan a encender las planchas. El aroma de los espetos inunda el aire.

Caminamos —yo con el bastón y él a mi lado— durante media hora. Al principio me siento fuerte, orgullosa: cada

paso es una victoria. Pero el calor, la arena que resbala y el esfuerzo de mantener el equilibrio… empiezan a pasarme factura. Las piernas me tiemblan, la cadera protesta con un latigazo sordo. Me paro, apoyo el peso en el bastón.

—No puedo más —admito, jadeando un poco.

Mateo no dice nada, solo asiente y me acompaña hasta un banco cercano. Me deja allí con un "ahora vuelvo" y va corriendo al coche a por la silla. Mientras espero, compro un helado de vainilla en un quiosco cercano. Me siento en el banco, lamiendo el helado que se derrite rápido, mirando el mar y a la gente que pasea.

Mateo vuelve con la silla, me ayuda a sentarme y se sienta a mi lado, con su propio helado de chocolate.

—Estoy empezando a recordarlo todo —digo de pronto, sin mirarlo.

Él se queda quieto, luego asiente despacio.

—Ya te había dicho que sería cuestión de tiempo —responde suave—. El cerebro se reorganiza solo. Solamente necesitabas tener un poco de paciencia.

—Tengo lagunas todavía —continúo—. Pero recuerdo haber roto con Fran. Recuerdo la discusión, el escándalo de las fotos… y mi marcha a Madrid. Como si hubiera huido.

Mateo come su helado, pensativo.

—Más o menos fue así —dice al fin—. Te fuiste poco después del verano de la graduación. Después del desfile en Sevilla. Las fotos aparecieron al día siguiente... No veas la que se montó.

Miro al horizonte, el sol está empezando a bajar.

—¿Y Fran? ¿Sabes algo de él?

Mateo se encoge de hombros.

—Le perdí la pista hace años, como a casi todos. Pero todo el mundo sabe que está casado con una Domecq. Carlota, creo que se llama. La hija pequeña del empresario. Salen en revistas del corazón de vez en cuando: eventos benéficos, bodas de famosos, ese tipo de cosas.

Se me viene a la cabeza, como un flash nítido: la noche del desfile en Sevilla, Carlota al lado de Fran, Verónica sonriendo con ella como si fueran de la familia. El Mercedes negro, la puerta cerrándose y su última mirada de desdén.

—Me extraña que no te acuerdes de ellos —dice en voz baja.

—¿Salen tanto en los medios…?

Mateo me mira de reojo.

—Salen bastante, sí. Son asiduos a todo tipo de eventos. Inauguraciones, ferias, fiestas de la jet set andaluza. Pero tú… en Madrid, te alejaste mucho de ese círculo. Supongo que no los seguías.

El helado ya se me ha derretido entre los dedos y el sol empieza a bajar, tiñendo el mar de un naranja suave. Estamos sentados muy juntos, y el silencio se ha vuelto cómodo hasta que, de pronto, me sale una pregunta sin filtro.

—Mateo… ¿has tenido novia? Sé que ahora no, pero…

Él se queda quieto un segundo, mirando al horizonte. Luego gira la cabeza hacia mí, con esa media sonrisa que siempre me desarma un poco.

—He tenido cosas —dice, encogiéndose de hombros—. Algunas duraron meses, otras semanas. Pero nada serio. Nada que llegara a… no sé, a presentarla en casa o a imaginar un futuro juntos.

Asiento despacio, procesando. Me imagino a chicas guapas, inteligentes, saliendo con él en sus años de universidad o de residente. Chicas que quizá no supieron ver lo que yo estoy empezando a ver ahora.

—¿Y por qué no? —pregunto en voz baja.

Él suspira, se pasa una mano por el pelo.

—Supongo que nunca encontré a alguien con quien encajara del todo. O quizá yo no supe encajar. El trabajo, los horarios locos del MIR, la especialidad… siempre había una excusa. Y al final te acostumbras a estar solo.

El silencio vuelve, pero esta vez es diferente. Más pesado. De repente no sé de qué hablar. Miro el mar, miro mis manos, miro la silla de ruedas. Él también parece buscar tema de conversación: carraspea, mira el reloj... La brisa mueve mi vestido, las margaritas amarillas bailan contra el blanco de la tela, pero ya no siento la ligereza de antes.

—Se hace tarde —dice al fin, con voz neutra—. Deberíamos volver al centro antes de que oscurezca del todo.

Asiento. Me ayuda a ponerme de pie, me pasa el brazo por la cintura para sostenerme mientras me siento. Mete la silla en el maletero, me abre la puerta del copiloto. El viaje de vuelta lo hacemos en silencio. La radio está apagada, solo se oye el ronroneo del motor y el ruido ocasional de otros coches. Miro por la ventanilla: las luces de los chiringuitos encendiéndose, parejas paseando de la mano, niños corriendo o en bicicleta. Todo parece normal, pero entre nosotros se ha creado una extraña tensión, como una goma elástica estirada que ninguno quiere soltar.

Llegamos al centro. Mateo aparca en la entrada accesible, saca la silla, me ayuda a sentarme. Me acompaña hasta la puerta principal, empujando la silla en silencio. En el vestíbulo, bajo la luz fluorescente, se agacha para quedar a mi altura.

—Gracias por la tarde —dice, y su voz suena un poco ronca —. Ha estado… bien.

Yo sonrío, pero me sale forzado.

—Gracias a ti.

Se inclina despacio, como dudando, y me da un beso en la mejilla. Su barba de un día raspa suave contra mi piel, su aliento cálido roza mi oreja un segundo más de lo necesario. Me quedo quieta, sintiendo el calor de sus labios, el olor a su colonia mezclado con el salitre del mar.

Se separa, me mira un instante con esos ojos que ahora sé leer mejor, y murmura un “hasta mañana” antes de darse la vuelta y salir.

Me quedo allí, en la silla, tocándome la mejilla donde me ha besado. El vestíbulo está vacío, solo el recepcionista tecleando algo en el ordenador. Y siento que algo ha cambiado entre nosotros. No sé si para bien o para mal. Pero ha cambiado.

Me tumbo sobre la cama con el vestido todavía puesto, y una extraña excitación. La tarde con Mateo ha sido como un sueño. Recuerdo al chico invisible del colegio, cuando no era nadie y lo veo completamente cambiado, convertido en un hombre hecho y derecho.

Es atento, cariñoso, y creo que mi corazón empieza a latir a un ritmo diferente cuando estoy con él. No sé si quiero meterme en algo mucho más profundo, pero la sensación de estar juntos es más que agradable. Disfruto de su compañía. Sé que sigue enamorado de mí. No quiero parecer pretenciosa, pero una mujer sabe esas cosas. Las siente, y yo lo sé. Y me encanta esa sensación.

Continúo con mi ensoñación, cuando escucho unos lamentos sordos en la habitación que está enfrente de la mía. Es la de Javi. Con ciertas molestias, me acerco a su cuarto y llamo a la puerta. Tengo agujetas del paseo con Mateo, pero de nuevo escucho los lamentos. Parece que Javi llora. El pasillo está casi vacío. Solo me encuentro con alguna que otra Auxiliar que acompaña a algún paciente camino a su terapia. Al llegar frente a la puerta de la habitación de Javier toco con los nudillos de la mano en la puerta y sin esperar contestación la abro.

Nunca había visto a Javi con la cara tan crispada. Tiene las mejillas empapadas por las lágrimas y no deja de retorcerse dolorido. Balbuceando me pide que llame a un fisio o a alguien.

Salgo con el paso más rápido que puedo, y aviso a la enfermera de guardia. A los pocos minutos aparece Patricia,

que esta noche está de guardia. Entra en el cuarto de Javi y me tranquiliza antes de cerrar la puerta.

—No te preocupes, Nerea. No es la primera vez que le pasa. En un rato estará perfectamente.

Después de media hora de espera, llamo a la puerta. Patricia me deja pasar. Cuando entro la veo dándole un masaje a Javier en el abductor. Observo que Javi está tumbado boca arriba en la camilla portátil que Patri lleva a las habitaciones. No lleva el pantalón. Tiene las piernas brillantes por los productos que utiliza Patricia. En la parte superior lleva un polo azul de manga larga y debajo aprecio una camiseta interior blanca.

Javier está tranquilo, y no se queja de nada, pero percibo cierta incomodidad al verme. Me fijo que mira hacia el lado opuesto en el que Patricia está dándole el masaje. Ella está trabajando de una manera muy profesional esa zona que Javier ya me ha comentado en alguna ocasión que se le carga mucho.

—Esta vez le ha dado muy fuerte. – me explica - Ha debido de tener unos dolores tremendos. Pero ya se está relajando.

La cara de Javier continúa mirando en dirección contraria adonde me encuentro yo, y entonces reparo en el motivo. Tiene una más que evidente erección, aunque Patricia procura desviar la atención comentando sobre una serie que echaron anoche. Constato que no exageró nada cuando habló de su tamaño. El calzoncillo apenas puede contener el pene, que asoma por el elástico.

Cuando ella va hacia la cara interna del abductor en alguna ocasión roza el glande que ya está empezando a asomar. Patricia se da cuenta de lo inapropiado de la situación y me pide que salga de la habitación.

—Me gustaría quedarme, si no te importa.

La profesionalidad de Patricia no se resquebraja lo más mínimo y se levanta a por una sábana que le pone a Javier encima del calzoncillo para que no se note su excitación. Sigue con el masaje, pero Javier a pesar de seguir intentando desviar la atención hablando de la serie no logra que la erección baje lo más mínimo.

Patricia, que sigue con el masaje levanta la vista y ve la cara de Javier que está totalmente avergonzado. Con un impulso para de masajear y me mira desafiante.

—¡A la mierda! – exclama.

La miro y siento que le va a echar una gran bronca a Javier, ella me sostiene la mirada.

—Sal, por favor. No quiero problemas, Nerea –me dice muy seria.

—Te aseguro que no los tendrás. – La tranquilizo.

Quiero quedarme para echarle un cable a Javier por si Patricia se excede con la bronca. Aunque la comprendo, soy consciente de que Javi no puede hacer nada para evitar lo que le está pasando. Patricia se levanta y va hacia la puerta y al llegar echa el pestillo. Me extraño, pero supongo que es porque no quiere que nadie interrumpa lo que le va a decir a Javi. Al volverse se para en el termostato de la calefacción para subir dos grados la temperatura. Lo que viene a continuación me descoloca por completo. Me lanza una mirada cargada de intensidad. Durante un segundo se me viene a la cabeza lo que va a pasar, pero me niego a creerlo. Se pone al lado de Javier y le susurra con infinita dulzura:

—Eres una persona como las demás, Javi. Lo que te está pasando les pasaría a todos los tíos que conozco. No quiero que te avergüences. Nos conocemos desde hace mucho y te mereces solo cosas buenas. Nerea podrá corroborar lo que digo…

Yo asiento con la cabeza, pero no me atrevo a pronunciar palabra.

—Lo siento mucho, Patri… - balbucea Javi arrastrando las palabras y tremendamente nervioso.

—Shhh –Patricia lo silencia poniéndole un dedo en los labios-. Sé que eres virgen porque me lo has dado a entender en alguna ocasión y no pasa nada. Estuve, estoy y estaré siempre a tu lado ya que aparte de la relación entre fisioterapeuta y paciente somos amigos.

Me quedo sorprendida pero mis labios están sellados incapaces de articular palabra alguna.

—Se lo merece. – Me dice Patricia - y yo asiento. – Si esto va a suponer algún problema para ti, es mejor que salgas ahora.

En completo silencio, asiento con la cabeza. Creo que debo salir de allí. Es un momento que debe ser para ellos dos.

Después de lo que ha pasado entre Patricia y Javi, siento que la tensión entre nosotros ha aumentado. Ahora el ambiente es más denso, como si las paredes hubieran absorbido cada jadeo y cada caricia. Javi está sentado en la camilla, con la sábana cubriéndole la cintura, la cara roja hasta las orejas y los ojos fijos en el suelo. Sus manos tiemblan ligeramente sobre sus muslos, y la respiración aún le sale entrecortada. Patricia se ha ido un momento al baño para recomponerse; yo me quedo allí, porque él me pidió con la mirada que no lo dejara solo.

Me acerco y me siento en la silla de ruedas al lado de la camilla.

—Javi… mírame.

Él levanta la vista despacio, sus grandes ojos castaños están llenos de vergüenza.

—No debes sentirte mal —le digo con voz suave pero firme —. Lo que ha pasado es normal. Eres un hombre, tienes deseos, tienes reacciones. Todos los hombres tienen erecciones. No es nada raro ni nada malo.

Él se encoge de hombros, intenta sonreír, pero la sonrisa le sale forzada y niega con la cabeza.

—Aun así, siento vergüenza —murmura con la voz pastosa —. Llevo toda la vida intentando que nadie me vea como… como un cuerpo que no funciona. Y en momentos como este, justo cuando no debe reaccionar, mi cuerpo decide recordarme que sí funciona, pero en el peor momento.

Le cojo la mano. La tiene caliente y un poco húmeda.

—Javi, escúchame. Lo que ha pasado no es “el peor momento”. Ha sido un momento humano. Patricia te estaba ayudando con un dolor que te estaba matando, y tu cuerpo ha reaccionado al contacto, al cariño. Eso no te hace menos hombre. Te hace más humano.

Él aprieta mi mano, débil pero sincero.

—Es que… nunca me había pasado con ella. Bueno, sí, muchas veces, pero nunca tan… evidente. Y encima tú estabas ahí. Me siento como un crío pillado haciendo algo malo.

Me río por su naturalidad.

—Un crío no, un hombre que siente. Y Patricia no se ha enfadado. Ni se ha burlado. Te ha tratado con el mismo cariño de siempre. Eso dice mucho de ella.

Javi suspira, se pasa la mano libre por la cara.

—Gracias por consolarme. Y por no reírte.

—Nunca me reiría —digo seria—. Eres mi amigo. Y lo que ha pasado hoy queda entre nosotros tres.

Patricia vuelve en ese momento, con la coleta rehecha y la cara lavada. Nos mira a los dos, sonríe con esa mezcla de ternura y profesionalidad que solo ella tiene, y le dice a Javi que se vista despacio, que no hay prisa. Él asiente, todavía rojo, pero un poco más tranquilo.

Más tarde, Patricia me pide que me quede un momento después de los ejercicios. Estoy sudada, con la pierna temblando de cansancio, pero me siento en la camilla y la miro.

—Nerea —empieza, cerrando la puerta de la sala—. Te ruego la máxima confidencialidad con lo que ha pasado en esa habitación, por favor. Me juego mi puesto de trabajo.

Asiento sin dudar.

—Para mí solo ha sido un masaje —digo—. Javi tenía un dolor insoportable en la espalda y en las caderas. Tú lo has ayudado a aliviarlo. Punto. No ha pasado nada más. No te preocupes.

Ella me mira fijamente un segundo, como evaluando si digo la verdad, y luego suelta el aire, aliviada.

—Gracias. No sabes cuánto te lo agradezco. Javi… para mí es especial. Muy especial, ya lo sabes. Y no quiero que nadie pudiese malinterpretar lo que ha ocurrido.

Sonrío.

—Tranquila. Nadie lo sabrá, y nadie lo juzgará. Y menos yo.

Patricia se sienta a mi lado en la camilla, se quita las zapatillas y cruza las piernas. Está cansada, pero relajada.

Mi cuerpo ya responde mucho mejor: la cadera derecha se mueve con fluidez, los músculos de la espalda ya no se quejan cada vez que me giro, y la pierna que antes temblaba ahora aguanta mi peso sin protestar. Patricia lo sabe. Sin apenas moverse, sus manos comienzan a darme un suave masaje, que es más una caricia que un masaje terapéutico. Sus manos son suaves, no hay urgencia ni movimientos profesionales; no hay que forzar nada. Solo me acaricia y relaja, de una forma natural.

Sus dedos se deslizan por mis omóplatos, presionando los nudos que se me forman después de los ejercicios de la mañana. El aceite de almendras huele dulce, cálido, y su tacto es firme pero cariñoso, como siempre. Pero hoy hay algo diferente. Sus movimientos son más lentos, más pensativos. Noto que respira más profundo, que sus manos se detienen un segundo de más en cada pasada. Está tensa. Lo siento en la rigidez de sus hombros cuando me toca la nuca, en cómo aprieta los labios cada vez que exhala.

—Te noto tensa —digo en voz baja, sin mover la cabeza—. Más que de costumbre.

Ella suelta un suspiro corto, casi una risa amarga.

—La vida algunas veces es muy perra, Nerea. Y se ceba siempre con los más débiles.

Sus manos se detienen en la parte baja de mi espalda y se deslizan hacia la cadera, justo donde la cicatriz de la operación aún me tira un poco. Presiona con el talón de la palma, despacio.

—¿Por eso quieres hacerte fotos en las que pareces fuerte? —le pregunto, girando un poco la cabeza para intentar verla—. ¿En las que pareces una mujer fuerte, poderosa, que no tiene nada que esconder?

Ella guarda silencio un segundo. Luego reanuda el masaje, pero ahora sus movimientos son más lentos, casi mecánicos.

—Sí —admite al fin—. Toda mi vida he tenido que luchar contra cosas muy duras. Y siempre me han dicho que tenía que ser fuerte. Que no podía mostrar debilidad. Que, si lloraba, perdía. Que, si me quejaba, me verían como una víctima. Así que aprendí a ponerme la armadura. A sonreír cuando me dolía. A seguir adelante, aunque cada puto día fuese una nueva zancadilla.

Sus dedos suben por mi columna, trazando cada vértebra.

—¿Qué cosas? —pregunto con cuidado, porque sé que estoy entrando en terreno delicado.

Silencio otra vez. Más largo. Sus manos se detienen en mis hombros, y por un momento creo que va a cambiar de tema. Pero entonces suspira, profundo, y sigue masajeando.

—Mi padre se fue cuando tenía doce años. Se largó con otra mujer y nos dejó a mi madre y a mí con una hipoteca

que no podíamos pagar. Mi madre trabajaba de limpiadora en oficinas, turnos de noche, y yo me quedaba sola en casa. A los quince empecé a trabajar los fines de semana en un bar para ayudar con las facturas. Viví en pisos compartidos, estudié fisioterapia a distancia, pagándome la carrera con trabajos de mierda: camarera, repartidora, lo que saliera. Me rompí la espalda cargando cajas en un almacén para pagar el último curso. Y cuando por fin acabé, cuando pensé que ya podía respirar… lo conocí a él.

Hace una pausa. Sus manos se detienen en mis hombros, apretando un nudo que no es muscular.

—Era controlador. Celoso. Al principio me parecía que era su forma de darme protección. Luego se convirtió en algo peor, como una cárcel. No me dejaba ponerme escotes, ni hacer topless en la playa, ni salir con amigas sin que él supiera dónde estaba. Si hablaba con un paciente hombre, me montaba un pollo que no veas. Una vez, al llegar a casa después de todo el día trabajando, me dio una bofetada porque me había visto riendo con un compañero de trabajo. Me decía que era “demasiado guapa”, que “provocaba” a los demás. El siguiente paso fue llamarme calientapollas. Y yo, que siempre había sido fuerte, me encogí. Me hice más pequeña. Dejé de mirarme al espejo porque me daba miedo gustarme.

Sus dedos reanudan el masaje, pero ahora son más suaves, casi como una caricia. Durante unos segundos ninguna de las dos dice nada.

—No tienes que contarme nada más si no quieres —digo, y mi voz sale suave—. Pero si quieres, aquí estoy. Se me da bien escuchar.

Ella sonríe, una sonrisa pequeña pero real.

—Lo sé, y te lo agradezco. Y ahora… date la vuelta.

Me giro boca arriba. Ella me cubre con la sábana hasta la cintura y empieza a masajearme el pecho y los hombros.

Me quedo quieta, sintiendo que viene algo pesado. Le cojo la mano para animarla.

—Cuéntame si quieres.

Ella asiente despacio, respira hondo.

—La relación duró tres años. Te juro que… al principio parecía perfecto. Guapo, con trabajo estable, atento. Pero poco a poco todo empezó a cambiar. Se volvió posesivo, celoso hasta niveles que no te imaginas. Lo que te acabo de contar. Si me ponía un escote un poco pronunciado, me montaba un numerito: "¿Para quién te arreglas así?". Si iba a la playa y quería hacer topless —algo que siempre me ha gustado, sentir el sol en todo el cuerpo—, me lo prohibía. Literalmente me lo prohibía. Decía que era una falta de respeto hacia él, que los otros hombres me mirarían, que yo lo estaba provocando, que no sentía el menor respeto por él ni por mi misma. Me hacía sentir como a una zorra por el mero hecho de querer hacer topless.

Hace una pausa, aprieta mi mano.

—Si quedaba con mis amigas sin él, me bombardea a mensajes: "¿Dónde estás? ¿Con quién? ¿Por qué no contestas?". Si tardaba cinco minutos en responder, ya estaba llamando, siempre con sus dudas y acusándome de infidelidad. Y si me veía hablando con algún chico —un compañero del gimnasio, un cliente en el centro, lo que fuera—, se ponía como un loco. Gritaba, me cogía del brazo, me decía que era una puta, que lo estaba humillando.

Me quedo helada. Patricia, la mujer fuerte, la que levanta cuerpos y almas todos los días, hablando con voz temblorosa y mostrando una fragilidad que desconocía.

—Hubo violencia física también. No golpes fuertes, pero sí empujones, cogerme del brazo hasta dejarme señales de sus dedos y la bofetada que te conté antes. Me aisló completamente. Dejé de ver a la mayoría de mis amistades porque no aguantaba los dramas. Dejé de ponerme la ropa que me gustaba. Dejé de ser yo.

Se le humedecen los ojos, pero no llora. Continúa con el masaje en silencio. La oigo respirar hondo. De pronto, mientras sus manos siguen deslizándose por mis omóplatos con esa presión perfecta que ya conozco de memoria, rompe el silencio.

—Tengo un hijo —dice, y su voz sale baja, casi como si estuviera probando si las palabras pueden pronunciarse sin romperse—. Se llama Adrián. Tiene ocho años.

Sus dedos se detienen un instante en la base de mi cuello. Yo no me muevo. No digo nada. Solo espero, porque sé que ahora viene lo peor, lo que no me ha querido contar.

—Y tiene parálisis cerebral infantil —continúa—. Es una forma grave. Con un retraso importante. No habla, no camina, no controla la cabeza del todo. Necesita una silla de ruedas adaptada, necesita ayuda para comer, y oxígeno por las noches porque sus pulmones no se expanden bien. A veces tiene crisis que duran minutos y le dejan temblando durante horas. Pero es mío. Y es...

Hace una pausa larga. Su voz se rompe definitivamente.

—No sé si quieres que te cuente lo que es técnicamente —dice, y hay un toque de ironía amarga en su voz—, pero supongo que sí. Porque cuando la gente oye “parálisis cerebral” piensa en un niño que cojea un poco o que habla raro. Y desgraciadamente, lo de Adrián no es eso. Adrián es… una vida entera de lucha condensada en un cuerpo inservible con un cerebro que nunca funcionará.

Su tono de voz es monótono, como si estuviese cansada de contar siempre la misma historia, una y otra vez:

—La parálisis cerebral infantil no es una enfermedad que progrese, como la esclerosis múltiple o el Parkinson. Es un daño cerebral estático: algo que ocurrió cuando el cerebro estaba formándose, antes, durante o justo después del parto. En el caso de Adrián fue durante el parto. Sufrió hipoxia severa. El cordón se enrolló, la placenta se desprendió parcialmente, y durante doce minutos su cerebro no recibió suficiente oxígeno. Doce minutos que bastaron para que las neuronas motoras de la corteza cerebral y los ganglios basales quedaran dañadas de forma irreversible.

Hace una pausa, y noto cómo aprieta un poco más fuerte, como si estuviera descargando en mi espalda la rabia que no puede soltar en otro sitio.

—El daño es bilateral y simétrico, sobre todo en las áreas que controlan el movimiento voluntario y el tono muscular. Tiene afectados los cuatro miembros. Sus músculos están en hipertonía constante: rígidos, contraídos, como si el cerebro estuviera enviando señales erróneas todo el tiempo. Cuando intenta moverse, el cuerpo no le obedece; y tiene temblores, espasmos y dolor crónico. El retraso importante viene del daño en otras áreas. No solo motoras. Tampoco habla. Tiene comprensión básica —sabe quién soy, reconoce mi voz, se alegra cuando entro—, pero no puede articular palabras. No controla la musculatura orofacial. La disfagia es severa: traga mal, se atraganta con facilidad, por eso la gastrostomía.

Hace otra pausa. Noto que respira más rápido.

—Y lo cognitivo… es difícil saber cuánto entiende. Los test estándar no sirven con niños con daño motor tan grave. Pero sé que entiende mucho más de lo que puede demostrar. Cuando le leo cuentos, se le iluminan los ojos.

Cuando le pongo música que le gusta —siempre la misma canción de cuna que le cantaba de bebé—, se le relaja el cuerpo entero. Sonríe. No es una sonrisa refleja. Es una sonrisa de verdad. Lo veo en sus ojos. Y eso me destroza.

Sus ojos están llenos de lágrimas.

—Cada día es una batalla. Levantarlo de la cama, vestirlo, cambiarle el pañal, darle la medicación por sonda, aspirarle las secreciones porque la saliva se le acumula y no puede tragarla. Y noches en vela cuando tiene alguna crisis. O cuando llora sin razón aparente y no sé si le duele algo, si tiene miedo, si está triste… o si solo está cansado de vivir encerrado en un cuerpo que no le obedece.

Se queda callada. Sus manos se detienen en mis hombros, apretando con fuerza contenida.

—Y aun así… lo amo con una fuerza que me asusta. Porque es mi hijo. Porque cuando me mira, siento que me ve. Que sabe que estoy aquí. Y eso me da fuerzas para seguir. Para levantarme cada mañana aunque no haya dormido. Para pelear con la administración por terapias que no cubre la Seguridad Social. Para buscar dinero extra haciendo horas extra.

—Lo que debería ser mi orgullo y mi pasión… —dice, y su voz sale baja, ronca, como si las palabras le rasparan la garganta al salir— se ha convertido en mi mayor fracaso.

Se queda callada un segundo. Yo no me muevo. No me atrevo ni a respirar fuerte.

—Mi ex salió corriendo —continúa, y hay una amargura tan cruda en su tono que me duele escucharla—. Cuando Adrián tenía dos meses y ya estaba claro que no iba a ser un niño “normal”, que nunca caminaría, que nunca hablaría, que necesitaría cuidados toda la vida… él me miró y me dijo textualmente que no había nacido para cuidar a un deficiente el resto de mi vida. Así, con esas palabras. Como

si Adrián fuera un juguete roto que se pudiese tirar. Se fue una tarde, con una maleta y sin mirar atrás. Ni una foto se llevó. Nada. Y lo peor, es que a veces creo que hizo bien.

No me siento preparada para decirle nada, pero me doy cuenta de que Patricia no busca palabras de consuelo. Solo parece querer desahogarse.

—Si no llega a ser por mi madre… —susurra—. Ella ha sido el único sostén de mi vida desde entonces. Ella le cuida cuando yo trabajo. Le da amor, le lava, le alimenta por la sonda mientras yo estoy aquí estirando músculos ajenos. Ella es la que se levanta a las tres de la mañana cuando Adrián tiene una crisis y yo estoy agotada después de toda una jornada. Ella es la que le canta la misma nana cada noche, aunque él no entienda ni la letra. Sin ella… no sé qué habría sido de nosotros.

Se calla. Noto que tiembla un poco, aunque intenta disimularlo.

—¿Y no está en un centro especial? —pregunto con cuidado, porque sé que es una pregunta delicada.

Ella niega con la cabeza, despacio.

—No. Por ahora está en casa. Pero sé que inexorablemente acabará en uno. No hay escapatoria. Mi madre tiene setenta y tres años. Cada día está más cansada. Yo trabajo turnos dobles para pagar la hipoteca y las terapias que la Seguridad Social no cubre. Adrián necesita atención veinticuatro horas al día: cambios de pañal, medicación anticonvulsivante, aspiración de secreciones varias veces al día, fisioterapia diaria para evitar contracturas, terapia para estimular lo poco que puede estimularse. Es una rutina agotadora. Y yo… yo no puedo con todo sola. Mi madre me ayuda ahora, pero llegará un día en que no pueda. Y entonces… solamente quedará meterlo en un centro. Una residencia especializada

en parálisis cerebral grave. Lo sé. Lo tengo asumido. Pero duele. Duele imaginarlo.

Se sienta a mi lado en la camilla. Sus ojos están llenos de desesperanza. Es la viva imagen de la desolación.

—¿Su enfermedad tiene algo que ver con la de Javi? —pregunto, porque comienzo a entender muchas cosas.

Ella asiente despacio.

—Sí. Pero Adrián está peor que Javi. Mucho peor. La parálisis cerebral infantil de Adrián es una forma muy grave. No tiene control voluntario en absoluto. Javi a su lado, está mucho mejor.

Hace una pausa, respira hondo.

—El retraso cognitivo de Adri es profundo. Javi es listo, ya lo has comprobado. Adri, no. No puede hablar, no señala, no usa comunicadores de forma consistente. Sé que algo entiende. Entiende cuando le hablo, cuando le canto, cuando le acaricio la cara. Sonríe. Llora. Se asusta. Siente. Y eso es lo que más duele: saber que siente algo, pero desconocer qué.

Se queda callada. Sus manos tiemblan un poco sobre la sábana.

—Por eso tengo tanta afinidad con Javi —dice al fin—. Porque él también vive encerrado en un cuerpo que no obedece, aunque él tiene una mente lúcida que entiende lo que se pierde. En su caso, es consciente de que necesita los cuidados especiales que ofrece un lugar como este. Y él nunca ha querido ser demasiada carga para alguien.

Levanta la vista hacia mí.

—Adrián no mejorará nunca.

Se queda callada. Yo tampoco digo nada. Solo la miro, sintiendo que sus palabras se me clavan en el pecho.

Al final, extiendo la mano y cojo la suya. La aprieto fuerte, pero no sé qué decir. No tengo palabras de consuelo. No las hay.

—¿Hay alguien en tú vida? Le pregunto casi con miedo. El silencio que precede a su respuesta breve. De pronto suelta una carcajada. Es corta, seca, sin alegría. Una risa que sale más como una queja.

—¿Alguien en mi vida? —repite, y su voz tiene un filo de ironía que no le conocía—. Ningún hombre en su sano juicio empezaría una relación conmigo, Nerea. Tengo treinta y dos años, un cuerpo que da mucho juego en la cama, pero también tengo un hijo de ocho con parálisis cerebral grave, una madre que se está haciendo mayor y una vida que gira alrededor de horarios de medicación, citas médicas, noches sin dormir y facturas que nunca dejan de llegar. ¿Quién querría cargar con eso? ¿Quién querría despertarse a las tres de la mañana porque Adrián está teniendo una crisis y necesita que le aspiren, o porque mi madre se ha caído intentando levantarlo sola? ¿Quién querría planear vacaciones sabiendo que hay que buscar hoteles adaptados, transporte especial, enfermera de acompañamiento? Nadie. Nadie en su sano juicio.

Hace una pausa, y se lanza de nuevo:

—A veces tengo necesidades —admite, y su voz baja un tono, casi como si estuviera confesando un secreto—. Necesidades físicas. De contacto. De sentirme deseada. De correrme sin pensar en nada más que en mí misma durante unos minutos. Y no me resulta demasiado difícil encontrar un polvo para una noche. Hay apps, hay bares, hay hombres que ven una mujer alta, con curvas, con ganas… y no preguntan más. Un polvo rápido, intenso, sin promesas. En un hotel, en su casa, en el coche si hace falta. Me visto bien, me maquillo, y durante una o dos horas soy solo una

mujer que quiere follar. Nada más. Sin nombre, sin pasado y sin mochila.

Bajo la mirada algo avergonzada.

—Pero nunca nada más que eso —continúa—. Porque cuando termina, cuando se apaga la luz y él se duerme o se va, yo vuelvo a casa. Vuelvo a la realidad cruda: el olor a orina y medicinas en la habitación de Adrián, la voz de mi madre preguntándome si ha ido bien la noche, el cansancio que se me acumula en los huesos. La mochila es demasiado pesada. Nadie quiere cargar con ella. Y yo… yo ya no tengo fuerzas para pedirle a nadie que lo haga. Además, no sería justo.

Quiero decirle que la entiendo. Que la entiendo perfectamente, pero prefiero no decir nada. Siento que cada palabra puede causar más daño.

—Eres fuerte —le digo, y mi voz sale ronca.

Ella suelta una risa suave, casi triste.

—Ojalá lo fuese. Pero no es así. Sólo soy una tía con una mierda de vida.

Verano de 2025

Al día siguiente me despierto con la luz del sol inundando la habitación. Es uno de esos días radiantes de verano en Málaga, donde el cielo es de un azul infinito sin una nube que lo manche, y el aire ya trae el olor salado del mar mezclado con el del césped de los jardines recién cortado. Me siento en la cama, estiro la pierna derecha con cuidado —aún me tira un poco la cicatriz de la cadera, pero ya no es el dolor incapacitante de hace unos meses— y miro el calendario en la pared: han pasado seis meses desde el accidente. Seis meses de dolor, lágrimas y avances lentos. Pero hoy me siento viva. Fuerte. Y con ganas de algo más.

Cojo el móvil y marco el número de Mateo sin pensarlo dos veces. Contesta al tercer tono con su característica voz grave y cálida de siempre.

—Nerea, buenos días. ¿Va todo bien?

—Todo genial —digo, intentando sonar casual—. Hace un día espectacular. ¿Te apetecería tomar un espeto en la

playa? Invito yo. Tengo ganas de salir, de pasear, de sentarme a ver el mar… ¿Te gustaría acompañarme?

Silencio un segundo. Imagino su sonrisa al otro lado.

—Suena perfecto. Paso a recogerte en una hora.

Cuelgo con el corazón latiendo un poco más rápido. Me levanto despacio, voy al baño y me miro en el espejo. El reflejo me devuelve a una Nerea que empieza a reconocerse: el pelo ya está más largo, casi por los hombros, la piel tiene ya un toque bronceado. Pero lo que realmente ha cambiado es la expresión de mis ojos. Brillan con algo nuevo: deseo, quizá.

Decido vestirme guapísima, sexy, pero sin exagerar —aún no estoy para tacones altos ni faldas cortas que me hagan sentir inestable—. Elijo un vestido de verano que le pedí a mi madre: rojo coral, de tirantes finos que dejan los hombros al descubierto, escote en V que marca el pecho sin enseñar demasiado, largo hasta los tobillos, pero con una abertura lateral que sube hasta medio muslo. La tela es ligera, fresca, se pega un poco a mis curvas cuando me muevo. Me pongo un sujetador negro que realza lo que queda de mi figura de modelo, y unas braguitas de encaje a juego. Me maquillo un poco más de lo habitual. Necesito sentirme guapa de nuevo. Uso rímel para alargar las pestañas, y pinto mis labios de un color rojo brillante. Decido llevar el pelo suelto, con un spray de sal para darle volumen playero y sensación de desenfado. Pero lo mejor serán los zapatos: unas sandalias planas doradas. Por primera vez voy a prescindir de las zapatillas deportivas y me voy a calzar algo más femenino. Son planas, cómodas para caminar por la arena, aunque con un toque coqueto. Priorizo la comodidad, pero hoy no quiero prescindir de cierto estilo. Patricia me ha pintado las uñas de los pies, que ahora lucen de color rojo fuego.

Mateo llega puntual, como siempre. Sale del coche para ayudarme, pero yo ya estoy de pie en la entrada, con la muleta plegada bajo el brazo —ya casi no la necesito, pero por si acaso—. Me mira un segundo de más, los ojos recorren el vestido, y noto cómo traga saliva.

—Estás… guapísima —dice, y su voz sale un poco ronca.

—Gracias —respondo con una sonrisa, sintiendo un calor subir por mi cuello—Tú tampoco estás mal.

Lleva una camisa blanca de lino, vaqueros claros ajustados y unos náuticos. El pelo revuelto por el viento, la barba de dos días que le da un toque maduro, sexy sin pretenderlo. Es curioso lo guapo que es, y lo poco que se lo cree. Me abre la puerta del copiloto, me ayuda a entrar con esa delicadeza suya que me hace sentir cuidada, pero no inválida.

Conduce hacia la playa de Pedregalejo, esa zona de chiringuitos tradicionales donde los espetos son una leyenda. La carretera bordea el mar, el azul infinito a nuestra derecha, el viento entrando por las ventanillas bajadas. Pongo música en la radio: algo suave, para no romper el momento. El viento que entra por las ventanillas me mueve el pelo, y yo cierro los ojos y trato de captar hasta el último rayo de sol. Adoro el olor del verano. Durante un momento soy consciente de que, por primera vez en meses, soy plenamente feliz.

Llegamos y aparcamos cerca del paseo. Mateo saca la silla del maletero, pero le pido que la deje en el coche. Quiero caminar. Me coge del brazo con naturalidad, su mano cálida en mi codo, y paseamos por la arena fina hasta un chiringuito con mesas de madera bajo sombrillas de brezo. El olor a sardinas asadas en la barca de espetos me abre el apetito al instante. Nos sentamos en una mesa frente al mar, las olas rompiendo suave a unos metros.

Pedimos dos espetos de sardinas, una ensalada de pimientos asados, unas cervezas frías y unas gambas a la plancha. Mientras esperamos, el diálogo entre nosotros surge como algo natural.

—¿Cómo te sientes con la recuperación? —pregunta, tomando un sorbo de cerveza, la espuma quedándosele un segundo en el labio superior. – Tengo la sensación, de que, a partir de ahora, vas a evolucionar mucho más rápido. Lo peor ya ha pasado.

—Cada día mejor —respondo, mirándolo fijamente—. Al principio era un infierno, pero ahora… ahora comienzo a ver el final. Gracias a Patricia, a ti… a todos. Ha sido muy duro, pero me siento cada vez más fuerte.

Él sonríe, esa sonrisa que le arruga los ojos y me hace sentir cálida por dentro.

—Tú eres la que pone el esfuerzo. Nosotros solo coordinamos y ayudamos. Pero sí, estás avanzando a pasos agigantados. En un mes o dos, adiós muleta, y podrás continuar la rehabilitación en casa.

Hablamos de Javi un rato. Le cuento que nuestros paseos son ya casi caminatas, que ayer hablamos de sus sueños truncados y de cómo encuentra alegría en las pequeñas cosas.

—Es un chaval increíble —dice Mateo, serio—. Tiene una resiliencia que ya querríamos muchos. No deja de hablar de ti. Ahí tienes a un admirador para toda la vida.

Sonrío.

—Es mi compañero de batalla. Me enseña tanto como yo a él, y eso que tuve un comienzo duro con él. Pero conocerle ha sido una de las mejores cosas que me han pasado en esta época tan dura de mi vida. Con él he aprendido la esencia de lo importante y la vacuidad de lo accesorio.

La comida llega: Una fuente con las sardinas ensartadas en una caña, asadas a la perfección, crujientes por fuera, jugosas por dentro. Las gambas rojas y humeantes, la ensalada fresca con el aceite de oliva virgen brillando. Mateo pincha una sardina con el tenedor, la pela con cuidado y me ofrece un trozo, sosteniéndolo cerca de mi boca.

—Prueba. Esto es un placer de dioses—dice, y su voz sale un poco más baja.

Abro la boca, dejo que me dé de comer. El pescado está caliente, salado, perfecto. Mastico despacio, mirándolo a los ojos. Luego cojo una gamba, la pelo con los dedos —el jugo me resbala por los dedos— y se la acerco a él.

—Prueba tú ahora —digo, clavando mis ojos en los suyos.

Él abre la boca, sus labios rozan mis dedos un segundo. Mastica, pero no aparta la mirada. Cojo otra gamba, la pelo, y esta vez, cuando se la doy, dejo los dedos un segundo más en su boca. Él cierra los labios alrededor, succiona suave, lamiendo el jugo salado de mi piel. Siento un calor subir por mi brazo, bajando hasta el estómago.

Sube la temperatura, y no solamente la climatológica. El sol calienta, pero no es solo eso. Es su mirada, que se ha oscurecido un poco. Es mi vestido, que se me pega a la piel por el sudor. Cojo un trozo de sardina con los dedos, se lo ofrezco. Él lo toma, su lengua roza mi pulgar. Luego me da él a mí una gamba, y cuando la muerdo, dejo los labios en sus dedos, chupando suave el salitre y el jugo. Su aliento se acelera, veo cómo traga saliva.

—Nerea… —murmura.

No decimos nada más. Seguimos comiendo así, alternando bocados, roces. Sus dedos en mis labios, los míos en los suyos. El aire se carga de algo eléctrico. Me inclino hacia él, mi rodilla roza la suya bajo la mesa.

Entonces él se inclina también, su mano en mi nuca, y me besa. Suave al principio, labios contra labios, el sabor salado de la comida mezclado con el suyo. Luego más profundo, su lengua rozando la mía, mi mano en su pecho. El beso dura una eternidad, el mundo desaparece: solo el mar, el sol, sus labios.

Nos separamos jadeando. Él me mira con sus ojos oscuros y algo tristes.

—Llevaba queriendo hacer esto desde siempre —susurra.

Yo sonrío, toco su cara.

—Pues hazlo otra vez.

Y lo hace. El beso en la playa se alarga, se profundiza, se vuelve algo que ninguno de los dos quiere terminar. Las manos de Mateo en mi cintura, las mías en su nuca, el sabor a sal y cerveza en su boca, el ruido lejano de las olas como banda sonora perfecta. Cuando nos separamos, jadeando un poco, sus ojos están brillantes, y su voz sale ronca.

—Vamos a mi casa —susurra, rozando mi mejilla con el pulgar—. Mi piso está a diez minutos. Podemos… seguir allí. Sin prisa.

El corazón me da un vuelco. Quiero decir que sí. Quiero perderme en él, en sus manos, en su cama. Pero de pronto siento el peso de mi cuerpo: la cicatriz que aún tira cuando me muevo demasiado, la pierna que se cansa antes de tiempo, la inseguridad que me susurra que no estoy lista para que me vea desnuda con luces encendidas, con todas mis marcas y mis límites.

—No sé si estoy preparada —digo en voz baja, mirando al suelo—. Física… y emocionalmente. Todavía me duele a veces. Y tengo miedo de… no sé, de no ser lo que esperas.

Mateo baja la cabeza inmediatamente, asiente despacio. No hay decepción en su cara, solo comprensión. Se pasa

una mano por el pelo, respira hondo.

—Claro. Lo entiendo. No hay prisa. Te llevo al centro cuando quieras.

El silencio que sigue es suave, no incómodo. Me coge la mano, entrelaza sus dedos con los míos y nos quedamos así un rato, mirando el mar que ya se tiñe de naranja por el atardecer.

Cuando decidimos volver, camina a mi lado en silencio, sosteniéndome el brazo cuando la arena se hace más blanda. El viaje en coche es corto, pero cargado: la radio baja, nuestras manos rozándose en la palanca de cambios, miradas rápidas en los semáforos.

Al llegar al centro, aparca en la entrada. Baja, me abre la puerta, me ayuda a salir. En el vestíbulo, bajo la luz fría de los fluorescentes, se queda frente a mí un segundo más de lo necesario.

Se inclina despacio y me besa otra vez. Esta vez el beso es más largo, más profundo, sin la urgencia de la playa, pero con la misma intensidad. Sus labios se mueven contra los míos con calma, su lengua roza la mía suave, sus manos en mi cintura apretando justo lo suficiente. Dura segundos que parecen minutos. Cuando se separa, su frente queda apoyada en la mía.

—Tómate el tiempo que necesites —susurra—. No voy a ir a ningún lado.

Sonrío, sintiendo las lágrimas picar en los ojos.

—Gracias.

Él me mira fijamente. Percibo la pasión contenida en sus ojos castaños. Me arrepiento de no haber ido a su casa.

—Siento no haber ido contigo a tú casa...

—Llevo toda la vida esperando, Nerea. Un poco más no me va a matar.

Se separa, me da un último beso en la comisura de los labios, suave como es él, y se va hacia el coche sin mirar atrás.

Yo me quedo allí, tocándome los labios, sintiendo el corazón latiendo acelerado. Siento que quiero sentir sus brazos alrededor de mi cuerpo, sentir su abrazo protector. Quiero pasar la noche con él, porque ya no tengo miedo de lo que pueda venir después.

El día siguiente amanece también perfectamente despejado, con el cielo que parece un lienzo sin una sola mancha. Me levanto temprano, con la energía de quien ha dormido bien. La pierna derecha responde casi sin protestar; solo un tirón leve cuando apoyo todo el peso. Me visto con un pantalón corto de algodón y una camiseta holgada, me calzo las zapatillas cómodas y salgo al jardín antes de que el calor apriete.

Javi ya está en nuestro banco habitual, el del sauce que da sombra al lago artificial. Lleva una camiseta azul marino que le queda grande y sus pantalones de siempre, los que le permiten moverse con más facilidad. Cuando me ve, su cara se ilumina con esa sonrisa enorme, sin filtros, que siempre me desarma.

—¡Buenos días, compañera de aventuras! —grita desde lejos, levantando una mano que tiembla un poco.

Me acerco y me siento a su lado. El banco está caliente por el sol, pero la brisa del mar lo hace soportable. Decidimos dar un paseo largo hoy; ya puedo caminar sin muleta distancias decentes, y Javi se siente cómodo a mi lado.

Empezamos a andar por el sendero de grava que rodea el lago. Los patos nos miran curiosos, el agua refleja el cielo azul. Al principio hablamos de tonterías: del desayuno horrible del centro, de la nueva serie que estamos viendo, de cómo Patri me ha amenazado con más ejercicios si no mejoro la postura al caminar.

Pero poco a poco la conversación se vuelve más profunda, como siempre pasa con Javi. Es él quien saca el tema.

—¿Sabes qué chicas me gustan? —pregunta de pronto, sin mirarme, concentrado en colocar bien el bastón con cada paso.

Me río.

—Sorpréndeme.

—Las fuertes. Las que no se rinden. Las que tienen fuego en los ojos. Como Patricia. Como tú.

Me quedo callada un segundo. La grava blanca del sendero cruje bajo mis zapatillas.

—Javi…

—No, déjame terminar —me interrumpe, parándose un momento para recuperar el aliento—. Sé que sois inalcanzables para mí. Lo sé desde siempre. Patricia es… un sueño que nunca va a hacerse realidad. Y tú… tú eres mi amiga, mi mejor amiga aquí dentro. Pero necesito esa amistad. Necesito saber que hay mujeres como vosotras que me miran a los ojos y no a las piernas. Que me escuchan de verdad. Que no me tratan como un pobrecito o como un niño.

Sus palabras me golpean. Me paro también, me giro hacia él. El sol le ilumina la cara, y veo que tiene los ojos húmedos, pero la sonrisa sigue ahí, valiente.

—Para mí sois muy importantes —continúa, la voz pastosa pero firme—. Me guiais, aunque sepáis que nunca voy a llegar a vuestro puerto. Pero con que me iluminéis el camino… ya me vale.

Me acerco y lo abrazo fuerte, sin pensar. Él se tensa un segundo —siempre le cuesta que lo toquen sin aviso—, pero luego me devuelve el abrazo con la fuerza torpe que tiene. Su cabeza se apoya en mi hombro, huelo su champú

suave y siento su cuerpo temblar un poco, no sé si de emoción o de esfuerzo.

—Temo el día que te marches. Probablemente no te vuelva a ver…

—Siempre seré tu amiga —le susurro al oído—. Te lo prometo. Pase lo que pase, incluso cuando me marche de aquí, siempre tendrás una amiga que te mirará a los ojos.

Él se separa despacio, me mira con esos ojos llenos de luz.

—Gracias. Eso me importa más de lo que crees.

Seguimos caminando, más despacio. El sendero se aleja del lago y entra en una zona con pinos altos que dan sombra. El suelo es de tierra compacta, más fácil para caminar.

—Me duele a veces —dice de pronto, sin que venga a cuento—. Tener una mente lúcida y un cuerpo defectuoso. Es como estar atrapado en una cárcel con ventanas abiertas, pero con barrotes. Ves el mundo fuera, lo entiendes, lo deseas… pero no puedes salir. Lees libros, ves películas, hablas con gente… y sabes exactamente lo que te estás perdiendo. El sexo, el baile, correr bajo la lluvia, subir escaleras sin pensar… todo eso que para los demás es normal y para mí es un imposible.

Se para otra vez, apoya el peso en el bastón. Su cara está seria, pero no amargada.

—A veces me despierto por la noche y pienso: ¿por qué yo? ¿Por qué mi cerebro funciona perfectamente y mi cuerpo no? Podría ser ingeniero, escritor, lo que quisiera. Pero en lugar de eso, dependo de otros para ducharme. Y lo peor no es la dependencia. Es saber que la gente me mira y piensa “pobrecito”. No me gusta causar esa impresión.

Me acerco otra vez, le cojo las manos. Las tiene cálidas, temblorosas.

—No eres un pobrecito —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Eres Javi. El que me hace reír cuando quiero llorar. El que me ha escuchado incluso en mis peores momentos. El que tiene más fuerza en el dedo meñique que mucha gente en todo el cuerpo. Tu mente lúcida no está atrapada. Es libre. Y nos ilumina a los demás.

Él me mira con los ojos húmedos otra vez, y asiente despacio.

—Pero sí estoy atrapado.

Nos abrazamos de nuevo. El viento mueve las ramas de los pinos, el sol se filtra entre las hojas y nos envuelve en una luz moteada. En ese momento, con Javi temblando entre mis brazos, siento que la amistad puede ser más fuerte que cualquier amor romántico. Y aunque sé que él no busca compasión, no puedo evitar derramar lágrimas por lo injusta que puede llegar a ser la vida de algunos.

De pronto, la megafonía del centro crepita a lo lejos: “Nerea García, tiene visita en recepción. Nerea García, por favor”

Nos separamos, nos reímos nerviosos. Me seco las lágrimas con un pañuelo de papel.

—Te reclaman —dice Javi recomponiéndose también.

Volvemos despacio, yo sosteniéndolo del brazo cuando el terreno se pone irregular. El paseo ha sido largo, más de lo habitual, y los dos estamos cansados.

Al llegar a la entrada principal, veo a mi madre de pie junto a la recepción, hablando con alguien que no conozco. Es un joven alto, de unos treinta años. Tiene una expresión seria, casi solemne.

Mi madre me ve y sonríe, pero hay algo en su mirada que me pone en alerta.

—Cariño —dice acercándose—. Tenemos que hablar.

Y el hombre se gira hacia mí.

No doy crédito. El hombre que está de pie junto a mi madre se gira despacio, como si el mundo se hubiera ralentizado solo para este momento. Y cuando lo veo de frente, el reconocimiento me golpea como un puñetazo en el estómago. Es Fran. El mismo que me prometió el mundo y me dejó caer cuando más lo necesitaba. Pero no el Fran de veinte años, el chico guapo y arrogante con el esmoquin negro y la sonrisa de ganador. Este Fran tiene treinta y tantos años que le han mejorado, si eso fuese posible: Es alto, y lo percibo más ancho de hombros, con una musculatura definida de quien lleva años practicando deporte. El pelo, antes revuelto y juvenil, ahora lo lleva cortado con precisión, peinado hacia atrás con un toque de gomina que brilla bajo el sol de la mañana. Lleva una barba de tres días, perfectamente recortada que le da un aire maduro, incluso sofisticado. viste un polo azul marino ajustado que marca el pecho y los brazos, pantalones chinos beis y zapatos náuticos marrones que parecen recién salidos de una tienda de lujo en la calle Serrano. Los ojos se me van al reloj en su muñeca izquierda. Es un Rolex Submariner, reconozco el modelo, que brilla con discreción ostentosa. Su piel bronceada, sin una arruga fuera de lugar, huele a colonia cara desde dos metros: notas de madera y cítricos que me transportan diez años atrás. Pero sus ojos castaños, esos no han cambiado: siguen siendo cálidos cuando quieren, pero con esa sombra de cálculo que siempre tuvo.

Cuando se gira del todo y me ve, su expresión cambia: sorpresa genuina, luego una sonrisa tentativa que no le llega a los ojos. Se despiertan en mí recuerdos que creía olvidados, o que mi amnesia había enterrado en algún rincón oscuro, tal vez intencionadamente. Recuerdos de fotos filtradas que me destrozaron la vida, de pases de modelos donde brillé un segundo antes de caer, de abandono puro cuando él eligió a su madre y a Carlota en

lugar de a mí. El pecho se me aprieta, la respiración se me acelera.

Javi, desde una prudencial distancia, nota mi tensión y me hace un gesto con la cabeza, como preguntándome si estoy bien.

—Nerea… —dice Fran, abriendo los brazos como si esperara un abrazo, pero sin moverse—. Dios, cuánto tiempo. Entiendo tus reparos. No esperaba verte así, pero… me alegro tanto de que estés bien.

Mi madre, que hasta ahora ha estado callada con expresión culpable, interviene rápido.

—Cariño, nos encontramos por casualidad ayer por la tarde. Le conté lo de tu accidente, lo de la rehabilitación… y él insistió en venir a verte. – Suena casi como si se estuviese disculpando

Fran asiente, bajando los brazos despacio.

—No sabía nada, Nerea. Te lo juro. Si lo hubiera sabido… habría venido antes a verte.

Mi madre me mira con ojos suplicantes.

—Me voy, hija. Creo que debéis hablar en privado. Llámame luego.

Me da un beso rápido en la mejilla y se aleja hacia el parking, dejándome sola con él. Javi murmura un "¿estás bien?" y yo asiento, agradeciéndole con la mirada. Él se va despacio hacia el interior del centro.

Fran se acerca un paso, pero se para cuando ve mi expresión distante. Señala la terraza cercana, con mesas de plástico blanco y sombrillas verdes que dan sombra al jardín.

—¿Nos sentamos un rato? —pregunta.

Asiento sin decir nada. Caminamos en silencio. Me siento en una silla, él en la de enfrente. El sol calienta la mesa,

pero yo siento frío por dentro.

—Te veo genial —dice, rompiendo el hielo—. En serio. Después de lo que has debido de pasar… estás radiante.

Lo miro fijamente, sin sonreír. Mi voz sale fría, distante.

—Gracias.

Él suspira, se pasa una mano por el pelo.

—Nerea, por favor. Déjame explicarme. Sé que tienes derecho a estar enfadada. Lo que pasó hace diez años… fue una mierda. Fui un cobarde. Te dejé tirada cuando más me necesitabas. Pero era joven, sin experiencia ni carácter. Mi madre me presionaba, y… no supe manejarlo. Lo siento. De verdad.

Me quedo callada, procesando. Los recuerdos siguen volviendo: la discusión, su voz diciendo “no puedo”, el silencio de después. El abandono cuando más lo necesitaba.

—¿Por qué has venido? —pregunto al fin con la voz temblándome un poco.

Fran se inclina hacia delante y apoya los codos en la mesa.

—Porque cuando tu madre me contó lo del accidente, se me cayó el mundo encima. Pensé en ti todo el tiempo desde entonces. En cómo te dejé, en cómo podría haber sido diferente. Quería verte, saber que estabas bien. Y… quizá pedirte perdón de una vez por todas.

Lo miro, buscando mentiras en sus ojos. Pero parece sincero, o al menos lo intenta.

—No sé si puedo perdonarte —digo—. Me dejaste tirada, Fran. Las fotos, el abandono… me fui a Madrid por ti. Por lo que me hiciste.

Él baja la mirada, asiente.

—Lo sé. Y no hay excusa. Pero quiero que sepas que nunca dejé de pensar en ti. Carlota y yo… bueno, es un matrimonio de conveniencia. Funciona de cara al exterior, pero no es como lo nuestro.

Me río con cierta amargura.

—¿Lo nuestro? ¿El polvo de graduación y unos meses de mentiras? ¿Hablas en serio, Fran?

Fran me coge la mano por encima de la mesa. Noto su contacto cálido, casi familiar.

—No fue solo eso. Te quise, Nerea. De verdad. Y verte ahora de nuevo… me hace darme cuenta de lo que perdí.

Retiro la mano despacio.

—Es tarde para eso.

Hablamos durante una hora: de su vida ahora, casado con Carlota Domecq, con dos hijas, negocios en la agencia familiar que ha crecido a nivel nacional. De mi vida perdida en la amnesia, de la rehabilitación, de cómo estoy reconstruyéndome. Él escucha, asiente, se disculpa una y otra vez. Y poco a poco, la distancia se acorta. No perdono, pero le escucho.

Cuando se va, me da un beso en la mejilla, promete llamarme de nuevo. Y yo me quedo en la terraza, sintiendo que el pasado ha vuelto.

Las visitas de Fran se hacen cada vez más frecuentes, como si el pasado hubiera decidido instalarse en mi presente sin pedir permiso. Al principio eran excusas torpes: “pasaba por aquí”, “tenía que ver a un amigo en el centro”, “me acordé de ti y traje esto”. Era su forma de ser. Ya lo hacía en el Instituto, siempre encontraba una excusa. Pero pronto se convirtieron en rutina. Llega dos o tres tardes por semana, siempre después de las cuatro, cuando el sol ya no quema tanto y el jardín del centro se llena de sombras largas. Se sienta en la terraza, pide un café solo y empieza a hablar. Yo lo escucho, distante al principio, pero poco a poco con una curiosidad que me avergüenza.

Hoy es una de esas tardes. El calor es pegajoso, el aire no se mueve, y tengo una asfixiante sensación de sofoco. Fran llega vestido de forma impecable, como siempre. Se sienta frente a mí, en la mesa de plástico blanco bajo la sombrilla, y me mira con esos ojos intensos que siguen siendo los mismos de hace diez años, pero ahora con el carácter de la madurez mucho más evidente.

—Nerea… No sé si querrás escuchar esto…—empieza, y su voz sale baja, casi cansada—. Pero siento la necesidad de abrirme a ti. Quiero que lo sepas. Mi matrimonio es una farsa.

Lo dice sin preámbulos, como si hubiera estado esperando el momento perfecto para soltarlo. Yo me quedo callada, esperando. Él suspira, se pasa una mano por el pelo y continúa.

—Lo nuestro es la fotografía perfecta de una pareja triunfadora. Fotos en las revistas, eventos benéficos, portadas de sociedad. Carlota y yo en la playa de Marbella

con las niñas, sonriendo a la cámara. Fran López Valenzuela y Carlota Domecq, la unión de dos apellidos que pesan. Pero bajo esa apariencia… no hay nada. O lo que es peor: lo que hay es una red de mentiras e infidelidades.

Se inclina hacia delante, los codos en la mesa, la voz baja para que nadie en las mesas cercanas pueda oírlo.

—Carlota tiene un amante, que yo sepa, tal vez más. Ya ni siquiera se esfuerza en ocultarlo. Bueno, de cara a la prensa sí: fotos de familia, declaraciones en revistas de nuestra felicidad plena, pero en casa… sabe perfectamente que yo lo sé y le da igual. Tiene un piso en el centro de Málaga donde se ve con él. Un arquitecto joven, guapo, con talento y dinero. Lo sabe todo el mundo de su círculo, pero nadie dice nada porque es incluso normal. Así funcionan las cosas en ese mundo. Hasta mi madre lo sabe… y no dice nada. A veces pienso que incluso la justifica.

Me quedo mirándolo, sintiendo una mezcla de rabia y satisfacción amarga. Él nota mi expresión y baja la mirada.

—Tal vez ahora sepas a qué sabe la traición —digo, la voz fría.

Fran asiente despacio.

—Sí. Lo sé. Y me lo merezco.

Hace una pausa, bebe un sorbo de café y continúa.

—Las fotos… las que se filtraron. No las filtré yo. Lo hizo ella.

El mundo se para un segundo. Lo miro fijamente.

—¿Qué?

Él suspira, se frota la cara con las manos.

—Es muy sencillo, aunque suene horrible. Yo las borré delante de ti, eso es verdad. Las seleccioné y pulsé eliminar. Estoy seguro de que lo recuerdas. Pero mi madre… de alguna manera, tuvo acceso a mi teléfono.

Siempre lo tuvo. Cuando yo era más joven, me ponía contraseñas que ella conocía por si perdía el móvil. Nunca las cambié. Y ella… se las ingenió para sacarlas de la papelera digital. No sé cómo exactamente, pero lo hizo. Las tuvo en su poder desde el principio, pero las usó cuando vio que lo nuestro empezaba a ser más que un rollo de colegio.

Me quedo helada.

—¿Y por qué?

Fran me mira, los ojos cansados.

—Porque le interesaba un noviazgo de revista. La publicidad. El hijo de la dueña de Elite Sur con una Domecq. La foto perfecta: juventud, belleza, poder. Una alianza que vendía. Y tú… tú eras la hija de un operario de fábrica. No encajabas en su plan. Cuando vio que las cosas se ponían serias, que yo empezaba a hablar de futuro contigo, decidió que había que cortarlo de raíz. Y las fotos fueron el arma perfecta. No solo te hundió a ti; me hundió a mí también, porque me obligó a elegir. Y yo elegí mal.

El silencio que sigue es denso, pesado. El jardín alrededor sigue igual: pájaros, risas lejanas, el olor a verano. Pero yo siento que el suelo se abre bajo mis pies.

—Lo malo —continúa Fran, la voz baja— es que cuando se apagan las luces de un desfile o de una fiesta, el que se va a casa con Carlota soy yo. El que duerme a su lado, el que ve cómo se maquilla para salir con su amante, el que se calla porque tiene dos hijas pequeñas que no merecen pagar por los errores de sus padres. No me divorcio por ellas. Eso es lo único que me queda.

Me mira, esperando que diga algo. Yo solo puedo mirarlo, sintiendo que el pasado y el presente se funden en un nudo que me aprieta el pecho.

—No sé qué quieres que te diga, Fran —digo al fin, la voz temblorosa—. Que te perdono. Que lo entiendo. Que me da

igual. No sé.

Él asiente, como si ya lo esperara.

—No espero nada. Solo quería que lo supieras. Que nunca quise hacerte daño. Que fui un cobarde. Y que, aunque suene a excusa, quizás lo sigo siendo.

Se levanta despacio, me mira un segundo más.

—Si alguna vez necesitas algo… cualquier cosa… estoy aquí. Aunque no te merezca.

Fran me mira fijamente, con esa intensidad que siempre tuvo, como si pudiera leer dentro de mí. El sol de la tarde ya empieza a bajar y la terraza del centro se llena de sombras largas que se estiran sobre el césped. Hace calor, y yo siento que me falta el aire. Él se echa hacia atrás en la silla y su voz sale baja, casi confidencial. Ha recuperado la compostura y vuelve a ser el hombre seguro de sí mismo que conozco. Cualquier rastro del hombre engañado que me ha mostrado un momento antes, ha desaparecido.

—¿Alguna vez piensas en el futuro? ¿En lo que vas a hacer con tu vida? – pregunta.

Sus palabras me golpean y me dejan fría. Me quedo callada un segundo, mirando el vaso de agua que tengo delante con las gotas de condensación resbalando por el cristal. La verdad es que no lo sé. Lo pienso cada noche, cuando el centro se queda en silencio y solo se oye el trajín de las enfermeras en los pasillos. Pienso en mi cuerpo reconstruido con placas de titanio, en la muleta que aún necesito algunos días, en cómo la cadera me tira cuando intento caminar más de veinte minutos seguidos.

—No lo sé —respondo al fin, y mi voz sale más insegura de lo que quería—. La pasarela se ha terminado para mí. Nunca mejoraré lo suficiente para volver a ellas. El tiempo no perdona, Fran. Paso de la treintena, un cuerpo que ha pasado por el infierno… ya no soy la de antes. Y aunque lo

fuera, ¿quién me contrataría ahora? ¿Una modelo de más de treinta años con cicatrices y una cojera crónica? La pasarela está plagada de chicas de dieciocho años dispuestas a comerse el mundo. Eso se ha terminado para mí. Tengo que pasar página, y lo malo es que es lo único que sé hacer. Es para lo que me he preparado toda mi vida.

Él asiente despacio, como si ya lo esperara. Se recuesta en la silla, cruza los brazos y me mira con esa expresión que mezcla seguridad y determinación.

—Mi agencia es la más importante de Andalucía a nivel de comerciales —dice, sin alardear, solo constatando un hecho —. Estamos implantados en todos los ámbitos. Vallas publicitarias en todas las autovías, catálogos de marcas locales y nacionales, televisión regional, radio, prensa… Hacemos anuncios de aceite de oliva virgen extra, campañas de la Consejería de Turismo de la Junta de Andalucía, spots para bodegas, cadenas de supermercados, clínicas de estética, incluso instituciones públicas. No es alta costura, no es París ni Milán. Es la Andalucía real, la que consume la gente de la calle. Y ahí tú encajarías perfectamente. Yo podría darte un empujón… Siento que te lo debo.

Me quedo mirándolo. El corazón me late más rápido, pero no de ilusión. De miedo, quizá. De esperanza peligrosa.

—¿Me estás ofreciendo trabajo?

—No te estoy ofreciendo caridad —responde rápido—. Te estoy ofreciendo una oportunidad. Conozco tu cara, tu cuerpo, tu forma de moverte. He visto tus books, los trabajos que has hecho todos estos años. Sé lo que vales delante de una cámara. Y ahora, después de todo lo que has pasado, tienes algo más: una historia. Las marcas quieren autenticidad. Una mujer que ha superado un accidente grave, que ha vuelto a caminar, que sonríe a pesar de las cicatrices… eso vende. Vende aceite de oliva

que sabe a tradición y resistencia, vende turismo andaluz que renace cada primavera, vende clínicas de estética que devuelven la vida a las personas.

Se inclina más, baja la voz.

—Incluso podría colocarte en algún programa de televisión local o autonómico como presentadora o como colaboradora. Te podría intentar meter en Canal Sur, en 7TV, en canales de moda o de estilo de vida. Una sección de superación personal, o simplemente como imagen de marca en spots diarios. No es Hollywood, pero es un trabajo estable, aceptablemente pagado, y te mantiene en el foco sin exigirte caminar quince kilómetros con tacones de doce centímetros.

Me quedo callada. Siento que el mundo se encoge y se expande al mismo tiempo. Soy consciente de los problemas que tendré para la reincorporación a la vida profesional. Mi cuerpo no es el de antes: la cadera me limita, la fatiga me ataca sin aviso, mi cojera es evidente, y la desviación en mi cadera se ve cuando me pongo ropa ajustada. Y emocionalmente… sigo reconstruyéndome. La amnesia me ha dejado lagunas que me asustan, recuerdos que vuelven como flashes dolorosos. Pero también siento que puedo estar ante mi último tren. Que, si no lo cojo ahora, me quedaré en el andén para siempre.

—¿Y tu madre? —pregunto, la voz seca—. Verónica me odia. Me lo dejó claro hace diez años. Y sigo siendo la misma para ella: la chica humilde, la que no encaja en su mundo perfecto.

Fran suspira, se recuesta en la silla.

—Mi madre… ya no manda tanto como antes. La agencia sigue siendo suya, pero yo llevo la dirección creativa y comercial desde hace tres años. Ella supervisa, pero las decisiones importantes las tomo yo. Y si yo digo que entras,

entras. Es posible que no le guste, pero lo aceptará. Porque sabe que tú vendes.

Me río amarga.

—¿Vendrás a verme cada vez que tu madre quiera echarme?

—No. Porque no te va a echar. Y porque yo no voy a dejar que lo haga. Eso se terminó.

Silencio. El sol empieza a bajar, tiñendo el jardín de tonos naranjas. Oigo risas lejanas de otros pacientes, el canto de un pájaro. Fran me mira fijamente.

—Piénsalo —dice—. No te estoy pidiendo que vuelvas conmigo. Te estoy ofreciendo una puerta de salida. Un trabajo. Una vida. Porque sé que te mereces volver a brillar, aunque sea de otra forma.

Me quedo callada. Siento las lágrimas picar en los ojos, pero no las dejo salir.

—Necesito pensarlo —digo al fin.

Él asiente, se levanta despacio.

—Tómate el tiempo que necesites. Pero no demasiado. El tren no espera para siempre.

Julio de 2011

La angustia que me oprime el pecho se niega a abandonarme. Es una lluviosa tarde de Domingo. Aquella recurrente pesadilla de la que soy víctima, se reanuda una y otra vez de forma casi inextinguible en mi mente sin que yo pueda hacer nada para desecharla y eliminarla de mis pensamientos. No puedo apartarla de un plumazo en un arrebato de rabia, como las patéticas lágrimas que vuelven a asaltar mis ojos. Las que desdibujo y que son en definitiva la muestra del enorme desajuste emocional en la que se ha sumido mi existencia desde que mi vida se había jodido por completo.

Después de una semana de letargo en el quimérico mundo de los sueños y las pesadillas, mi cuerpo continúa acusando los signos de la falta de sueño. No quiero ver a nadie, no quiero ser el hazmerreír de todos mis conocidos, y lo que es peor, de los de mis padres. Papá ni me habla, y mamá tan solo gime y se lamenta. Todos tenemos los ojos rojos de tanto llorar.

Cada movimiento, por leve que fuera, lo percibo como un reto. No tengo ánimo para nada. El solo hecho de poner los pies en el suelo, me adentra en una virulenta realidad que envicia la percepción de cuanto me rodea, pero no solo eso. Mi cuerpo por entero pasa a ser una silenciosa víctima de las devastadoras garras del dolor psíquico que embarga.

No quiero salir de la habitación. No quiero tener que enfrentarme a las miradas acusadoras de mi padre. Mis silenciosos pasos, me conducen hasta la cocina. Estoy casi segura de que no hay nadie en casa y necesito beber algo. Refrescar mi garganta con algo dulce y gaseoso. Más que nunca me apetece una Coca-Cola bien fría.

Pero las oigo hablar...

—Y bien, ¿qué ha pasado ahora? ¿A qué viene tanta urgencia?

—Shsss, calla, Eva. Nos puede oír. Bajemos la voz.

—Pero ¿qué pasa? ¿Y dónde está Nerea ahora?

—Arriba, Continúa en su habitación. Sigue durmiendo. Y es de ella de quien tenemos que hablar. Esto no puede seguir así. – es la voz de Natalia la que oigo ahora.

—¿Creo que se están sacando las cosas de quicio? ¿Pero tan terrible es que circulen cuatro fotos en pelotas? A ver, tías… Esto le ha pasado a un montón de chicas. Acordaos de aquella de Asturias…Estas cosas pasan y se acaban olvidando.

—Sí. Pero lo que realmente me preocupa es otra cosa — Eva baja algunos grados más el tono de su voz, algo que me pone de los nervios, pues no soporto los cuchicheos a mis espaldas. Me cuesta oír lo que dice, así que me arriesgo a ser descubierta y me aventuro a dar un par de pasos más.

— Todos los tíos piensan que nosotras, sus amigas también estamos dispuestas a dejarnos hacer fotos. Mis padres empiezan a sospechar que no somos las virginales hijas que pensaban que tenían.

—Hostia, tía... Pero eso es la puta verdad. De hecho, Nerea era la más seria de todas. – interviene Natalia.

—Pues yo lo siento. Pero yo no puedo seguir defendiéndola frente a todos. Joder, Natalia. Nerea se ha convertido en un auténtico saco de mierda. Y ante esto último, yo me desentiendo. No quiero saber nada más. Mi reputación está por los suelos, y yo no he hecho nada.

El aliento se me hiela en la boca, la sangre en mis venas. ¿Sería posible que mis tres únicas amigas me considerasen una fuente de problemas? ¿De verdad pensaban deshacerse de mí como de un trapo viejo? ¿Eva? ¿La Eva que se abría de piernas a las primeras de cambio con cualquiera, se atrevía ahora a juzgarme?

A pesar de no querer seguir escuchándolas, continuo pendiente de la conversación que mantienen sobre mí desde detrás de la pared de la cocina. El escucharlas hablar así de mí me duele de forma distinta al dolor que me había producido el abandono de Fran. Siempre las había considerado mis mejores amigas, y escuchar este desdén con el que hablan de mí, me parte el alma: ¿qué hago?, ¿Me enfrento a ellas y las mando a la mierda?

Soy consciente de que el tono de voz que ambas emplean se va haciendo cada vez más reservado conforme avanza la conversación entre ellas. Pero esa reserva, no oculta el desprecio de Eva, que aprovecha cualquier oportunidad para criticarme.

A pesar de todo el dolor que aquello me ocasiona, continúo escuchándolas. Necesito saber qué piensan hacer con nuestra amistad.

—Pues yo lo siento también —apunta Andrea sin una pizca de remordimiento en el tono de su voz—. En mi casa el ambiente está revuelto. Además, tú mejor que nadie sabes cuánto la detesta mi madre.

¿Qué? Dios, no doy crédito a lo que oigo. ¿En serio la madre de Andrea me detesta, desde cuándo?

—Así que ya puedes hacerte la idea de la poca gracia que le hace pensar que puedo estar involucrada en este tema. Y lo cierto es que... ¡joder tía! Esta vez la cosa ha ido demasiado lejos. Y no nos corresponde a nosotras cargar con una fama que ella se ha ganado a pulso. ¿A quién se le ocurre dejar que te hagan fotos follando?. ¡Ya está bien joder!

Es en ese justo instante, cuando me doy cuenta de la clase de amigas que tengo.

“Hay que joderse”, me digo apretando los puños.

—Sí, me hago una idea. Y tienes razón en eso que dices. No tenemos por qué vernos involucradas en todas sus mierdas. A este paso, vamos a ser el hazmerreír de la ciudad… - dice Eva con total naturalidad.

¿En serio Eva? ¿Cuántas mierdas me he comido yo tuyas? Muchas, demasiadas para ser exacta. ¿Y cuántas tuyas Andrea?

—Además, para serte sincera, creo que entiendo a Fran —alucino con lo que escucho— Al principio me dio asco su reacción, pero no veo claro que él tenga que cargar también con el San Benito que le ha caído a ella.

—Bueno, no jodas, Eva. El principal culpable de lo que pasó con las fotos es él. No seamos injustas.

—Te repito, que la que se dejó hacer fotos desnuda fue ella. Hay que ser gilipollas.

¡Zorras!. No doy crédito a lo que oigo. Me siento traicionada.

—Pues entonces. Ya sé qué vamos a hacer. Podemos desaparecer un par de semanas. Mis padres tienen un apartamento en Fuengirola. Si les decimos que queremos desaparecer un par de semanas hasta que todo esto se calme, van a estar encantados —Eva baja el volumen del tono de su voz—. Y, además, así matamos dos pájaros de

un tiro —la oigo regodearse—, Fuengirola en julio… y sin padres… ¿Qué más podemos pedir?

Siento un dolor punzante en la garganta al tratar de tragar el nudo que mis “queridas amigas” estaban orquestado contra mí.

—Es que es eso —se ríe la muy zorra de Eva—. Nerea ya ha quedado marcada de por vida. Será considerada una zorra toda su vida, tía. Yo no pienso dejarme arrastrar por ella. ¡Qué corra el aire!

Joder. Oír eso de boca de Eva no me causa otra cosa que risa, y más cuando es ella, precisamente ella, quien se follaba a base de bien a todo cuanto tío se le acercaba. La muy zorra huía de Málaga por temor a contagiarse de mi supuesta mala fama, cuando la que arrastraba fama de chupapollas y calentorra era ella. Todos en el colegio, sabían de sus andanzas. No eran un secreto para nadie, y ahora se las daba de digna. En el fondo me causa risa. Y en cuanto a Andrea y su mamaíta... ¿Qué pensaría su madre si supiera que Andrea hacía mamadas a cambio de unas pocas pastillas?

—Pues entonces, decidido —resopla Eva—. Joder. ¡Mañana a Fuengirola! No se hable más.

—Shsss. Baja la voz joder. Puede oírnos.

—¿Sabes que es una putada, verdad? —dijo Natalia.

—Mira, tía… Que cada palo aguante su vela…

Finalmente me decido. No puedo aguantar más. Hago crujir todos los dedos de mis manos antes de entrar en la cocina de improviso. Se quedan heladas, sin saber qué decir, como niñas pilladas en falta.

—Tranquilas, no tenéis que preocuparos por mí —les digo revelando mi furtiva presencia—. Gracias chicas. De verdad. Gracias. Sois, ¡cojonudas! En serio. Sois las mejores amigas que una puede tener y desear. ¡Cojonudas!

—¡Nerea! —exclama avergonzada Natalia al verse descubierta.

Eva se limita a mirarme, con esa mirada vacía, repleta eso sí de una envidia contenida que nunca antes hasta ahora había distinguido con tanta claridad. Esa con las que muchas veces me acusaba y que yo, estúpida de mí, tomaba como una mera muestra de mal humor.

—Os miro, y no veo nada en vosotras. Absolutamente nada. Estáis tan vacías y tan llenas de mierda a la vez… —trato por todos los medios que mi voz no se rompa en un llanto que no podré controlar. Pero me resulta imposible—. Iros a la mierda, las tres. ¡A la mierda!

—¡Nerea, espera! —exclama Andrea tratando de retener mis pasos.

—No, me, toques. No me toques.

—Nerea, por favor.

—Pero si no pasa nada. De veras. No pasa nada. Que no queréis ayudarme, tranquilas. Ya me las arreglaré yo sola. Y lo entiendo chicas. Sí, de veras que lo entiendo. Y en cuanto a que las zorras de vuestras madres me detesten, tranquilas, no pasa nada. Absolutamente nada.

—Sí, sí que pasa —alegó Andrea—. No es que no queramos ayudarte. No, eso no. Es que esta vez no podemos. Esto nos supera.

—Sí, claro, por supuesto.

Andrea trata de cogerme la mano, pero se la aparto de un manotazo. Acto seguido, mis ojos se desvían hacia Eva a quien miro con total desprecio. Todo el que puedo reunir y más. La expresión de su rostro no varía, sigue fría, distante y dura. Casi acusadora. Ella, la muy digna, es la cabecilla de todo esto. Ahí, justo en este momento es donde me demuestra de la pasta que está hecha. Pero todo en esta vida se paga. Tarde o temprano, se paga. Y ella más que

nadie, tiene muchas cuentas pendientes a las que responder.

—Me largo, así que quedaos tranquilas chicas. —Andrea baja la mirada—. Tranquilas, no es mi intención complicaros la vida a ninguna de las tres. Además, ¿no es eso lo que queríais, deshaceros del saco de problemas que soy? —Ante mis palabras, Eva opta por desviar la mirada a Andrea que continúa sumida en su peculiar arrepentimiento—. Y, por cierto, por si no os lo había dicho. Iros a la mierda. ¡Las tres!

—Nerea, por favor escucha. —Vuelve a insistirme Andrea.

—Deja que se vaya. —Le oigo decir a Eva—. No te preocupes más. Es mejor así. Y sí, siempre has sido un saco de mierda.

—Nerea. ¡Nerea por favor espera! Entiende que esta vez no está en nuestras manos ayudarte.

—No queréis ayudarme. Que es muy distinto, Andrea.

—No tía, no. No es eso.

—¡Oh, sí! Desde luego que sí. Pero me da igual —me quejo tragándome las lágrimas y más de un insulto—. Qué asco de amigas en serio —la rabia me lleva a chasquear la lengua—. Sí, me dais asco. Y más cuando pienso todo lo que he hecho por vosotras. Por tapar vuestras mierdas que no son pocas, ¿eh Eva? ¿Cuántas te he cubierto? Muchas, demasiadas.

—Venga, por favor. No quieras ponerte galones de buena amiga ahora. – dice Eva altiva.

Apunto con desdén a Natalia.

—¡Te cubrí cuando tuviste que ir a planificación familiar a que te diesen la pastilla del día después! —la acuso – Te acompañé cuando Roberto se desentendió de todo.

—Por cierto, Natalia, ¿por qué no le preguntas a la buena de Eva cuanto de larga la tiene Rober? —El rostro de Eva se retuerce en una mueca de odio, Natalia se gira para clavar sus ojos en ella—. Venga, pregúntale cómo se siente al tener tan descomunal polla en la boca.

—¿Eva...? ¿Es verdad eso?

—Serás, zorra —salta Eva con furia—. Zorra y mentirosa.

—Sí, eso primero no te lo voy a negar. Puede que sea una zorra como tú bien dices, pero mentirosa, no, eso no —respondo en tono cortante—. Como tampoco es mentira que Roberto te la metió por todos los agujeros. Y no solo él. Gustavo también. ¿Y Mario? El novio de Laura ¿Es eso también mentira, Eva?

Eva lanza una carcajada forzada.

—¡Por Dios, aun me asombra lo mentirosa que puedes llegar a ser! Qué sucia tienes la boca, pero no me extraña.

—¿Mentira? No, no es mentira. Ya te gustaría. Lo sabe todo el mundo. Quiero que te vayas de mi casa. ¡Lárgate!

—Tranquila, no hace falta que me lo pidas. Hasta nunca.

Sin darme opción a réplica se gira dejándonos solas en la cocina.

—Vosotras, largaos también – les digo mientras me encamino hacia la planta de arriba donde está mi dormitorio.

Dios... En estos momentos me muero por abandonar esta ciudad cuanto antes, y olvidarme de todo. Pero para ello, primero quería hablar con mis padres, y no sería una conversación fácil.

Y lo cierto, es que no puedo hablar con ellos. No tengo la suficiente valentía para enfrentarme a ellos. Sobre todo, a mi padre. No temo que me vaya a pegar, nunca lo ha había hecho, hasta la bofetada del otro día, pero la frialdad de su mirada es más de lo que puedo soportar. Nunca he podido aguantarle esa mirada gélida.

Por cobardía decido dejarles una nota. Me despido prometiéndoles llamarles pronto. Les digo que no puedo continuar viviendo en Málaga. Debo romper con todo y buscar mi futuro lejos de allí. Tengo un sueño, y lo buscaré en Madrid. Las lágrimas bañan mi rostro mientras escribo.

Después, preparo una maleta. Tengo que abandonar más cosas de las que me llevo. Cuando por fin me puedo dejar caer en aquel roñoso asiento de la estación de autobuses,

todo mi cuerpo se desmorona sin más. Creo que es la primera vez que me siento completamente perdida en mi vida, y a la vez, más que deseosa de zanjar de una vez por todas con mi pasado y con quién era yo en estos momentos. En mi interior, una chocante emoción me empuja a ambicionar más que nada en el mundo —mi mundo—, el comenzar de cero en otro lugar, lejos de todos y de todo. Incluso de mí misma. Lejos de quien soy, lejos de quien me habían hecho creer que era.

Tenía que romper con el pasado, con mi pasado.

Pero el miedo está ahí. Hiriéndome en lo más profundo. Desgajando mis ilusiones y asentando mis aprensiones. Que no eran pocas.

Un miedo que nunca imaginé que podría llegar a tener, y que, de alguna manera ajena a mí, trasmutaba de forma casi involuntaria en la más desesperante de las sensaciones. La me hizo sentirme ínfimamente pequeña. Minúscula ante la inmensidad que la incertidumbre de un destino más que incierto me provocaba. Aquel que aguardaba por mí, fuera donde fuera o estuviese donde Dios quiera que estuviese.

Abro mi maleta de ruedas y rebusco entre el amasijo de pertenencias que guardo en ella mi cartera.

—Joder —suspiro asustada.

Para mi gran aventura, contaba con muy poco dinero. Unos cuatrocientos cincuenta euros como mucho.

Por Dios. ¿A dónde iba a ir con eso? Desde luego no muy lejos, la verdad. ¿Quizá a Madrid, o tal vez Barcelona? No, Barcelona queda muy lejos de mis inmediatas ilusiones de futuro. Y más cuando tras realizar un tercer y minucioso repaso al itinerario que debo seguir, comprendo que el billete es más del doble de caro que a Madrid.

La sensación de inseguridad que se genera en mi interior comienza a ahogarme. Y desde luego, el hecho de que en mi cabeza la quimérica idea que había idealizado de una vida en Madrid no cesa de dar vueltas una y otra vez, no me ayuda mucho a serenar la sensación de zozobra en la que me encuentro.

Poco o nada me cuadra.

Comienzo a sentirme acorralada, asfixiada por lo incierto de mi destino. Por añadidura la conciencia que habita en mi cabeza, no cesa en corear la misma cantinela una y otra vez: “Bájate de la nube Nerea. Bájate de una vez por todas de la nube en la que te has subido, chica. Vuelve a casa y afronta lo que tenga que venir”.

Nerviosa como estoy, levanto la vista de mi cartera, y sin cerrarla, observo por encima a cada uno de los pasajeros que, como yo, esperan en la estación de autobuses. No sé por qué lo hago, pero inconscientemente comienzo a evadirme de la abrumadora realidad que me aplasta, deteniéndome un par de segundos en cada una de ellos. En cada una de las personas que cohabitaban conmigo en aquella sucia estación de buses.

La estación de autobuses de Málaga huele a gasolina quemada, a café barato de máquina y a sudor de viajeros que llevan horas esperando. Es una tarde de esas en las que el calor se te pega a la piel. Tengo dieciocho años, una maleta con lo poco que he decidido llevarme y un billete en la mano que me tiembla ligeramente. El autobús a Madrid sale en quince minutos. Plataforma 7. Asiento 14. Ventanilla.

De repente, mi nombre suena detrás de mí.

—Nerea. ¡Nerea! ¡Espera mi vida!

—¿Mamá? - Me giro en dirección al lugar donde proviene aquella voz.

Su voz.

Tengo que admitir que mi corazón experimenta un pequeño brinco, no demasiado agradable, al ver a mamá correr hacia mí mientras agita sus manos desesperadamente. Sé lo que viene a decirme.

—Nerea. Espera, por favor.

—¿Qué haces aquí? —pregunto al borde de las lágrimas.

—No, no podía dejar que..... espera hija... Estoy sin aliento. ¡Uf! Creí que no... Que no llegaría a tiempo. ¡Dios mío! —Resopla—. No podía dejar que —traga saliva—, que te fueras así. - ¿Adónde vas, hija? Déjate de tonterías y volvamos a casa. Todo se arreglará.

—No, creo que no, Mamá. Nada de esto se va a arreglar. Lo tengo muy claro. Debo marcharme de aquí. Esta ciudad me ahoga. Soy el hazmerreír del colegio. Mis amigas me han traicionado... Mamá, necesito empezar de cero en un sitio nuevo.

—No digas eso, cielo. Somos tus padres. Te queremos, hija. Todo esto se va a arreglar. Debes afrontar esta situación con entereza, y saldrás reforzada. No será fácil, pero tienes nuestro apoyo y el amor de unos padres. No tires tú vida por la borda, hija.

Niego con la cabeza y miro al suelo apesadumbrada.

—No te vayas, por favor —dice, y las lágrimas le resbalan por las mejillas—. Quédate. Podemos solucionarlo.

Me levanto despacio. La miro a los ojos. Veo en ellos el mismo miedo que siento yo por dentro.

—Tengo que hacerlo, mamá —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. En Málaga estoy marcada para siempre. Cada vez que salga a la calle, me señalarán. Cada vez que alguien me mire, recordará las fotos. No puedo vivir

así. No quiero. Necesito empezar de cero. En Madrid nadie me conoce. Puedo ser quien quiera.

Ella niega con la cabeza, las lágrimas cayendo más rápido.

—No. No te vayas. Podemos mudarnos nosotros también. Tu padre buscará trabajo en otra ciudad. Yo puedo… no sé, trabajar de lo que sea. Pero no nos dejes así.

La abrazo. La abrazo fuerte, como si pudiera llevarme su fuerza conmigo. Huele a hogar: a detergente, a cocina, a lágrimas. Se aferra a mí, sollozando contra mi hombro.

—No puedo —susurro—. Si me quedo, me muero por dentro. Necesito esto. Necesito irme.

—No, no digas eso. ¿A dónde vas a ir? Dime, ¿a dónde?

—A Madrid, mamá. Quiero alejarme de toda esta, mierda. Necesito largarme de aquí. Quiero intentarlo. No veo otra salida.

—¿A Madrid, en serio? Pero, ¿qué vas a hacer tú sola allí? No conoces a nadie, y mucho menos sabrías desenvolverte en una ciudad como esa —una nueva llamada de aviso de la salida del autobús se hizo oír con más contundencia que la primera—. Nerea, por favor. ¡No te vayas! No lo hagas. No tienes por qué hacerlo. En serio.

—¿Y qué quieres que haga? ¿Qué regrese a casa, es eso lo que quieres? ¿Que baje la cabeza otra vez más, y haga como si nada hubiese pasado? ¿Eso es lo que me estás pidiendo? No, gracias. No lo voy a hacer. Se terminó —mi voz se quiebra.

—Nerea —dice bajando la mirada.

—Mírame a la cara mamá. ¡Mírame! Mírame y dime que no volverán los cotilleos. ¡Dímelo!

—Yo, no. No...

—¿Te das cuenta? Ni tú misma tienes la certeza de que esto —señalo a mi alrededor—, no se volverá a repetir. Y sí.

Claro que sí. Claro que volverá a pasar. Y ya, ya no puedo más.

—Hija, te lo suplico...

—No mamá, no. No voy a dar marcha atrás. ¿Para qué, para que cualquier día me empiecen a llegar anónimos, o llamadas pidiéndome las tarifas…? ¿Y qué hay de mi sueño de ser modelo? En Madrid nadie me conoce, nadie sabe lo de esas fotos. Aquí se me han cerrado todas las puertas. La madre de Fran me desprecia. Necesito hacer esto por mí misma.

Ella se separa un poco, me coge la cara con las dos manos, me mira como si quisiera memorizarme.

—Entonces prométeme algo —dice, la voz rota—. Si vas a Madrid, allí vive la hija de mi prima Rosario. Se llama Laura. Vive en un piso en Malasaña. Te doy su dirección. Llámala cuando llegues. Ella te ayudará. Te dará un sitio donde quedarte hasta que encuentres algo.

Saca un papel arrugado del bolsillo del bolso, me lo pone en la mano. Está escrito con bolígrafo azul, la letra temblorosa: una calle, un número, un piso, y el nombre “Laura” con un número de teléfono al lado.

—Y mantente en contacto —dice, apretándome las manos —. Llámame todos los días. O cada dos. O cuando puedas. Pero no desaparezcas. Y al menor problema, llámanos e iremos a buscarte. ¿Me lo prometes?

Asiento, las lágrimas bañan mi rostro.

—Te lo prometo.

—Está bien. —Abre su bolso y saca un sobre blanco bien doblado. Después, coge mi mano derecha y lo coloca en ella—. Toma. Te hará falta. Lo siento, no es mucho, pero no teníamos nada más en casa. Es lo único que puedo darte. Y no quiero un no por respuesta. Porque seguramente allí donde vayas, te será de ayuda.

Abro el sobre y encuentro un pequeño fajo de billetes de cien euros.

—No. No puedo acertarlo. Es demasiado.

—¡Cógelo!

—No lo quiero. No lo necesito. Es vuestro.

—Cógelo, por favor. No es tanto. Y sé que te ayudará. Al menos mientras encuentras trabajo ¡Cógelo por favor! No seas tonta. Es la única forma que tengo de ayudarte.

—Mamá, no...

—No, no me digas que no. Cógelo y ya está. Sabes que lo vas a necesitar.

La abrazo.

—Mi vida… —me susurra al oído.

—¿Sí?

—Ten mucho cuidado.

—Sí mami. El autobús se va. Tengo que subir.

Agarro la maleta y me encamino hacia el autobús.

—¡Hija! —grita—. Cuídate mucho. ¡Y suerte! Mucha suerte. Sé que llegarás lejos. —Al oír eso, mis ojos se inundan de lágrimas. De enormes lágrimas que trato de borrar con el dorso de mi mano.

Ella me abraza otra vez, fuerte, como si quisiera meterme dentro de su cuerpo. Me besa la frente, las mejillas, el pelo. Me susurra “te quiero” una y otra vez, como un mantra.

La megafonía anuncia el embarque del autobús a Madrid. Plataforma 7. Última llamada.

Mi madre me suelta despacio. Me mira una última vez, los ojos rojos pero decididos.

—Ve, hija. Y vuelve cuando estés lista. Siempre tendrás un sitio en casa. En tú casa.

El autobús arranca ruidoso. La estación se aleja. Málaga se aleja.

Me siento junto a una señora de amplia sonrisa y profundos hoyuelos no muy lejos del conductor. Nerviosa, me acomodo en aquel asiento dejando en el suelo, junto a mis pies, la maleta.

—¿Nerviosa? —me pregunta mi compañera de asiento.

—Sí —exhalo—. Un poco.

—Tu primer viaje sola, ¿verdad? Tranquila. Todo tiene una primera vez —me dice.

—Gracias.

Inspiro profundamente antes de mirar por la ventanilla, Mamá sigue allí, de pie y hecha un mar de lágrimas.

Resoplo mientras veo como el autobús se aleja de la ciudad. En cuanto gira en la curva de la estación, dejo de ver a mamá.

Cuando el autobús entra en la estación de Méndez Álvaro, Madrid me recibe con un abrazo hostil que no esperaba. El aire caliente de agosto se cuela por las rendijas de las ventanas y me golpea la cara como una bofetada seca. Es un calor diferente al de Málaga: aquí no hay brisa marina que lo suavice, solo bochorno acumulado entre edificios altos y asfalto que parece hervir. Bajo con la mochila al hombro, la maleta en la otra mano, el billete arrugado y la

sensación de que he llegado a otro planeta. La estación es un caos desordenado: olor a gasoil quemado mezclado con fritanga de los puestos de comida rápida, anuncios luminosos parpadeando con ofertas de móviles baratos, gente corriendo con maletas, mendigos sentados en cartones, y un murmullo constante de voces que hablan rápido, con acentos de todas partes de España y del mundo.

Me quedo un momento parada en la salida, mirando el cielo azul, con un tono púrpura por el humo y el polvo. No hay mar. No hay horizonte abierto. Solo edificios, cables, ruido. Siento un nudo en el estómago, pero no hay vuelta atrás. Saco el papel que me dio mi madre, el que lleva la dirección de Laura escrita con su letra temblorosa.

La llamo. Me siento algo asustada por el entorno de la estación y esa hostilidad que percibo sin motivo aparente. Suena tres veces y contesta una voz alegre con acento andaluz puro, cálido.

—¿Laura? Soy Nerea.

—¡Nerea! ¡Ay, prima! —exclama, y se nota la sonrisa en la voz—. Ya me dijo mi madre que venías. Bienvenida a Madrid, chiquilla. ¿Dónde estás?

—En la estación de Méndez Álvaro. Acabo de llegar.

—Joder, qué lejos. Mira, no puedo ir a recogerte ahora mismo que estoy de camino a un casting y no me da tiempo ahora, pero es fácil. Coge el metro, o un taxi si lo prefieres. Si vienes en metro, te bajas en la estación de Noviciado. De ahí son dos calles andando hasta mi casa. ¿Te apuntas la dirección o ya la tienes?

Tomo nota mentalmente de la estación en la que debo bajarme con el corazón latiéndome fuerte. No estoy para gastar el dinero en taxis.

—Vale, gracias. ¿Y cómo te reconozco cuando llegue?

—No te preocupes por eso. Cuando esté llegando te llamo. Debajo de mi casa hay una cafetería que se llama “Las Palmeras”. Espérame ahí. En cuanto termine el casting iré volando. Y si te pierdes, me llamas. ¡Ánimo, Madrid parece un caos, pero te acostumbras rápido!

Cuelgo y me dirijo a la boca del metro. La entrada es una escalera ancha que baja a las entrañas de la ciudad, con un olor inmediato que me golpea: una mezcla cargada de metal caliente, sudor de cientos de cuerpos, goma quemada y un toque indefinible de humedad subterránea. Es un olor que no se puede describir con palabras bonitas: es el olor de Madrid bajo tierra, de miles de personas que pasan cada día, de cables viejos, de comida frita que lo impregna todo y de la respiración colectiva de una ciudad que nunca duerme.

Bajo las escaleras mecánicas, lentas y ruidosas, con la mochila pesada en la espalda y tirando de la maleta. El calor aumenta conforme bajo: un calor húmedo, pegajoso, que se te mete en la piel y en la ropa. La estación de Méndez Álvaro es fea, funcional: alicatada con azulejos blancos sucios, carteles amarillentos con mapas del metro, anuncios de academias de idiomas y de cursos de oposiciones. Hay un quiosco que vende bocadillos envueltos en papel aluminio y botellas de agua tibia. Me compro una botella y bajo al andén.

El andén está lleno: gente con maletas, oficinistas con mochilas, turistas con mapas en la mano, un hombre tocando la guitarra con un sombrero al lado para las monedas. El tren llega con un rugido metálico, las puertas se abren con un siseo neumático y el calor del interior me golpea como una ola. Entro apretada entre cuerpos: un señor con traje que huele a colonia fuerte, mezclado con un olor corporal intenso una chica con auriculares que mira el móvil sin parpadear, una mujer mayor con bolsas de una cadena de supermercados que no me suena de nada, se

levanta, y deja el asiento libre. Me siento con la mochila en el regazo y la maleta a mis pies. Estoy tensa. Miro por la ventanilla: túneles oscuros, luces que pasan como flashes, estaciones que desfilan con nombres que no conozco: Pacífico, Conde de Casal, O'Donnell, Sainz de Baranda…

El vagón es un horno que no deja de traquetear. El olor se intensifica: sudor, perfume barato... Las paredes del vagón están llenas de grafitis y pegatinas, los asientos de plástico rayados y con una dudosa higiene. Hay un cartel que dice “Prohibido fumar” en cinco idiomas.

Llego a Tribunal después de unos veinte minutos que parecen horas. Transbordo de línea. El andén está aún más lleno, gente empujando para entrar en los vagones. Bajo al andén de la estación de Noviciado, subo las escaleras mecánicas con la maleta pesándome como una losa. Salgo a la calle y el aire exterior me parece fresco en comparación, aunque siga siendo bochornoso.

Es una calle estrecha, con edificios antiguos de cinco plantas, balcones con macetas y aroma a viejo. El número 42 es un portal con puerta de madera oscura y un portero automático que suena como si tuviera asma.

Con alivio veo la cafetería. Un lugar ruidoso en el que las cañas, los bocadillos de calamares y los pinchos de tortilla se consumen a una velocidad que me sorprende.

Me pido una caña de cerveza y un pincho de tortilla. El caos en la cafetería es total. Los camareros gritan las comandas a la cocina, y me pregunto cómo son capaces de entenderse.

Pasan las horas, y por fin suena el teléfono. Es Laura. Me dice que llegará en media hora. Aprovecho para pedirme otra caña.

Cuando aparece, no dudo un segundo de que es ella. Tiene un aire familiar. Es guapísima, de esas bellezas que no

necesitan especial aliño porque la vida ya se encargó de ponerle todo en su sitio. Tiene el pelo castaño oscuro, largo hasta la mitad de la espalda. Los ojos son grandes, de un marrón cálido que brilla cuando sonríe. La nariz pequeña, ligeramente respingona, y unos labios carnosos pintados de un rojo cereza que resalta contra su piel morena, bronceada. Tiene un toque juguetón, casi infantil, que contrasta con la madurez de su mirada.

Pero su cuerpo… su cuerpo no es de modelo. No entra en los cánones de pasarela ni de lejos. Tiene curvas generosas, de esas que esperas encontrarte en un catálogo de lencería: caderas anchas que se le marcan, cintura definida pero no estrecha, pecho abundante que supongo que tensará cualquier escote que decida utilizar. No creo que llegue al metro setenta, pero tiene una presencia que hace que parezca más alta. Tiene unas piernas bien torneadas (seguramente de largas sesiones en el gimnasio), y el culo redondo, firme, de los que hacen que los vaqueros parezcan siempre apretados. No es flaca, no es atlética; es voluptuosa, carnal, con carne donde agarrar y curvas que invitan a mirar dos veces.

Y viste provocativa, sin complejos. Lleva un top negro de tirantes finos que deja ver el ombligo y el inicio del sujetador de encaje rojo debajo. Los tirantes son tan estrechos que parecen a punto de romperse, y el escote es profundo, marcando el canal entre sus pechos que suben y bajan con cada respiración. Debajo, unos vaqueros cortísimos, deshilachados en los bordes, que apenas cubren sus muslos morenos y dejan ver la curva inferior del culo cuando se mueve. Lleva sandalias de tiras con tacón, con las perfectas uñas de los pies pintadas de rojo. Un collar largo con un colgante que cae justo entre los pechos y pendientes grandes de aro.

—¡Nerea! —exclama, y me abraza fuerte, apretándome contra su pecho suave, aunque firme—. ¡Por fin nos

conocemos!

Por suerte, he pagado, porque se dirige a la barra para pagar las cañas y el pincho. Con un movimiento rápido, se hace con mi maleta, y comenzamos a subir las escaleras. No escucha mis protestas para que me deje subir mis cosas.

Las escaleras tienen olor a viejo. Es curioso. Ninguno de los olores que he detectado desde mi llegada a Madrid me resulta conocido. Escalón tras escalón, subimos hasta la quinta planta de un edificio que carece de ascensor. Al entrar en el apartamento de Laura, me doy cuenta con un ligero vistazo, de las reducidas dimensiones. Eso sí, no me mentía cuando me dijo que contaba con un acogedor salón presidido por la típica mesa baja y un enorme sofá que ocupa por completo una de las paredes. Es un lugar acogedor.

—No es gran cosa como ves —se justifica en defensa de su hogar—, pero cuenta a su favor con un baño con ducha de hidromasaje, qué no veas que bien viene tras un largo día de trabajo. Mi habitación no es gran cosa, pero si tiene algo de bueno, es que es muy luminosa. La tuya es mucho más pequeña, pero creo que servirá. Todo el piso es luminoso y cálido. Apenas es necesario encender las estufas, y ándate con ojo, que no veas cómo tiran de la luz estos calefactores... La cocina como puedes ver, es pequeñita, pero está muy bien equipada. Además, para lo poco que yo la utilizo… —me sonríe a la vez que me guiña un ojo—. Pues nada, esto es todo. Bienvenida a mi casa, Nerea.

El apartamento de mi prima se encuentra situado en el mismo corazón de Madrid, en el inconfundible barrio de Malasaña.

—Si lo deseas, puedes darte una buena ducha. Creo que te hará bien. El funcionamiento es bien sencillo. Y no te preocupes por nada. Anda ve. Por cierto, ¿tienes hambre?

—Mucha —respondo.

—Eso es bueno. ¿Por cierto, te gustan los sándwiches? —me sonríe—. Te lo pregunto porque conozco un sitio cerca de Gran Vía que tienen de todas las variedades, y no es caro. Así podrás conocer una de las calles con más vida de Madrid.

—Me encantan los sándwiches. Así que estaré encantada de ir a conocer un sitio así...

—Y de postre, a ver, déjame pensar... Vaya, tengo una idea. Podemos ir al Freddo´s. Una heladería italiana que hacen el mejor helado de toda la ciudad. Te gustará el helado ¿no?

—Sí, me encanta el helado también. Gracias. Eres muy amable Laura. Qué alegría conocerte.

—¡Bah! Deja de halagarme. Anda, ve a darte esa ducha.

La ducha consigue no sólo relajar cada uno de mis músculos, además obra el milagro de que me tranquilice y me desahogue, de la forma tan sincera en la que lo estaba haciendo con una completa desconocida como era hasta este momento Laura. Era familia, pero no sabía nada de ella.

No sé por qué, pero sin más, conectamos. Entre nosotras se estaba estableciendo un sugestivo vínculo que me llevaba a querer abrirle mi particular caja de Pandora. Todo cuanto en estos momentos me hiere, se agolpa en mi cabeza, me apetece que salga de mi boca de forma libre y plenamente consciente. Le revelo sin recelos a ser cuestionada, todos y cada uno de mis miedos, de mis dudas, de mis pesadillas, así como mis absurdos sueños de triunfar en la pasarela. Al igual que yo, ella también comparte conmigo sus éxitos y sus desdichas en Madrid.

Es evidente que es una mujer hecha para luchar, para competir en un mundo en el que tienes que hacerte un hueco a codazos.

Laura se sienta a mi lado, pone una mano en mi rodilla.

—Cuéntamelo todo. Mi madre me dijo que venías huyendo de algo. ¿Qué pasó? ¿Un ex? ¿Familia? ¿Drogas? —ríe, pero sus ojos son serios. Percibo en ellos compresión.

Me siento en el sofá.

Suspiro, miro a mi alrededor tratando de ordenar mis ideas.

—Un escándalo… —resumo bajando la cabeza algo avergonzada—. Fotos mías… desnuda. Se filtraron y todo Málaga las vio. No podía quedarme. Se me cerraron las puertas de la mejor agencia de modelos de Andalucía… Y mi novio me dejó de inmediato, y eso que las fotos las había sacado él.

—Joder. Lo siento. Aquí eso no pasa. Madrid es grande, y aquí nadie te conoce. Puedes empezar de cero.

Yo le pregunto también por su vida aquí, y ella, sin objeciones de ningún tipo, me abre su corazón y me narra detalladamente sus difíciles inicios en una nueva vida repleta de luces y de demasiadas sombras.

A modo de resumen, me cuenta que hacía algo más de un año que había llegado a la ciudad de las oportunidades con una buena oferta de trabajo junto con otras chicas con aspiraciones de triunfar en el mundo del modelaje. Una acreditada agencia de publicidad, le había ofrecido trabajar como modelo de catálogos a cambio de una cantidad de dinero importante, pero asumible. Era una inigualable oportunidad de trabajo que además le brindaba la gran posibilidad de poder estudiar en una buena escuela de modelos propiedad de la agencia.

—Todo un sueño para una chica de provincias como yo. —Pero todo fue una gran mentira. Sí. Eso es lo que fue —me ofrece uno de sus cigarrillos. Ante mi negativa, se enciende uno, y tras darle una buena calada, continúa narrando la que era su historia— Una gran mentira es lo que fue,

Nerea. A nuestra llegada a la estación, nadie vino a recogernos, estuvimos esperando y esperando. Pero nadie apareció. Llamamos por teléfono una y otra vez al número de contacto que nos habían facilitado. Nada. Nadie respondió. Es más, dicho número parecía no existir —le da una nueva y más larga calada al cigarrillo y me mira a los ojos. Los suyos brillan humedecidos. - Comprendimos que estábamos solas. Que... Pues, que simplemente... ¡Puf! Nos habían engañado y nos había robado los pocos ahorros que habíamos conseguido reunir. Dinero que entregamos con gusto para asegurarnos un sueño en el mundo de la pasarela —suspira. — Pues bien, aquí nos vimos, solas, asustadas y sin apenas comprender lo que nos había pasado. Te lo puedes llegar a imaginar ¿verdad?

—Sí.

—La mayoría de mis compañeras decidieron regresar, con lo poco que les quedaba. Yo no quería volver con el rabo entre las piernas y preferí aprovechar la pequeña oportunidad que me ofrecía la ciudad —se levanta del sillón y comienza a caminar nerviosa de un lado a otro— ¡Por Dios! ¿Regresar, a Cádiz? No, no. ¡Ya estaba en Madrid! Sólo tenía que ser lista y... — vuelve a tomar asiento a mi lado—, aprovechando un anuncio en la cafetería de abajo, que solicitaban camarera, empecé a trabajar los fines de semana. Alquilé una habitación en un cuchitril compartido. Pero pronto me contrataron a jornada completa. Después conseguí meter la cabeza en una agencia pequeña, pero seria. Comencé a ganar lo suficiente como para no tener que continuar como camarera.

—¿Entonces, te va muy bien como modelo?

Ella se encoge de hombros y suelta una risa amarga.

—Que va. En este negocio, no hay continuidad. No enlazas un trabajo con otro. Hoy he tenido un casting para una campaña de ropa interior. Me han dicho que tengo

demasiadas curvas. Que soy bastante comercial, pero no acabo de encajar. O sea, que estoy buena para anuncios de lencería, pero no para desfilar en Cibeles ni para Vogue. Que soy demasiado voluptuosa. Me han mirado como si tuviera que disculparme por tener tetas y culo.

Se levanta y camina por el salón, gesticulando.

—Llevo todo este tiempo tratando de hacerme un nombre. He hecho catálogos, algún anuncio de televisiones locales, fotos para marcas pequeñas… pero nada grande. Siempre es lo mismo: "tienes cara, pero cuerpo no". O "tienes cuerpo, pero cara demasiado vulgar". Y yo pienso: ¿Qué coño quieren? ¿Una percha con tetas de silicona y cara de muñeca? Estoy harta. Pero no me rindo. Mañana tengo otro casting, y pasado otro. Hasta que alguien me dé otra oportunidad. Es una lucha constante.

Se sienta otra vez, me mira.

—Y tú… ¿Qué vas a hacer aquí?

—No lo sé —admito—. Empezar. Sobrevivir. Intentar ser modelo, aunque sea en catálogos. O lo que sea. Pero no pienso volver a Málaga con la cabeza gacha.

Laura me coge la mano.

—Pues aquí te quedas todo el tiempo que necesites. La habitación de invitados es tuya. Es pequeña, pero confortable. Compartimos gastos, cocinamos juntas, salimos a tomar cañas… y a castings. Juntas seremos más fuertes.

Sonrío, sintiendo que el nudo en el estómago se me afloja un poco.

—Gracias, Laura. No sé cómo agradecerte que me dejes quedarme contigo…

—Venga ya, no digas tonterías —me interrumpe—. Somos familia. Y desde luego creo que tengo que ayudarte. O más

bien, socorrerte ¿no? —sonríe—. Para que lo sepas señorita, eres demasiado inocente. Mucho más que la mayoría de la gente que habita esta ciudad. Y hasta que espabiles, es mejor que estés aquí conmigo. Sobre todo, porque en este mundillo del modelaje hay mucho listo. —suspiró—. ¿Quieres un consejo Nerea? ¡Espabila! Sí, espabila si no quieres que te coman viva. Y desde ya, deja la buena fe para quien pueda darte algo a cambio.

—Gracias por el consejo. Y de veras que no es necesario que...

—¡Bah! Tonterías. Está decidido. Te quedas en mi apartamento, y mañana te presentaré gente del mundillo. No hay nada más que hablar. No sería justo dejarte sola en esta ciudad ¿no crees? ¿Qué pensaría de mí tú madre…?

No sé por qué, pero su sonrisa al igual que su sola presencia me reconforta. Algo que necesito en esos momentos, y mucho.

—Pero...

—Pero, pero. ¡Pero nada! Verás cielo… —apaga su cigarrillo en el cenicero que hay en la mesita del salón. Después, para mi sorpresa lanza la colilla por la ventana.

—De verdad que no quiero molestarte. Pensaba apañarme con cualquier hostal o pensión. Eso sí, que no fuese cara.

—¡Eh! No, no. Nada de eso. Bajo ningún concepto. No y no. Y no hay nada más que hablar. Por cierto, ¿te molesta el humo? —me pregunta como una ametralladora – Es un mal vicio que he adquirido. Ni se te ocurra decírselo a tú madre.

—No —aunque sé que suena más bien a: un poco.

—Pues ya está. Te quedas aquí —Enciende otro cigarrillo, y echa el humo por la nariz. Me mira y me vuelve a sonreír—. No es muy grande, pero tiene una cama bastante decente.

¿Alguna vez habéis tenido esa sensación que te lleva a pensar que conoces a una persona de toda la vida? Pues esa es la que Laura suscita en mí.

Sin darme tiempo a deshacer mi escaso equipaje, me saca a rastras de casa. Empieza a anochecer, y quiere enseñarme el pulso de mi nueva ciudad. Yo me asomo a un mundo nuevo. Sin apenas ser consciente, me dejo embelesar por las luces de la gran ciudad. Por sus brillantes luces, por el ir y venir de la gente, por el bullicio que la inunda, por la misma inmensidad que la conforma. Por sus muy diferentes aromas y sonidos.

Empapo no sólo mis pulmones de su peculiar fragancia, sino que hasta mi propia alma se inunda de ella, de toda ella.

De la irritablemente hermosa Madrid. Bonita y peligrosa a partes iguales.

Puede que para muchos sea una ciudad de urgencias y aglomeraciones, toda gris y llena de atascos, de polución y de ruidos. Puede que les resulte fea e inhumana, a la vez que desquiciante. Pero para mí, para mí es la más bonita de todas. Ante mis ojos aparece repleta de oportunidades que se me brindan con un simple vistazo. Rótulos con brillos intermitentes que no solo proceden de los numerosos escaparates y anuncios, sino de las cientos de miles de pequeñas ventanas que se alzan hasta el infinito. Pequeñas luces que se me asemejan a cientos, a miles de estrellas o de inquietas luciérnagas. Luces que me atraen al igual que un mosquito es atraído por la luz azul de las lámparas matainsectos.

Su singular melodía cacofónica me embelesa y adormece mis miedos y serena la agridulce ansiedad que minutos atrás se había convertido en toda pesadilla difícilmente eludible.

Es en este preciso momento cuando deseo llegar a formar parte de una forma indivisible de ella. Sí, deseo formar parte de este brillante y musical universo que me rodea, sea como sea. Porque desde el momento en que he pisado sus calles, y percibido las posibilidades que brinda, me siento atrapada por su embrujo.

Según salimos de la estación de metro, nos encaminamos en dirección hacia la Gran Vía. Mis cinco sentidos siguen inundándose del brillo y del color intermitente de las luces que la decoran. Del sonido estridente a la vez que melódico de sirenas, del claxon de mil vehículos, del mismo bullicio que generan las personas que la habitan. Todo cuanto me rodea consigue sorprenderme y alejarme al menos por unos segundos, de mi triste realidad. Aquel bullicio consigue que todo el peso que cargo sobre mi espalda, empequeñeciera al igual que yo, ante todo lo que mis ojos, mis oídos, mi olfato, mi tacto (pues la piel se me erizó por completo) y el mismo gusto experimentan.

Mientras todo desfila ante mis ojos como el tráiler de la más maravillosa de las películas que jamás hubiera visto, mi corazón late en un agitado compás.

Ahí, es donde radica la magia de esta ciudad. Eso es lo que la convierte en un imán para todo aquel que busca una oportunidad.

Un par de minutos después, nos introducimos en callejuelas perpendiculares a la principal. Sigo a Laura hasta la puerta de un típico edificio vetusto revestido este de piedras de granito, que le confieren un aspecto antiguo pero señorial. Edificio que contaba con varias plantas de alto. En el bajo, un sitio elegante ofrecía innumerables sándwiches fríos y calientes. Laura rápidamente volvió a encender otro cigarrillo antes de entrar.

—Y, ¿qué haces ahora para pagar el alquiler? … cuando no te sale nada de modelo, quiero decir… —le pregunto.

—Verás. Mis padres no querían que dejase Cádiz. Querían que estudiase una carrera. Se... —su voz se rompe—, se disgustaron muchísimo. Pero la perseverancia dio sus frutos, y terminaron asumiendo que era mi sueño. Me ayudaron mucho al principio. Sin ellos no lo habría conseguido. Me lo dieron todo. Nerea, yo no estaba dispuesta a perder su dinero —dice girando la cara para esconder sus lágrimas.

—¡Eh! ¿Estás bien?

—Sí, sí —noto cómo traga saliva con esfuerzo tratando de tranquilizarse—. Tranquila. —Su sonrisa suena tan triste y rota como la mía minutos antes—. Ahora soy yo quien les envía dinero a ellos. El poco o mucho que consigo sacar trabajando. Tenía que buscarme la vida de una forma u otra Nerea.

Pedimos una bandeja de sándwiches fríos de queso con nueces, de salami y de sobrasada con tortilla (una auténtica delicia). Hablamos de todo y más, y pese a que la historia de Laura me había atrapado, irremediablemente, el sueño y el cansancio acumulado me llevaron a bostezar.

— Vaya, veo que el sueño te puede. – Dice sonriendo.

—¡Sí! Lo siento. Han sido demasiadas emociones para un solo día. Estoy rendida.

—No te preocupes. Yo también estoy muerta. Se me cierran los ojos al igual que a ti —Se levanta y paga lo que habíamos pedido—. Venga, a dormir. Que hoy ha sido un día muy largo para ambas.

Decidimos coger un taxi, pero Laura insiste en caminar un rato por Gran Vía. La noche madrileña de principios de agosto aún conserva el calor del día, pero ahora es un calor más suave, casi agradable, que se pega a la piel como una segunda capa. Los bares empiezan a cerrar terrazas, y huele a tabaco de los fumadores que se agrupan en las

puertas de los locales en una ciudad que no duerme. Laura camina a mi lado con paso decidido, sus sandalias repiqueteando contra el pavimento, el vestido corto blanco ondeando con cada zancada. Yo llevo mi vestido de tirantes negro, el pelo suelto y algo desordenado de la ducha rápida que me di en su piso.

Gran Vía está viva, como siempre. Las luces de neón y los carteles luminosos de los teatros parpadean en rojo, azul y dorado: “Los Miserables”, “El Rey León”, “Mamma Mia!”, los musicales que llevan años llenando butacas. La calle es ancha, majestuosa, con edificios que parecen palacios decimonónicos: el Metrópolis con su cúpula dorada y la estatua alada en lo alto, el Palacio de la Prensa con su reloj gigante, el edificio Capitol con su neón de Tónica Schweppes que se ven desde Callao. Los coches pasan lentos, atrapados en el tráfico nocturno, y los taxis se detienen en cada semáforo con el claxon impaciente.

La gente llena las aceras: turistas con cámaras colgando del cuello y mapas en la mano, parejas jóvenes que se besan bajo los toldos de los bares, grupos de amigos que salen de cena y buscan el próximo garito, oficinistas que aún llevan la corbata floja y la camisa arrugada. Hay un olor a comida callejera que sube desde los puestos de kebabs y churros: aceite caliente, especias, masa frita. Los bares de copas empiezan a llenarse: en las terrazas de la calle Montera y la propia Gran Vía, mesas altas con velas y copas de gin-tonic que brillan bajo las luces. La música sale de los locales.

Laura camina pegada a mí con su brazo enlazado con el mío, como si lleváramos toda la vida haciéndolo.

—Mira esto —dice, señalando el edificio Telefónica, el rascacielos más antiguo de Madrid, con su reloj iluminado y la antena que parece un dedo señalando al cielo—. Aquí empezó todo. La Gran Vía es la arteria de la ciudad. De día

es trabajo, de noche es fiesta. Y tú acabas de llegar justo a tiempo para la segunda parte.

Nos paramos en la esquina con la calle Alcalá, frente al Círculo de Bellas Artes. El edificio es imponente: con sus columnas corintias, la cúpula con vistas panorámicas que se ven desde abajo como una corona. Hay cola para subir a la terraza: gente joven con copas en la mano, riendo, haciendo fotos. Laura me señala la azotea.

—Cuando tengamos pasta, subimos. Desde allí ves toda Madrid: el Retiro, la Almudena, la Puerta del Sol. Y de noche es mágico. Pero hoy toca algo gratis: pasear.

Seguimos. Pasamos bajo carteles luminosos. Laura me cuenta que de pequeña había venido con sus padres a ver las luces de Navidad, que se encendían cada diciembre y convertían la calle en un cuento. Yo escucho, fascinada. Málaga es preciosa, pero pequeña. Madrid es enorme, caótica, viva. Me siento diminuta y a la vez gigante.

Llegamos a la plaza de Callao. Aquí la Gran Vía se ensancha, se abre como un pulmón. Hay cines antiguos con marquesinas de bombillas: el Callao, el Capitol, el Palacio de la Prensa. Los carteles anuncian películas de estreno, pero también musicales y obras de teatro. La gente se agolpa en las entradas, comprando entradas de última hora. Un grupo de chicas con vestidos cortos y tacones altos pasa a nuestro lado, riendo a carcajadas; un chico con guitarra toca algo de Dire Straits y varios turistas le echan monedas.

Laura se para frente al cine Callao, donde están proyectando una película de superhéroes.

—¿Te acuerdas de cuando éramos pequeñas y veíamos las pelis de Disney en el cine del barrio? —pregunta, nostálgica —. Pues aquí es lo mismo, pero en grande. Todo es más grande en Madrid. Los sueños, las decepciones, las oportunidades.

Asiento. Siento que el nudo en el estómago se afloja un poco. La ciudad me sigue pareciendo hostil, pero ya no tanto. Hay vida aquí. Hay posibilidades para una chica ambiciosa.

Seguimos caminando hasta el final de la Gran Vía, donde se cruza con la calle Alcalá y la plaza de Cibeles. El edificio Metrópolis brilla con su cúpula dorada y la estatua de la Victoria alada que parece vigilar la ciudad. Laura me señala el Palacio de Cibeles, iluminado, con la fuente de los leones y las ranas que escupen agua.

—Aquí acaba la Gran Vía. Y aquí empieza todo lo demás —dice—. Desde aquí puedes ir al Retiro, a Sol, a Chueca, a Malasaña… Madrid es tuya ahora, Nerea. Tómatelo con calma, pero tómatelo.

Me abraza de lado, su brazo alrededor de mis hombros. Yo le devuelvo el abrazo. La ciudad sigue su ritmo: coches, luces, risas, pasos apresurados.

Ambas reímos. Después de pagar el taxi “a pachas”, llegamos a su piso. En cuestión de minutos, mi cama queda dispuesta para ser utilizada.

—¡Listo! Por cierto, Nerea.

—¿Sí?

—Mañana llegaré tarde, así que no me esperes. Tengo otra prueba por la mañana. Voy a dejarte una copia de la llave en la encimera de la cocina. Así podrás entrar y salir a tu gusto.

—Gracias. Pero no es necesario. No quiero abusar.

—¡No empecemos! No es nada. ¡Venga! A dormir se ha dicho. Que descanses cielo.

—Buenas noches Laura, y gracias de nuevo.

Mil pensamientos encontrados me asaltan por la noche. Me siento asustada ante lo desconocido, a la par que

inmensamente excitada por la oportunidad que me estoy dando. Las cosas tienen que salir bien. Necesito que salgan bien.

Al despertar a la mañana siguiente; a eso de las once, Laura ya se ha marchado. Por suerte para mí, ha dejado café preparado, así como unas tostadas listas para calentar dentro de la tostadora y una copia de las llaves de su apartamento sobre la encimera de la cocina. Confundida por el sueño, el cansancio y teniendo aún muy presentes los últimos acontecimientos relacionados con mi vida, me levanto de mi nueva cama, que ha resultado ser bastante cómoda. Más incluso de lo que había esperado que fuera.

Poco a poco, desperezo mi cuerpo. Muy a mi pesar, los recuerdos de mi familia me golpean y se niegan a remitir, y junto con ellos, la tristeza que me generan. Respiro hondo. No, no puedo dejarme llevar por toda esta vorágine de reminiscencias que solo me hacen daño. No. Es hora de dejarlo todo atrás de una vez por todas, así que; con más miedo que convencimiento, decido no hacerles caso para dar comienzo al primer día de mi nueva vida.

La que tendría lugar en mi tan soñado Madrid. Con un humeante café en las manos, me acerco a una de las ventanas y tras deslizar las cortinas a un lado, dejo que la luz de un día esplendoroso inunde cada esquina de aquel apartamento, que ya siento casi como propio.

Mientras bebo mi café a sorbitos, examino no solo el mundo que se despliega ante mí tras los cristales. Mis inquietos ojos, hacen lo mismo con el piso de Laura. Un apartamento que, a pesar de ser realmente reducido, resulta estar bastante bien distribuido. Y después está esa luz, la que se cuela por sus ventanas, que lo ilumina todo (incluido el polvo acumulado sobre los muebles).

Mi jovial estado de ánimo, ese que me había impuesto como credo, va mejorando conforme pasan los minutos.

Tanto es así, que me apresuro en hacer la cama, para después de eso, comenzar a limpiar y ordenar un poco aquel apartamento que Laura tenía un poco descuidado. Al acabar de limpiar y ordenar, cosa que no me lleva más de una hora, me doy una ducha rápida y frente al espejo, trato, en la medida de lo posible, de adecentar mi aspecto.

Minutos después, ya estoy lista para comerme el mundo.

Segura del paso que voy a dar, tomo las llaves, y con el entusiasmo por bandera salgo a la calle, donde el naciente bullicio del barrio pronto anima una mañana repleta de factibles opciones de trabajo.

Allí, parada en el último escalón de los desgastados escalones de un edificio centenario, soy consciente de mi absoluta libertad, y del peso de esta. Y a pesar de los nacientes miedos que todo lo nuevo y desconocido nos produce, yo estoy más que dispuesta a encontrar mi sitio, por pequeño que sea, en esta inmensa ciudad. Pero para ello, antes debo hacerme con un buen trabajo lo suficientemente decente como para poder pagarme mis gastos, así como compartir los del alquiler de Laura y poder darme algún capricho. Siento que estoy ante un reto. El de ser una completa desconocida, una anónima más dentro de este inmenso laberinto de calles y personas, y esa es la mejor sensación del mundo.

Puedo asegurar, sin caer en la exageración, que durante horas y horas voy de un lado para otro, preguntando en un sitio y en otro. Pero nada de nada. No se necesitan ni camareras, ni ayudantes de cocina, ni friegaplatos. Y si lo precisan, el sueldo para nada hace justicia a las horas de trabajo y al esfuerzo que se exige.

Pues para ser Madrid la ciudad de las oportunidades, para mí precisamente no lo estaba siendo. Y esa tónica continúa día tras día. Pasan las semanas, los días transcurren plácidos, pese a que comienzo a desesperarme. Las cosas

por casa van bien. Parece que todo se ha calmado. Es lo que tiene el tiempo. Su paso ayuda a cicatrizar las heridas, que van sanando sin apenas darme cuenta. Lo que semanas atrás me parecían dramas insoportables, primero se vuelven tolerables y poco a poco se van borrando, que no olvidando. Porque yo no soy de las que olvidan ni de las que perdonan. No, que nadie espere eso de mí. Fran me había hecho muchísimo daño.

Por suerte, si se puede llamar así, las cosas cambian. El trabajo me llega casi por casualidad, como todo lo bueno (y lo malo) que me está pasando desde que puse un pie en Madrid.

—Oye, Lau —digo, limpiándome la boca con la servilleta tras hincarle el diente a un trozo de melón—. El bar de abajo, el que está en la esquina, el que tiene la terraza con mesas de madera… pues necesitaban a alguien por las tardes. De cuatro a once, de martes a sábado. Pero ya no lo necesitan… ¡El curro es mío! Pagan casi todo en negro, pero son 8 pavos la hora. No es mucho, pero es algo. Y está a cinco minutos andando.

—Algo es algo. Por algo se empieza, pero ni se te ocurra acomodarte. No has venido a Madrid a servir cañas y fritanga.

Me quedo callada un segundo. Mi primer trabajo remunerado. No es un casting, no es una sesión de fotos, no es un desfile. Es servir cañas, limpiar mesas, aguantar borrachos y sonreír, aunque me duelan los pies. Pero es dinero. Dinero que no tengo que pedirle a nadie. Dinero que puedo ganar yo misma.

—Vale —digo, y siento un nudo en la garganta que no sé si es emoción o miedo—. Voy a probar.

Esa misma tarde bajo. El bar se llama «El Rincón de Fuencarral». Es un sitio típico de barrio: con la fachada de madera oscura con ventanales grandes, mesas altas de

metal negro y mármol blanco, taburetes a juego que han visto mejores días, y un toldo verde descolorido que pone «Cañas y tapas» en letras blancas. Dentro hay una barra de madera larga, taburetes con asientos de Skay de color rojo, estanterías llenas de botellas de licor y fotos antiguas de Madrid en blanco y negro. El dueño es un hombre de unos cincuenta y cinco, calvo, con bigote espeso y camisa a cuadros que parece que se cambia una vez a la semana. Se llama Manolo (sorprendente el nombre…) Me mira de arriba abajo cuando entro, con esa mirada de quien ya ha visto pasar a mil chicas como yo.

—Te dije que trajeses unos vaqueros negros—dice, secándose las manos en un trapo que lleva colgado del hombro.

—No tengo. Manolo. Tengo estos azules...

—No importa. Vale. Te encargas de la terraza. Nada de tonterías: sirves, limpias, cobras, sonríes. Si te va bien con los clientes, te dejan propina. No quiero quejas. ¿Entendido?

Asiento. Me pone un delantal negro con el logo del bar y me señala la barra.

—Empieza por aprenderte la carta. Cañas, medias, dobles, clara con limón, clara con limón sin alcohol, tinto de verano, sangría, vermut… Lo básico. Y tapas: patatas bravas, jamón, tortilla, calamares, croquetas. No hay más. No preguntes por cosas raras.

El primer turno es un infierno. Llego a las cuatro y ya hay gente. El bar se llena rápido: gente que sale del trabajo, turistas despistados que buscan algo “auténtico”, jubilados que vienen a echar la partida. Sirvo cañas que se me derraman por la mano, me equivoco con los pedidos, rompo un vaso al intentar meterlo en el lavavajillas. Manolo me mira mal, pero no dice nada. Solo gruñe un “¡venga, coño!” cada vez que me ve dudar.

A las siete el bar está a tope. La barra es un caos de vasos sucios, platos con restos de patatas bravas y aceitunas aplastadas. Tengo la camiseta pegada a la espalda por el sudor, los pies me arden dentro de las zapatillas, y las manos me huelen a cerveza y vino. Pero cuando un cliente me deja dos euros de propina por una sonrisa y un “gracias, guapa”, siento algo nuevo: orgullo. No es glamouroso, no es trabajo de pasarela, no es una portada, pero es dinero que he ganado yo. Con mis manos. Con mis piernas y con mis pies reventados.

A las once cierro, pero no salimos hasta las doce y media. Toca limpiar y fregar. Manolo me da cincuenta y seis euros en billetes arrugados de cinco y de diez. He sacado veintiséis más en propinas.

—Bien por el primer día —gruñe—. Mañana a las cuatro otra vez.

Salgo a la calle. La noche es cálida. Camino los cinco minutos hasta el portal de Laura. Subo las escaleras despacio, con los pies doloridos, pero con una sonrisa que no me quita nadie.

Mi primer trabajo en Madrid, que he conseguido sin la ayuda de nadie. Una basura de trabajo, sí: un sueldo de mierda en negro, sin contrato, sin derechos. Pero es mío. Y eso, después de todo lo que he pasado, vale más que cualquier pasarela en Sevilla.

Cuando entro en el piso, Laura está en el sofá con una cerveza en la mano y la tele puesta en un programa de cotilleos.

—¿Qué tal? —pregunta.

Me dejo caer a su lado, suelto los zapatos y suspiro.

—Agotador. Pero bien. He ganado ochenta y dos euros. Cincuenta y seis de Manolo y el resto en propinas.

Le pregunto por su prueba de hoy, porque la veo más callada de lo normal. Se ha quitado los tacones en la entrada y se ha tirado en el sofá sin decir nada. Ahora, cuando le pregunto, se encoge de hombros y mira hacia la ventana.

—Mal —dice secamente, y su voz sale plana, sin ganas—. Muy mal.

Noto que no quiere hablar del tema. Se le ve en la forma en que aprieta los labios, en cómo juguetea con el borde de la camiseta, en cómo evita mis ojos. Conozco esa postura: es la misma que pongo yo cuando alguien me pregunta por las fotos filtradas, o por Fran. Es la postura de quien quiere cerrar una puerta que está entreabierta.

No insisto. Me quedo callada, bebiendo un sorbo de cerveza. El silencio se hace demasiado largo. Veo que no tiene ganas de hablar. Me doy una ducha reparadora y cuando regreso envuelta en una toalla, ella se levanta y camina hasta la ventana, mira hacia el patio interior donde una vecina tiende ropa, y luego se gira hacia mí.

—Quítate la toalla —dice.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Quítatela. Quiero verte desnuda.

La miro con los ojos muy abiertos. El corazón me da un vuelco. La toalla está anudada justo sobre el pecho, y de repente siento que pesa toneladas.

—Laura… me da vergüenza —digo, y la voz me sale pequeña, casi un susurro.

Ella se acerca un paso, los brazos cruzados, la expresión seria pero no dura.

—No pienses cosas raras. No te estoy tirando los tejos. Solo quiero verte. Quiero ver tu cuerpo de verdad. Sin ropa,

sin postureo. Como la modelo que pretendes llegar a ser.

Trago saliva. El rubor me sube por el cuello hasta las orejas. Nunca he estado completamente desnuda delante de otra mujer así, no de forma tan deliberada. En las pruebas en la pasarela en Sevilla sí, claro: probadores comunes, cambios rápidos, cuerpos semidesnudos por todas partes. Pero eso era trabajo. Esto es… diferente. Es demasiado íntimo, demasiado real.

—No sé… —murmuro, mirando al suelo.

Laura se sienta a mi lado otra vez, me coge la mano. Sus dedos son cálidos, firmes.

—Nerea, escúchame. En este mundillo, tu cuerpo es tu herramienta. Tu instrumento. Y si quieres volver a trabajar, si quieres que te vean como modelo de nuevo, tienes que quitártelo todo. Literal y metafóricamente. No puedes tener vergüenza delante de una cámara. Ni delante de un fotógrafo. Ni delante de una amiga. Si te da vergüenza ahora, te dará vergüenza en un estudio, y en un estudio no hay sitio para la vergüenza.

Sus palabras me golpean. Tiene razón. Supongo que, en este mundo, la vergüenza es un lujo que no te puedes permitir. Me miro las manos. Tengo las uñas cortas sin pintar. Un descuido que debo remediar.

—Vale —susurro.

Me levanto despacio. El corazón me late tan fuerte que creo que ella puede oírlo. Desato la toalla con dedos torpes. La tela cae al suelo con un ruido suave, casi un suspiro. Me quedo completamente desnuda frente a ella: con los pechos libres y los pezones endurecidos por el aire que entra por la ventana. Soy consciente de mi cuerpo, de la cintura marcada, de las caderas del pubis depilado con una tira fina de vello que aún conservo más o menos cuidado.

Laura me mira despacio, de arriba abajo, sin disimulo. No hay morbo en su mirada. Hay evaluación profesional, pero también admiración.

—Joder, cabrona. Tienes cuerpo de modelo —dice al fin, y su voz sale baja, convencida—. Curvas reales, proporciones perfectas. Cadera ancha pero equilibrada con los hombros, la cintura estrecha, el pecho lleno, pero no exagerado. Las piernas largas, los tobillos finos…

Me siento expuesta, pero no incómoda. Hay algo liberador en estar desnuda delante de alguien que no te juzga, que solo te ve.

—Gracias —digo, y la voz me sale temblorosa.

Ella se levanta, camina a mi alrededor como si fuera una escultura en una galería.

—Depílate mejor el coño. Píntate las uñas, y ve a la peluquería. Cuando estés lista, te presentaré a un fotógrafo amigo mío. Se llama Víctor. Es especialista en boudoir y desnudo artístico. Trabaja genial, y hace que las mujeres parezcan diosas. No es ni porno, ni siquiera erótico, es arte. Y tú necesitas un book completo.

Me mira a los ojos.

—Deja atrás la vergüenza, Nerea. Una modelo no puede ser cohibida. Una modelo tiene que ser dueña de su cuerpo y de su mente.

Asiento, sintiendo la vergüenza, el miedo, la idea de que mi cuerpo es mi herramienta de trabajo.

Laura sonríe, me da un abrazo rápido, desnuda como estoy.

—Cuando estés lista, llamamos a Víctor. Y te hará las fotos más potentes que hayas tenido nunca. Porque mereces verte como yo te veo: jodidamente espectacular.

Me quedo allí, desnuda en medio del salón, y por primera vez en mucho tiempo siento que mi cuerpo no es una

carga. Es un arma.

Verano de 2025

Mateo me hace llamar a su consulta esa mañana. El calor ya se cuela por las rendijas de las persianas y el aire acondicionado del centro lucha por mantener la temperatura. Me lo encuentro sentado detrás de su escritorio, con su bata blanca abierta sobre una camisa azul claro. Tiene una *tableta* con mi historial delante. Me mira con esa calma suya que siempre me tranquiliza y me pone nerviosa al mismo tiempo.

—Nerea, siéntate aquí —dice, señalando la silla frente a él. Se levanta para ayudarme a mover la silla, pero enseguida es consciente de que ya no necesito que lo haga, por lo que se sienta de nuevo.

Cierra la *tableta*, cruza las manos sobre el escritorio y me mira directamente a los ojos.

—Te voy a dar el alta. Hoy mismo.

No doy crédito. El corazón me da un vuelco tan fuerte que creo que lo oye. Han sido meses de dolor, de sufrimiento, y de repente, oigo esas palabras, que me suenan como un bálsamo.

—¿Alta? —repito, como si la palabra no tuviera sentido.

—Sí. Has evolucionado muchísimo estos meses. La cadera está consolidada, la musculatura responde, el equilibrio es estable. Te has recuperado a una velocidad sorprendente. Los cuidados que necesitas los puedes recibir en casa. No hay razón médica para que sigas aquí. Además, supongo que no está siendo barato.

Durante un instante me emociono. Los ojos se me llenan de lágrimas y sonrío sin poder evitarlo. Alta. Volver a casa. Dormir en mi cama. Caminar por mi barrio. Pero la emoción dura poco. La realidad me cae encima como un cubo de agua fría.

—No tengo casa —digo en voz baja—. Vendí mi apartamento para pagar las facturas del centro y las terapias privadas que la seguridad social no cubría. Mi situación financiera… es un desastre. Tendré que irme a casa de mis padres.

Mateo asiente despacio, como si ya lo esperara.

—Lo sé. Tu madre me lo comentó hace un par de semanas. Y no pasa nada. Es un paso lógico. Ellos te quieren, te cuidarán, y tú podrás seguir recuperándote desde allí. Es lo mejor ahora mismo.

Se queda callado un segundo, luego añade:

—Me gustaría llevarte yo. Si te parece bien, claro.

Lo miro. Sus ojos castaños son serios, pero hay una calidez que me hace sentir segura.

—Vale —susurro— ¿A las seis? Necesito algo de tiempo para preparar mis cosas.

—Por mi parte perfecto —contesta

Salgo del despacho flotando y a la vez hundida. Me voy de allí, pero a casa de mis padres. Con treinta y un años. Como si volviese a la adolescencia. Con un futuro que parece un borrador.

Empiezo a preparar la maleta esa misma tarde. Meto la ropa en la bolsa de viaje. Doblo cada prenda con cuidado, como si estuviera despidiéndome de algo. La habitación ya no parece mía: la cama articulada, el armario con la ropa ordenada, la ventana que da al jardín donde he paseado con Javi… Todo parece atemporal ahora.

La puerta se abre despacio. Javi entra en su silla de ruedas eléctrica con el bastón plegado en el regazo. Me ve con la maleta abierta y la ropa doblada. No dice nada. Solo se queda en la puerta, mirándome. Sus ojos castaños se humedecen un poco, pero no llora. Solo asiente, como si ya lo supiera.

—Te vas —dice al fin, voz pastosa pero firme.

Asiento, sin poder hablar. Me acerco a él, me agacho para quedar a su altura. Le cojo las manos.

—Mateo me acaba de dar el alta —le digo, aunque soy consciente de que la noticia le ha dejado descolocado—. Pero volveré a visitarte. Te lo prometo. No te preocupes.

Él sonríe, esa sonrisa enorme que nunca pierde.

—Claro. Y yo te esperaré aquí, con Patri y con mis libros. No te preocupes por mí. Estaré bien.

Se le quiebra un poco la voz al final. Le abrazo fuerte, mi cabeza contra su hombro. Huele a champú suave y a la colonia de lavanda que casi voy a echar de menos cuando me marche. Me devuelve el abrazo con los brazos torpes pero sinceros.

—No te olvides de mí —susurra.

—No lo haré, Javi —respondo, y lo digo de verdad.

En ese momento, la puerta se abre de nuevo. Fran entra sin llamar. Mira a Javi como si su presencia le molestara, como si fuera un estorbo. Luego me mira a mí.

—Tenemos que hablar —dice, seco—. A solas. Y es urgente.

Miro a Javi. Él baja la vista, pero no se mueve.

—Puedes hablar delante de Javi —digo, firme.

Fran aprieta los labios, pero asiente a regañadientes.

—Tengo una prueba para ti. Esta misma tarde.

Me quedo helada.

—¿Qué?

—Un anuncio de vino de Jerez. Para una bodega importante. Es una campaña grande: vallas, televisión autonómica, redes… La agencia lo necesita ya. Es tu oportunidad de volver a entrar en el circuito comercial.

No me lo puedo creer. Después de meses de rehabilitación, de dolor, de sentirme como un mecano de hierros y tornillos… una prueba. Una puerta que se abre...

—¿De verdad? —pregunto, la voz temblando.

Fran asiente.

—También hay un anuncio para televisión. Pero tenemos que irnos ya. El casting es a las seis en el estudio de la agencia. Si no llegamos a tiempo, se lo darán a otra. Si te eligen, las sesiones y los anuncios se grabarán en las

propias bodegas en Jerez dentro de unos días. Es una oportunidad que no podemos dejar pasar.

Miro a Javi. Él me mira con los ojos serios, sin sonreír.

Luego miro el reloj. Las cuatro menos cuarto. He quedado con Mateo a las seis.

Fran me ve dudar.

—Hay trenes que sólo pasan una vez —dice, y su voz suena como un ultimátum.

Javi no dice nada. Solo me mira. Y en sus ojos lo veo todo: la comprensión, la tristeza de quien sabe que el mundo siempre elige lo brillante aunque sea tóxico.

Bajo los ojos. Sé lo que espera de mí. Sé lo que debería hacer. Pero también sé que Fran tiene razón. El tren está pasando. Y yo… yo necesito subir.

Septiembre de 2011

Un nuevo rechazo en un casting. Tengo los pies hinchados, la camisa con el logotipo del bar pegada a la piel sudorosa y la moral por los suelos. No puedo más.

—No, lo que realmente debería de hacer es largarme de aquí de una vez por todas —me apoyo en la encimera de la cocina y bajo la cabeza con rabia—. Sí, eso es lo que debería hacer —la mano de Laura en mi espalda no consigue aplacar mi rabia—. Largarme de una puta vez de esta puta ciudad. ¡Hostia! —Rompo a llorar y me derrumbo sobre el sofá—. Ya no lo soporto más. ¡Joder! Esto no es lo que vine a buscar, un trabajo de camarera en un bar de barrio y un fracaso tras otro en los castings. Ni los consejos de Laura, ni mis intentos desesperados por conseguir algo relacionado con el mundo de la moda o de la publicidad, están sirviendo de nada.

—¡Por favor, Nerea. Cálmate! No te pongas así. Todo va a cambiar, ya lo verás.

—No Laura. ¡Nada va a cambiar, joder! —Tomo asiento, luego, me limpio los mocos con el puño de la manga mientras mi mirada se pierde en la más absoluta nada de aquel diminuto apartamento—. Seguiré en ese trabajo de mierda y, por consiguiente, seguiré abusando de tu amabilidad. Cosa que odio. Y no lo digo por ti, sino más bien por mí.

—Tranquila, no pasa nada. Sabes que te puedes quedar aquí el tiempo que necesites. Lo sabes, ¿verdad? —Se

sienta a mi lado y me aparta el pelo de la cara mientras yo hipo una y otra vez sin poder controlarme—. Creo que te lo he dicho como, no sé. ¿Cien veces? Puede que incluso más —su sonrisa apenas me reconforta. La verdad es que siempre lo hacía, pero hoy no. Hoy todo es una puta mierda.

—Sí. Pero entiéndeme Laura. Esto no es eso lo que quiero, no, para nada —digo suspirando profundamente—. Esta no es la idea que tenía cuando decidí venir hasta aquí. Aunque ahora que lo pienso, creo que para nada fue buena idea venir. Laura —lloro abrazada a ella—, no quiero tener que regresar a Málaga como una fracasada. No. No quiero. No puedo... Por favor, por favor... no dejes que regrese así. Pero necesito que algo me salga bien alguna vez, Laura.

—No lo vas a hacer. Quítate eso de la cabeza. Y claro que no voy a dejar que lo hagas.

—Mis padres, las que creía que eran mis amigas... Yo, yo no puedo volver con la palabra fracaso escrita en la frente. Es lo que mucha gente está esperando, para regodearse en mi derrota. Yo no quiero regresar siendo la imagen del fracaso. Sencillamente no puedo. Y mucho menos cuando sé que hay muchas personas deseándolo. —Las lágrimas me ahogan—. No puedo.

—Y no lo vas a hacer. ¡Por supuesto que no lo vas a hacer! Así que tranquilízate. Venga Nerea, no llores más.

—¡No quiero volver a vivir aquello! Ya no podría soportarlo. No. No podría. No soy tan fuerte como creía que era. Las miradas acusadoras…, los chismorreos… Dios, Laura. ¡No quiero!

—Venga, no llores más — dice deshaciéndose de mi abrazo y acariciándome la cara con ternura. — Venga, ve a darte una ducha, la necesitas, hueles a fritanga. —Me noto sudada y pegajosa de pies a cabeza—. Dúchate, y

después, cuando estés más calmada, hablamos. ¿De acuerdo?

—Vale —gimoteo tratando de controlar los movimientos espasmódicos de mi diafragma.

—Muy bien —de un salto, Laura se pone de pie para obligarme a levantarme — Mientras te duchas y te tranquilizas, yo voy a tratar de prepararte algo para que te entones. Una sopa bien caliente. De sobre, por supuesto. Te hará bien, ya lo verás.

—Gracias.

—Nerea, por favor. Deja de darme las gracias. Comienzas a ser un tanto cansina y repetitiva. Venga, a la ducha. ¡Ya!

Tras una dilatada ducha de agua bien caliente, me acomodo a su lado en el sofá y tomo el humeante cuenco de sopa que me ofrece. Tras bebérmela. Le pido uno de sus cigarrillos. Pocas veces he fumado, pero esta noche necesito uno. Inhalo profundamente y al dejar escapar el humo, siento que se va toda mi rabia en una larga exhalación. Entiendo que haya gente que diga que fumar les relaja…

Laura me toma la mano y la aprieta con fuerza.

—Cielo, ahora necesito que me prestes atención. Pero, sobre todo, quiero que trates de ver mi ofrecimiento como lo que es, una invitación, solo eso. Una opción más a tener en cuenta. Y si lo hago, es porque no soporto verte así. —Aprecio cierta duda en su voz. Una extraña entonación que me hace clavar mis ojos en los suyos—. Quiero que entiendas que, para nada, te tienes que sentir obligada a aceptarla si no quieres. Recuerda que solo es una mera propuesta que puedes aceptar o no. Y perdona que me repita tantas veces. Pero necesito que esto te quede claro. Porque no pretendo, ni quiero, condicionarte. No, esa no es mi intención, para nada. Por ello necesito que entiendas

que lo que te voy a proponer, es solo una posibilidad. Y tú, decides si la aceptas o no.

—No te entiendo Laura. ¿De qué estás hablando?

—Nerea, en serio. No tienes por qué sentirte obligada a nada, a nada ¿vale? Y por supuesto, esto es absolutamente secreto. Nadie. Repito, nadie debe saber esto…—cierta vacilación aparece en su rostro—. En fin, a ver por dónde empiezo... —inspira hondo antes de empezar a hablar.

—Intenta hacerlo por el principio —sugiero encogiéndome de hombros esbozando a la vez una leve sonrisa.

—¡Qué graciosa! —dice—. Esto no me resulta nada fácil. No. Pero bueno, vamos allá —susurra inquieta—. Este próximo sábado habrá una fiesta. Una fiesta un tanto especial, por así decirlo. Una de esas fiestas donde se les paga a ciertas chicas, para entretener de una forma u otra a unos señores que acuden a ella. ¿No sé si me entiendes? ¿Sabes por dónde voy, no? Dime que sí por favor.

—Creo, que sí.

—¡Vale! Gracias —suspira aliviada—. El caso es que siempre hay hueco para alguna amiga, o para alguien nuevo... —de nuevo advierto cierto temor, incluso algo de dudas en sus ojos y algo me dice que no quiero oír lo que me va a decir—, no sé si a ti te interesaría acudir a algo así. ¿Qué me dices?

—¿Una fiesta?

—Sí. Te explico —vuelve a suspirar—. Se trata de una fiesta privada para un grupo de... Pues de gente de pasta, que lo que quieren es pasar un rato entretenido y desenfrenado, en el amplio sentido de la palabra desenfrenado, con algunas chicas guapas.

—¿Pagan mucho?

—¿Qué cuánto pagan? Nerea, necesito que me escuches. Creo que antes de hablar de dinero deberíamos aclarar algunas cosas. Como por ejemplo el explicarte de forma más exacta, a que me dedico aparte de mi trabajo como modelo. Trabajo en determinados eventos…

Laura, visiblemente nerviosa, coge su paquete de cigarrillos. Saca uno y lo enciende.

—Laura, no soy tonta. Sé que con lo que ganas como modelo, es imposible que puedas pagar el alquiler, y hasta hace unos meses vivías tú sola. Siempre he sospechado que había algo más.

—Así es. Y aquí es donde te voy a pedir que jamás le cuentes a nadie lo que vas a escuchar. No hagas que me arrepienta de este momento.

—Me temo… que empiezo a imaginar lo que me vas a contar…

Además de lo que me saco con lo poco que me sale como modelo, ya sabes… —su sonrisa de nuevo se tornó triste y sombría. Pero pronto se iluminó.

Mi cara debe de ser todo un poema, pero ella está decidida a contármelo de una vez por todas.

—A ver cómo te lo explico para que no te asustes —volvió a sonreír. Y esta vez su sonrisa tampoco le ilumina el rostro —. Verás, hay sitios en los que buscan chicas jóvenes, monas y sin demasiados prejuicios. Básicamente buscan acompañantes de cierto nivel para “alegrar” el ambiente. Se trata de un club elegante, en el que los caballeros pagan por la compañía de unas chicas que no pongan demasiadas pegas a la hora de pasar un buen rato. Vamos, lo que viene siendo una...

—Una puta —digo muy seria.

—Dicho así suena horrible, pero sí... Aunque me gusta más la palabra acompañante. Cuando se me ofreció la

oportunidad de trabajar ahí, no tenía ni para pagar el alquiler, por lo que acepté la oferta sin miramientos. No estoy orgullosa, pero es una forma de… digamos, que de cuadrar las cuentas. Y si lo miras bien, es un trabajo como cualquier otro relacionado con la noche: dinero a cambio de unos servicios.

Me mira muy seria y pregunta: —¿Te importa, te incomoda, molesta? ¿Te asquea?

—Ni me importa, ni me molesta. Ni tampoco te voy a juzgar por ello. Ni nada de nada. Sé lo difícil que es triunfar como modelo. Lo fácil, sería censurar tú conducta, pero no lo voy a hacer. Es tu vida y tu cuerpo. Y solo tú mandas en ello. —La miro con una sonrisa—. Sé que suena a populismo barato, pero es así como yo lo veo. —Laura esquiva mi mirada, avergonzada. Con un simple apretón y una llana sonrisa, quiero hacerle entender que no me importa a lo que se dedique—. ¿Cuánto pagan? —vuelvo a insistir.

Laura suelta una risa.

—Pagan muy bien. Pero si no quieres, no tienes que...

—¿Cuánto es bien?

—Entre quinientos o setecientos euros por noche. Más o menos. Todo depende de...

—¡Dios! ¿En serio? ¿Setecientos por una simple fiesta?

—Sí, pero no es una simple fiesta.

—Si pagan así, desde luego que no lo es. Pero, ¿en qué consiste esa fiesta no tan simple? Puedes ser un poco más concreta.

—La verdad es que no hay mucho que contar. Sólo hay que estar guapa, ser simpática, sonreír, y... de darse el caso, pues...

—¿Follar?

—¡Solo si quieres cariño! Sólo si te lo proponen y aceptas. Y de aceptar, dicho encuentro podría tener lugar allí mismo; hay habitaciones para ello, o donde el cliente desee. Normalmente en el club te explican las diferentes posibilidades. Si es en el propio club, el cliente paga la habitación, y si lo que prefiere es salir a un hotel o a un domicilio particular, lo habla directamente con los organizadores de los eventos.

—¿Y… si no quisiera ir con alguien?

—Bueno, lo primero que tienes que tener claro, es a lo que se va a esas fiestas. No puedes negarte de forma sistemática, o no te volverán a llamar. Pero sí podrías rechazar puntualmente “ofertas” que no te satisfagan.

—¿De verdad? ¿Estás segura? Porque no quiero complicarte la vida, pero al mismo tiempo, no sé cómo me voy a sentir en un momento así. Me da mucho miedo cómo podría reaccionar.

—Nerea, puede que te suene raro, pero en estos días, tanto la virginidad, como el pudor y hasta la misma decencia, están algo sobrevaloradas. Pero el peso de la culpa y esa sensación de vacío que la primera vez origina, puede ser muy dolorosa y pesada. Te lo digo por propia experiencia. No es grato el saber que te estas vendiendo, que eres una… Ya sabes. Sólo tú eres quien pone el límite. Esto quiero que lo entiendas desde ya. Sólo tú decides hasta dónde quieres llegar, hasta donde te vas a entregar. Tú pones tus límites. ¿Lo entiendes, verdad?

—Sí —digo con completa rotundidad—. Y tranquila, ni soy virgen, ni tengo excesivo pudor. En cuanto a la decencia... ¿Qué quieres que te diga? Pues que solo es una calificación que nos atribuimos conforme damos valor a una cosa u otra. Porque lo que yo considero decente, a otros no se lo puede parecer, y no por eso deja de ser decente para mí. Laura, en serio, me importa muy poco lo que opinen los

demás. Es más, mi decencia está por encima de la de muchos. Porque yo sí me considero una persona decente, y si lo soy, es porque no hay nada malo en lo que haga. El problema está en los demás. En los ojos de quien nos juzgan. Así que tranquila. De darse la oportunidad, si se diera, creo que sería lo suficientemente madura como para tomar la decisión adecuada.

— Lo cierto es que puede parecer sencillo el ponerle precio a nuestro cuerpo, a nuestras caricias y a cada uno de nuestros besos, como si de una simple mercancía se tratara. Pero nunca resulta fácil. No. no lo es. Y mucho menos la primera vez. Como nunca resulta fácil hacernos a la idea de que lo que estás vendiendo en realidad, es tu intimidad, el disfrute de tu cuerpo que otros harán. Y no lo es, porque por ínfima que sea esa fracción que de nosotros damos a cambio de dinero, esta no deja de ser una parte de nuestras vidas.

— Por desgracia, Laura, mi situación actual no está para que me pueda andar con demasiados remilgos. No me queda dinero para seguir aquí. O hago esto o tendré que regresar a Málaga, y eso es lo último que quiero hacer. Así que, por duro que pueda parecer, lo haré.

—Pues, si lo tienes tan claro. Lo mejor será darnos prisa y comenzar a movernos.

—¿Movernos? ¿En qué sentido?

—Toda chica que quiera trabajar en esto, necesita una buena carta de presentación. Que viene a ser…—coge su móvil de la mesita baja—, unas buenas fotos que sepan venderte. Pero para ello, antes habrá que arreglarte un poco esa maraña de pelos que tienes, ponerte algo sexy, maquillarte un poco y posar para que muestres ante la cámara todo el potencial que tienes, que es mucho.

—Vale.

—Para empezar. Pregunta súper importante. ¿Cómo tienes de “podado” el pubis?

—¿Podado?... ¡Ah, vale! Pues, bien, creo.

—Creo no me sirve. ¿Depilado, muy depilado o salvaje? La última vez que te vi lo llevabas depilado, pero algo descuidado.

—... depilado, estilo normal.

—Normal no vale. A muchos clientes, por no decir a todos, les gusta que esté bien rasurado. Así como todo el cuerpo, que además tiene que estar muy hidratado y suave. Y ahora que te miro bien, necesitas un trabajito completo. Pelo, cejas, uñas, pies... ¡Uf! —resopla—. Pero tranquila, tengo a las personas perfectas para ello. Estupendas, rápidas y lo mejor, baratas. Las “chinitas” de aquí abajo son lo más. A ver, ponte de pie —me levanté con un suspiro en la boca—. Sí, Necesitas un pequeño arreglito, pero eso ya mañana. Ahora hay que hacerte lucir sensacional. Y con ese cuerpo y esa cara, tienes gran parte del trabajo hecho.

Laura se gira hacia mí con esa sonrisa suya que siempre parece saber más de lo que dice. El salón está colocado como un estudio improvisado: hemos empujado el sofá contra la pared, extendido una sábana blanca sobre el suelo para simular un fondo neutro, y colocado dos lámparas de pie con bombillas suaves que dan una luz cálida, casi dorada. En la mesita, una cámara Canon, un trípode barato y una botella de vino blanco barato que hemos abierto para “relajarnos”.

—Vamos, prima —dice, sirviéndome una copa—. Es para un catálogo de señoritas de compañía. Necesitamos fotos artísticas, pero sexys.

Me quedo de pie en el centro del salón, con el albornoz que me ha prestado ella cubriéndome del cuello a los tobillos. Debajo llevo un conjunto de lencería que me ha dejado: un

sujetador negro de encaje con tirantes finos y tanga a juego, de una marca que no conozco pero que parece cara. Me siento expuesta ya, aunque aún no me he quitado nada. El corazón me late fuerte, las palmas me sudan.

—No sé, Laura —digo con voz temblorosa—. Me da cosa. El tema de las fotos … no me trae buenos recuerdos.

Ella se ríe, suave, y me pasa la copa. Bebo un sorbo; el vino está frío, ácido, me baja por la garganta y me refresca.

—Tía, relájate. Esto es un catálogo anónimo. Lo principal es el cuerpo, la cara si no quieres, no saldrá, aunque ya te adelanto que con lo guapa que eres, sería un reclamo brutal. Si quieres perder la vergüenza, esto es perfecto. Una modelo no puede ser cohibida, Nerea. Tienes que abrazar tu cuerpo. Mostrarlo. Celebrarlo.

Asiento, pero no me muevo. Laura se acerca, me quita la copa de la mano y la deja en la mesita. Luego me coge los hombros, me mira a los ojos con esa intensidad suya que siempre me convence.

—Vamos paso a paso —dice—. Primero, quítate el albornoz. Solo eso. Es como en la playa.

Dudo. El piso está en silencio, solo se oye el tráfico lejano de Malasaña y el zumbido de la nevera en la cocina. Trago saliva, desato el nudo del albornoz con dedos torpes. La tela se abre, resbala por mis hombros y cae al suelo con un ruido suave. Quedo en lencería negra: el sujetador me levanta los pechos, marcando el canal entre ellos, el encaje transparente deja ver los pezones oscuros debajo. El tanga es mínimo, una tira fina que se pierde entre mis nalgas, el triángulo delantero apenas cubriendo el pubis. Mi piel está pálida todavía, sin el bronceado de verano, pero las curvas están ahí.

Laura me mira de arriba abajo, los ojos brillantes.

—Joder, prima. Tienes un cuerpo de escándalo. Vamos a empezar suave. Siéntate en el sofá, cruza las piernas, mira a cámara con mirada de desafío.

Me siento despacio, el sofá viejo cruje bajo mi peso. Cruzo las piernas, la abertura del tanga se marca un poco, pero no enseño nada. Laura ajusta la cámara en el trípode, enciende las luces. Y empieza a disparar.

—Bien —dice—. Ahora inclínate un poco hacia delante, apoya los brazos en las rodillas. Deja que el sujetador se abra un poco.

Obedezco. El escote se profundiza, el encaje se estira, dejando ver más piel expuesta

—Perfecto. Ahora ponte de pie, gira de lado, mano en la cadera. Arquea la espalda un poco.

Lo hago. La pose resalta mis curvas: el culo redondo marcado por el tanga, la cintura curvada, el pecho proyectado hacia delante. Me siento expuesta, pero también un poco poderosa.

Laura se emociona.

—Ahora quítate el sujetador —dice—. Despacio, como si estuvieras sola.

Me quedo helada.

—¿Desnuda? ¿Ya?

Ella pone los ojos en blanco.

—Prima, es lencería. Y topless. Pierde la vergüenza. Nadie va a ver estas fotos excepto en el club y nosotras. Y… por cierto, ponte unos tacones altos. Los hombres se vuelven locos por los tacones.

Regreso con unos stilettos con tacón de doce centímetros.

—Venga, joder. Sácate el sujetador de una vez, ¡coño! No tenemos todo el día para esto.

Dudo. El rubor me sube por el cuello. Pero la urgencia en su voz me convence. Me desabrocho el sujetador por detrás, lo dejo caer por los brazos. Mis pechos quedan al aire, los pezones endurecidos por el nerviosismo y el aire fresco. Me cubro instintivamente con un brazo.

—No te tapes —dice Laura—. Déjalos libres. Mira a cámara como si quisieras comértela.

Bajo el brazo. Los pechos se mueven con cada respiración. Por primera vez en mucho tiempo, soy consciente de su belleza. Son redondos, firmes, con esa curva natural que sé que roza la perfección. Laura dispara continuamente. Cambio de pose: de espaldas, el tanga perdido entre las nalgas, la espalda arqueada. De lado, un pecho perfilado contra la luz.

—Ahora el tanga —dice.

Me paralizo.

—Laura, no sé…

—Venga, coño... Tienes que mostrar la mercancía. Si alguien está dispuesto a pagar setecientos euros por un polvo, querrá ver el cuerpo por el que hará esa inversión. Sin vergüenza. Quítatelo despacio, mirando a cámara.

Trago saliva. Meto los pulgares en las tiras, bajo el tanga centímetro a centímetro. La tela resbala por las caderas, hasta los tobillos. Lo saco con el pie. Quedo completamente desnuda frente a Laura: las piernas ligeramente abiertas, los pechos libres, la piel erizada. Me siento vulnerable, pero Laura me anima.

—Perfecto. Siéntate, abre las piernas un poco, cubre lo justo con la mano. Mirada seductora.

Obedezco. La pose es íntima, sugerente. Luego de pie, de espaldas, las manos en las nalgas. Tumbada en el suelo, el cuerpo curvado, un brazo cubriendo el pecho, la otra mano en el pubis. Cada foto me hace sentir más expuesta,

aunque la vergüenza se va disolviendo, como el sudor bajo el calor de las lámparas.

Laura se ríe, animada.

—Estás que lo rompes, tía. Ahora una más: de rodillas, el pelo tapando un pecho, la mano entre las piernas como si te estuvieras tocando.

Me sonrojo, pero lo hago. La pose es erótica, pero artística.

Al final, me tapo con la toalla otra vez. Laura apaga la cámara, me abraza.

—Pues ya está. Ahora, déjame hacer una llamada —dice Laura—. Es necesario que la haga antes de mandar nada. Si dice que sí, le enviaré tus fotos. Después, y según la respuesta que me den, hablamos. ¿Te parece?

—¡Lo que tú digas! —respondo entusiasmada mostrándole mis dedos cruzados.

Mientras habla por teléfono, se levanta y se mete en su dormitorio. No soy capaz de escuchar la conversación, pero por lo que puedo ver reflejado en su rostro, está nerviosa y gesticula.

“Dios, me van a decir que no”, pienso. De improviso, la conversación telefónica cesa. Instintivamente, aprieto los puños.

Laura me mira a los ojos, y tras esa breve y sostenida sonrisa, comienza a trastear en su móvil. Segundos después, el sonido de un WhatsApp la lleva a suspirar.

—Pues ya está. —Advierto como su sonrisa se agranda, y el tono de su voz cambia— Prima. Este sábado tienes una fiesta…

—¿En serio? —me levanto de un salto, y conteniendo la respiración clavo mis ojos en ella.

—Sí. Así que lo mejor es que nos sentemos. Es necesario que te dé una clase rápida de protocolo —su mirada se

torna fría, y en su boca, se dibujó una sonrisa una tanto artificial—. Nerea, siéntate por favor. Debemos hablar.

La seriedad del momento me parece incluso forzada, pero no quiero ofenderla, así que me siento junto a ella.

—Voy a explicarte un par de cosas que, como chica de compañía, es necesario que sepas y domines —dice como si estuviese dándome las instrucciones para una entrevista de trabajo—. Porque este próximo sábado es lo que serás, una chica de compañía —suspira—. No quiero engañarte cielo, por eso no voy a negarte que en esas fiestas no pase nada. Porque sí que pasa. Casi siempre pasa. Además, no creo que tú seas tonta ¿no? Bueno, lo primero que debes aprender en este oficio, es el uso del preservativo. Siempre, óyeme bien, siempre debes hacerlo. Exígelo. Y si te dicen que no, niégate a mantener relaciones. La seguridad, ante todo. Aquí no hay segundas oportunidades. Si pillas algo malo… ¿Está claro? —Asiento con firmeza— Te recomiendo el uso de un lubricante en tu zona íntima. Aunque no lo creas, ese simple gesto les hará creer que estás deseosa de tenerlos dentro de ti. Hecho que no muchas veces será tan deseado como crees.

—Ok.

—No menos importante, es pedir el dinero antes del acto. Primero el dinero, después el sexo. Pero debes ser sutil. No debe parecer que lo más importante es la pasta, aunque lo sea. El móvil siempre a mano —se detiene un segundo para respirar tomar aire, después continúa hablando—: Dicho esto, ahora voy a enseñarte a desenvolverte entre los hombres. Lo primero, es conocer e identificar a cada uno de los hombres con los que te relacionarás. Para ello, tienes que aprender a identificarlos con una simple mirada. ¿Por qué? Sencillo. Necesitas anticiparte a ellos, a sus gustos, a sus aficiones, debes aprender a interpretar hasta su más mínima queja. ¿Y cómo puedo averiguar todo eso, te

preguntarás? Bien sencillo. Preguntándole. Sí, preguntándoles. Para ello, busca las preguntas exactas para obtener las respuestas concretas. Con el tiempo aprenderás a dominar esta técnica que, si en un principio te parece un tanto complicada, en realidad no lo es.

—Vale, entiendo.

Mientras habla, yo la escucho con los ojos abiertos como platos, aunque, a decir verdad, me siento tranquila, pues me considero suficientemente experta en temas sexuales. La práctica, es la práctica y yo tengo alguna. Creo que todo me resultará fácil.

—Te vas a encontrar con hombres que desean que les hagas sentirse poderosos —continúa—, aunque sólo sea por unas horas. Otros en cambio, querrán sentirse seguros de sí mismos al verse dueños del control que ejercen sobre ti. Sin embargo, esa seguridad suya debe partir siempre de la creencia de que le perteneces. Por el contrario, habrá otros que tan sólo busquen comprensión por tú parte. Créeme, son más de los que piensas. El clásico que quiere hablarte de sus penas. Éstos buscarán ser escuchados, y puede que deseen ser falsamente amados. Algunos puede que te pidan que los trates como si fueras su novia, su prometida, hasta su esposa.

—Esto sí que lo entiendo. Lo típico de las pelis. ¿No?

—Cielo, por nada del mundo, vayas a caer en el error de creerte tu propia película. La que tendrás de inventar para ellos. Te lo digo por propia experiencia. No te enamores — se levanta para rellenar las copas de vino.

—Entiendo.

—¡No! No lo entiendes —el tono de su voz se endureció—. Vas a ser una puta, Nerea. Las putas no se enamoran. No aparecerá un Richard Gere para sacarte del negocio en una limusina.

—Lau, por favor. Que no soy una niña.

—¡Escúchame por favor! —Me exige—. Lo que pretendo con todo esto, es que llegues a comprender el paso que vas a dar. Pues una vez lo hayas dado, no te resultará fácil volver atrás. Aun estás a tiempo de no empezar. Lo sabes, ¿verdad? Ten clara una cosa. Setecientos, o quinientos euros por una noche, son muy tentadores, y querrás más. Lo sé porque me ha pasado.

—Sí, tranquila. No tienes de qué preocuparte prima—la tomo de las manos—Despreocúpate, en serio. No soy precisamente una santa, por así decirlo. Y por favor, deja de sentirte culpable. La decisión es mía, y sólo mía. El que me lo hayas ofrecido, no te convierte en culpable de nada —la veo bajar la mirada.

—Sí, ya lo sé. Pero no puedo evitar sentirme de alguna forma culpable. No quiero que llegues a creer que yo te estoy..., no sé. No quiero que pienses que en cierta medida yo te estoy induciendo a esto.

—¡No, para nada! Simplemente me estás ofreciendo ayuda. Sólo eso. Cosa que yo te agradezco de corazón.

—Sí, ya. Pero puede que quizás pienses que yo lo hago porque quiero que te vayas o, que me pagues, o porque...

—¡Por Dios! Nada de eso por favor. Para ti sólo tengo palabras de agradecimiento. Te quiero mucho Laura. En el poco tiempo que te conozco, has resultado ser mejor amiga que las que creí que lo eran durante tantos años. Aquí eres toda mi familia.

—¡Bah! No digas tonterías. No es para tanto.

—Sí, sí que lo es. Al menos para mí sí lo es.

—Venga, vale. Si te parece, continúo con la clase…

—Sí, por favor.

Laura da otro largo sorbo a la copa y continúa:

—Lo primero de todo, es prestar especial atención en la manera en la que nos presentamos, así como en la forma en la que tomamos asiento. Ambas deben de ser del todo correctas y elegantes, y por descontado, sumamente atractivas.

En lo referente a la forma de sentarnos, lo primero es arreglarse la falda antes de tomar asiento, y una vez sentadas, nunca hacerlo con las piernas separadas. Eso es una completa ordinariez. Somos chicas de compañía, no putas baratas. Trata de mantener siempre una postura erguida, manteniendo los hombros hacia atrás, la mandíbula arriba, el pecho hacia afuera. En cuanto a las piernas, lo correcto es cruzar los tobillos o juntar las piernas desplazando los talones ligeramente hacia atrás, sin olvidar deslizar sutilmente nuestras piernas ligeramente hacia nuestra izquierda. Muchos hombres se sienten seducidos por este tipo de posturas y las encuentran tan irresistibles como elegantes.

Laura hace el gesto completo de sentarse y observo la maestría con la que lo hace.

—Debes prestar mucha atención a la forma en la que bebas. Existe todo un ritual en el arte de beber vino o champán de una copa —continúa—. Mira, hay que sostener la copa con los dedos, así... —me muestra cómo debo hacerlo—, y delicadamente apoyados en el tallo de la copa. Jamás manches el cuerpo de la copa. Causa un efecto pésimo ver una copa completamente traslúcida de marcas de dedos.

—¿Así?

—Sí, así —ríe—. Y cuando bebas, por favor, mira siempre por encima de tu copa, estableciendo contacto visual con tu objetivo. Te recomiendo además que juegues con el borde de la copa, así como lo hago yo. Acarícialo de esta forma, con un dedo, despacio, muy despacio. Y después, y solo si

te atreves a ir un poco más allá, introdúcelo dentro de la bebida para después llevarlo a tu boca y chuparlo de esta manera. Evita que no resulte demasiado vulgar. Si sabes hacerlo correctamente, puedo asegurarte que los tendrás comiendo de tu mano.

—¿En serio? ¿Con solo hacer eso?

—Sí, con solo eso los pondrás cardíacos.

—Venga ya.

—Sí. Aunque no lo creas, ese simple gesto los volverá locos. Te doy mi palabra. Parece ser, según ellos, que existe cierta semejanza entre lo que tienes entre las piernas y una copa de champan. No me preguntes, no tengo respuesta para todo.

Tras relajar la risa, pongo en práctica la teoría.

—¿Así es como debo hacerlo?

—Sí, así. Muy bien —ríe complacida.

El ansiado sábado, llega por fin. Y con él, unos inesperados nervios que no hacen otra cosa que crear en mi interior un terrible miedo a no dar la talla.

Esos nervios me mantienen en vela gran parte de la noche del viernes hasta bien entrada la mañana del sábado.

Laura continúa aleccionándome para evitar caer en la imperfección de la ordinariez, tan detestada y rechazada por aquellos que pagarían por nuestra compañía. Entre risas y bromas, trascurre la mañana. A eso de las seis de la tarde, se levanta del sofá como sacudida por una descarga eléctrica.

—Venga. Dejémonos de bromas. En serio —suspira—. Ahora sólo nos queda ver que te vamos a poner. Aunque con ese cuerpo que tienes, cualquier trapito te valdrá. Y ahora que te miro... Sí. Creo que tengo el vestido perfecto para ti. Sí, sí. Espera, te va a encantar. Voy a buscarlo —se

levanta de un salto del sofá y corre hasta el armario de su dormitorio. La escucho hablar sola mientras busca como una posesa.

Segundos después, aparece con un precioso mini vestido negro que tiene unas sinuosas transparencias en los laterales.

—A simple vista parece poca cosa, pero te aseguro que puesto es otra cosa bien distinta. Con él estarás atractiva pero también provocativa. Como ves, va atado al cuello y, mostrará lo justo. ¡Dios, los vas a dejar mudos y babeando!

—¡Joder! Me encanta. Es, increíble —lo tomo, y con él sobre mi cuerpo, corro al baño para mirarme al espejo—. Es precioso ¡precioso! —chillo—. Es un vestido increíble. Pero, ¿no crees que resultará demasiado... eso, demasiado? Lo veo algo corto, por no decir que es muy corto. Incluso, no sé, puede que sea excesivo, ¿no te parece?

—¡Qué va! Vas a estar de muerte con él. Van hacer cola por ti, ya lo verás —me dice.

—Exagerada.

—No, no exagero cielo. Vas a causar sensación. Y más si te subes a estas preciosas sandalias —dice mostrándome los zapatos que escondía a su espalda—. Tienen un tacón de vértigo como el escote de ese vestido.

—¡Me encantan!

Sin apartar la imagen que de mí el espejo mostraba, se coloca detrás de mí para recogerme el pelo. Acto seguido, me susurra al oído:

—Recuerda, no es el vestido el que hace a la mujer, sino la mujer la que hace al vestido. Y tú, aunque no lo creas, eres muy elegante. Tienes un porte especial y natural que muy pocas mujeres tienen. Y por eso yo te odio —ríe—. En serio Nerea, eres de esas mujeres que están estupendas con

cualquier cosa que se pongan. Tienes un estilo propio. Tan natural como esa elegancia innata que tienes. Lo importante es que te des cuenta de ello y aprendas a sacarle provecho.

—¡Por Dios! Qué cosas dices.

—Es verdad. Y por eso me das mucho asquito, tía—vuelve a reír—. Pero mucho. No te puedes imaginar cuánto. Vas a estar muy sensual con él, en serio. Y para nada es corto, es ideal para ese tipo de fiestas. Fiestas donde la sensualidad y el erotismo prima por encima de todo. Te lo aseguro con este vestido acertarás de pleno.

A pesar de los innumerables halagos y de las risas, la sombra de la duda aparece en mi cara.

Laura se percata de inmediato.

—¿Qué te pasa?

—... —suspiro para tratar de controlar la respiración—. Te mentiría si te dijera que no estoy nerviosa. Lo estoy, y mucho. ¡Dios! Me estoy muriendo de los nervios. Y si... ¿no doy la talla? ¿Y si meto la pata? ¿Y si...?

—Y si, y si..., y si ¡Nada! No va a pasar nada. Vas a estar genial. Puedes estar segura. —Me toma una mano—. Tranquila, sé cómo te sientes. Yo también llegué a sentirme así la primera vez. Es solo miedo escénico. Solo eso.

— Me atrae mucho la idea, en serio. Pero no puedo evitar sentirme nerviosa. Es un paso muy importante.

—Pues entonces lo mejor es no pensarlo más —apunta con naturalidad—. Y por supuesto es normal que estés nerviosa. Pero tranquila. Sólo tienes que pensar que es una fiesta más a la que vas a asistir y en la que te lo vas a pasar genial.

—Sí. Eso es. Una fiesta llena de champán y lujo.

—Pues nada. Manos a la obra. Ya es hora de empezar a arreglarse. El tiempo se nos viene encima.

9. **Segundas oportunidades**

Septiembre de 2025

La sesión de fotos y la grabación del anuncio del nuevo vino fino terminan al atardecer en las bodegas de Jerez, cuando el sol ya se ha vuelto un disco anaranjado que se hunde detrás de las viñas infinitas. La hora mágica, según los fotógrafos. En el aire se percibe un ligero aroma a uva fermentando en barricas de roble. He pasado el día entero entre luces artificiales, reflectores, cámaras y un equipo de veinte personas que me trataron como si fuera de cristal. He tenido que vestirme varias veces con ropa de estilo andaluz con volantes, escotes profundos para la toma de la vendimia ficticia, una blusa de encaje negro con falda de lunares para la escena de la bodega,

Ahora para la fiesta, me he puesto, un vestido de tirantes negro simple pero efectivo. Una tela fluida que se pega a las curvas cuando me muevo, un escote en V que deja ver el inicio del pecho, la espalda al aire hasta la cintura y una abertura lateral que sube hasta medio muslo. Me he subido en unos tacones negros de aguja por primera vez desde el accidente. Ocho centímetros. Los tobillos me tiemblan, la cadera protesta, pero aguanto. Primero porque debo aguantar, y después porque hoy no soy la Nerea de la rehabilitación. Hoy soy la Nerea que vuelve a caminar sobre tacones.

Los jardines de las bodegas son impresionantes, casi irreales. Estamos en una finca histórica de Jerez de la Frontera, una de esas bodegas centenarias que parecen sacadas de un cuadro romántico: patios empedrados con fuentes de azulejos sevillanos, arcos de herradura que enmarcan viñas infinitas, paredes encaladas que brillan bajo la luz dorada del atardecer, buganvillas moradas y

rojas trepando por las rejas forjadas, olivos centenarios retorcidos como esculturas vivas, y al fondo, las hileras de barricas apiladas bajo tejados de teja árabe. El suelo es una mezcla de grava blanca y tierra rojiza que cruje bajo los tacones. Hay mesas largas de madera oscura preparadas para el picoteo posterior a la grabación de los anuncios. Vestidas con manteles blancos, copas de cristal tallado, velas altas que camareros casi invisibles, empiezan a encender.

Las sesiones de fotos han sido agotadoras. El equipo de producción había colocado focos suaves que bañaban los jardines en una luz casi cinematográfica, y un humo ligero de máquina para dar ese toque etéreo a las tomas finales.

Las escenas fueron sencillas, pero impactantes: yo caminando descalza por el patio empedrado, una copa de vino fino en la mano, mirando al horizonte con una sonrisa serena. El sonido de las cámaras sonando como disparos de un arma, y yo sintiéndome modelo otra vez.

Después de las fotos hicimos la grabación para el anuncio de televisión. Los propietarios de la bodega habían insistido en que querían que apareciese un caballo. Una yegua blanca, tranquila, que me han hecho montar a pesar del estado de mi cadera.

Fran me ha sujetado por la cintura mientras subía, y aunque Mateo o Patricia pensarían que estaba loca, no me pude negar. La yegua ha caminado despacio por el sendero de viñas, yo con un vestido blanco vaporoso y el pelo moviéndose de forma casi natural con el viento generado por un potente ventilador. La cámara me seguía. Cada trote suave me ha hecho apretar los dientes, pero he mantenido el tipo. El director me ha felicitado por mi profesionalidad.

Ahora estamos en el cóctel. Yo aguanto de pie en el centro del patio principal, pese a que noto dolor en la cadera. El vestido negro se me pega al cuerpo, y los tacones se

clavan en la grava. Pese al dolor estoy feliz, plena. Fran está a mi lado, como supervisor de la agencia, pero también como… algo más. Me sujeta por la cintura con una mano, firme, posesiva, mientras recibimos felicitaciones de los propietarios de las bodegas.

Fran aprieta su mano en mi cintura, los dedos rozando la piel desnuda de mi espalda. Siento su calor a través de la fina tela. El vestido se me pega al cuerpo, los tirantes delgados dejan los hombros al aire, el escote marca la curva de mis pechos ya que los tacones me obligan a arquear la espalda, a sacar pecho y a mover las caderas con cada paso.

Me excuso un segundo para ir al baño. La cadera me está matando. Cuando salgo, Fran está esperándome en la puerta, me gira hacia él, me coge la cara con las dos manos y me besa en los labios. Es un beso de celebración, pero también de posesión. Me separo, jadeando un poco, y veo su sonrisa triunfal.

—Has estado increíble —dice—. Esto es solo el principio. Juntos podemos hacer cosas muy bonitas…

Ya no aguanto más, y me quito los tacones allí mismo, camino con los pies descalzos sobre la grava fría. Camino descalza hacia el lateral del patio, donde, sobre las mesas, vuelan las botellas de diferentes tipos de vino fino. Fran me sigue, su mano continúa en la parte baja de mi espalda. Veo a Verónica que le lanza una mirada acusadora, pero no se nos acerca.

Los jardines son un sueño andaluz: patios empedrados con fuentes de azulejos azules y blancos, arcos de herradura cubiertos de buganvillas moradas, olivos centenarios con troncos retorcidos como esculturas vivas, hileras de viñas que se pierden en la oscuridad más allá de las luces. Hay velas altas en candelabros de hierro, mesas largas con manteles blancos, copas de cristal que reflejan las luces, y

un cuarteto de guitarras flamencas tocando suavemente en una esquina. El olor a uva madura, a madera de roble de las barricas, a jazmín y a tierra caliente me envuelve. Es hermoso. Es perfecto.

Pero yo sigo sintiendo ese tirón en la cadera, ese recordatorio de que no soy la de antes. Fran me sirve una copa de vino fino, frío, dorado, y me la ofrece.

—Brindemos —dice—. Por tu vuelta. Por nosotros.

Bebo un sorbo. El vino es seco, floral, con un toque de almendra amarga. Me mira con esa intensidad suya, la mano en mi cintura, los dedos rozan la piel desnuda de mi espalda.

—Estás preciosa —susurra—. Como siempre.

Me besa el cuello, suave, y siento que el cuerpo responde, aunque la mente dude. Porque él sigue siendo Fran: el que te eleva para después dejarte caer, el que te lo promete todo para después dejarte a medias.

Y yo… yo sigo recuperando la memoria…

Fran me da otra copa de fino, nos estamos divirtiendo. Fran está en su salsa y cada dos por tres desliza su mano por mi cintura y si ve que nadie se percata la baja un poco más. Cuando hace eso, no sé por qué, pero me pongo un poco nerviosa y echo un vistazo a mi alrededor esperando que no nos vea su madre, aunque ella apenas nos mira, ocupada como está en plena promoción de la agencia. Va de un lado para otro con gente que, le da la enhorabuena, una palmada en la espalda, le estrechan la mano altos cargos políticos y gente “guapa” de la alta sociedad andaluza. El ambiente es sofisticado, envuelto en ese pequeño celofán de falsedad que suele envolver todos los eventos de ese estilo.

Carlota aparece como si hubiera estado esperando el momento exacto para entrar en escena, emergiendo desde

el arco principal del patio central de las bodegas con esa seguridad que solo da saber que el mundo gira a su alrededor. El vestido que lleva es un diseño de alta costura. Un espectáculo de elegancia de seda cruda de color marfil. El vestido tiene corte sirena que se ciñe a sus caderas. El escote es profundo pero elegante, un halter que deja los hombros al aire y resalta su clavícula perfecta y el inicio de sus pechos pequeños pero firmes. Lleva el pelo rubio recogido en un moño italiano flojo, con mechones sueltos. Maquillaje impecable: ojos ahumados en tonos tierra, pestañas largas, labios en un rojo escuro. Los zapatos son Louboutin, clásicos, con suela roja que destella cuando camina. La perfección termina con un collar de perlas, y en la muñeca izquierda brilla un brazalete de oro con diamantes diminutos que captan la luz de las velas. Es guapa, elegante y sexy de una forma fría, calculada, como una escultura de mármol que respira, pero no siente. Su belleza impone.

Inmediatamente, Fran se separa de mí. Lo hace con un movimiento casi instintivo: su mano deja mi cintura como si quemara, su cuerpo se endereza, su sonrisa se recompone en una máscara perfecta de cortesía. Percibo su tensión al instante, cómo se le ponen los hombros rígidos, la mandíbula apretada, la forma en que evita mirarme. Carlota lo evalúa todo. Sus ojos azules, fríos, me recorren de arriba abajo en menos de un segundo. Parece fijarse especialmente en el vestido negro de tirantes que llevo. Me reconoce al instante. Lo veo en cómo se le endurece la sonrisa, en cómo sus pupilas se contraen un milímetro, en cómo su mano se cierra un poco más en el bolso de mano que lleva colgado del antebrazo.

Mira a Fran. Sus ojos buscan una mínima señal de complicidad entre nosotros, una mirada sostenida, un gesto que delate algo. No la encuentra. Fran ya está a su lado, la mano en su espalda baja, la postura de marido perfecto.

Carlota sonríe entonces, esa sonrisa que enseña los dientes, pero no llega a los ojos, y recuesta la cabeza en su hombro. Cada uno de sus gestos es elegante, como si el patio entero fuera su pasarela personal.

—Fran, cariño —dice, y su voz es suave, modulada, con ese acento sevillano refinado que suena a colegios privados y veranos en Sotogrande— Te estaba buscando.

Se apodera de él con naturalidad: un beso rápido en la mejilla, la mano en su brazo, el cuerpo girado hacia él para que quede claro que es su marido. De pronto, ella es el centro de atención. Los ejecutivos de las bodegas que estaban hablando conmigo se giran hacia ella, las sonrisas se amplían, las conversaciones cambian de rumbo. Alguien le ofrece una copa de vino. Es evidente que todo el mundo la conoce. Es alguien en ese mundo.

Carlota responde con esa gracia fría que tiene: risas medidas, comentarios inteligentes, toques en el brazo que parecen casuales, pero son calculados. Fran la sigue sin sacar la mano de la cintura. Me quedo sola en un segundo, como si hubiera sido borrada de la escena.

Me acerco a un grupo de ejecutivos de las bodegas que estaban alabando mi trabajo durante la grabación. Son tres hombres de unos cincuenta años, trajeados.

—Nerea, has estado espectacular —dice el más alto, el director comercial—. Esa toma a caballo… ha quedado de cine. Tienes una presencia que se nota en pantalla. Vamos a repetir contigo en la campaña de Navidad.

Otro asiente, entusiasta.

—El vestido blanco ha sido un acierto. La yegua y tú casi imposibles de diferenciar. Y esa mirada al horizonte… es justo lo que estábamos buscando.

Sonrío agradecida, pero mi mente está en otro lado. Durante un segundo pienso en Mateo. Pienso en cómo me

miró aquella tarde en la playa, en cómo me besó como si llevara años esperando aquel momento. Pero también se me viene a la cabeza su decepción cuando le dije que me iría con Fran el día en que me dio el alta del centro de rehabilitación. No he vuelto a verle desde entonces. Sé que le ha dolido verme con Fran. Sé que le ha dolido que eligiera el tren que pasa una vez. Y duele más porque yo también sé que siente que ha vuelto a perder.

Carlota y Fran están rodeados de famosos: ella riendo con un torero famoso que ha venido al evento, él asintiendo y riendo a cada comentario, con la mano en su espalda, la postura de marido perfecto.

Verónica aparece de pronto desde el arco principal, con su traje entallado negro y esa expresión de control absoluto. Mira a Carlota con aprobación, a Fran con orgullo, y luego a mí. Solo un segundo. Pero su mirada es un cuchillo. El mismo desdén que mostró hace diez años. Como si yo siguiera siendo la chica a la que todo el mundo pudo ver desnuda y que no encaja en su mundo perfecto.

Me quedo con los ejecutivos, asintiendo a sus comentarios, sonriendo cuando corresponde, pero por dentro me siento pequeña. Las fotos del anuncio saldrán en vallas, en la televisión autonómica, en redes. Mi cara volverá a verse. Pero siento que he vuelto a elegir mal.

Tampoco he cumplido con Javi. La promesa que le hice se me clava en el pecho: “Siempre seré tu amiga. Te lo prometo”. Y, sin embargo, han pasado semanas desde que salí de allí. Semanas de pruebas, de fotos, de reuniones, de llamadas para ajustar horarios de rodaje. Semanas en las que mi agenda se ha llenado de nombres supuestamente importantes, de direcciones de estudios. Semanas en las que el teléfono ha vibrado con mensajes de felicitación, ofertas, propuestas de colaboración… y en las que no he marcado ni una sola vez el número del centro.

Pienso en su caminar doloroso, en cómo arrastra el pie derecho con ese balanceo irregular que tanto intentaba disimular, en cómo apoyaba el peso en el bastón cuando el sendero se ponía irregular y aun así seguía sonriendo. Pienso en su habitación pequeña en el centro: la cama articulada, la silla de ruedas eléctrica cargando en la esquina, el Kindle lleno de libros que le prestaba, la ventana que daba al jardín donde nos sentábamos a hablar de todo y de nada. Pienso en el olor a desinfectante mezclado con el gel de masaje que Patricia usaba, en el alcohol que se respiraba en los pasillos, en el eco de las megafonías que nos interrumpían siempre en el peor momento.

Estoy rodeada de éxito, de lujo, y se me ha olvidado ese olor. O, mejor dicho, lo he apartado. Miro el cielo estrellado. Pienso en Javi otra vez. En su sonrisa torcida, en cómo me pidió que no me olvidase de él, y yo lo he hecho. O al menos, lo he dejado en segundo plano.

Se me acerca Verónica. Está igual que hace diez años. Elegante, fría, intocable. Lleva un traje sastre negro de corte impecable, chaqueta entallada que marca una cintura que no ha cambiado en una década, falda recta, medio centímetro más alta de lo recomendable para una mujer de su edad, pero que estoy segura que lo ha mandado cortar así adrede para mostrar sus piernas trabajadas. Los tacones altos hacen el resto. El pelo, sin una cana visible, maquillaje experto. Camina como si el salón fuera suyo, y en cierto modo lo es: saluda a los directivos de la bodega, a los diseñadores invitados, a los representantes de la agencia. Todos la miran con respeto, con esa mezcla de admiración y miedo que siempre ha inspirado.

Me ve desde el otro lado de la sala. Nuestras miradas se cruzan. No hay sorpresa en su rostro, solo esa misma frialdad calculada de siempre. Camina hacia mí con paso medido, la copa de vino en la mano derecha, el bolso de mano negro en la izquierda. Se para frente a mí. No me

abraza. No me da dos besos. Solo inclina la cabeza ligeramente.

—Felicidades, Nerea —dice, y su voz es plana, sin calor—. Has estado magnífica. El anuncio quedará bien. Esto podría relanzar tú carrera.

No hay sinceridad en sus palabras y menos en sus ojos. Esos ojos gélidos que me miraron con desdén hace diez años me miran ahora con la misma distancia.

—Gracias, Verónica —respondo, pero mi voz sale más seca de lo que pretendo.

Ella da un sorbo a su copa, me observa un segundo más.

—Fran me ha dicho que estás recuperándote bien. Me alegro. El cuerpo es la herramienta principal en este negocio. Cuídalo.

No pregunta cómo estoy. No menciona el accidente, ni la rehabilitación, ni los meses que pasé en el centro. Solo el cuerpo. La herramienta.

Asiento, sin saber qué decir. Ella ya se está girando para saludar a alguien más importante cuando Fran aparece a su lado, con una sonrisa que parece ensayada.

—Mamá, te lo dije. Creer en Nerea ha sido todo un acierto —dice – todo el mundo ha quedado encantado con ella.

Verónica lo mira con una ceja arqueada.

—Eso espero. Por el bien de todos.

Se aleja, su taconeo resonando en el suelo de mármol. Fran me aprieta la cintura un poco más.

—No le hagas caso —murmura—. Está contenta. A su manera.

Pero yo sé que no es así, y no le creo. Sé que para ella sigo siendo la misma amenaza de hace diez años: la chica que podría estropear la imagen perfecta de su hijo.

Me separo de Fran con suavidad, me excuso en el dolor de la cadera y salgo al patio interior de las bodegas. El aire cálido me golpea la cara. Me siento en un banco de piedra bajo un arco cubierto de buganvillas. Miro el cielo estrellado, en perfecta armonía con las luces de las velas que parpadean en las mesas lejanas.

El éxito me rodea: el anuncio, los aplausos, las felicitaciones. Pero dentro de mí hay un vacío que no se llena con copas de vino ni con flashes.

Las luces del patio se atenúan, la música suena en los altavoces. Los invitados se dispersan en pequeños grupos, supongo que por afinidades o por intereses. Yo me quedo un poco atrás, mirando la escena como si fuera una película en la que ya no tengo el papel principal.

Verónica regresa con dos copas de vino fino en las manos. Camina con esa elegancia suya que nunca parece forzada. Se sienta a mi lado en el banco de piedra, me tiende una copa sin preguntar si quiero y cruza las piernas. El perfume que lleva activa recuerdos en mí, que creía olvidados.

—Toma —dice, y su voz es baja, casi íntima, aunque no hay calidez en ella—. Un Amontillado seco. El mejor que tiene esta bodega. A tu salud… y a la mía.

Choca su copa contra la mía con un tintineo delicado y bebe un sorbo pequeño, sin apartar los ojos de mí. Yo sostengo la copa, acerco los labios, pero no bebo. El vino brilla entre mis dedos.

—Sé lo duros que son los comienzos para una modelo —dice al fin, mirando hacia las viñas que se pierden en la oscuridad—. Los sacrificios. Las noches sin dormir, los rechazos, los días en los que comes una manzana y nada más porque la báscula no miente. Las fotos que te hacen sentir que no eres suficiente. Las que te hacen sentir que eres demasiado.

Hace una pausa, gira la copa entre los dedos.

—He visto pasar a muchas chicas como tú. Guapas, ambiciosas, con hambre. La mayoría se rompen a las primeras de cambio. O se venden por menos de lo que valen. O se pierden en fiestas y promesas vacías. Tú… tú has sobrevivido a algo peor. Y has vuelto. Eso me intriga.

No sé si es un cumplido o una trampa. La miro. Sus ojos oscuros son impenetrables, pero hay un brillo calculador que conozco bien.

—Cuando te marchaste de Málaga, eras menor de edad, ¿no? ¿Adónde fuiste?

—No. Tenía dieciocho recién cumplidos, muchos sueños y también mucho miedo. Pero me lo planteé como un reto. Al principio me fui a vivir a casa de mi prima y estuve aquí y allá tratando de encontrar trabajo. Lo que me salía no eran precisamente trabajos con *glamour.* Casi todo eran catálogos de trajes de baño, lencería o promociones para centros comerciales de segunda. Apenas suficiente para compartir los gastos de alquiler de casa de Laura. Y eso que he trabajado casi de todo. He sido, camarera, he hecho encuestas por la calle y vendido libros llamando a la puerta de las casas. En aquel tiempo sufrí y lloré mucho, y me deprimí muchas veces. Ahora ya me da un poco lo mismo lo que los demás piensen sobre mí. También he tenido la suerte de conocer a personas que me han ayudado, personas que me han visto de una forma diferente porque su mirada era diferente.

Verónica asiente despacio, como si estuviera evaluando cada palabra. Bebe otro sorbo. Me siento incómoda, sobre todo cuando recuerdo que fue ella la que difundió mis fotos. Siento que está buscando algo más, que no le basta con la anécdota de la camarera. Quiere saber.

—¿Y después? —pregunta, la voz suave pero insistente—. ¿Qué vino después de servir cañas y hacer de modelo de

lencería?

La miro. Sus ojos no parpadean. Hay algo en ellos que me recuerda por qué nunca me quiso para su hijo: no soy suficiente. Nunca lo fui. Pero ahora, después de todo, sigo aquí. Y ella lo sabe y sé que le jode.

—Después comenzaron las primeras ofertas, y algún evento de cierto nivel. Las cosas mejoraron. En esa etapa, en los castings para, trabajos en catálogos de Intimissimi o La Perla, te vuelves visible. A partir de ahí, el teléfono empezó a sonar.

Verónica no cambia de expresión, pero veo que aprieta los labios un milímetro.

Lo de las fotos, no debió haber ocurrido. — Fue un error imperdonable —dice, y no sé si se refiere a las fotos o a la filtración.

No respondo. Podría decirle que sé que fue ella, pero prefiero no ir a la guerra con ella. Siempre tendría las de perder.

Ella se inclina un poco hacia mí y baja la voz.

—Quiero que sepas algo, Nerea. Fran sigue siendo mi hijo. Y yo sigo siendo su madre. Pero ahora… ahora eres un activo. Un activo valioso. Y los activos valiosos se cuidan. Así que si sabes cuál es tú lugar en la agencia, te irá bien. Pero esa es la clave, querida. Que sepas el lugar que te corresponde. Fran es campo vedado para ti. ¿Lo entiendes?

Me mira fijamente, esperando que diga algo. Yo solo asiento despacio.

—Perfectamente —digo, y la palabra me sabe a hiel.

Ella insiste, la voz baja pero afilada como el filo de una navaja que no ves venir.

—Una chica tan guapa como tú, en Madrid, sin dinero… —repite, y el tono se le acentúa en esa frase, como si la estuviera saboreando antes de escupirla— Hay tantas tentaciones... Trabajos —y aquí la palabra se le tuerce, se convierte en algo viscoso, cargado— muy atractivos. Que ofrecen mucho dinero a cambio de poco esfuerzo. Solo hay que relajarse un poco y dejar que todo siga su curso... ¿Verdad?

Me quedo en silencio. El patio de las bodegas sigue vivo a nuestro alrededor —risas lejanas, el tintineo de copas, el murmullo de conversaciones que no nos incluyen—, pero aquí, entre nosotras, el aire se ha vuelto irrespirable. Siento el pulso en las sienes.

Verónica no aparta la mirada. Sus ojos me taladran con esa frialdad que nunca ha perdido: no hay rabia. Solo certeza y su permanente desprecio. Como si ya hubiera visto este guion mil veces y supiera cómo termina.

—Lo malo —continúa, y ahora su voz baja aún más, casi un susurro conspirador— es que ese tipo de trabajos, Nerea, suelen dejar rastro. Sobre todo, si el que busca es un sabueso con un olfato entrenado. Un buen investigador privado, unas cuantas búsquedas en bases de datos, un par de contactos en los lugares adecuados… y todo saldría a la luz. No hay nada que no se pueda encontrar si se sabe dónde buscar y se tiene un poco de paciencia.

Me da un vuelco el corazón. Literalmente siento cómo salta un latido y luego me golpea con fuerza contra el pecho. La copa tiembla en mi mano; tengo que apoyarla en la mesa para no derramarla. Recuerdo flashes que creía enterrados, el dinero en efectivo que me entregaron en un sobre marrón. Recuerdo cómo me dije a mí misma que era solo una vez, que nadie lo sabría, que era temporal. Recuerdo cómo me miré al espejo después y no me reconocí.

—No hay nada de lo que deba arrepentirme —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba. Pero tiembla al final.

Verónica no sonríe. No hay triunfo en su cara. Solo esa calma glacial que siempre ha tenido.

Se levanta despacio, se alisa la falda lápiz negra con un gesto preciso, como si estuviera quitándose una mota de polvo invisible. Da un paso hacia atrás, pero antes de girarse del todo se detiene. Me mira una última vez, los ojos entrecerrados, la luz de las velas reflejándose en sus pupilas como cuchillas.

—En ese caso —dice, y cada palabra cae con precisión quirúrgica— no tienes nada de qué preocuparte, ¿verdad?

No es una pregunta. Es una amenaza.

Se da la vuelta. El taconeo de sus Louboutin resuena sobre el empedrado mientras se aleja hacia el grupo de ejecutivos que la esperan bajo el arco principal. Su espalda recta, su moño perfecto, su perfume caro que se queda flotando en el aire. La veo fundirse con el resto de invitados, con esa sonrisa educada en la cara y las manos extendidas para ofrecer un abrazo interesado a cualquiera que ella piense que se lo merece.

Yo me quedo sentada en el banco de piedra. La copa de vino permanece intacta junto a mí. Noto una gota de sudor frío que me baja por la espalda. El patio sigue igual: risas, música suave de fondo, el tintineo de las copas. Pero para mí todo se ha detenido.

Porque sé lo que acaba de pasar. Ha sido una amenaza. Y sé que Verónica Valenzuela nunca amenaza en vano.

La garganta se me seca. Bebo un sorbo de vino. Está seco, es elegante, aunque nunca me ha gustado el vino.

10. **Que la corriente te lleve…**

Septiembre 2011

Bebo un sorbo de vino. No me gusta. Nunca me ha gustado el vino. Miro a mi alrededor, todavía algo desorientada.

La fiesta es en un chalet en la zona de La Moraleja, una urbanización de lujo donde las casas parecen palacios y los jardines tienen más metros cuadrados que muchos pisos del centro. Es una noche plácida, el aire aún es cálido, pero con un frescor que refresca la canícula del día. El chalet es de esos que salen en las revistas de decoración. Fachada de piedra blanca y cristal, tres plantas con balcones en voladizo, un tejado plano que acoge un solárium privado, en parte cubierto por unas tensas lonas y un jardín trasero que baja en suaves terrazas hasta la piscina iluminada.

La terraza principal es enorme, pavimentada con madera oscura que brilla bajo las luces empotradas. Hay mesas bajas con velas gruesas dentro de frascos de cristal, sofás modulares blancos en forma de U alrededor de una mesa de centro con botellas de Moët & Chandon y copas altas ya medio vacías. Hay música de fondo con el volumen justo para que se pueda hablar sin gritar, pero lo suficientemente alto para que el cuerpo también te pida baile. Al fondo, una barra iluminada con neón donde un barman con camisa y corbata negras prepara cócteles de colores atrayentes: gin-tonics con tónica premium, mojitos con menta fresca, spritz de Aperol...

La piscina es el centro de todo. Rectangular, infinita en un lado, con el fondo de mosaico azul turquesa que refleja las luces subacuáticas cambiando de color: azul eléctrico, violeta, verde menta. Hay tumbonas blancas alrededor, algunas ocupadas por chicas en bikini que fuman o charlan

con hombres de traje que ya se han quitado la chaqueta. El agua está quieta, salvo por alguna modelo que se moja los pies o se tira de bomba para refrescarse. El vapor de la piscina climatizada sube en volutas blancas que se mezclan con el humo de los cigarros electrónicos y los porros que pasan de mano en mano.

El interior del chalet se ve a través de las puertas correderas de cristal que están abiertas de par en par. Un salón enorme con sofá en forma de “L” de cuero blanco, una mesa de comedor de madera oscura para veinte personas, lámparas de diseño... En la planta baja hay una barra americana con taburetes altos, y un rincón con una mesa de billar americano donde dos tíos juegan mientras unas chicas los miran displicentes desde los sofás. Arriba, por las escaleras de cristal, se adivinan habitaciones con puertas entreabiertas: una pareja ya está dentro de una, las luces bajas, risas ahogadas.

Las invitadas somos unas quince. Algunas son chicas como yo: modelos contratadas para que la fiesta no decaiga, para que los invitados se sientan deseados, y se encuentren cómodos. Otras son modelos que buscan contactos, influencers con miles de seguidores que han venido por la visibilidad, y alguna novia o amiga de un invitado que no sabe muy bien dónde se ha metido. Todas vestimos para matar: yo llevo un vestido negro corto de tirantes finos con escote profundo y espalda al aire, la falda apenas cubre la mitad del muslo. Llevo unas sandalias de tacón alto que me ha prestado Laura para esta noche. Es una sinfonía de vestidos osados que brillan bajo las luces, tops de encaje transparente, shorts de cuero con botas altas hasta el muslo. Hay más carne que tela. Los maquillajes son intensos: labios en toda la gama posible de rojos, ojos ahumados, pestañas postizas largas. Tacones, pues de pedicura perfecta.

Sé que el fondo de todo esto es oscuro y peligroso, pero no deja de atraerme. A mis dieciocho años, me siento como Sabrina mirando desde su ventana, aunque pronto me doy cuenta de que es solo una fachada.

Los invitados son hombres de entre treinta y cincuenta años. Me han presentado a empresarios de la noche, abogados de grandes firmas, un par de futbolistas que ya no juegan, pero siguen viviendo de rentas, un productor musical, un político autonómico que parece no querer llamar demasiado la atención y parece querer esconderse entre varias chicas. Todos con ropa cara, con relojes que cuestan más que nuestro alquiler. Las camareras pasean con, copas en la mano. Noto alguna mirada de desdén en alguna de ellas, que contrasta con las miradas masculinas que recorren nuestros cuerpos como si estuvieran tasando ganado.

En una esquina de la terraza, Laura está con dos tíos. Los reconozco: uno es el productor musical. Un hortera maduro, que quiere aparentar tener quince años menos de los que tiene. El otro es un tío elegante, vestido con un traje gris sin corbata. Tiene una incipiente tripa que empieza a asomar, pero compensada con un Rolex de acero. Los dos la rodean, uno a cada lado, como si fueran dos soldados apostados en la entrada de un palacio. Laura lleva un vestido dorado corto que se le sube cada vez que se mueve. El escote es tan profundo que deja ver el inicio de los pechos, que ella en lugar de tratar de ocultar, exhibe sin pudor. Calza unos tacones altos que la hacen parecer más alta y delgada de lo que en realidad es. Está riendo. La conozco, y sé que esa no es su risa de verdad. Es la risa que tiene preparada para momentos como este. Tiene la cabeza echada hacia atrás, y enseña unos dientes blancos y perfectos. Pero yo sé que es su risa profesional: esa que suena genuina pero que no llega a sus ojos.

El productor le pasa un brazo por la cintura, la mano baja peligrosamente hasta la curva de su culo. Se lo acaricia descaradamente. Ella no se aparta; solo gira el cuerpo un poco para que la mano se asiente más en la cadera que en la nalga, pero él insiste. Los dedos se aferran a la carne por encima de la tela. El otro hombre se acerca por el otro lado, le susurra algo al oído mientras le pasa una copa. Su mano libre roza el costado de su pecho. No es un roce accidental, el pulgar roza el pezón por encima del vestido. Laura se ríe otra vez, echa la cabeza hacia atrás, deja que el pelo le caiga como una cascada. Los dos hombres se miran por encima de su cabeza con una sonrisa de complicidad, como si ya hubieran acordado algo.

La temperatura sube. No solo por el calor de la noche. Es la forma en que la tocan: sin permiso, sin disimulo, como si su cuerpo fuera propiedad pública esa noche. Sé que Laura evita mirarme. Trato de encontrar sus ojos, pero no hay manera. El productor le sube la mano por la espalda desnuda. Sus dedos rozan la cremallera del vestido, bajándola un centímetro. Laura no se mueve, solo bebe un sorbo de su copa y les dice algo que los hace reír a carcajadas. El empresario le mete la mano por el escote, le acaricia el pecho directamente, y ella solo inclina la cabeza hacia él, le susurra algo al oído. Los dos hombres se acercan más, sus cuerpos pegados al de ella, manos que suben y bajan por sus costados, por sus caderas, por sus muslos. Es descarado, público, casi obsceno. Y nadie en la terraza parece sorprenderse. Es el juego de la noche. El precio del lujo. Lo que Laura vende, a cambio de pagar un mes más el alquiler, a cambio de poder permanecer en Madrid algo más de tiempo para tratar de encontrar el trabajo de sus sueños.

Yo miro desde mi esquina, con una copa en la mano que no he tocado. Siento un nudo en el estómago: mezcla de vergüenza ajena, rabia y un miedo que no quiero nombrar.

Porque sé que esa podría ser yo. Que esa seré yo en muy poco tiempo. Que la línea entre ser deseada y ser usada es tan fina que a veces no se ve.

Laura me ve desde lejos. Por fin nuestros ojos se cruzan. Me guiña un ojo, una sonrisa que dice que todo va bien, que así es este trabajo. Pero yo sé que no está bien. Que cada roce es como una quemadura. Que cada risa es un esfuerzo, especialmente la que me muestra a mí.

Y, aun así, sigue. Porque sabe que no puede parar. En este mundo, parar significa perder.

Noto que me miran intensamente, que hay unos ojos que no separan de mí. Es esa sensación de notarse espiada. Giro la cabeza para descubrir al mirón. Es un hombre de unos cuarenta años, con un traje claro de lino, y camisa color crema. No está muy bueno, pero es interesante. Al ver que le miro, me sonríe. Y se levanta para venir junto a mí.

—Hola, preciosa. ¿Puedo invitarte a una copa? – dice con una elocuencia más que dudosa.

—Creo que las copas aquí son gratis. – digo con ironía, y enseguida me doy cuenta de que ha sonado extremadamente borde. – Pero te agradecería que me trajeses otra, sí. Esta se ha aguado con el calor – rectifico con la mejor de mis sonrisas.

No me da tiempo a decir más. Entra en el salón, y con un gesto pide las dos copas. Regresa y me tiende una.

— Gracias.

— De nada. Es un placer.

— ¿Te gusta la fiesta?

Me encojo de hombros.

— Sí. Aunque no conozco a casi nadie.

—¿A quién conoces en la fiesta? —pregunta, con una voz grave, con ese tono de confianza que usan los hombres

que creen que su dinero les da derecho a todo.

Señalo con la barbilla hacia el grupo donde está Laura. Ella ríe con los dos tíos que la rodean. Enseguida me arrepiento. La escena ha subido de tono, y las manos de los dos hombres recorren su cuerpo sin el menor pudor. El vestido dorado se le sube un poco con cada movimiento.

—A ella —digo, seca—. Laura.

Él sigue mi mirada, observa la escena un segundo y suelta una risa corta, nasal.

—Ah… entiendo…

La forma en que lo dice, con esa pausa cargada y esa sonrisita de complicidad, me pone los nervios de punta. Giro la cabeza hacia él.

—¿Qué es lo que entiendes exactamente?

Él se encoge de hombros, fingiendo inocencia, pero la sonrisa no se le borra.

—Nada, nada.

—¿Por algo lo has dicho? – insisto.

—Es solo que… en este tipo de fiestas hay chicas invitadas y también… hay chicas… de atrezzo. Ya sabes, para animar la cosa…

La palabra me jode. La dice con naturalidad, como si estuviera comentando el tiempo, pero el tono es despectivo, condescendiente. Siento que el calor me sube por el cuello hasta las orejas, no de vergüenza, sino de rabia.

Me doy la vuelta para marcharme. No pienso darle el gusto de contestar. Doy un paso, con la copa que me acaba de traer aún en la mano, pero él me agarra del brazo con suavidad, sin fuerza, pero lo suficiente para detenerme.

—Ey, ey, espera —dice, y ahora su voz baja un tono, casi arrepentida—. Perdona. He sido un idiota. No quería

ofenderte.

Me suelto de su mano con un movimiento brusco, pero no me muevo. Lo miro fijamente. Él levanta las manos en gesto de rendición.

—Venga, volvamos a empezar —dice, y extiende la mano derecha—. Me llamo Rubén.

No se la doy. Me quedo quieta con la copa temblando un poco en mi otra mano.

—Rubén —repito, y la palabra me sabe amarga—. ¿Y qué hace Rubén en una fiesta como esta?

Su mirada baja otra vez por mi cuerpo, descarada pero disimulada, como si estuviera tasándome. Yo aprieto los labios.

—No soy de atrezzo —digo, la voz fría—. Soy modelo. Y no estoy aquí por lo que tú crees.

Él asiente, pero la sonrisa no desaparece del todo.

—Entendido. Modelo. Perfecto.

Me quedo mirándolo un segundo más. Siento el pulso en las sienes, la rabia mezclada con algo que no quiero nombrar: resignación, quizá. Porque sé que en este mundo las chicas como yo siempre estaremos bajo sospecha. Siempre hay alguien que asume que, si estamos guapas y en una fiesta así, es porque cobramos por algo más que sonreír. Lo que más me jode, es que es la puta realidad.

—Siento si te he ofendido. No he querido hacerlo.

—Claro que has querido hacerlo. Porque crees que soy una cualquiera.

Me doy la vuelta otra vez.

—No. No estaba pensando en eso. Yo no soy así. Te lo juro.

— ¿Tú no eres de esos? ¿No me vas a tratar de convencer de que eres el príncipe azul del cuento?

— Para nada. No tengo el menor interés en aparentar que soy mejor que nadie. —dice bebiendo despacio con sus ojos irremediablemente clavados en los míos.

A mi espalda escucho la risa histriónica de Laura. Prefiero no darme la vuelta, aunque veo en los ojos de Rubén, que el espectáculo debe de estar poniéndose interesante.

— ¿De dónde vienes…?

— Soy de Málaga.

— Yo soy de aquí. Y sí… me encanta Málaga. No es una frase hecha para hacerte la pelota. – dice con media sonrisa más franca que la anterior - ¿Sabes? Cuando te vi antes, me pareció que mirabas a tu alrededor buscando a alguien.

— Tal vez lo hacía. Pero a nadie en concreto.

— ¿Lo has encontrado?

— Podría ser...

— No eres muy habladora.

— Hoy no.

— ¿Y qué tiene hoy de especial?

— Que estoy algo incómoda y no quiero hablar demasiado. Odio el parloteo vacío.

— ¿No te interesa?

— ¿Tú qué crees? Estaba intentando evitar que se me acercase alguien desagradable al que tener que entretener.

— Pero has aceptado mi copa.

— Sí. Esperaba que te acercases.

— ¿Puedo preguntar por qué?

— Porque no has dejado de mirarme desde que has entrado. Los tíos sois muy evidentes.

— ¿Qué te apetecía? ¿Tomar otra copa?

— Ya te he dicho que aquí las copas son gratis. Simplemente me apetecía que te acercaras.

— ¿No me consideras alguien desagradable al que tener que entretener?

— Viendo lo que hay en la fiesta... Eres lo menos malo que se me podía haber acercado.

— ¿Eres una experta en perfiles masculinos? Pareces demasiado joven para eso. Además, nada te aseguraba que no fuese un baboso buscando sexo.

— ¿Lo buscas?

— No… Bueno, sí y no. Para tu información, yo no soy experto en ligar en fiestas.

— ¿Y qué es lo que estamos haciendo, entonces?

— No lo sé; dímelo tú.

— Yo solo estoy tomando una copa. El atrezzo perfecto. ¿No?

— ¿Cómo te llamas?

— Nerea.

— Muy bonito. Pero no es tu nombre verdadero.

— Sí lo es.

Me fijo en que es delgado y que tiene el pelo oscuro bien cortado y unos penetrantes ojos oscuros que me habían recorrido de arriba abajo sin ningún disimulo.

— ¿Quieres que nos sentemos en una mesa? Estaremos más tranquilos. ¿O tienes prisa?

— Ninguna prisa. – digo mirando el reloj, ya que como mínimo tenemos que estar aquí hasta las tres de la mañana.

Nos encaminamos hacia un balancín algo alejado de la piscina. Laura y sus dos acompañantes, han desaparecido.

Prefiero no pensar lo que estarán haciendo, porque lo sé. El ambiente en la fiesta es artificial. Presencio demasiadas risas forzadas y charlas de compromiso. Me fijo en el traje de Rubén. Es de lino puro, y con un corte perfecto. Veo en su rostro una expresión de quien finge no estar aburrido.

— ¿Es tú primera vez en una fiesta como esta? — pregunta él sin mirarme directamente.

— Sí.

— Se nota.

— ¿Y tú?

Rubén suelta una breve risa.

— Yo soy el que organiza todo esto… - dice señalando con la mano abierta como un torero brindando un toro.

— ¿Es esta tú casa? – pregunto alucinando.

— Sí. ¿Te gusta?

— ¡Como para no gustarme! Es impresionante.

Me mira con más atención. Me pone nerviosa esa mirada intensa y comienzo a juguetear con la rodaja de limón de mi copa tratando de aparentar una tranquilidad que no siento. El hielo tintinea. Me viene a la memoria el consejo de Laura, y decido jugar un poco. Meto un dedo en el líquido y después me lo llevo a la boca chupándolo sin dejar de mirarle a los ojos.

¡Joder si funciona! Mantiene el tipo como un campeón, pero es evidente que se ha excitado con el gesto. Dios… qué súper básicos son los tíos.

Se queda en silencio, y yo tampoco sé muy bien qué decir. Vuelve a mirarme de arriba abajo. Me siento evaluada y no me gusta.

El ruido de la fiesta se diluye a nuestro alrededor. La música suena suave, el murmullo sordo de las conversaciones

parece alejarse, y dejo de escuchar las risas y carcajadas. Rubén se me acerca ligeramente.

— Tengo una habitación arriba. La mejor de la casa, lógicamente. Con vistas al *skyline* de Madrid. ¿Quieres subir?

Niego con la cabeza.

—¿No? —repite, y la sonrisa se le congela un segundo—. Creo que no has entendido muy bien para lo que has venido aquí. Es por lo que he os he pagado.

Las palabras me caen como un cubo de agua helada. No es que no lo supiera. Sabía que en esta fiesta había un precio. Pero oírlo así, tan directo, tan descarado, me revuelve el estómago.

Le miro a los ojos. Son castaños, pero fríos. No veo deseo en ellos, solo hay posesión.

—Lo siento mucho —digo, y mi voz sale más firme de lo que esperaba—. Pero no puedo. Te devolveré el dinero. Todo.

El silencio que sigue es asfixiante. La música sigue sonando en la distancia, las risas de la piscina llegan como ecos lejanos, pero aquí, entre nosotros, no se oye nada. Ni el viento. Ni mi respiración. Solo el latido acelerado en mis oídos.

Él me mira un segundo más, la mandíbula apretada. Luego suelta una risa corta, sin gracia.

—Tranquila —dice, levantando las manos en un gesto de rendición falsa—. No pasa nada. No soy de los que obligan.

Pero su mirada dice otra cosa. Dice que no está acostumbrado a que le digan que no.

Se recompone rápido, la sonrisa vuelve a su boca. Bien mirado, es guapo y él lo sabe.

—Soy representante de artistas, actores, cantantes… —dice, cambiando de tema como si nada hubiera pasado—. Tengo contactos en todas partes. Agencias, productoras, marcas. Si quieres, te puedo ayudar. Un contrato decente, campañas publicitarias… sin tener que venir a fiestas como esta.

Lo miro. No sé si reír o llorar.

—¿Estás de broma? —pregunto, y mi voz sale temblorosa de rabia—. ¿Crees que me voy a tragar esa bola? ¿Que porque me has invitado a tu casa y has pagado por mí, ahora eres mi salvador? ¿Que voy a caer rendida en tú cama porque creo que podrías darme una oportunidad?

— No. No pareces de las que se tragan ese cuento —dice muy serio. – Y te aseguro que no lo es.

— Pues suena a eso.

— No necesito contarle cuentos a una chica para llevármela arriba. Tú amiga, sin ir más lejos. ¿Laura, no? ¿Crees que tendría que contarle este cuento para que me acompañase arriba?

No sé qué decir. Laura ha demostrado saber perfectamente lo que se esperaba de ella en la fiesta, y está cumpliendo punto por punto lo que había aceptado.

Sentí que el suelo se abría bajo mis pies. Rubén se inclinó hacia adelante, con un tono más amable.

— Prueba de nuevo. No sé si tienes talento para modelo de pasarela. Quizás no sea en lo que esperas, pero hay otros caminos. Y desde luego, debes alejarte de personas como Laura. Es lo que te ha traído aquí…

— ¿Qué pasa con Laura? ¿Qué quieres decir? Me está ayudando muchísimo con sus contactos en el mundo de la moda.

— ¡Nerea, por favor! Laura no tiene el menor futuro como modelo. No es lo suficientemente elegante, ni lo suficientemente alta, ni estilizada. No soy un experto en modelaje, pero no pasaría de modelo erótica. En esta industria, ser guapa no es suficiente. Necesitas clase, carisma, una imagen impecable. Y ella… bueno, Laura es completamente vulgar, en sus andares, en su forma de hablar… Lo siento, pero es carne de puta.

Empiezo a ver imágenes del comportamiento de Laura que me vienen a la cabeza como flashes.

— ¿Vulgar? —repito con incredulidad—. ¿Eso piensas de ella?

— Por supuesto, Nerea.—. Y te lo voy a decir claro. Si continúas a su lado, hundirás tú carrera antes incluso de que arranque.

Siento un escalofrío.

— ¿Por qué me dices esto? —digo de nuevo incrédula —. No entiendo nada.

— Te lo repito, No es la mejor de las compañías para alguien como tú. Mira dónde has acabado esta noche. Esta fiesta es la prueba de ello.

— ¿Dónde está Laura ahora? —pregunto con voz tensa.

Rubén se encoge de hombros.

— En algún dormitorio... con aquellos dos invitados. Mira, Nerea. Puedes creer lo que quieras. Tampoco es que me importe demasiado. Aquí y ahora, tienes dos opciones. Subir conmigo a mi habitación y cumplir con lo que has venido a hacer, o… coger esta tarjeta… – dice sacando una tarjeta de visita de la cartera que llevaba en el bolsillo de la chaqueta – y descubrir si lo que te he contado es un cuento para llevarte a la cama.

11. **Lo prometido es deuda.**

Septiembre de 2025

El aparcamiento está medio vacío, hoy el sol no quema tanto, y el aire está extrañamente cargado. Aparco el coche, mi Audi A3 blanco recuerdo de una vida mejor. Bajo y camino hacia la entrada principal. Llevo un vestido ligero de algodón azul claro, sandalias planas y el pelo suelto. Vengo a cumplir una promesa que rompí.

La recepcionista me reconoce al instante. Sonríe con esa mezcla de profesionalidad y curiosidad que tienen todas las que trabajan aquí.

—Nerea, ¡qué alegría verte! ¿Y tú por aquí?

—He venido a veros. No puedo decir que os echara de menos, pero me apetecía. – bromeo.

—Javi está en el jardín. Últimamente pasa mucho tiempo allí cuando hace bueno.

Entro por el pasillo que ya conozco de memoria. Los olores me traen recuerdos duros: el olor a gel de masaje, a desinfectante. Escucho el pitido lejano de los monitores, las puertas abiertas de las habitaciones donde se oyen voces suaves de terapeutas y pacientes. Salgo al jardín trasero y lo veo enseguida. Está sentado en nuestro banco bajo el árbol, con el bastón apoyado en el muslo. Junto a él, un libro, como siempre. Tiene la cabeza ladeada mirando el pequeño lago artificial donde nadan las carpas y se refleja el cielo. Cuando me ve, su cara se ilumina como si hubiera encendido una bombilla dentro de él.

—¡Nerea! —grita, y la voz chillona se le quiebra un poco de emoción—. ¡Has venido!

Me acerco rápidamente, me siento a su lado y lo abrazo fuerte. Su cuerpo tiembla un poco al abrazarme —sé que le

cuesta coordinar los movimientos—, pero me devuelve el abrazo con toda la fuerza que tiene.

—Te he echado de menos —dice contra mi hombro.

—Y yo a ti —respondo, y es verdad. Más de lo que esperaba.

Nos separamos un poco. Él me mira de arriba abajo con los ojos brillantes.

—Estás… guapísima. Y caminas sin cojear. ¡Estás increíble!

Sonrío, aunque me duele un poco el corazón.

—Estoy mejor. Mucho mejor.

Como cada mañana, durante tantos meses, vamos juntos paseando por los jardines del centro.

Cogemos un café en la máquina expendedora que hay junto al salón de la televisión y me cuenta sus últimos achaques y los cotilleos más interesantes ocurridos desde mi marcha. No dejo de mirar al cielo. Es un día de esos en Málaga que llegan sin avisar, en medio de un verano asfixiante; La amenaza de tormenta es evidente, y el color de las nubes anuncia abundante aparato eléctrico. Estamos en pleno agosto, pero hoy el cielo se ha tornado de un gris oscuro que mete miedo y, aunque no hace frío, ni mucho menos, siento el aire cargado, como si estuviese viciado, y es un aire rebelde que invita a meterse dentro. Sé que a Javi le gusta estar al aire libre, pero procuro no alejarme demasiado de la seguridad del edificio. Hoy lloverá. Y mucho. En el paseo por los jardines, se siente una calma inusitada. Parece como si todos los pacientes supiesen que está a punto de descargar, porque los senderos de grava, muestran una soledad que es casi sospechosa. Una ráfaga de viento hace que se balanceen las hojas de los árboles y le paso el brazo por los hombros para protegerle del aire.

Me doy cuenta de que ese gesto de abrazarle no fue por que hiciese frío, fue un reflejo. Un instinto protector.

Sus pasos son inestables, como siempre. Pienso que, si empieza a llover, nos vamos a empapar, ya que él no puede caminar deprisa, aun así, noto que no quiere entrar al edificio. Sé que el centro le asfixia. A mí me ocurría lo mismo. Necesita aire, por lo que le propongo llevarlo a dar un paseo en mi coche.

Sus ojos se iluminan un segundo, pero luego se apagan.

—Me encantaría —dice, y la voz le sale más baja—. Pero… tengo que pedir permiso a Mateo. No puedo salir, así como así.

Asiento. Es lógico. El centro tiene sus reglas, sus protocolos. Pero me duele verlo tan limitado, tan dependiente de permisos para algo tan básico como dar un simple paseo.

—Vamos a verlo —digo, y me levanto—. Vamos a verlo a su consulta ahora mismo.

Javi asiente, se levanta con esfuerzo y nos dirigimos hacia el edificio principal. Caminamos en silencio por el pasillo, apenas se escucha el sonido de su bastón sobre el linóleo mezclándose con mis pasos. Llamo a la puerta del despacho de Mateo. Una voz grave responde desde dentro:

—Adelante.

Entro. Mateo está detrás de su escritorio, con la bata sobre una camisa blanca y una sobria corbata azul. Levanta la vista y cuando me ve, algo cambia en su expresión: sorpresa, calidez fugaz, que luego torna en una máscara profesional que se pone como a modo de escudo. Se levanta, rodea el escritorio y me da dos besos en las mejillas, pero son besos formales, distantes, sin calor.

—Nerea —dice, y su voz es neutra—. Qué sorpresa verte por aquí. Estás estupenda.

—Hola, Mateo —respondo, intentando sonar casual—. He venido a visitar a Javi… y me gustaría sacarlo un rato a dar un paseo. ¿Podemos? Lo traeré para la hora de la cena.

Él mira a Javi, que está en la puerta esperando el veredicto. Luego me mira a mí. Hay una tensión en su mandíbula que no había visto nunca.

—Claro —dice al fin—. Si Javi quiere, no hay problema. Solo necesito que firmes la autorización de salida temporal y que me avises cuando volváis. Oye, y no hagáis cosas raras.

Javi asiente rápido.

—Gracias, doctor.

Mateo firma el papel que saca de un cajón, me lo pasa. Nuestros dedos se rozan un segundo. Él retira la mano como si le quemara. No me mira.

—Cuídalo —dice.

Asiento. Salimos. Javi camina a mi lado. No hablamos hasta que llegamos al coche. Lo ayudo a sentarse. Le cuesta, sus movimientos son torpes pero decididos, meto el bastón junto a él y arranco el motor. El aire acondicionado nos da en la cara y le dejo escoger emisora.

—Gracias —dice Javi en voz baja—. De verdad.

—¿Te apetece ir a la playa? Podemos tomar un helado.

—Claro. Sería genial. Me encanta el mar.

Conduzco despacio hacia la playa. El silencio dentro del coche es pesado, pero no incómodo. Javi lo mira todo por la ventanilla con ojos curiosos. Yo miro la carretera y pienso en Mateo: en su frialdad profesional, en el beso en la mejilla, en cómo se ha alejado desde que volví a ver a Fran.

—He notado raro a Mateo. Muy profesional, muy distante. Como si hubiera levantado un muro.

Javi gira la cabeza despacio. Sus ojos castaños me miran con esa claridad suya que nunca miente.

—Lo ha pasado mal, Nerea —dice mirándome muy serio—. Era evidente que le gustabas. Desde el primer día que llegaste. No lo decía, no lo demostraba como los demás, pero se le notaba en todo: en cómo te miraba cuando creías que no te veía, en cómo se quedaba más tiempo en tu habitación, aunque ya no tuviera que estar. Trataba de que no se le notara, pero era evidente. Para todos.

Me quedo callada. El paisaje pasa rápido por la ventanilla: urbanizaciones, carteles de chiringuitos, y el mar azul apareciendo y desapareciendo entre los edificios. Siento un nudo en el estómago que no sé si es de culpa o de nostalgia.

—Cuando te fuiste con Fran… —continúa Javi— se le cayó el mundo encima. No lo dijo, claro. Él no es de los que se quejan. Pero se le notaba a leguas. Hablaba menos y se le veía triste… se encerró en sí mismo.

Aparco en la playa de la Misericordia, en una zona tranquila cerca del paseo marítimo. El día ha mejorado: el cielo está limpio, el sol brilla sin quemar, pero apenas hay gente. Algunas parejas pasean por la orilla. El mar está en calma, con olas pequeñas que rompen en la arena.

Le ayudo a salir del coche. Apoya el peso en el bastón con la mano izquierda, la derecha se agarra a mi brazo. Caminamos por el paseo marítimo, el suelo de baldosas rojas y blancas empieza a estar caliente por el sol que asoma poco a poco. Cada paso le cuesta, el pie derecho se arrastra un poco, la rodilla se dobla mal, pero no se queja. Solo respira hondo, sonríe cuando el aire salado le da en la cara.

Nos sentamos en una terraza pequeña, la típica con mesas de plástico blanco y sombrillas descoloridas. Pedimos dos granizados de limón. El camarero los trae en vasos altos de

plástico transparente. El hielo granizado cruje cuando lo muerdo, el limón ácido me despierta la boca.

Javi bebe un sorbo largo, suspira.

—Patricia está de permiso —dice de pronto—. El niño está peor.

Me quedo quieta, la pajita a medio camino de los labios.

—¿Adrián?

Él asiente.

—Tuvo otra crisis fuerte la semana pasada, con convulsiones. Lo llevaron al hospital, lo estabilizaron, pero… cada vez está peor. Patricia dice que ya no puede más. Que su madre no puede más. Están buscando un centro. Uno especializado, con cuidados las veinticuatro horas. Dice que es lo mejor, que no pueden seguir así. Pero se le nota en la cara que se está muriendo por dentro.

Bajo la mirada al vaso. El hielo se derrite despacio.

—Joder… —murmuro—. Lo siento.

Javi se encoge de hombros, pero el gesto le sale torcido.

—Es lo que hay. No hay milagros. Solo decisiones duras.

Bebo otro sorbo. El silencio se estira. El mar sigue rompiendo suave a lo lejos.

—Y tú… —dice al fin, mirándome—. ¿Cómo estás con todo esto? Con Fran, con la agencia, con… todo.

No respondo enseguida. Miro el horizonte, donde el mar y el cielo se funden en una línea borrosa.

—No lo sé —admito—. A veces siento que estoy volviendo a ser quien era. Y otras… siento que estoy traicionando a quien quiero ser.

Javi asiente despacio.

—Eres las dos cosas. Y ninguna te quita lo que eres ahora.

Nos quedamos callados. Las granizadas se derriten en los vasos.

—¿Y tú cómo estás?

—Este mes no he podido ir a casa. Mi padre tuvo una angina de pecho. Nada grave, pero mi madre no pudo venir a recogerme. Y estar todo el día allí… me está ahogando. Es como si el centro se me cayese encima. Los mismos pasillos, el mismo olor a desinfectante, las mismas caras, los mismos dramas. Ya sabes que puede llegar a ser muy deprimente.

Siento un nudo en la garganta, porque sé que estar rodeado de tanta tristeza, te contagia.

—Lo siento —murmuro—. No sabía lo de tu padre.

Él se encoge de hombros.

—Gracias a Dios solo ha sido un susto. Ya está mejor. Pero… joder, cómo se nota cuando no sales. Me paso las noches mirando el techo, y dándole vueltas a las cosas, pensando en todo lo que no puedo hacer.

Le miro con pena, no lo puedo evitar, y él lo nota enseguida. Sé que soy una afortunada.

—Sé lo que estás pensando. Pero no todo me va tan bien como crees. Tengo treinta y un años y mi vida se ha convertido en una basura. No tengo ahorros, estoy viviendo con mis padres… y acabo de conseguir un trabajo que no sé si tendrá continuidad. No es lo que había previsto para estas alturas de mi vida. Me imaginaba con una estabilidad económica y emocional, que estoy a años luz de conseguir. Aunque claro, tú pensarás que me quejo de vicio, y que soy muy afortunada. Pero por desgracia, Javi, todo es cuestión de perspectiva.

—Lo eres Nerea. Nunca lo olvides.

Niego con la cabeza.

— Aunque no tengo ni idea de lo que te ronda por la cabeza, tienes solo treinta y un años y toda la vida por delante. No te martirices porque últimamente las cosas no te salen como quieres. Estoy doctorado en frustración, y lo tuyo es pasajero.

Habla con una madurez que me sorprende. Javi siempre ha tenido cierto tono irónico de resignación.

—Lo estoy haciendo Javi, después de mucho tiempo, no tengo miedo de tomar mis propias decisiones, tengan las consecuencias que tengan.

—¿Vas a dejar a Fran?

—No hay nada que dejar. No estamos juntos.

—Pensé que... – parece realmente sorprendido - No sé, el otro día se le veía muy seguro contigo. Mateo tuvo la misma sensación.

—No hay nada entre nosotros. Lo hubo, pero todo aquello forma parte del pasado.

—Pues deberías decírselo a Mateo. Él te quiere. Sé que está enamorado de ti.

Me quedo en silencio con la mirada perdida en el horizonte. Quiero decir algo, pero no me salen las palabras

—Nerea, pareces idiota. Mateo creyó que por fin había conseguido lo que tanto tiempo llevaba persiguiendo, y cuando pensó que podría comerse el caramelo, llegó un listo, y se lo llevó delante de sus narices. Aquella mujer que había sido su amor de juventud, a la que reconstruyó con los pedazos que otros habían dejado de ella, se le escurrió entre los dedos cuando ya pensaba que al fin era suya.

Pienso en aquel día en la playa, cuando me besó y me dijo que llevaba queriendo hacerlo desde siempre, cuando me propuso ir a su casa y yo me excusé por no sentirme

preparada. Y en su comprensión para alargar más la espera.

12. **Una decisión dolorosa.**

Septiembre de 2025

Insiste hasta que no me queda más remedio que aceptar la invitación a cenar. Me arreglo delante del espejo mientras busco el valor para decirle lo que de verdad siento y quiero. Estoy perdida. Perdida absolutamente. No sé qué hacer, no quiero hacerle daño. Sé que ha hecho lo imposible para impulsar mi carrera. Probablemente se ha tenido que enfrentar a la zorra de su madre, lo que para él es un trago difícil.

Soy consciente de que no sé si voy a poder hacerlo. Es que no puedo, no soy capaz. Me supera esta situación. Hace medio año se me rompió la vida, y él me ha ayudado a reconstruir la vertiente profesional. Quiere hablar y sé lo que va a proponerme. No sé cómo voy a hacerlo. Encima él no me ha hecho nada, fue su madre… y tal vez su pasividad o su falta de pelotas.

El único motivo sería que no siento por él lo que se debe sentir por alguien con el que se quiere compartir todo. ¿De verdad quiere estar conmigo? ¿De verdad puede volver, y proponerme que estemos juntos pese a todos los

obstáculos? Me parece demasiado sencillo, ¿así, sin más, podemos ser felices? Algo me dice que no.

Fran ha reservado en un restaurante en Benalmádena, un pueblo cercano a Málaga, pero con menos posibilidades de ser reconocidos que en nuestra ciudad. La presencia de Carlota es demasiado pesada, y siento que esto no es lo que quiero en mi vida.

Cuando Fran me recoge sabe que algo me pasa. Conduce en silencio. Me busca para darme un beso, pero yo simplemente pongo la mejilla. No puedo corresponderle, no tengo nada claro en mi cabeza, pero no siento mariposas en el estómago, y las mariposas son fundamentales. Lo tengo clarísimo.

No puedo evitar sentirme culpable al verle tan confiado. Me gustaría poder enamorarme de él, pero sé que no lo haré. Después de aparcar, mientras caminamos hacia el restaurante, me coge de la mano mientras me mira embelesado.

Nos sentamos en la terraza del restaurante, que no es precisamente un lugar privado. Hordas de turistas pasean por el paseo a esa hora. La brisa nocturna trae consigo el aroma salado del mar y el leve murmullo de las olas rompiendo contra la arena. Fran gira distraídamente la copa entre sus manos y me mira con dulzura.

—¿Me dejas que te diga una cosa? Estás guapísima, de verdad. Me encanta ese vestido.

Tiene una sonrisa de medio lado, y esa mirada que siempre me había cautivado.

—Gracias.

— Nerea, me cuesta comenzar esta conversación. En nuestras vidas, hay demasiados flecos pendientes. Demasiados huecos por cubrir. Lo nuestro apenas había empezado cuando tuvo un abrupto final. No sé. Han sido

diez años de vacío, de sentimiento de culpa. Por mi trabajo, he visto muchas chicas como tú —dice, con un tono más serio de lo habitual.

Ya empezamos..., pienso.

— ¿Chicas como yo?

Me mira con esa expresión reflexiva que a veces tiene, como si midiera cada palabra antes de decirla.

— Jóvenes, guapas, con oportunidades. Y con la tentación del éxito siempre rondándolas.

Bajo la vista al mantel, jugando con el borde de mi copa.

— Hablas como tú madre, y eso no me gusta. Esa mujer no me traga. Además, en mi caso, la tentación la he sabido sobrellevar.

— Tampoco tú la tragas a ella, Nerea…

— Será que no tengo razones… Ella filtró mis fotografías, joder. Estuvo a punto de destrozarme la vida, Fran. Nunca me ha querido cerca de ti. Cree que no soy lo suficientemente buena para ti.

— En este caso, el que elige soy yo, Nerea. Ella no pinta nada. Y yo quiero que lo nuestro se convierta en algo serio.

Yo niego con la cabeza. Cada vez soy más consciente de que la presencia de Verónica siempre será una sombra en mi vida. La percibo como una amenaza que jamás desaparecerá.

— Sabes que no es así, Fran. Nunca me aceptará. Me desprecia. Además, estás casado. Y yo no soy de las que se lían con un hombre casado. No soy de esas.

— No digas eso. Sabes perfectamente que mi matrimonio es una fachada. No hay nada real en él. Lleva años roto. Carlota tiene varios amantes. ¡Ni siquiera dormimos juntos! Lo nuestro es un matrimonio de

conveniencia, por mantener nuestro status social. No hay nada real.

Yo suspiro, sintiendo un nudo en el estómago. La conversación se está desarrollando exactamente como esperaba.

— ¿Y qué pasa conmigo? ¿Qué papel tienes pensado para mí? ¿El de la amante que te espera en el pisito que me vas a poner? ¿Qué esperas que haga, aguardar a que acuestes a los niños para venir a verme? ¿Qué dé un paso atrás cada vez que tú esposa aparezca? No, Fran. No es eso lo que quiero hacer con mi vida.

Él me observa en silencio un momento antes de responder.

— Quiero que estemos juntos, Nerea. Siento que la vida nos debe una oportunidad.

— La vida no nos debe nada, Fran. Has sido tú y tús decisiones lo que nos ha traído hasta aquí. Y las decisiones, continúan sin ser las adecuadas.

Siento que todo lo que llevo dentro, pugna por salir. Una mezcla de alivio y vértigo. Porque Javi tiene razón. Me merezco a alguien que me quiera sin condiciones y sin límites, no una relación con un hombre sin el valor suficiente para enfrentarse a sus miedos. Yo soy fuerte, he salido de muchas situaciones límite. Rara vez tomo una decisión a la ligera. Quizás la última que he tomado sea la más arriesgada en años y espero no tener que arrepentirme.

Fran toma su copa y bebe un sorbo, como si estuviera eligiendo cuidadosamente sus palabras. Luego, la deja sobre la mesa y me mira fijamente. Sigue siendo guapísimo, pero debajo de esa belleza no encuentro nada.

— Es que no quiero seguir hablando de mi madre ni de Carlota, Nerea. Estoy hablando de ti y de tú vida. De construir un futuro juntos.

Siento que el aire se vuelve más denso de repente.

— ¿De mi vida? —pregunto, sintiendo una punzada de incomodidad.

Fran asiente.

— Sé que lo que pasó con las fotografías, marcó tú vida. Te hablo de la filtración. Sé que tuviste que dejar Málaga y mudarte a Madrid, y… supongo que allí las cosas no fueron fáciles para ti, sobre todo al principio…

Cierro los ojos, tratando de entender el fondo de sus palabras. No me puedo creer el enfoque de la conversación. Me parece increíble que se atreva a insinuar algo como lo que intuyo, aunque ya sé quién le ha metido esas ideas en la cabeza.

— Hay cosas, que para un hombre son complicadas de aceptar…

— ¡Para, para! —grito poniéndome en pie y atrayendo alguna mirada curiosa de otras mesas—. No tengo ni puta idea de lo que intentas decir, pero creo que te estás equivocando tanto, que casi me asusta.

Siento un escalofrío que me recorre la espalda.

— Sólo intento decir, que no te juzgo, que sé que lo has pasado muy mal, y que tal vez hayas tenido que hacer cosas de las que no estés orgullosa. Pero quiero que sepas que eres muy importante para mí, y que acepto todo lo que hayas podido hacer en el pasado. Lo he visto otras veces. Es complicado para una chica salir adelante en este mundo…

— Mira Fran. No quiero montarte una escena delante de toda esta gente, pero si no dejas de decir gilipolleces, me levanto ahora mismo y me voy. No soy como esas chicas que dices haber visto. No tengo ni puta idea de lo que estás sugiriendo, pero no me tengo que avergonzar de nada de lo que he hecho en mi vida. ¿De qué estás hablando?

— Me han llegado rumores... No estoy diciendo que hayas hecho nada reprobable, pero lo que sí te digo, es que, de haberlo hecho, soy capaz de asumirlo.

La ira me invade, pero no quiero montar un espectáculo. Me siento y bajo el tono de mi voz, que me sale ronca.

— No me gusta lo que estás insinuando. No olvides que tú mismo me has reconocido que la filtración de aquellas fotografías la hizo tú mamaíta. Y la hizo para que su niño bonito no se liara con una modelo de origen humilde en lugar de hacerlo con una Domecq. Todo lo que he recibido de tú madre en mi vida ha sido odio y desprecio, así que antes de haberme hablado de los rumores que, evidentemente es ella la que te ha metido en la cabeza, deberías haber valorado las consecuencias de túss palabras.

— Pero si lo que te estoy diciendo es que todo eso me da igual…

— Lo que no entiendes, es que no hay ningún “eso”. No hay nada reprochable en mi pasado. Y te repito que, de haberlo habido, probablemente sería consecuencia de la putada que me hizo la zorra de tú madre. Y no contenta con lo que me hizo, ahora te cuenta supuestos rumores acerca de mi pasado – Trato de no elevar la voz, pero el tono de mis palabras sale cargado de rencor.

— Joder Fran, vives completamente supeditado a sus caprichos, tío. Madura, macho. Tienes treinta y tres años, y cada decisión que debes tomar, la valoras en función de lo que ella pueda pensar.

Fran baja los ojos.

— Joder, Nerea… Yo pensaba que con la oportunidad que te he dado para volver al mundo del modelaje, valorarías de otra forma mis sentimientos hacia ti. Yo te quiero. ¿De verdad no sientes nada por mí?

— Fran, agradezco profundamente lo que has hecho por mí.

— Esa no es una respuesta.

Bajo la mirada.

— No lo sé, Fran. No sé lo que siento.

— Siento algo por ti. Y cada vez es más fuerte.

— Fran… —digo con más suavidad, pero él no me deja continuar.

— Me gustaría seguir viéndote. Me gustaría que esto fuese el inicio de algo bonito.

Yo desvío la mirada, sintiendo un nudo en la garganta.

— Es imposible, Fran...

Él frunce el ceño.

— ¿Por qué?

— Nuestras vidas… —trato de sonar racional, y de ser justa conmigo misma por una vez en mi vida— perdón… tú vida está demasiado influenciada por alguien que me odia. No puedo cargar con eso. Lo siento…

— Eso no significa que no podamos intentarlo —insiste —. Quiero demostrarte que te amo, y que nada de lo que mi madre o Carlota puedan hacer o decir, va a cambiar ese sentimiento. Me separaré de Carlota. Pediré el divorcio. Sólo…, sólo necesito que me des una esperanza…

Me sale una sonrisa triste.

— No puedo, Fran.

Aprieta los labios, sin responder de inmediato.

— Te estoy diciendo que me divorciaré de mi mujer. Sólo algo a lo que poder aferrarme…

— No tomes las decisiones basándote en lo que podría pasar—digo sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Te estoy proponiendo que me dejes enamorarte… Me muero de ganas de intentarlo, de conseguir un nosotros donde ahora únicamente hay un tú y un yo.

Lo miro a los ojos. Está visiblemente emocionado, pero yo no siento lo mismo, y sé que eso es algo que no se puede cambiar.

— ¿Nosotros?

Él me sostiene la mirada, sin vacilar.

— Sí. Nosotros.

Siento que mi corazón late más rápido. Una parte de mí quiere creer que es posible, que podríamos encontrar una manera. Pero la otra, la que conoce el peso de la realidad, sabe que estamos demasiado lejos de un "nosotros".

— No puedo, Fran. Lo siento. —susurro.

Fran sonríe con tristeza.

— No lo sientes. Simplemente no quieres. A veces, sólo hay que dejar que las cosas sucedan.

Bajo la mirada, sintiéndome atrapada entre lo que quiero y lo que creo que debo hacer.

Fran se pasa una mano por el pelo, frustrado.

— No es tan simple, Nerea. Me gustas. Me gustas mucho. Pero me cuesta… procesar que podamos mantener una relación profesional después de esto.

— ¿Es un ultimátum?

Él cierra los ojos un momento y luego me mira.

— No. Pero no sé si seré capaz de trabajar cerca de ti, y sintiendo lo que siento, sabiendo que no soy correspondido.

Apoyo la barbilla en una mano, analizándolo.

— Entonces tenemos un problema. Porque yo tampoco quiero trabajar con alguien que tenga que luchar contra sus

propios prejuicios para estar conmigo.

— No es un prejuicio…

— ¿No? —lo interrumpo—. ¿Entonces qué es? ¿Un instinto de posesión? ¿Miedo a no poder mantener conmigo una relación profesional? Suena a ultimátum.

Fran exhala lentamente y me mira con una intensidad que casi me hace estremecer.

— Es miedo a sufrir cada vez que te vea, a que te conviertas en una obsesión, en algo inalcanzable que me produzca dolor cada vez que tengamos que estar juntos.

— Mira, entiendo lo que sientes —digo más calmada, aunque mi tono está cada vez más cargado de emoción—. Es complicado. Yo misma me lo he cuestionado. Pero hay algo que tengo claro: no pienso vivir bajo la lupa de tu incertidumbre.

Fran inspiró hondo, apoyando los codos en la mesa.

— No quiero que te sientas así.

— Pero ¿cómo no hacerlo? —pregunto, inclinándome ligeramente hacia él—. Lo que me dices hoy, aquí, con unas copas de vino y la brisa del mar envolviéndonos… ¿será lo mismo que pensarás dentro de unos años, cuando estemos en nuestro día a día en la agencia?

Fran baja la mirada unos segundos antes de volver a enfocarse en mí.

— No lo sé.

Se me escapa una pequeña risa sin humor.

— Exacto. No lo sabes.

Fran entrelaza los dedos, pensativo.

— Tal vez me equivoque. Tal vez…

— No quiero ser un ‘tal vez’ en tu vida, Fran —le interrumpo con suavidad—. Si necesitas convencerte de

que soy alguien con quien puedes trabajar, entonces no soy la persona adecuada ni en lo personal, ni en lo profesional.

Él se queda callado, porque sabe que tengo parte de razón.

— Tú mismo dijiste que buscas una mujer con valores, alguien con quien compartir tu vida —sigo—. Pero si en tu cabeza hay una lucha constante entre lo que sientes por mí y lo que tú madre piensa de mí y de mi trabajo, nunca podremos ser felices.

— Te veo, Nerea. Veo lo que tengo que ver. Solamente que hay cosas que me incomodan, pero sé que el tiempo las podrá curar. Solamente necesito que me des un poco de tiempo. Pero necesito una esperanza, un objetivo en el que centrarme.

Yo niego con la cabeza, con una leve sonrisa resignada.

— Fran. Si te prometiese eso, no estaría siendo sincera.

Fran se pasa una mano por la nuca, incómodo.

— Yo sólo necesito tiempo para asimilar todos los cambios necesarios en mi vida.

— ¿Y yo qué hago mientras tanto? —pregunto, arqueando una ceja—. ¿Esperar a que decidas si puedo encajar en tu mundo? ¿A que determines si tú madre entiende de una vez que soy ‘suficientemente buena’ para ti?

Fran no responde.

— No quiero pasarme la vida probándole a nadie que soy digna de ti. O lo soy, o no lo soy, pero mi vida no será una evaluación continua.

Fran traga saliva.

— Claro que lo eres, ¡joder! Lo eres —dice con desesperación, aunque su voz no suena completamente segura.

Fran frunce el ceño y su expresión se endurece.

— No quiero que me convenzas de nada, Fran. No quiero que me digas que lo intentemos, que veamos qué pasa. Porque sé cómo acabará eso.

Fran hace un gesto despectivo con la mano, frustrado.

— No. No puedes saberlo.

— No me hagas esto. No quiero que esto termine aquí.

— Si necesitas tiempo, tómatelo. Si necesitas espacio, lo entiendo. Pero no tomes una decisión de la que podrías arrepentirte.

— ¿Y tú? ¿No te arrepentirías de estar con alguien a quien en el fondo sabes que la persona que más te influencia en tú vida no puede aceptar completamente?

— Voy a echarte mucho de menos.

Yo sonrío sin ganas. No le miro. Solamente quiero terminar de cenar, coger un taxi e irme a casa. Fran alarga la mano y me acaricia los dedos con suavidad, como si quisiera memorizar su tacto.

— No puedo convencerte. Es terrible no ser correspondido por la persona a la que se ama.

Yo pienso en Mateo, en las veces que ha debido sentirse así. Miro a Fran, y me convenzo de que probablemente soy la primera mujer que le rechaza en toda su vida.

— Dime una cosa. – continúa él.

Yo levanto la mirada.

— ¿Qué?

— Si todo hubiera sido diferente… si no hubiese pasado lo de la filtración, si no te hubieses tenido que marchar a Madrid… ¿Crees que lo nuestro habría funcionado?

Siento un nudo en el pecho, porque sé la respuesta, pero no quiero hacerle más daño. No quiero decirle una vez más que la persona que ha condicionado nuestras vidas, siempre habría estado ahí, torpedeando lo nuestro hasta conseguir destruirlo. Nunca he tenido nada tan claro en mi vida.

— No tengo ni idea Fran —susurro.

13. **Una decisión necesaria.**

No se puede querer a los demás ni aceptar su amor a menos que una se quiera a sí misma. Estoy nerviosa. Porque sé que, en cuanto lo vea hoy, no voy a saber qué decirle... ni siquiera sé cómo va a reaccionar. ¿Estará dolido por lo ocurrido con Fran? Esto es una mierda. Toda la vida he sabido cómo comportarme con los hombres, y hoy me siento completamente insegura. ¿Qué tengo para ofrecerle? El cuento de “Pretty woman” sólo se da en las películas y nada más. La vida real es muy diferente.

Llego al centro sobre las cuatro de la tarde. El sol sigue siendo un sol de verano andaluz: caliente, dorado, que hace brillar el asfalto del aparcamiento y convierte el edificio blanco del centro en una mancha luminosa contra el cielo azul sin nubes. Aparco el coche y bajo despacio. No es un problema físico, es la inseguridad que me atenaza.

Me he puesto mi vestido rojo de lunares blancos. Es largo hasta los tobillos, de algodón ligero que se mueve con la brisa, con tirantes finos que dejan los hombros al aire y un escote que muestra lo necesario. Me estiliza. Me he calzado unas sandalias doradas bajas, planas pero elegantes. El pelo recogido en un moño flojo, con algunos mechones sueltos. Me miro en el retrovisor del coche antes de cerrar la puerta. Con el maquillaje, no he dudado. Rímel abundante, sombra intensa, labios más rojos que el propio vestido. La piel bronceada por las tardes de piscina y brillante por la loción corporal. Me gusta lo que veo.

¿Le gustará a él? El trayecto desde el parking hasta la entrada principal es un tormento. Cada paso me parece eterno. Se me ocurren mil estrategias y mil argumentos, pero los descarto con la misma velocidad con la que se me ocurren. Algunos suenan a excusa barata. Otros a reproche y la mayoría a cobardía. No sé qué decir. No sé si

tengo derecho a decir nada después de haber desaparecido, después de haber elegido un brillo efímero en lugar de la luz constante.

Quiero el cuento de hadas. Quiero el final de película: la chica rota que se reconstruye, el chico bueno que la esperó sin pedir nada a cambio, el beso bajo la lluvia o al atardecer, la música épica de fondo. Quiero que me mire como me miró aquella tarde en la playa, con los ojos llenos de algo que no era deseo, sino cariño. Quiero que me diga que no pasa nada, que el tiempo que perdimos no importa, que lo que importa es el ahora.

Pero toda mi vida ha estado llena de luces y sombras, especialmente en el amor. Mis parejas han pasado como sombras en procesión. Ninguno dejó huella más allá de unos escasos recuerdos y la eterna sensación de soledad que siempre me ha acompañado. Siempre he sido la que brillaba un rato y luego se apagaba. La que seducía para sobrevivir y luego se quedaba vacía. La que elegía lo atractivo porque creía que lo estable no existía.

Cruzo la puerta principal. Charo, la recepcionista me saluda con una sonrisa que ya no es de sorpresa y un “¡Qué guapa!” que me da seguridad. Camino por el pasillo que conozco de memoria: el olor a desinfectante, el eco de voces lejanas, se mezclan con el golpeteo de mi corazón, que parece querer abandonar mi cuerpo.

Y allí está. La puerta cerrada de su despacho. Me niego a verlo como una señal, como una metáfora de lo que va a venir. Deseo abrir esa puerta. Necesito que se abra.

Llamo a la puerta y la abro sin esperar respuesta. Está sentado, escribiendo algo, pero levanta la mirada al oírme entrar. Sus ojos se encuentran con los míos y por un segundo el tiempo se detiene.

—Hola, Nerea. ¿Tú por aquí? - Él parpadea, deja el bolígrafo sobre la mesa. Hay sorpresa en su cara, pero

también algo más: curiosidad, quizás. O cansancio acumulado. Se levanta despacio, rodea el escritorio.

—Hola —digo, y la voz me sale temblorosa.

—Nerea… — murmura, y mi nombre en su boca suena como una pregunta y una respuesta al mismo tiempo.

Balbuceo una excusa torpe. Es lo primero que se me ha venido a la cabeza, y lo suelto sin pensar.

—No me encuentro bien. Me duele mucho. Algo no va bien…

Él frunce el ceño con extrañeza

—¿Dónde? Túmbate en la camilla. ¿Qué te duele?

Me acerco. La camilla está cubierta por una sábana de papel desechable que cruje cuando me siento. Me tumbo boca arriba, la falda larga del vestido se abre por la abertura lateral y deja ver mi pierna hasta la ingle. Se aprecia la cicatriz rosada que cruza la cadera, la piel que aún está pálida en algunos sitios. Mateo se acerca, se pone los guantes de látex con un chasquido que resuena en el silencio.

Sus manos me tocan. Fuertes, seguras, cálidas incluso a través del látex. Primero la cadera: presiona con suavidad alrededor de la articulación, explora los músculos, los tendones. Siento cada dedo como un punto de fuego controlado. Aprieta suave, mueve mi pierna con cuidado para comprobar el rango de dolor.

Levanta la vista. Sus ojos castaños me miran fijamente.

—En la exploración no aprecio nada —dice. - La articulación está estable, no hay inflamación. Será necesario hacer una radiografía para descartar cualquier microfractura o desplazamiento del material.

Me incorporo un poco, apoyándome en los codos. El vestido se abre más, deja ver el inicio de la braguita negra

que elegí esta mañana.

—No es ahí donde me duele —digo, y mi voz sale en un susurro.

Él frunce el ceño, extrañado.

—¿Dónde entonces?

Señalo mi pecho, justo sobre el corazón.

—Aquí.

Luego señalo mis labios.

—Aquí.

Y, por último, mi sien.

—Aquí.

El silencio que sigue es tan denso que casi puedo tocarlo. Mateo se quita los guantes despacio, uno por uno, como si necesitara tiempo para procesar lo que acabo de decir. Los tira al cubo de residuos con un gesto preciso, pero sus manos tiemblan un poco.

Se queda de pie junto a la camilla, mirándome. Yo sigo tumbada, el vestido abierto, el pecho subiendo y bajando con cada respiración acelerada. No me cubro. No quiero esconderme ya.

—Nerea… —empieza, y su voz se quiebra al final de mi nombre.

No dice nada más. Solo me mira. Y yo lo miro a él.

Pero ninguno se mueve.

Quiero que hagas algo por mí —le digo, todavía tumbada en la camilla—. Por favor… auscúltame.

Mateo se queda quieto un segundo. Sus ojos recorren mi cara, bajan un instante al pecho que sube y baja demasiado rápido bajo la tela fina del vestido rojo, y vuelven a mis ojos.

No pregunta. Solo asiente despacio, como si supiera que esto ya no es una exploración médica.

Se gira hacia la mesa auxiliar, coge el estetoscopio. Se lo coloca en los oídos. Se acerca. Se inclina sobre mí. El olor de su colonia me envuelve antes que su mano.

Apoya el disco metálico justo debajo de mi clavícula izquierda, sobre el corazón. El frío me hace contener el aliento. Su otra mano se posa suavemente en mi hombro para estabilizarme, aunque no hace falta. Estamos tan cerca que siento su respiración en mi cuello.

Escucha.

Unos segundos. El silencio es absoluto, solo el zumbido lejano del aire acondicionado y el latido desbocado que retumba en mis oídos y que sé que él también está oyendo.

Levanta la mirada. Sus ojos castaños se encuentran con los míos. Está visiblemente sorprendido. Las pupilas dilatadas, la mandíbula tensa, un músculo que se contrae en su mejilla.

—Estás taquicárdica —dice en voz baja, casi un susurro—. ¿Qué te pasa?

Suelto el aire que tenía atrapado.

—Joder, Mateo… qué difícil me lo pones…

Me incorporo despacio hasta quedar sentada, el vestido se abre más, deja ver el encaje negro de la braguita. No me cubro.

—Lo que me pasa es que te quiero.

Las palabras por fin salen solas. Se quedan flotando entre nosotros.

Él se queda inmóvil. El estetoscopio aún cuelga de su cuello, olvidado. Baja la vista un segundo, como si necesitara ordenar el caos que le acabo de soltar.

—Nerea, yo…

—No —lo interrumpo, y mi voz tiembla, pero no voy a parar —. Mateo… nunca has luchado por mí. Soy yo la que viene a ti. La que ha tenido que dar el paso. Y lo hago ahora porque no quiero que se nos escape la oportunidad. Porque cada vez que doy un paso sin muleta pienso en ti. Porque te veo en el recreo del instituto mirándome con ojos de corderito. Porque me mirabas cuando creías que no te veía, y nunca te atreviste.

Él traga saliva.

—Nunca pensé que tuviese opción alguna —dice al fin, —. Siempre fuiste algo inalcanzable. La chica más guapa de la clase, a la que todos querían, la que tenía a Fran y al mundo a sus pies. Yo era… el rarito. No era nadie para luchar por ti. Me limitaba a estar ahí… Y después, cuando te vi elegir a Fran otra vez… pensé que eso confirmaba lo que siempre había pensado. Que yo no era suficiente.

Levanto la mano y le toco la mejilla.

—Nunca lo intentaste —susurro.

—Te habrías burlado...

No respondo con palabras. Me inclino hacia delante, despacio, le doy tiempo para apartarse si quiere. No lo hace.

—No lo habría hecho... Nunca lo hice.

Lo beso. Suavemente al principio. Mis labios le rozan la comisura de la boca. Después son labios contra labios, un roce que es más pregunta que una afirmación. Él se queda quieto un instante, como si no se creyera que está pasando. Luego responde. Sus manos suben a mi cara, me sujetan con esa delicadeza suya que siempre me ha desarmado. El beso se profundiza, se vuelve urgente pero no brusco. Su lengua roza la mía. Sabe a deseo y a todo lo que no nos

dijimos. Mis manos se cierran en su nuca, enredadas en su pelo. Su aliento se acelera contra mi boca.

Nos separamos jadeando. Su frente contra la mía.

—Te quiero desde el primer día que te vi —dice, y su voz tiembla—. Te volví a querer cuando entraste por esa puerta... pero el otro día creí que había vuelto a perder.

Sonrío, las lágrimas me resbalan por las mejillas.

—Eres un bobo atormentado por la inseguridad. Me gustas desde que te volví a ver tras el accidente. Desde el primer día que entraste en mi habitación. Me gustas cuando me miras como si fuera de cristal y al mismo tiempo como si fuera lo más fuerte que has visto nunca. Me gustas cuando te quedas callado porque no sabes qué decir, y cuando hablas y dices justo lo que necesito oír. Me gustas entero, Mateo.

Él traga saliva. Veo cómo se le mueve la nuez en la garganta.

—Y ahora… —continúo, incorporándome del todo hasta quedar sentada al borde de la camilla. Si no te importa, compórtate de forma irresponsable por una vez en tu vida… y llévame a tu casa.

Sus manos suben a mi cara.

Sonrío. Las lágrimas me resbalan por las mejillas. Sus labios contra los míos, urgentes, desesperados, su lengua buscando la mía con un hambre que me hace jadear. Sus manos bajan por mi espalda, me aprietan contra él, y yo enredo los dedos en su pelo, tiro suavemente, lo atraigo más.

Nos separamos jadeando. Él apoya la frente en la mía.

—¿Estás segura? —pregunta mirándome con los ojos brillantes.

—Llevo toda la vida segura de esto.

FIN

14. **Sinopsis.**

Nerea, una joven ambiciosa y deslumbrante, lo tiene todo para conquistar el mundo: belleza, determinación y un cuerpo que rompe corazones. En la noche de su graduación, una fiesta inolvidable la lleva a los brazos de Fran, el chico perfecto con contactos y promesas. Pero lo que empieza como un sueño se convierte en pesadilla cuando unas fotos íntimas se filtran y su vida se desmorona: abandono, humillación pública y la huida en busca de un reinicio.

Diez años después, un accidente brutal la deja con amnesia y un cuerpo reconstruido con placas de titanio. Despierta en un centro de rehabilitación sin recordar apenas nada de su vida adulta. Allí se reencuentra con Mateo, el chico tímido y bueno del instituto que ahora es su médico, y a Javi, un joven con parálisis cerebral que le enseña el verdadero significado de la resiliencia.

Mientras recupera fragmentos de memoria —la traición de Fran, los trabajos precarios y los momentos de gloria fugaz —, Nerea debe decidir quién quiere ser.

Entre el regreso tóxico de Fran, la amistad inquebrantable con Javi y la atracción contenida hacia Mateo, Nerea enfrenta su mayor batalla: aceptar que el amor real no siempre brilla. Y que, a veces, lo más valiente no es volar alto… sino aprender a caminar de nuevo.

Una historia de caídas espectaculares, reconstrucciones dolorosas y la certeza de que el verdadero éxito no se mide en flashes, sino en quién te sostiene cuando todo se desmorona.